



ANTONIO SOCCI

EL SECRETO DEL
PADRE PÍO

50.000 ejemplares vendidos en Italia



Datos del libro

Título Original: *Il segreto di Padre Pio*

Traductor: Gumpert Melgosa, Carlos

Autor: Socci, Antonio

©2009, La Esfera de los Libros, S.L.

ISBN: 9788497348454

Generado con: QualityEbook v0.72

EL SECRETO DEL PADRE PÍO

Antonio Socci

Las vías del Señor son variadas: su éxito es la cruz (...) no es la Iglesia de quienes han alcanzado el éxito lo que nos impresiona, la Iglesia de los papas o de los señores del mundo, sino la Iglesia de quienes sufren lo que nos lleva a creer, la que sigue siendo perdurable, la que nos da esperanza. Esta es aún hoy señal del hecho de que Dios existe y de que el hombre no es sólo un fracaso, sino que puede ser salvado.

JOSEPH RATZINGER

Lo que con mayor profundidad se busca en la vida, lo que de una manera u otra se halla en el centro de toda existencia, es la búsqueda del hombre para encontrar un padre. No solamente el padre de la propia carne, el padre perdido de la propia juventud, sino la imagen de una fuerza y de una sabiduría con la que la fe y la fuerza de la propia existencia puedan sentirse unidas.

THOMAS WOLFE

Tú les dirás a todos que, una vez muerto, estaré más vivo que nunca. Y a todos los que vengan a pedir, nada me costará darles. ¡De los que asciendan a este monte, nadie volverá con las manos vacías!

PADRE PÍO A GIOVANNI BARDAZZI

PREMISA

ALI AGCA Y LA «NIÑA» DEL PADRE PÍO

Los historiadores son parciales (...). La verdadera historia no existe. Sólo la historia sagrada puede llamarse verdadera.

PADRE PÍO

No circulan ya, por lo menos merecedores de aprecio, libros sobre la teología de la historia (...) he ahí por qué los políticos se equivocan en determinado momento (...) porque los políticos puros desconocen la razón teológica que domina la historia.

CARDENAL GIUSEPPE SIRI

El 13 de marzo de 1981, hacia las 17.17 horas, en la plaza de San Pedro de Roma, un asesino turco enviado por fuerzas oscuras y poderosas, Mehmet Ali Agca, está a punto de disparar al papa Juan Pablo II. El miembro de los «lobos grises», de veintitrés años, es un profesional, un excelente tirador, y está allí para matar, se halla detrás de la primera fila, a muy escasa distancia (a sólo tres metros del Santo Padre). Está muy tranquilo y decidido, de manera que el objetivo, expuesto indefensamente ante él, no tiene escapatoria.

Pero, entonces, ¿cómo y por qué resultó fallido el asesinato? Si lo hubiera matado —y las posibilidades eran del 99,99 por ciento—, su pontificado hubiera sido sofocado en sus albores. La historia de

la Iglesia hubiera sido muy distinta, pero sobre todo lo hubiera sido la historia mundial, porque el papel que el «papa polaco» desempeñó en la sucesiva caída incruenta del comunismo fue colosal, decisivo (*El último líder soviético, Mijail Gorbachov, escribió en 1992: «Hoy podemos decir que todo lo que ha sucedido en Europa oriental en estos últimos años no hubiera sido posible sin la presencia de este papa, sin el gran papel, político, incluso, que ha sabido jugar en la escena mundial»* (La Stampa, 3 de marzo de 1992).

Por lo tanto, todo habría sido muy distinto y, desde luego, mucho más dramático para la humanidad entera.

Repito, por lo tanto, la pregunta: ¿cómo y por qué aquel asesinato resultó fallido? ¿Quién impidió al asesino perpetrar aquel homicidio que tenía al alcance de su mano a las 17,17 de aquel día en la plaza de San Pedro, el lugar que había sido testigo, diecinueve siglos antes, del martirio del apóstol Pedro?

El papa Wojtyla afirmó siempre que había sido salvado por una intervención sobrenatural de la Santa Virgen. De ello dan testimonio el icono de la Virgen que mandó pintar en la plaza de San Pedro, en el lugar donde se consumó el crimen, y una bala —de aquel atentado— que el papa quiso llevar al año siguiente como exvoto al santuario de Fátima para hacerla engastar en la corona de la Reina de la paz. En efecto, el día del atentado era la fiesta de la Virgen de Fátima, el aniversario de su primera aparición (que tuvo lugar el 13 de mayo de 1917). (*El episodio del atentado contra el papa se supone preanunciado incluso en el Tercer secreto de Fátima. Esta es la interpretación más difundida del texto revelado el 26 de junio de 2000. En realidad, la aparición en la que la Virgen profetiza un atentado contra el papa que sin embargo se salva gracias a su protección personal es la de La Salette, no el Tercer secreto de Fátima, donde en cambio hay un papa que es asesinado*).

Y una coincidencia como ésa hace pensar realmente en una protección sobrenatural para el papa que escapó a la muerte.

Es realmente inexplicable que un asesino profesional, muy hábil y decidido, haya podido fallar a una distancia tan escasa un blanco tan fácil e indefenso, disparando sólo dos disparos. Incluso la trayectoria del proyectil que hirió en el vientre al Santo Padre no pareció natural, a los cirujanos en primer lugar. Que una mano misteriosa haya desviado la bala para salvar la vida del papa no es solamente una persuasión subjetiva de Karol Wojtyla, es un hecho objetivo, en cierto sentido científicamente aclarado: «El profesor Crucitti añadió que había observado algo “absolutamente anómalo e inexplicable”. La bala se había movido, en el vientre del papa, en zigzag, evitando los órganos vitales. Pasó a un soplo de la aorta central: de haberla rozado, el Santo Padre hubiera muerto desangrado antes incluso de llegar al hospital. Evitó la espina dorsal y todos los demás centros nerviosos principales: de haberlos alcanzado, Juan Pablo II habría quedado paralítico. “Parece” concluye el profesor “como si esa bala hubiera sido guiada para no provocar daños irreparables”».

Por eso, el 13 de mayo de 1994, hablando a los obispos italianos, Juan Pablo II pudo afirmar razonablemente: «Fue una mano materna la que guio la trayectoria de la bala y el papa agonizante se detuvo en los umbrales de la muerte (...). El proyectil mortal se detuvo y el papa vive; ¡vive para servir!».

Que esa mano misteriosa pertenecía a la madre de Dios, cuya aparición en Fátima se celebraba aquel día, era para el papa Wojtyla una certeza. «Estuve en Fátima para dar las gracias a la Virgen», escribió en su libro Memoria e identidad. En efecto, aquel día, el 13 de mayo de 1982, primer aniversario del atentado, declaró: «He visto en todo lo que me estaba sucediendo una especial protección materna de la Virgen. En este instante, aquí en el santuario de Fátima, quiero repetir ahora delante de todos vosotros: ¡Totus Tuus, todo tuyo, oh Madre!». El papa repetiría más tarde, en distintas ocasiones: «Una mano fue la que disparó, otra mano la que desvió la bala».

Nadie, como es lógico, buscó jamás testigos de aquella intervención sobrenatural. Nadie podía imaginar que una mano hubiera impedido físicamente a Agca efectuar los disparos decisivos. Hasta que un día de julio de 2007 me tropecé con algunos documentos que había recibido en mayo de 2005, apartándolos sin prestarles mayor atención.

Al colocar unos libros, abrí una carpeta que ni recordaba tener y que contenía el extraordinario caso de Cristina Montella, la «niña» del padre Pío. Me sumerjo en la lectura, descubro un continente desconocido. Y al cabo de varios días me lanzo a la búsqueda de quien ha recopilado tantos testimonios y documentos extraordinarios sobre ella.

Un cálido y luminoso día de agosto recorro en coche en dirección sur el valle de Spoleto, que discurre al sur de Asís. Parece como si estuviera yendo de peregrinaje: paso al lado de Santa María degli Angeli, con la gran basílica que contiene la Porziuncola, después por Rivotorto (una pequeña iglesia edificada sobre el establo en el que San Francisco vivió unos meses con sus compañeros), a continuación, Spello, por último, Trevi. Y, en dirección hacia Montefalco, en medio de la campiña me topo con el santuario de la Madonna della Stella.

Aquí vive el padre pasionista Franco D'Anastasio, un refinado biblista que durante años fue rector del santuario de San Gabriel dell'Addolorata. Precisamente sobre este santo y especialmente sobre su «presencia carismática» ha escrito gran cantidad de estimables obras que hacen de él hoy su mayor biógrafo e historiador. Uno de sus libros más recientes está dedicado a las analogías entre San Gabriel y el padre Pío.

Pero en los últimos años, el padre D'Anastasio ha llevado a término una imponente investigación histórica, recopilando una infinidad de documentos y testimonios sobre la figura de sor Rita Montella (de seglar Cristina Montella), monja agustiniana muerta en

olor de santidad el 26 de noviembre de 1992 en el monasterio de clausura de Santa Croce sull'Arno, en la Toscana.

La vida de sor Rita, o mejor dicho, su vocación sobre todo, tan llena de dones, de carismas superiores (empezando por la bilocación), está entrelazada desde un principio con la del padre Pío y, en particular, con su «acción reparadora». Su relación con el santo capuchino es especial, como veremos, y está documentada y testificada entre otros por el padre Teofilo del Pozzo —estimadísimo y prestigioso franciscano— que fue director espiritual de sor Rita y superior de la provincia capuchina de Foggia y, por lo tanto, superior directo y amigo del padre Pío (*El padre Teofilo del Pozzo, de seglar Rizieri Bennati, ha sido descrito así: «Director de almas, lector de teología y director del curso teológico en Montughi (Florencia), lector y director de los estudiantes en San Miniato, tres veces provincial de los capuchinos de Toscana y en el trienio 1953-1956, de los de la provincia de Foggia» El padre Teofilo morirá en 1962).*

El padre Teófilo fue testigo directo de las misteriosas «misiones» conjuntas del padre Pío y de sor Rita. Y fue, de manera rigurosa y profunda, el primero en verificar los carismas y la santidad de vida de sor Rita, junto a otros prestigiosos religiosos y religiosas. El padre D'Anastasio, además de recopilar todos estos testimonios, pudo recurrir también a su conocimiento personal de la monja, de quien, en el curso de los años, obtuvo importantes datos. Uno de éstos, realmente sobrecogedor, atañe al atentado contra Juan Pablo II, de quien por otro lado sor Rita era coetánea (*Cristina Montella y Karol Wojtyla nacieron los dos en 1920. Él, el 18 de mayo y la monja, el 3 de abril -la casualidad quiso que el papa Juan Pablo II muriera hacia las 21 horas del 2 de abril de 2005, cuando ya había comenzado, desde el punto de vista litúrgico, la fiesta del domingo 3 de abril, dedicada a la Divina Misericordia).*

Sor Rita, inmediatamente después de 1981, confió al padre Franco en un coloquio —haciéndole prometer que mantendría el secreto por lo menos hasta la muerte de ella— que había estado

presente mediante bilocación en la plaza de San Pedro aquel 13 de mayo de 1981. Pero hay más: «Junto a la Virgen, desvié el disparo del agresor del papa». Ésas fueron sus palabras textuales (*El padre D'Anastasio las reprodujo en su biografía inédita de la monja, enviada al Vaticano (pp. 265-267 y 361)*).

Se trata de una revelación que, obviamente, provoca desconcierto, y sólo puede ser tomada en consideración teniendo en cuenta la absoluta fiabilidad de esta religiosa, su vida santa y los dones sobrenaturales que recibió y que han sido testificados por personas completamente dignas de confianza, empezando por lo que de ella atestiguó San Pío de Pietrelcina, quien, como veremos, precisamente con sor Rita llevó a cabo algunas de sus más extraordinarias empresas.

Quien conoce al padre Pío sabe que, en él, la experiencia de fenómenos prodigiosos era prácticamente cotidiana. Y que, al vivir normalmente nosotros en las tinieblas, nos cuesta bastante trabajo —cuando alguien nos abre los ojos— acostumbrarnos a la luz que sin embargo nos envuelve, al Eterno que es la auténtica y definitiva realidad.

Como escribe el padre Divo Barsotti, hablando de las apariciones de la Virgen: «Es como si de repente se volviera visible un mundo siempre presente, pero que habitualmente permanece oculto: como si los ojos del hombre adquirieran un nuevo poder visivo (...). Gracias a las apariciones tenemos la certeza de un mundo de luz, de pureza y de amor (...). La aparición hace presente el mundo redimido (...). La aparición no es pues una acción de Dios en la imaginación del hombre. Creo que no puede negarse su verdad objetiva. Es verdaderamente la Virgen Santa la que se nos aparece, los hombres entran verdaderamente en relación con ella y con su Hijo divino (...). La Virgen no puede abandonar a sus hijos antes de la manifestación pública y solemne de su victoria sobre el mal. Madre de todos, le resulta imposible separarse de nosotros que vivimos en la pena, sometidos a toda tentación, incapaces de sustraernos a la muerte».

He aquí, pues, a una monja de clausura, que vive profundas experiencias místicas, de bilocación incluso, que

le confía a un sacerdote: «Junto a la Virgen, desvié el disparo del agresor del papa».

A este desconcertante secreto, por lo demás, ha de añadirsele otra breve frasecilla que se le escapó a sor Rita

—en circunstancias distintas, de manera independiente— ante la señora Gabriella Panzani, amiga durante muchos años de la religiosa. Sor Rita, en efecto, dijo un día, mientras se hablaba del atentado contra el papa: «Cuánto tuve que esforzarme para que no ocurriera lo peor».

Un destello que nos permite entrever el dramático «precio» de amor que debe de haber sido pagado, hecho de plegarias y de durísimas penitencias, que esta mística asumió sobre sus espaldas en lugar de otros, en este caso para enmendar un gigantesco sacrilegio. Nos hallamos en esa dimensión de «expiación vicaria» que sor Rita vivió heroicamente y que le permitió también al padre Pío arrancar al Cielo numerosas gracias en beneficio de los seres humanos que sufrían y de la Iglesia. Esa frase, además, nos permite entrever la respuesta a una objeción que resulta natural plantear: pero ¿por qué razón el Cielo, para salvar al papa, ha de tener necesidad de una pequeña monja de clausura desconocida para todos? La primera respuesta, obviamente, es que los designios de Dios son inescrutables. Tal vez en este caso haya querido el Cielo que una persona prestara testimonio de cuanto ha realizado la Virgen. Pero un fragmento de la respuesta podría estar también en el hecho de que sor Rita era una criatura terrenal, perteneciente a la Iglesia militante, y que por lo tanto podía ofrecer y ofrecerse para obtener para la Iglesia y para el mundo aquella inmensa gracia. Solo las personas que están en esa vida pueden hacerlo, de modo que poseen un «poder» extraordinario. El padre Pío sostenía que lo único que los ángeles nos envidian infinitamente es el sufrimiento y la ofrenda, porque es la forma más intensa y sincera de decirle a Dios: «¡Te amo de verdad!» (*Ya San Pablo escribía: «Os exhorto,*

pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rm 12, 11). Y además: «Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados» (Rm 8, 17).

Veremos con el padre Pío qué infinito valor tiene —a los ojos de Dios— el sufrimiento humano ofrecido con amor, veremos cuánto es capaz de conmover a su Corazón y hacer «violencia» a su justicia («el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan [Mt 11, 12]»). En este caso, para obtener una gracia inmensa: la salvación de un gran papa.

De semejante clamorosa revelación ¿qué clase de corroboración puede obtenerse? Yo creía que no podían existir de ninguna clase, tratándose de un acontecimiento sobrenatural. Consideraba que ni siquiera tenía sentido buscarlas. De no ser porque una sorprendente corroboración puede haberla proporcionado inconscientemente —sin saber nada de toda esta historia— el propio protagonista de lo acaecido, el agresor Mehmet Ali Agca. Ante el juez instructor Ilario Martella, que lo estaba interrogando, en el curso de la segunda instrucción judicial sobre el atentado, describió de esta forma lo sucedido: «Era decidida voluntad mía la de asesinar al papa. Ésa era la misión que me había sido encomendada, y tanto es así que si efectué sólo dos disparos fue porque a mi lado había una monja que en determinado momento me cogió del brazo derecho, por lo que no pude seguir disparando. De no haber sido así, habría matado al papa» (*Este texto entrecorinado de la confesión de Agca fue leído por el juez Ilario Martella en el curso de su audición ante la Comisión parlamentaria de investigación sobre el «Dossier Mitrokhin», en el curso de la 70ª sesión, celebrada el miércoles 20 de abril de 2005 - las actas de la sesión pueden consultarse en la página web del Parlamento italiano-. El juez Martella fue el titular de la segunda*

instrucción sobre el atentado al papa, que concluyó en 1985 en el Tribunal penal).

Cuando leí estas palabras me pareció reconocer una noticia clamorosa que parece haber pasado desapercibida: una monja que desbarata el asesinato. Fue inevitable pensar en sor Rita. A decir verdad, inmediatamente después del atentado se difundió la noticia de que una monja había obstaculizado a Agca mientras éste disparaba. Hay huellas en los periódicos de aquellos días. Lo recordaba por ejemplo, Adriano Sofri en un artículo dedicado precisamente a las monjas: «En la tarde del atentado en la plaza de San Pedro, se dijo que una monja se había arrojado contra Ali Agca para desviar el disparo».

Sin embargo, según parece, todo el mundo sobrepuso la figura de la monja de la que habla Agca, la que le sujetó del brazo, con otra que más tarde bloqueó su fuga. Un error que se debió tal vez a que la única monja localizable e identificada por la policía en el lugar de los hechos fue la segunda, que llegó incluso a testificar en el juicio. De la primera, en efecto, no queda rastro, no fue identificada por la policía, no permaneció en la plaza de San Pedro tras haber aferrado el brazo derecho del agresor impidiéndole que volviera a disparar. Es como si se hubiera volatilizado. Estamos rozando — como bien puede entenderse— el misterio, lo sobrenatural y no faltará desde luego quien tuerza la nariz. Los místicos, como dice Jean Guitton, trastornan nuestras presuntas certezas físico-matemáticas porque abren de par en par ante nosotros otras dimensiones, nos hacen intuir cuán corta es nuestra vida y permiten que lo Eterno irrumpa en el instante presente.

De esta forma, incluso lo imposible se vuelve comprensible: la noticia de una monja que vive en un convento de clausura en Toscana y que, en bilocación, impide un día al agresor del papa volver a disparar. Por lo demás, los testimonios acerca de la bilocación de sor Rita y del padre Pío, como veremos, son numerosos e indiscutibles. Además, los hechos concuerdan

objetivamente con la «revelación» relativa a sor Rita. El primero es la confesión de Ali Agca, quien habla de una monja que le cogió del brazo impidiéndole que siguiera disparando. El segundo hecho es el testimonio de la tal «sor Lucia» que impidió la fuga de Agca.

No resultó fácil llegar hasta ella (indirectamente por lo demás). Yo sabía que vivía en un convento de Génova, pero que no hablaba con los periodistas. Sin embargo, recientemente, el 10 de enero de 2006, escribió su propia evocación del atentado para L'eco di Bergamo. Sor Lucia Giudici —que en realidad como religiosa se llama sor Leticia— escribe: «Sí, me tocó justo a mí agarrar a Ali Agca mientras intentaba huir de la plaza después de haber disparado contra el Santo Padre. Aquel día, esperé en vano a que alguien lo interceptara, pero todos los peregrinos y turistas se quedaron desconcertados y aturcidos mientras observaban cómo el papa, herido gravemente, era trasladado al hospital Agostino Gemelli. Todo ocurrió en un puñado de minutos y yo, instintivamente, busqué la ocasión para interceptarlo y sujetarlo hasta el momento de entregarlo a la policía».

Sor Lucia no dice en ningún momento que se hallara al lado del agresor ni que le sujetara el brazo, es más, sitúa su gesto después de que el agresor hubiera disparado, mientras intenta huir. Por lo tanto, nos proporciona una respuesta. Pero es necesario entender con precisión a qué distancia se encontraba del asesino turco. ¿Cómo conseguirlo? Consigo averiguar que sor Lucia es originaria de un pueblecito de la zona de Bérgamo y que, en estos días en que estoy escribiendo, se encuentra allí de vacaciones. Gracias a la valiosa colaboración de Ettore Ongis, director del Eco, consigo que alguien vaya a verla el 23 de agosto de 2007 a la salida de la misa de seis, y allí, informalmente, proporciona una explicación más precisa que considero definitiva. Es ésta: Ali Agca se hallaba delante de la monja, a una distancia de diez metros. Disparó dos veces, después se dio la vuelta y echó a correr, dirigiéndose hacia la columnata de Bernini, es decir, hacia ella. Dado que nadie lo detenía, ella extendió los brazos para bloquearle el camino. El

entonces apuntó su pistola contra ella, pero moviéndose para retroceder, perdió el equilibrio y fue en ese momento cuando ella lo sujetó hasta que llegaron otras personas y al final los carabineros, que lo esposaron.

De modo que ahora estamos seguros: sor Lucia se hallaba lejos de Agca en el momento de los disparos, estaba a diez metros, luego no es ella la monja que —según las propias palabras del agresor— «en determinado momento me cogió del brazo derecho, por lo que no pude seguir disparando. De no haber sido así, habría matado al papa». (*Es cierto que cuando se encontró la pistola de Agca, estaba encasquillada, pero, como ha explicado él mismo, se encasquilló mientras huía, después del atentado, cuando intentó disparar de nuevo. Por lo tanto, si solo pudo efectuar dos disparos contra el papa fue porque aquella monja se lo impidió*).

Pero si no era sor Lucia, ¿quién habrá podido ser esa monja que nunca llegó a ser identificada en el lugar de los hechos por la policía, porque, después del atentado, parece haberse volatilizado de la plaza de San Pedro?

El padre Franco D'Anastasio puede revelar hoy la confidencia recibida de sor Rita porque ésta murió en 1992

Por lo tanto, ya no está obligado a guardar el secreto.

(*El padre Franco D'Anastasio tomó nota escrupulosamente también de una entrevista televisiva con Agca en la que el agresor explicó explícitamente que la monja que le impidió disparar más veces no era la monja que luego le interceptó. La grabación de esa entrevista no está en poder del padre Franco D'Anastasio, quien sólo conserva sus minuciosas notas. Con todo, podemos afirmar que las palabras recogidas en el acta judicial de Agca, citadas por el juez Martella, unidas a la reconstrucción de sor Lucia, nos permiten comprender con certeza que quien agarró el brazo del agresor mientras disparaba fue una segunda monja*).

Y su testimonio, contenido en un fascículo, una «biografía pro manuscrito de sor Rita» fue enviada al Vaticano hacia el año 2000 y

debe haber sido leída y muy tenida en consideración entre sus muros. Una copia le fue enviada al papa personalmente, en efecto, con una carta de presentación del padre D'Anastasio, quien le indicaba expresamente las páginas que atañían al atentado de 1981.

¿Leyó Juan Pablo II aquellos documentos? ¿Cuál pudo ser su comentario? No se sabe. Sin embargo, en 2007, el cardenal Stanislaw Dziwisz, arzobispo de Cracovia y antiguo secretario del pontífice polaco, hizo llamar al padre D'Anastasio y le pidió que repitiera bajo juramento su testimonio sobre el atentado y las palabras que escuchó de sor Rita para el proceso de beatificación de Karol Wojtyla, que se había abierto en Cracovia.

En el mismo sentido había sido llamada a declarar, qué casualidad, sor Lucia Giudici. Esto nos lleva a considerar que sus dos testimonios —en el proceso que alzaría al papa Wojtyla a los altares— sufragarán de manera especial la tesis de la intervención sobrenatural de la Virgen para proteger al papa aquel 13 de mayo de 1981. Por lo demás, sor Rita proporcionó otros elementos interesantes al padre D'Anastasio, inmediatamente después del atentado. Los resumo en una síntesis: «El agresor no hablará. Las balas que hirieron al Santo Padre estaban envenenadas. Con él había otros dos que huyeron. Había una trama internacional contra el papa y la Iglesia». Iluminaciones todas que después encontraron su confirmación puntual en las investigaciones judiciales y en los acontecimientos posteriores.

De modo que puede decirse que frente al oscuro plan contra el papado y la Iglesia, el Cielo opuso una tarea de salvamento que empieza con las apariciones de Fátima y con el padre Pío y, aquel 13 de mayo de 1981, llega también a sor Rita. Pero ¿qué tiene que ver sor Rita con el padre Pío? La «niña», así la llamaba el padre, fue en realidad una de sus hijas espirituales desconocidas hasta ahora.

Su caso está saliendo a la luz precisamente ahora y es previsible que pronto pueda emprender la Iglesia la tramitación para evaluar

sus virtudes heroicas y su santidad. De esta manera emergerán nuevos episodios como el que acabamos de referir. Pero ya podemos estar seguros de que tanto ella como Juan Pablo II forman parte de la gran «misión histórica» del santo del Gargano. Dejan translucir su secreto. El misterio de esa misión suya.

Como llegó a decir el cardenal Siri —hombre de iglesia acostumbrado a ponderar mucho sus palabras— «el hecho del padre Pío es aquel en que se lee la verdadera realidad de nuestro tiempo».

Para adentrarnos en el conturbador «secreto» del padre, es necesario olvidar la imagen folclórica que le ha sido adosada por los medios de comunicación (en los que el padre Pío acaba por convertirse en el pretexto de una mera pasarela) y de la hostilidad algo desdeñosa del establishment clerical que Juan Pablo II erradicó, llegando a la canonización del padre, pedida a grandes voces por el pueblo cristiano. Por más que esa sorda hostilidad, tras la desaparición de Juan Pablo II, parece volver a haber levantado la cabeza y hoy se multiplican sus señales, procedentes otra vez del ámbito clerical (*Como añadido a las dos terribles persecuciones que padeció en vida, sobre el padre Pío, después de su muerte, en el clima de mundanización posconciliar, se abatió la grave desconfianza del establishment clerical modernista y laicista. El periodista americano Kenneth L. Woodward escribía, antes de la canonización: «El padre Pío es una figura de la vieja mentalidad eclesiástica, uno que había identificado la santidad con lo sobrenatural, en vez de con las obras de bien y la protesta política. Muchos capuchinos se muestran indiferentes o incluso hostiles a la causa del padre Pío precisamente a causa de sus dones místicos»*).

Han sido muchos quienes han intentado relatar su vida y su figura. Pero su secreto, que nos atañe a todos y que probablemente se despliegue en los próximos años, sigue siendo inaccesible. Aludió a su existencia el propio padre Pío, de manera inequívoca,

por más que discretísima. Buscar esas pequeñas alusiones es como ir en búsqueda de pepitas de oro en lo profundo del océano, aunque resulta posible hallar algún rastro en las confidencias epistolares a los directores espirituales de sus años juveniles (hay que tener en cuenta que el padre Pío solicitó explícitamente a su destinatario que esas cartas (*Las cartas del santo han sido recopiladas en los cuatro volúmenes de la obra de Padre Pío de Pietrelcina, Epistolario, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, 2002, al cuidado de Melchiorre da Pobladura y Alessandro da Ripabottoni*) fueran destruidas o por lo menos que no fueran vistas por nadie más).

La primera referencia se halla en una carta del 7 de abril de 1913, dirigida al padre Agostino, su director espiritual. Primero expone cuanto el Señor le ha dicho que diga a sus superiores, para concluir después: «Jesús siguió hablándome, pero lo que me dijo no podré revelarlo jamás a criatura alguna en este mundo».

La segunda alusión, discretísima también, aunque más clara, está fechada el 18 de agosto de 1918 (un mes antes de la estigmatización visible). Escribiendo a su confesor, le refiere, como de costumbre, algunos momentos de su íntimo diálogo con Dios: «Sean elevadas a ti infinitas loas y agradecimientos, oh, Dios mío. Pero tú aquí me ocultaste a los ojos de todos, pero una misión grandísima tenías desde entonces reservada a tu hijo: misión que a ti y a mí sólo nos es conocida. ¡Dios Mío! ¡Padre Mío!».

Yendo a rebuscar en el maremagno de los documentos del padre o sobre el padre, en los inmensos volúmenes que recopilan las cartas del proceso de beatificación o en su Epistolario, no se encuentran mayores aclaraciones. Sólo algunas implícitas. Como cuando le confía llorando a una hija espiritual que le preguntaba acerca de lo que le ocurría durante la misa: «¡Mi responsabilidad es única en el mundo!». Y en otra ocasión: «Los muchos misterios de mi corazón solo serán desvelados allá arriba».

Por lo demás, debe de tratarse de un «secreto» más grande aún de cuanto él mismo pudo comprender, por lo menos al principio, si

en una carta al padre Agostino, a quien sin embargo confiaba las cosas más íntimas, escribe: «Cuántas cosas querría decirle, oh, padre, pero no puedo: reconozco que soy un misterio para mí mismo». Por más que se trate de algo increíble, debemos aceptar que el padre Benedetto, su director espiritual, acertó en pleno cuando definió su misteriosa misión como una «vocación para corredimir». De lo que se trata, sin embargo, es de comprender qué significa y qué consecuencias sobrecogedoras tuvo y sigue teniendo actualmente una «misión» semejante.

Acerca del «misterio» del padre Pío, por otra parte, tenemos además otro excepcional documento. La revelación sobrenatural que tuvo Lucia Fiorentino (*Lucia Fiorentino (1889-1934) ingresó muy joven en la Tercera Orden franciscana, llevando una intensa vida espiritual. «Hubiera deseado consagrarse a Dios en la vida religiosa, pero sus padres se opusieron. Desde 1916, fue una de las animadoras del grupo de almas pías, sedientas de perfección, que se reunió en torno al padre Pío» . En su Diario, se lee: «Con frecuencia Jesús me hablaba en locución (como la llamó el Padre cuando le manifesté mi entero estado de ánimo). Oía a menudo estas voces interiores junto a inspiraciones. El Padre juzgó que todo era obra de Dios y no fantasía, como a menudo me decía Satanás» . Lucia «murió en febrero de 1934, después de haberse ofrecido como víctima por el apostolado del padre Pío, durante los años en los que éste estuvo segregado (1931-1933).*

De ello habla en el Diario que escribió por orden de sus directores espirituales. Todo está recogido en las actas del proceso de canonización del padre Pío. Lucia supo por el propio Jesús en 1906 de la llegada a San Giovanni Rotondo de un sacerdote equiparado a un «árbol de desmesurada grandeza».

En aquella época, el padre era aún un joven fraile que vivía en el seminario capuchino de Morcone y ella hizo distintas suposiciones sobre quién podía ser aquel sacerdote. Algunos años más tarde, el padre Pío llegó a San Giovanni Rotondo y se convirtió en su

director. El 19 de agosto de 1923 fue el propio Jesús quien se lo explicó todo: «Jesús me decía: “¿Te acuerdas de lo que te manifesté en 1906, mientras estabas enferma?”. “Sí, me acuerdo.” Jesús me había dicho, como siempre, en locución: “Vendrá de lejano un sacerdote, simbolizado en un gran árbol, que se debía plantar en el convento. Un árbol tan grande y tan bien enraizado que debía cubrir con su sombra el mundo entero”. Aquellos que, por tener fe, se refugien bajo ese árbol, tan hermoso y rico de hojas, obtendrán la verdadera salvación; por el contrario, a quienes desprecien y escarnezan ese árbol Jesús les amenazaba con castigos. Y así ahora me explica que el árbol es el padre Pío que, venido de lejos, se ha enraizado en el convento por voluntad de Dios, y las que se refugian bajo él son esas almas, guiadas por él que obedecen con fe y seguirán adelante; mientras las que lo desprecian, lo escarnecen y lo calumnian serán castigadas por Dios».

Hay otro «documento» extraordinario que proviene una vez más de una mística, la sierva de Dios María Francesca Foresti (en el siglo Eleonora Foresti), fundadora de las Monjas Franciscanas Adoradoras, cuyo proceso diocesano de beatificación sigue abierto en Bolonia. Conoció al padre Pío en 1919 y en su Diario refiere que Jesús le reveló en visión que había salvado a Italia de una revolución comunista en 1920 gracias a las plegarias del padre Pío. *(En aquel año, se verificaron en efecto, graves desórdenes que culminaron con la ocupación de las fábricas del norte industrial (empezando por la de Alfa Romeo, en Milán, el 30 de agosto) y aproximadamente medio millón de trabajadores se vieron involucrados en la revuelta. La historiografía ha denominado «el bienio rojo» a este periodo de graves revueltas sociales que siguieron al ciclón de la guerra).*

Y después le habló del fraile con estas sobrecogedoras palabras: «El alma del padre Pío es una fortaleza inexpugnable (...). Es mi refugio ante las ingratitudes de los hombres (...). Tiene mi mismo imperio porque yo Jesús, vivo en él (...). Es la obra maestra de mi misericordia. A él le he conferido todos los dones de mi Espíritu,

como a ninguna otra criatura. ¡Es mi perfecto imitador, mi Ostia, mi altar, mi sacrificio, mi complacencia, mi gloria!» Palabras vertiginosas, sobre las que no sabríamos expresar un juicio, pero que vuelven a plantear la cuestión del misterio del padre Pío (*También el padre Gabriele Amorth, célebre exorcista que fue amigo del padre Pío, se confiesa convencido de la existencia de esta misteriosa misión*).

El único que ha intentado dar una respuesta ha sido el cardenal Siri: «¿Un hombre que ha permanecido crucificado durante medio siglo? Todo eso ¿qué quiere decir? ¿Sabéis por qué subió Jesucristo a la cruz? Subió a la cruz por los pecados de los hombres y cuando en la historia aparece algún crucifijo (...) eso quiere decir que el pecado de los hombres es grande y que para salvarlo es necesario que alguien regrese otra vez al Calvario, vuelva a subir a la cruz y allí permanezca sufriendo por sus hermanos. Nuestro tiempo tiene necesidad de gente que ofrezca lo que el Hijo Unigénito sufrió (...). En eso consiste toda la cuestión del padre Pío».

Eso explica por qué a través de él pasó y sigue pasando un caudal semejante de gracias de todas clases. Como él mismo le había predicho a Giovanni Bardazzi: «Tú les dirás a todos que, después de muerto, estaré más vivo que nunca. Y a todos los que vengan a pedir, nada me costará darles. ¡De los que asciendan a este monte, nadie volverá con las manos vacías!».

Parte primera ENTRE BASTIDORES

ALGUIEN QUE SUFRA EN MI LUGAR.

En el Apocalipsis, cuando el Verbo divino dice:
«Ecce adsum», la respuesta es la Cruz y Cristo
que se reclina sobre ella. Soy yo, no temáis.

¿Vuestra cruz? Heme aquí en ella.

Es la única respuesta, no existen otras.

PAUL CLAUDEL

Vendrá un día en el que los hombres
no podrán pronunciar el nombre de Jesús
sin derramar lágrimas.

GEORGE BERNANOS

Por qué hay tanto sufrimiento? ¿Por qué existe el mal y, sobre todo, el dolor de los inocentes? Si Dios existe, ¿por qué lo permite? Si es omnipotente, ¿por qué no nos lo evita? ¿Tal vez porque no es omnipotente en realidad? ¿O bien porque no es bueno? ¿Cómo es posible que se muestre tan gélidamente indiferente ante el suplicio de los seres humanos? «No existe ningún interrogante tan acuciante para los hombres» ha reconocido el mayor teólogo del siglo XX (*Hans Urs Von Baltasar*, *Incontrare Cristo*. *Von Baltasar ha*

dilucidado también las tentativas del hombre para responder a la inmensa cuestión planteada por el sufrimiento).

Si hay una cuestión que aúna a las personas cultas y a las simples es ésta. Es un extravío que recorre todos los siglos (*Fue Boecio el primero en sintetizar este dramático interrogante con la pregunta: «Si Deus unde malum?». Si Dios ha creado y gobierna el mundo, ¿por qué existe el mal en ese mismo mundo?».*

Pero es especialmente la herida dolorosa de nuestro tiempo, cada vez más descristianizado. Es una queja, un grito, desesperado en ocasiones, que se oye resonar en las vidas cotidianas de la gente común y que se despliega en las páginas de la filosofía y de la literatura contemporáneas.

Es ésta la auténtica gran «objeción» de la modernidad frente a Dios. En la antigua revelación bíblica, a decir verdad, Dios contestó al extravío del hombre a través de los profetas, quienes desvelan su vehemente compasión, equiparada incluso al amor de una madre por su hijo: «Como uno a quien su madre consuela, así yo os consolaré» (Is 66,13). «¿Acaso olvida una mujer a su niño, sin dolerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas personas se olvidasen, yo jamás te olvidaría» (Is 49,15).

La propia «misericordia» de Dios anunciada por los profetas contiene esta evocación materna, ya que la palabra hebrea «misericordia» proviene del término «rahamim», que significa «útero»: hasta tal punto es apasionada y materna la compasión que siente Dios por el hombre. Pero los hombres no escuchan a los profetas (*Dice el profeta Oseas: «Cuando Israel era niño, lo amé, / y de Egipto llamé a mi hijo. / Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: / ofrecían sacrificios a los Baales, / e incienso a los ídolos. / Yo enseñé a caminar a Efraím, / tomándole por los brazos, / pero ellos no sabían que yo los cuidaba. / Con cuerdas humanas los atraía, / con lazos de amor, / yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, / me inclinaba hacia él y le daba de comer». (11, 1-4).*

De este modo, nuestro tiempo ha creído liquidar a Dios completamente y para siempre. Acaso imputándole precisamente a El el mal del mundo y el sufrimiento. En la película Centochiodi de Ermanno Olmi, se siente el eco de esta acta de acusación contra el Cielo. El protagonista, en efecto, trona: «Será Dios quien el día del juicio tenga que responder de todo el sufrimiento que hay en el mundo».

En realidad, Dios ya vino a «responder» y ya se sometió a nuestro juicio y a nuestra condena. El mal que hay en el mundo lo hemos perpetrado nosotros contra El, pero El, el Hombre-Dios, contestó a ello, cargó con todas nuestras culpas sobre sus hombros de inocente y se dejó condenar a muerte en nuestro lugar. Pagándolo todo. Es el Creador el que hubiera debido pedirnos cuentas por nuestra rebelión, por nuestra maldad que ha envenenado la creación, por nuestra ingratitud y por nuestros gigantescos delitos. Por el contrario, envió a su Hijo a pagar nuestras deudas y las consecuencias de nuestra elección del Mal que nos ha hecho sus esclavos.

Y El, el manso cordero del sacrificio, la Inocente Bondad, se dejó masacrar por nosotros. Y nosotros, malvados y atemorizados ante el castigo por nuestras culpas, nos escondemos todos detrás de él que paga por nosotros. En un hermoso poema de Péguy, habla Dios Padre que al final de los tiempos ve afluir al juicio «la estela enorme de los pecadores», como un navío, y «el navío es mi propio hijo, cargado con todos los pecados del mundo. / Y la punta del navío son las dos manos unidas de mi hijo. / Y ante la mirada de cólera / y ante la mirada de mi justicia / se han escondido todos detrás de él». El se inclinó sobre el sufrimiento humano, curó a ciegos, a paralíticos, a sufrientes de todo tipo, sanó, consoló, enjugó las lágrimas. Y nosotros lo atamos como a un criminal, la emprendimos a puñetazos con él, le desfiguramos el rostro, le escupimos a la cara, lo escarnecemos, abofeteamos, torturamos. El—que hubiera podido aniquilarnos con una sola palabra— se dejó arrancar la barba, flagelar sin queja alguna hasta que toda la carne de su

cuerpo quedó desgarrada de la cabeza a los pies. Se dejó clavar en la cabeza decenas de espinas entre dolores atroces, se dejó descarnar los huesos de los hombros por la pesada cruz y clavar después las extremidades en la madera sobre la que acabó por morir sofocado. Le negamos, en sus últimos minutos, hasta un poco de agua, dándole a beber una repugnante mezcla de hiel y vinagre.

Es una historia que todos creemos conocer, pero que no conocemos en absoluto. Deberíamos releerla, línea por línea. Meditarla línea por línea. Llorarla línea por línea, porque de quien se está hablando es de nosotros. De mí y de ti que lees, amigo. Nos quejamos a menudo, pero —como reconoció una vez Franz Schubert— «no hay nadie que comprenda el sufrimiento de los demás, nadie que comparta sus alegrías. Creemos siempre caminar hacia el otro y, por el contrario, solamente caminamos a su lado».

Uno solo cargó con todos nuestros pesos, nuestros dolores y nuestras culpas sobre sus hombros. El Evangelio contiene una serie de detalles impresionantes que se nos escapan a menudo. Cuando Jesús, durante la última cena, se levanta en determinado momento, coge un poco de agua, un trapo y se inclina para lavarles los pies a sus discípulos, hace un gesto que los sorprende y los sobrecoge. Porque era una tarea reservada a los esclavos. Pues bien, Jesús nos lo hace a nosotros, como si fuera nuestro esclavo. Es algo inmenso. El, que es Dios, dice: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt 20, 28). Es algo realmente vertiginoso, un Dios loco de amor. Joseph Ratzinger en su libro *Jesús de Nazaret* ha puesto de relieve un detalle: él, para hacer eso, se arrodilla ante cada uno de nosotros («*Antes del don de la Eucaristía, se arrodilló ante sus discípulos y les lavó los pies sucios, los purificó con su amor humilde*»).

Dios omnipotente que se arrodilla (¿es que no lo entendéis?) ante mí, ante ti, ante cada uno de nosotros. No sólo se hizo hombre para socorrernos, no sólo quiso padecer por nosotros toda clase de suplicios para acabar en la muerte, expiando en nuestro lugar, sino que se arrodilló ante cada uno de nosotros, se humilló hasta

semejante extremo (...) Para mendigar el amor de cada ser humano, de esa nimiedad llena de maldad y de mezquindad. Así pues, ¿qué es en realidad un hombre ante los ojos de Dios? ¿Cuánto valemos cada uno de nosotros para ser considerados de esa forma por el Creador? Ni siquiera por los ángeles hizo algo así. Pero lo hizo por cada uno de los seres humanos, incluso por el más minúsculo que vive ya en el regazo de su madre, mejor dicho, mucho más por éste. Incluso por el miserable que vive despreciado en los vertederos de Bombay o esclavizado en Mauritania, mucho más por éste. El único Dios, el Creador, se arrodilla ante él, le lava los pies y entrega su vida por él.

¿Quién se atreverá a despreciar a cualquier ser humano? ¿Qué poder terrenal podrá volver a esclavizarlo? Jesús se arrodilla incluso ante Judas, aquel que repugnantemente lo había vendido. Cuando aparezca en Getsemaní seguido por una multitud de guardias armados, Jesús le dirá «amigo mío», palabras que pretendía que recordara para vencer, más tarde, la desesperación por la que, por el contrario, Judas se dejará arrollar. Cristo deseó hasta el fin salvarlo.

Poco antes, Jesús, durante las tres horas de devastadora angustia en Getsemaní, tuvo un claro conocimiento de todos los pecados concretos de cada uno de nosotros, de todos los horrores de la historia, de todos nuestros dolores y nuestras angustias, además y, por último, de todos los actos de amor hacia El, hasta llegar al martirio, que habrían de llenar los siglos. Consolándolo. Nos miró a la cara a través de los siglos. Uno por uno (*El padre Pío meditó largamente acerca de este misterio. Escribió páginas conmovedoras: «Todos nuestros pecados, con todos sus horrores, se alinean ante él con todos sus detalles. Ve toda la maldad y la malicia de las criaturas al cometerlos. El conoce muy bien hasta qué punto tales pecados dañan y ultrajan la Majestad de Dios (...). Y con todo ese inmundo amasijo de corruptelas debe revestirse El y presentarse ante la Santidad de Su Padre, para expiarlos todos con*

penas concretas (...) para purgar esa cloaca en la que con indiferencia desdeñosa se arrebuja el género humano»).

Y vio cuán vilmente hemos traicionado su amistad.

Y fue pensando en cada uno de nosotros cuando dijo: «Me han odiado sin motivo» (Jn 15, 25). El padre Eugenio Bemardi nos explica: «Jesús estaba devorado por el deseo incomparable de inmolarse totalmente por el bien de sus amigos. ¡Y todo eso, después de las pruebas recibidas de la ingratitud de los hombres y mientras se estaba consumando la conjura que le llevaría a la muerte!». Cargó con todo el sufrimiento del mundo, de todos los siglos, de todos los hombres, y se dejó torturar. Murió para derrotar también a la muerte, además de al dolor. Algo parecido no puede dejar de parecerse enorme e inaudito. Ni siquiera somos capaces de considerar que un inocente ha expiado las culpas por nosotros, pagándolo todo hasta la última gota de sangre, en lugar de nosotros, los culpables.

El propio Tomás de Aquino decía: «Esta verdad, o sea, que Cristo murió por nosotros, es tan ardua, sin embargo, que a nuestra inteligencia le cuesta entenderla, es más, ni siquiera consigue imaginársela. Eso es lo que afirma el profeta Habacuc cuando dice: voy a hacer una obra en vuestros días que no creeríais si os la contasen (Hb 1,5). Tan grandes son, en efecto, los dones de Dios y su inmenso amor por nosotros que superan toda nuestra capacidad de comprensión».

Tras ser enterrado su cuerpo martirizado, al alba de aquel 9 de abril del año 30, una luz cegadora emanó de su cuerpo y la sábana que lo cubría se desplomó sobre sí misma, conservando impresa la huella, como a causa de una quemadura, de aquel rostro majestuoso y de aquel cuerpo crucificado. Ahora, incluso la muerte había sido derrotada para siempre. Los científicos nos dicen que hay tres cosas ciertas sobre la Sábana Santa, cuya imagen es científicamente inexplicable: 1) que envolvió el cuerpo de un hombre que murió crucificado; 2) que ese cuerpo no permaneció en la tela durante más de cuarenta horas, porque no queda la menor huella de

fibrinolisis ni de putrefacción; 3) que el cuerpo no fue retirado de esa tela, sino que es como si se hubiera desmaterializado, pues no hay alteraciones de las manchas de sangre que, en caso de cualquier movimiento del cuerpo, hubieran resultado inevitables. Jesús, aquella mañana, resucitó. Y hoy está vivo.

Es ésta la noticia que —desde hace dos mil años— se ha ido esparciendo por el mundo y que viene llamada «cristianismo». Esta decisión voluntaria del Señor, la de salvarnos no a través de la fuerza —como hubiera podido, sino a través del amor, cargando con nuestras culpas, para que fuera el amor y no la fuerza quien tuviera la última palabra, porque ésa es la senda que salva nuestra libertad y nos descubre la felicidad, corresponde también a la profunda necesidad humana de compasión. Lo captó magistralmente Soren Kierkegaard en esta página:

Oyente mío, si tú mismo has sido, o tal vez sigas siendo, sufriente, o bien si has conocido a quien sufre, acaso con la buena intención de ofrecerle consuelo, sin duda habrás escuchado a menudo la común protesta de quien sufre: «Tú no me comprendes, sí, no me comprendes, no te pones en mi lugar. Si te pusieras en mi lugar, si fueras capaz de ponerte en mi lugar y comprenderme entonces a fondo, hablarías entonces de otra manera». Hablarías de otra manera, lo que, en el lenguaje de quienes sufren, quiere decir: tú también verías y entenderías que no existe consuelo. Esa es pues la protesta, quien sufre protesta casi siempre porque quien pretende consolarlo no se pone en su lugar.

Pues bien, nos explica Kierkegaard:

Sólo hay uno que puede ponerse hasta el fondo en tu lugar y en el de todo sufriente: el Señor Jesucristo (...). El sabe tener compasión. Y que él no pueda dejar de tener compasión se ve precisamente en el hecho de que por compasión sufrió toda clase de penalidades y a nuestra misma manera: fue precisamente la compasión lo que le decidió a venir al mundo (...). Cristo se puso

hasta el fondo en tu lugar. Era Dios y se hizo hombre: así se puso en tu lugar. Eso desea efectivamente la auténtica compasión humana: ponerse en lugar de quien sufre para poder dar realmente consuelo. Pero eso es precisamente lo que la compasión humana no es capaz de hacer; sólo a la compasión divina le resulta posible. Y Dios se hizo hombre. Se hizo hombre, y se hizo ese hombre que, entre todos, todos sin excepción, más ha sufrido; jamás ha nacido ni jamás nacerá o podrá nacer ser humano en grado de sufrir cuanto él. ¡Oh, cuánta seguridad a causa de Su compasión, cuánta compasión ofrece semejante seguridad! Al compadecer, abre sus brazos a todos los sufrientes; venid a mí, dice, todos vosotros que sufrís y os sentís oprimidos; venid a mí.

Ese pasaje del Evangelio dice bastante más aún: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28). Además, el propio Kierkegaard cita un pasaje de la primera carta de Pedro, «Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros» (1 P 5,7). No sólo consuela, sino que carga con todos nuestros pesos y nuestros sufrimientos. Pero ¿realmente es así? ¿En qué sentido? ¿Y aún hoy sigue cargando Jesús con nuestra cruz? Pero ¿cómo, dónde, cuándo?

Indudablemente, no vivimos hoy en la Judea del año 30, cuando resultaba posible tropezarse con Jesús y ser sanados por sus manos y verle cargar con nuestros sufrimientos. Pero, en el fondo, no es distinto a entonces. Hay quien hoy protesta por no haber podido asistir a todas estas cosas tan lejanas en el tiempo. En efecto, —dice San Agustín—, «el nacimiento de la Virgen, los milagros, la pasión, la resurrección, la ascensión de Cristo y todas sus obras y palabras divinas, todo eso vosotros no lo habéis visto, por lo que os negáis a creerlo. Miradlo, pues, contempladlo, pensad en lo que estáis viendo porque no os es narrado como hechos del pasado, sino que os es mostrado como realidad del presente (...) Todas esas cosas ya pasadas en relación a Cristo no las veis, pero

no podéis negaros a ver las que están presentes en su Iglesia». En efecto, «hoy también suceden milagros en su nombre». El gran santo, padre de la Iglesia, afirma en una homilía suya: «En nuestras manos tenemos las Sagradas Escrituras, en nuestros ojos los hechos».

Tenemos el testimonio de las Sagradas Escrituras, que describen la Pasión del Señor y sus llagas, gracias a las cuales fuimos sanados nosotros, pero —para nuestra incredulidad, que tanto se parece a la del apóstol Tomás— incluso hoy podemos ver y meter nuestros dedos en esas llagas de los clavos y de la lanza. ¿Es que acaso no nos ha sido concedido, gracias a la misericordia de Dios, en el seno de la Iglesia, el poder ver una señal como el padre Pío? ¿Es que no le ha sido concedido a millones de personas el poder experimentar —a través de sus llagas, que eran la renovación de las llagas de Jesús— la gracia de la sanación del cuerpo y del alma?

San Agustín se dirige a ti que no has visto al Señor resucitado y que no has tocado, como Santo Tomás, sus llagas, y dice: «Audi verba, cerne facta». Es decir: «Escucha las palabras (es decir, el testimonio de los suyos, en la tradición de la Iglesia que testimonia esa resurrección) y «contempla con inteligencia los hechos». Nosotros, en efecto, nos hallamos en la misma situación que los apóstoles y que Tomás, quien pudo meter sus dedos en esas heridas; también a nosotros se nos han proporcionado las pruebas visibles y tangibles, y también a nosotros se nos exige su misma fe en lo que aún no se ve.

Porque «apostoli videbant caput, sed futuram Ecclesiam non videbant» (los apóstoles veían la cabeza, pero no veían el Cuerpo místico, la Iglesia futura), «aliud videbant, aliud credebant» (unas cosas las veían, otras las creían), «Caput videbant, de corpore credebant» (vieron la cabeza, Jesucristo, y creyeron en la promesa de que la Iglesia se difundiría por el mundo y sería su cuerpo místico); «no videmus corpus, de capite credamus» (nosotros vemos el cuerpo y creemos en la cabeza). Es decir, como resume Giacomo Tantardini: «Nosotros vemos su Iglesia, vemos lo que él, estando

vivo, obra en los suyos. Por eso podemos creer nosotros también en la Cabeza».

E indudablemente, el haber podido ver y tocar hoy —al cabo de dos mil años— esas llagas que vuelven a sanarnos, en la carne de un hombre de Dios, en la carne visible de la Iglesia, es la señal más clamorosa de que la cabeza, Jesús, quien nos sanó a través de esas llagas, sigue vivo y activo hoy. He aquí su respuesta divina frente a la incredulidad de nuestros días: meted vuestros dedos en mis heridas (...). Esas llagas, en efecto, vienen presentadas en el Evangelio como la prueba suprema de la resurrección y de la divinidad de Jesús. Por eso exclama San Bernardo: «¡Afortunadas esas heridas que nos confirman la fe en la resurrección y en la divinidad de Jesús!».

En efecto, en las apariciones a su gente tras su resurrección, parece como si la preocupación de Jesús fuera, por encima de cualquier otra cosa, enseñarles esas llagas. En el Evangelio de Lucas, cuando los apóstoles se encuentran ante ellos a Jesús resucitado, se muestran «sobresaltados y asustados» porque «creían ver un espíritu» (Lc 24, 37). Jesús los tranquiliza de esta forma: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (Lc 24, 38-39).

Y en el Evangelio de San Juan se lee, después del hallazgo del sepulcro vacío: «Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, (...) se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20,19-20). Y una vez más, el apóstol Tomás, ausente en aquella ocasión, tras haber escuchado el relato de sus hermanos, expresó precisamente sus dudas sobre esas llagas, al ser evidente que esa «prueba física» demostraba irrefutablemente que el hombre que se les había aparecido era realmente Jesús y que había resucitado con su carne («Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo

en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20,24-25).

Jesús, en efecto, cuando regresa «ocho días después», acepta precisamente ese desafío, casi como preanunciando que lo mismo hará en el futuro, cuando lleguen tiempos de incredulidad: «Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: “La paz con vosotros”. Luego dice a Tomás: “Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente”.» (Jn 20, 26-27).

A fin de cuentas, Tomás lo tenía enfrente, lo veía, podía constatar así su resurrección. Pero Jesús quiso una vez más mostrar la condición tangible de esas llagas (que eran la prueba de su pasión por nosotros y de su resurrección) para responder precisamente al desafío del apóstol Tomás. En un cierto sentido, la manifestación hoy de esas mismas llagas tuyas en el cuerpo de un cristiano elegido por él, en estos tiempos nuestros de gran incredulidad, es de nuevo la forma mediante la cual responde Jesús al «desafío», y no sólo documenta con ello su resurrección y el hecho de que está vivo y presente aquí y ahora. Que es señor del tiempo y del cosmos, pero también que a través de esas heridas (como dice la Primera carta de San Pedro, 2,24) también hoy somos curados. (*El papa Benedicto XVI, en su discurso de Pascua de 2007, el 8 de abril, en la plaza de San Pedro, identificó precisamente al apóstol Tomás con nosotros los modernos, con nuestra incredulidad, con el escándalo del Mal. Y señalaba en la condición tangible de esas llagas, la respuesta del Señor ante esa incredulidad: «Todos nosotros —dijo Benedicto XVI— podemos vemos tentados por la incredulidad de Tomás. El dolor, el mal, las injusticias, la muerte, especialmente cuando golpean a los inocentes-¿no someten a dura prueba nuestra fe?. Y paradójicamente, sin embargo, precisamente en estos casos la incredulidad de Tomás nos es más útil y preciosa, porque nos ayuda a purificarnos de toda falsa concepción de Dios y nos lleva a descubrir su auténtico rostro: el rostro de un Dios que, en Cristo, ha*

cargado con las llagas de la humanidad herida...”Con cuyas heridas habéis sido curados” –1P 2,24: es éste el anuncio que Pedro dirigía a los primeros convertidos. Esas llagas que Cristo contrajo por amor hacia nosotros nos ayudan a comprender quién es Dios y a que repitamos nosotros también: “Señor mío y Dios mío”. Sólo un Dios que nos ama hasta cargar con nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo el de los inocentes, es digno de fe).

Las respuestas de teólogos y eclesiásticos sobre el Mal y el sufrimiento resultan a menudo débiles o teóricas, cuando no manidas o sentimentales. E incluso cuando expresan la verdadera doctrina de la Iglesia se exponen a los dardos del filósofo Leszek Kolakowski, quien se mofa de los «profesores titulares de las facultades de teología», que, en su condición de recientes amigos de Job, «hablan magníficamente, de manera elevada, dramática, arrebatadora» (*Las palabras de Kolakowski, por lo demás, no están dictadas por el cinismo. Añade, en efecto, que la solución —a su parecer— consiste en el «confiar en que existan designios divinos, que sean buenos, y entregarnos a la providencia», considerando que, a pesar de todo, «el mundo entero está empapado de amor» No deja de ser, en todo caso, una respuesta resignada más, que tampoco parece capaz de consolar realmente a nadie).*

C. G. Jung observaba que, cuando se veía discutiendo del tema del Mal con filósofos y teólogos, tenía siempre la sensación de que sus interlocutores se interesaban por las palabras más que por el «objeto».

Por el contrario, la palabra de Dios no es teórica en absoluto, (*escribe Von Balthasar que en el Antiguo y en el Nuevo Testamento «no se encuentra teoría alguna digna de relieve sobre el sufrimiento del mundo»*) porque el padre bueno sabe perfectamente que de la teología no proviene consuelo alguno. El «saber» la verdad no atenúa por sí mismo el dolor ni el extravío de criatura alguna. Y Jesucristo no abandona a nadie de aquellos por los que se entregó

a sí mismo. No murió y resucitó hace dos mil años para dejarnos después en el sufrimiento de antes, sino que irrumpe de nuevo en la historia, de manera prodigiosa (el Evangelio subraya que el Resucitado entra misteriosamente, a pesar de que el cenáculo tuviera las «puertas cerradas»). Hoy irrumpe de forma igualmente prodigiosa en la carne de un hombre enteramente suyo como el padre Pío y enseña sus llagas —exactamente como entonces— y a través de ellas, aun en nuestros días, cura, consuela, salva. Porque todos nosotros sentimos —como dice Benedicto XVI— que «solo un Dios que nos ama hasta cargar con nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo el de los inocentes, es digno de fe».

Es esta «sustitución vicaria» lo que trastorna, es decir, el hecho de que una persona pueda expiar voluntariamente las culpas de otros muchos y cargar sobre sus hombros sus sufrimientos para sanarlos. El propio Jesús había señalado la «sanación» de los hombres como señal de su carácter de Mesías (*Ante la pregunta del encarcelado San Juan Bautista de si era él el que había de venir, Jesús contesta: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva» -Mt, 11,5 y sig.*). Y la misión y el poder que les asigna a los doce es la de «exorcizar» (es decir, destruir el origen del Mal) y «curar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt, 10, 1). Hasta tal punto que el cristianismo ha sido definido como «una religión terapéutica», es decir —como ha escrito Joseph Ratzinger—, «una religión de la curación» (Joseph Ratzinger, Jesús de Nazaret,. *El papa añade: «Cuando se entiende con la profundidad necesaria, se ve expresado en esto todo el contenido de la “redención”*).

Es a causa de la expiación de Jesús por lo que se realiza toda curación. Dice proféticamente Isaías que, siendo por nosotros «despreciado», pese a todo «de hecho cargó con nuestros males / y soportó todas nuestras dolencias», fue «azotado» y «humillado». «Mas fue herido por nuestras faltas, / molido por nuestras culpas. /

Soportó el castigo que nos regenera, / y fuimos curados con sus heridas» (Is 53,3-5).

Si bien esta idea «hoy ya no nos cabe en la cabeza» seguimos sintiéndonos profundamente atraídos por alguien que paga por nosotros y asume en su propia carne nuestros sufrimientos. Es eso lo que fascina y conquista (en la Cruz, en efecto, Cristo es Rey). Por eso Jesús profetizó: «Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32) (*Es este «encanto» que es Cristo —y no una iniciativa propia— el resorte originario de la conversión y de la redención para cada hombre. En efecto: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae» (Jn 6, 44). Hay otra expresión profética de Jesús, en la que proclama explícitamente su identidad con Dios (con el Sagrado Nombre bíblico, «Yo soy») y anuncia la evidencia precisamente en la Cruz: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy» (Jn 8, 28). Impresionante resulta cómo se le da la vuelta a la mentalidad mundana: la «elevación» del Hijo hubiera debido ser el reconocimiento de su majestad, donde debía manifestarse la gloria del Padre. Y en efecto, el Hijo es realmente elevado, pero al trono de la Cruz, con la corona real de espinas y allí es realmente donde se manifiesta el Padre, porque El salva con el Amor y no con el Poder. Y demuestra que el Amor es más grande y más fuerte que cualquier poder.*).

ATRAÍDOS POR AQUEL FRAILE CRUCIFICADO

Cristo me lo trae todo, tan hermoso es.
JACOPONE DA TODI

Pero ¿por qué tanto entusiasmo en torno a un modesto fraile?,
se preguntarán aquellos que no tengan la suerte de conocerlo.
GOFFREDO BOMBACCI

A sus treinta años, el padre Pío tiene también un intenso encanto humano propio, como por lo demás Jesús, cuyo aspecto encantaba literalmente y llegaba al corazón. Se entiende a la perfección en los Evangelios. Escribe Karl Adam: «En su figura debió de haber algo radiante que atraía irresistiblemente a toda persona de sentimientos delicados, especialmente a los niños y a las mujeres. La exclamación admirativa que un día brotó espontáneamente de los labios de una mujer del pueblo es muy significativa: “ ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron! ” (Lc 11,27). La respuesta de Jesús: “ ¡Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan! (Lc 11,28), ¿no da acaso a entender que esa mujer se refería en parte a sus gracias corporales?».

Por otro lado, cuantos conocían a Jesús, empezando por los primeros que lo siguen (Juan, Andrés, Simón), al principio quedan todos impresionados y fascinados por su humanidad, por su persona, sin entender casi nada de lo que dice. Y sólo poco a poco,

en su amistad con él, siguiéndolo, se aventurarán en su divino misterio. Es Dios mismo —subraya la espléndida Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia— el que ha querido salvarnos a través de la humanidad de Cristo y ésta sigue siendo la única senda (*«Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos»*. Santa Teresa de Jesús, Libro de la vida).

También el padre Pío está «en plena lozanía de su juventud», como nos lo muestra alguna fotografía de la época. El arzobispo de Manfredonia lo describe así en 1920: «Es de ingenio despierto, mirada penetrante, buen aspecto y amables maneras, de forma que todos se sienten atraídos hacia él». Antes, incluso, de la aparición de los estigmas, en San Giovanni Rotondo hay mucha gente que busca al padre Pío, quien resume así su situación a su confesor: «Se me echa encima tal turba de almas sedientas de Jesús, que me llevo las manos a la cabeza».

Además, se ha congregado a su alrededor un pequeño grupo de jóvenes, impresionados por su persona, por su vida santa y por cómo les habla de Jesús, pues podría decirse que casi les hace que lo sientan presente. Su hija espiritual Cleonice Morcaldi, en su Diario, recuerda con emoción un día de verano (era su primer año de profesora en Monte Sant'Angelo), en el que pudo quedarse un rato hablando con el padre Pío. Es una página hermosísima, precisamente por ser absolutamente normal, sin hechos milagrosos, pero muy reveladora de cómo se difunde el cristianismo. Describe de forma maravillosa una experiencia que quizá les haya ocurrido a muchos: «(El padre) me habló de Jesús, de su amor. Sus palabras eran como chispas que encendían un delicioso fuego en mi corazón. Un amor tan fuerte y suave como jamás lo había experimentado en

mi vida hasta ese día. Estaba en ayunas pero no sentía necesidad de comer. Bajé al pueblo para ir a ver a mi madre: estaba sola y me sentía acompañada. Por el camino no me encontré con nadie. Me sentía en un mundo nuevo. Dios mío, pero, este padre ¿qué es? ¿Qué tiene para atraer como un potente imán e inflamar de tal manera el corazón? ¿No será que Jesús ha vuelto otra vez a este mundo bajo la apariencia de fraile?».

En efecto, el padre Pío inflamaba los corazones precisamente con su amor por Jesús. A su director espiritual le confía en una carta: «Todos los suplicios de esta tierra agrupados en un haz yo los acepto, oh Dios mío, yo los deseo cual porción mía, pero jamás podré resignarme ya a estar separado de vos por falta de amor (...) ojalá pueda disfrutar yo eternamente de la soberana belleza de vuestro rostro divino. Que no suceda nunca, oh, querido Jesús, el que yo pierda un tan preciado tesoro como sois vos para mí. Mi Señor y mi Dios, demasiado viva está en mi alma esa inefable dulzura que llueve desde vuestros ojos» (17 de octubre de 1915).

Más tarde, el 20 de septiembre de 1918, el perturbador acontecimiento de los estigmas, que el padre Pío vive con desazón, humillación y vergüenza, sintiéndose profundamente indigno de ello. Pocos meses después se divulgan las primeras noticias sobre este joven fraile del Gargano, de vida santa, que tiene estigmas, y muchos dolientes acuden allí para mendigar, para buscar y hallar auxilio, consuelo, curación ante el hombre de Dios que vivía en el aislamiento de San Giovanni Rotondo.

El pueblo cristiano tiene un profundo olfato «teológico». En efecto, antes que nada, esta riada de personas se siente atraída por esas impresionantes marcas del crucifijo impresas en sus carnes, que interpreta, adecuadamente, como un ancla de salvación enviada por el Cielo para una humanidad derrelicta en una época de tinieblas. No sorprende que el Cielo haya escogido a un seguidor de San Francisco, un fraile capuchino, orden que tiene como símbolo dos brazos entrecruzados, ambas con las manos llagadas por los clavos (la de Cristo y la de San Francisco). Pensando en esos dos

brazos y en esas dos manos, se hace fácil recordar el Magnificat: «Fecit potentiam in brachio suo». Extendió la potencia de su brazo (...). Porque a través de la cruz manifiesta su potencia y su majestad sobre la historia: «Stat crux dum volvitur orbis (...)».

Efectivamente, una infinidad de personas se sintió atraída por ese fraile, lo buscaron y se reunieron con él en aquella perdida aldea; un fraile que —téngase muy en cuenta— vivió, oculto y silencioso, (*en una carta, cuya fecha se desconoce, a una hija espiritual, escribe: «Reflejémonos en Jesús que conduce una vida oculta. Toda su infinita majestad está oculta entre las sombras y el silencio de aquel modesto taller de Nazaret. Por lo tanto, intentemos conducir una vida interior oculta en Dios. Sed amantes de la cruz. La prueba de amor más segura consiste en padecer por el amado y si un Dios padeció por amor tantos dolores, el dolor que se padece por El se vuelve tan amable cuanto el amor»*) toda la vida en unos pocos metros cuadrados, entre su celda, el altar y el confesionario del convento, alguien que no hizo nada para convocar a tantas personas, ni discursos, ni simposios, ni iniciativas públicas, ni entrevistas, ni libros, sino que se limitó a celebrar la Santa Misa y, sobre todo, confesaba entre quince y diecinueve horas al día y rezaba incansablemente durante horas y horas evitando el dormir y el comer durante años. Especialmente después de la estigmatización: «Acuden aquí innumerables personas (...) no tengo ni un minuto libre», escribe ya en 1919; «todo el tiempo empleado en liberar a los hermanos laicos de los lazos de Satanás. Bendito sea Dios».

Así fue durante cincuenta años, salvo los periodos en los que las persecuciones eclesiásticas se lo prohibieron. Es inimaginable la cantidad de personas que acudían al padre Pío y que se convirtieron a través de él, en años en los que las iglesias y los seminarios se vaciaban y hasta miles de sacerdotes arrojaban los hábitos.

Tomando en consideración 1967, el año que precedió a su muerte, cuando su estado de salud era ya extremadamente

precario, se ha calculado que en esos doce meses confesó a unas quince mil mujeres y diez mil hombres. Podemos imaginarnos rápidamente cuál podrá ser el total de cincuenta años de misión. En efecto, se ha calculado que hubo unos dos millones de personas que se le acercaron personalmente y que superan los diez millones quienes acudieron a San Giovanni Rotondo para asistir a sus misas.

Son números inauditos, especialmente si consideramos aquellos tiempos y las dificultades de desplazamiento. Un auténtico océano serán los que viajen a San Giovanni Rotondo después de su muerte. Sólo en 2006 —por poner un ejemplo— fueron aproximadamente seis millones de peregrinos, un número parecido al de quienes viajaron a Tierra Santa y a Jerusalén.

Pero volvamos a los años del padre Pío. Muchísimas serán también las personas que se dirijan a él desde lejos. Miles y miles eran las cartas que cada año recibía el padre. Podemos formarnos una idea de su número mediante estos simples y escuetos datos:

año	cartas desde Italia	desde el extranjero
1954	89.906	25.527
1955	59.884	23.301
1956	104.548	48.949
1957	103.107	67.381
1958	123.039	81.901
1959	162.242	124.711

En sólo seis años, recibió, por lo tanto, un total de 1.014.469 cartas. Si multiplicamos el conjunto por cincuenta años de misión, descubrimos que decenas de millones de personas se han puesto en contacto con el padre Pío desde lejos, escribiéndole para obtener intercesiones, gracias u oraciones, o para agradecerle cuanto habían recibido.

Y es que ya desde los primeros años estaba claro que la «acción» del padre Pío se extendía bastante más allá de los límites materiales del pueblo del Gargano y abrazaba, incluso, a millones de personas lejanas. «A San Giovanni Rotando, antes o después,

directamente o por delegación, indirectamente o mediante oración, llegan todas las tragedias del mundo».

Precisamente «por delegación», desde Roma, se pone en contacto con él y solicita su intercesión —ya en 1919, sólo un año después de la estigmatización— nada menos que el secretario de estado de Benedicto XV, el poderoso cardenal Pietro Gasparri. El prelado recomienda a la familia Rossi —portadora del mensaje— que acude a San Giovanni Rotondo para «confesarse con él y recibir la Santa comunión de sus manos», dado que está muy «atraída por la fama de santidad del padre Pío».

Pero el más alto prelado vaticano confía a sus mensajeros esta asombrosa consigna también: «1. Dígale al padre Pío que cada día, en la Santa Misa, ruegue fervidamente al Señor por el Santo Padre y por mí, al objeto de que nos ilumine y nos sostenga en las muchas tribulaciones en las que nos hallamos. 2. Una sobrina mía (...) fue a visitar al padre Pío, desea recibir un objeto personal cualquiera del padre; mándemelo a través de la familia Rossi».

Hay que recordar que el padre Pío es un joven fraile de treinta y dos años, que ha vivido hasta entonces «oculto» en el Gargano y que sólo hace unos cuantos meses que se habla de él (a su pesar). Pero es tal la evidencia de su santidad y la impresión provocada por ese «sello» de Dios en sus carnes que hasta los prudentísimos vértices de la Iglesia solicitan su intercesión. Benedicto XV tenía, en efecto, sus informadores. Y se había formado una sólida convicción acerca del fraile: «Un hombre verdaderamente extraordinario, de esos que Dios manda de tanto en cuanto a la tierra para convertir a los hombres».(*El papa no era un temerario. A quien le aconsejaba mayor prudencia, contestó: «Es justo ir con cautela, pero es un mal mostrarse tan incrédulos»*).

Este papa muere el 22 de enero de 1922 y sólo cinco meses después, el 2 de junio de 1922, empieza la persecución vaticana contra el fraile, sobre quien, ya el 24 de julio de 1920, había llegado al Santo Oficio el primer grave informe del poderoso padre Agostino Gemelli (de quien hablaremos), que liquida a ese «hombre

verdaderamente extraordinario» (como lo definía el papa) con valoraciones completamente opuestas.

Pero volvamos al inmenso seguimiento planetario que se formó alrededor del fraile del Gargano. La riada de gracias y milagros obtenidos mediante su intercesión se derrama también sobre muchas personas que vivían en cualquier rincón del mundo y que no habían podido acudir ni una sola vez a San Giovanni Rotondo. Un ejemplo de los primeros meses, más en concreto de 1921, recogido por Chiocci y Cirri, es el siguiente. Una monja de Montevideo, la madre Teresa Salvadores, estaba gravemente enferma del corazón, con una lesión cardio-aórtica y graves molestias debidas a un cáncer de estómago. Considerada definitivamente incurable por los médicos, se hallaba inmovilizada en la cama y necesitada ayuda por parte de sus hermanas para el mínimo movimiento. Sus hermanas —al venir a saber del fraile con estigmas que vivía en Italia— le escribieron implorando su intercesión. Pero demasiado tarde: precisamente el día en el que, según sus cálculos, la carta debía llegar a San Giovanni Rotondo, la madre se hallaba en plena agonía.

Pero, de pronto, llega la repentina y tempestiva respuesta. Justo en esas horas llega al convento una señora, pariente de monseñor Damiani, vicario de la diócesis de Salto, que acaba de llegar de Italia, donde precisamente había ido a visitar al padre Pío, trayendo consigo un guante que le había regalado el fraile.

He aquí lo que sucedió, según el testimonio de la monja, recogido por Chiocci y Cirri: «Me fue aplicado el guante en el costado, donde tenía una hinchazón tan gruesa como un puño y en la garganta, donde me sentía sofocar. A continuación, me quedé dormida. En sueños, vi al padre Pío, que me tocó el costado en la zona doliente, me dijo muchas cosas que no eran de esta tierra. El caso es que al cabo de tres horas me desperté, pedí mi hábito para levantarme de la cama donde yacía desde hacía meses, me levanté sin ayuda de nadie y bajé a la capilla (...) A mediodía fui al refectorio

y yo, que desde hacía años casi no probaba bocado, comí más que mis compañeras (...) Desde aquel día no volví a sentir nunca nada».

Chiocci y Cirri añaden un detalle: «El profesor Gianbattista Morelli, catedrático de la Universidad de Montevideo, y antiguo médico de cabecera suyo (...) volvió a examinar a la monja seis meses después de la curación y se convirtió él también en devoto del padre Pío».

Es una de las innumerables historias de gracias y curaciones prodigiosas que se verificaron a través del fraile de Pietrelcina. De ahí nace, entre otras cosas, ese inmenso caudal de caridad que tanta gente ha hecho afluir espontáneamente hacia el padre Pío, quien vivió hasta el último de sus días en total pobreza personal, pero que —bajo dispensa y encargo de la Santa Sede— (*Fue Pío XII, con decreto del 4 de abril de 1957, quien dispensó al fraile del voto de pobreza*) se vio obligado a actuar como administrador perpetuo de sus obras caritativas, empezando por ese inmenso «exorcismo» contra el mal que es la Casa Alivio del Sufrimiento, el mayor complejo hospitalario del sur de Italia, construida literalmente con las donaciones de los fieles al padre Pío. Este, a su muerte — pese a seguir siendo él mismo, como es obvio, paupérrimo—, administraba un patrimonio de aproximadamente doscientos millones de liras.

El cardinal Siri —tal vez el único alto cargo eclesiástico que ha meditado teológicamente sobre el misterio del padre Pío— dijo, hablando de los estigmas del fraile: «Los hechos ahí están. Creo que el pueblo, que tiene una intuición maravillosa en ciertas cosas, ha comprendido de inmediato quién es el padre Pío de Pietrelcina».

Se calcula que en el arco de veinticinco años —desde 1968 (año de su muerte) hasta 1993— la tumba del Siervo de Dios fue visitada por alrededor de cincuenta millones de fieles, procedentes de todas partes del mundo» (*por lo demás, entre los visitantes de la tumba del fraile figuraban también «un papa (Juan Pablo II), 42 cardenales, 30 arzobispos, 300 obispos y un número incalculable de sacerdotes»*).

Lo repito, cincuenta millones de peregrinos han subido hasta esa aldea del Gargano para rezar sobre su tumba. Y son muchos más los que lo han hecho después de su beatificación y canonización. De manera que el pueblo del padre Pío, en todo el mundo, abarca varios centenares de millones de personas, por lo demás sin organización alguna, como pudo verse en la ceremonia de canonización en la plaza de San Pedro, cuando entre las columnas de Bernini afluyó espontáneamente una multitud de más de medio millón de devotos, cifra absolutamente extraordinaria para esa clase de ceremonias. Es cierto que hay en Italia 2.714 grupos oficiales de oración del padre Pío y otros 793 en el mundo (datos de finales de 2005), pero estos grupos no pueden explicar números tan inauditos. El hecho es que dentro de la Iglesia universal, la devoción hacia el padre Pío se extiende cada vez más, y desbordando incluso sus grupos de oración. Una encuesta, circunscrita a Italia, realizada en octubre de 2006 por la empresa Swg para la revista *Famiglia Cristiana*, reveló que el padre Pío es, a gran distancia, el santo más invocado, el más venerado, el más cercano, el más amado. El suyo es un caso absolutamente extraordinario: se trata de un movimiento de conversión de masas que no tiene parangón. Presumiblemente, si tanta gente recurre a él, tanta gente le es devota (y tantos se han convertido) es por la solicitud y la obtención de gracias, ayudas o auxilio, intercesiones que él no parece negarle nunca a nadie (*En 2001 existían aproximadamente tres mil páginas web centradas en el padre Pío, a quien se han dedicado 210 monumentos en todo el planeta. Las dos miniserias televisivas sobre su vida, realizadas por los grandes grupos audiovisuales italianos, la RAI y Mediaset, alcanzaron un récord de espectadores, entre quince y veinte millones.*).

En efecto, nadie que acuda a San Giovanni Rotondo regresa con las manos vacías: un mar de gracias y de consuelos se derraman sobre el mundo a través de las heridas abiertas en el cuerpo crucificado de este fraile. Es un fenómeno colectivo incomprendido aún por la Iglesia misma y por la teología.

La irrupción, precisamente en nuestros tiempos, de una figura misteriosa y gigantesca como el padre Pío, capaz de proporcionar un alivio tan prodigioso al sufrimiento, ¿es casual? ¿Tiene algo que ver con esa gran pregunta moderna acerca del dolor, con esa «blasfemia» de nuestro tiempo? Los santos no brotan por casualidad, por lo que mucho menos ha de ser casual uno de los más grandes santos de la historia. ¿Qué nos ha querido decir Dios al suscitar su aparición? ¿Habrá querido responder tal vez a ese grito que se estaba elevando desde la tierra de los hombres?

El padre Pío ha sido canonizado, pero ¿se ha entendido de verdad —en la Iglesia y en la teología— la excepcional importancia, la profundidad mística y el significado del santo del Gargano, considerado todavía (sólo) un extraño taumaturgo popular? Me temo que no, al igual que es evidente que no se ha meditado en absoluto sobre el desastre de la doble persecución que sufrió a manos de las jerarquías eclesióásticas ni sobre los efectos y el sentido apocalíptico de semejante opresión.

Quien supo comprender de inmediato al padre Pío, con notable perspicacia profética, fue, como ya se ha dicho, Benedicto XV, el primer papa que oyó hablar de él, en 1918, cuando acababa de recibir la estigmatización. Según el cardenal Siri, «el padre Pío ha sido el mayor místico de nuestro siglo y uno de los más grandes de la historia de la Iglesia».

Pero ¿por qué ha aparecido hoy un santo así? Y, sobre todo, ¿qué significa el padre Pío? El cardenal Siri añade una reflexión vertiginosa: «Con los estigmas que lleva y con sus demás padecimientos físicos y morales, el padre Pío reclama la atención de los hombres sobre el cuerpo de Cristo como medio de salvación (...) Es una verdad tan importante que, cuando los hombres, a lo largo del curso de la historia, la han olvidado o han intentado tergiversarla, Dios ha intervenido siempre con acontecimientos, hechos, milagros. En nuestro tiempo, la tentación de olvidar la realidad del Cuerpo de Cristo es enorme. Y Dios nos ha enviado a este hombre con el cometido de atraernos a la verdad».

Pero ¿cómo pudo acaecer todo? Y, sobre todo, ¿qué ha acaecido realmente? ¿Y quién es en verdad el padre Pío?.

¿QUIÉN ESTÁ DETRÁS DEL PADRE PÍO?

Lo que sentimos cuando estamos enamorados
es acaso nuestro estado normal.
El amor le enseña al hombre cómo debería ser siempre.
ANTÓN CHEJOV

La verdad es que es necesario pasar
a través del heroísmo para llegar al amor.
HENRI BERGSON

Francesco Forgione, es ése su nombre, nace a las cinco de la tarde del 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina (Benevento), en el n° 27 de Vico Storto Valle, en una casa de una única habitación, un único ventanuco, suelos de tierra. Sus padres ya habían tenido tres hijos (dos de los cuales murieron casi enseguida) y tendrían otros tres más.

Cuando él nace en esta campiña de los Apeninos, entre gallinas y pan seco, entre hogares y rosarios, Albert Einstein tiene ocho años ya y asiste a la escuela primaria en Múnich. Más cerca, en Nápoles, Benedetto Croce, vástago de una familia acaudalada y pudiente, tiene ya veintiún años y está a punto de marcharse a su primer viaje de estudios a Alemania, para cultivar sus estudios hegelianos. Un Parlamento de ricos privilegiados (y anticlericales), con 205 votos contra 48, aumenta el arancel que grava el trigo (de 1,40 a 3 liras el

quintal), en perjuicio de los más pobres, para financiar —a su costa— las absurdas guerras coloniales de una mediocre clase dirigente. En efecto, el padre de Francesco, para mantener a su hijo en el seminario, tendrá que emigrar a América. Cuando su chico, el 22 de enero de 1903, a los dieciséis años, entra en el noviciado de Morcone, parece uno de los muchos jóvenes que emprenden el camino para convertirse en fraile. Un novicio corriente.

Pero, entonces, ¿de dónde proviene su grandeza? ¿Y de dónde nace el «caso padre Pío»? Son los estigmas el fenómeno misterioso que revela al mundo la grandeza de ese fraile silencioso y atrae a todos. Pero ¿qué significan esas llagas del crucificado? ¿Y por qué se formaron? ¿Y cómo se explican? Hay que subrayar, antes que nada, que no «llovieron» de lo alto de repente, sin motivo, impresas en un fraile ignaro e inconsciente.

Habitualmente, las biografías ofrecen los dos momentos decisivos de su vida. El primero es una carta que le escribe al padre Benedetto el 29 de noviembre de 1910 desde Pietrelcina. Le pide a su director espiritual —en esta íntima confidencia epistolar— su permiso para renovar un ofrecimiento que ya ha hecho en el secreto de su corazón: «Desde hace mucho tiempo siento en mí una necesidad, que es la de ofrecerme al Señor como víctima por los pobres pecadores y las almas del purgatorio. Este deseo ha ido creciendo cada vez más en mi corazón hasta tal punto que ahora se ha transformado, me atrevería a decir, en una intensa pasión. Ya he hecho, es cierto, varias veces esta ofrenda al Señor, suplicándole que derrame sobre mí los castigos que han sido dispuestos para los pecadores y las almas del purgatorio, centuplicándolos incluso sobre mí, con tal de que convierta y salve a los pecadores y admita pronto en el paraíso a las almas del purgatorio, pero ahora quisiera hacerle esta oferta al Señor con su obediencia. Yo creo que lo quiere el propio Jesús».

Hacer algo en «obediencia», en la jerga franciscana, significa añadir a la oferta la humildad y la dependencia que prescribe la regla. El padre Benedetto le concede ese permiso y no oculta su

conmoción en la carta de respuesta: «Haz la ofrenda de la que me hablas, que será gratísima al Señor. Extiende tus brazos sobre tu cruz y ofreciendo al Padre el sacrificio de ti mismo, en unión con el tiernísimo Salvador, padece, gime y reza por los inicuos de la tierra y los míseros de la otra vida, tan dignos de nuestra compasión en sus pacientes e inefables angustias».

Ocho años después, mediante la gracia de los estigmas, el Cielo responde a esta oferta: es una señal sobrecogedora de aceptación del sacrificio. Y precisamente a través de este signo visible, que impresiona y fascina, el Cielo atrae a San Giovanni Rotondo y salva a una inmensa riada de pobre gente y de pecadores. Naturalmente, en estos dos episodios se entrevé perfectamente el misterio del padre Pío y el sentido de su misión.

Con todo, ese misterio es aún más grande y extraordinario. Entre otras cosas, porque la respuesta del Cielo a la oferta de 1910 fueron los estigmas invisibles recibidos por el joven padre Pío entre agosto y septiembre de ese mismo año en Piana Romana. El círculo entre Cielo y Tierra se había cerrado. Todo hubiera quedado en el misterio de un alma víctima que —en el silencio y en la oscuridad— se ofrece a sí misma y salva el mundo (ignaro de él) de las perversiones del Mal.

Pero ¿por qué recibió el padre Pío más tarde, en 1918 los estigmas visibles también (contra su voluntad) algo que hizo de él una señal pública y que desencadenó un amplio movimiento de conversión? Hay toda una historia que nos queda por contar. Porque esa oferta propiciatoria de la víctima fue la semilla plantada en el momento inicial del más colosal cataclismo espiritual de la historia cristiana. Tendrá que ver —como veremos— con la Primera Guerra Mundial, la gran catástrofe a partir de la que se desencadenó todo (las ideologías del mal, los totalitarismos con sus genocidios, la Segunda Guerra Mundial, esas persecuciones contra la Iglesia nunca vistas en la historia). Y tendrá que ver con la gravísima crisis de la Iglesia, la atroz apostasía de nuestro tiempo, el apocalíptico derrumbe del sacerdocio.

Además, esa oferta del padre Pío y la respuesta celeste de los estigmas están misteriosamente relacionadas con Fátima también, acontecimiento sobrenatural de enorme alcance profético que tuvo lugar, en efecto, en el corazón de la Gran Guerra y preanunciaba todo lo que acabamos de evocar.

Veremos cómo Fátima y el padre Pío, juntos, son la gran respuesta del Cielo al horrible siglo del Mal. Para descifrar el misterio, reconstruyamos lo que sucede utilizando sobre todo el epistolario, que es un filón de noticias inexploradas, aunque también otros documentos. Para empezar —como fue revelado por Luigi Peroni en el proceso de canonización—, su «oferta cual víctima» del padre Pío se remonta a su misma ordenación sacerdotal, que tuvo lugar el 10 de agosto de 1910, algo que se vuelve más significativo aún si pensamos que el padre será el primer fraile estigmatizado de la historia.

Lo que desvela el asunto es el «recuerdo» de la ordenación, escrito personalmente por el padre: «O Rex, dona mihi animam meam pro qua rogo et populum meum pro quo obsecro (Esther 7,5). Recuerdo de mi 1ª Misa. Jesús / mi suspiro y mi vida. / Hoy que trepidante Te / elevo. / En un misterio de amor / Contigo sea yo para el mundo. / Vía Verdad Vida. / Y para Ti Sacerdote Santo / Víctima Perfecta / Padre Pío, Capuchino».

¿Por qué realiza este fraile de veintitrés años un acto tan radical y dramático? ¿Fue todo un impulso de su corazón únicamente o brota de algún aire profundamente ascético que respiró, de una fuente de la que el joven fraile había bebido asiduamente? Es esta segunda hipótesis la verdadera. Y esa fuente fue especialmente el papa de aquella época, Pío X, el único papa santo del siglo XX (al menos por ahora), aquel de quien Francesco Forgione, al vestir el sayo, tomó el nombre.

San Pío X, en 1910, meditaba acerca de lo que se pedía a sí mismo y a las demás almas: «Es ardua la vocación de víctima, puesto que el lugar de la víctima está en el Calvario con Jesús y no

en las dulzuras del amor». La relación (infravalorada hasta ahora) del padre con ese papa se nos revela también por un episodio «extraño» y testificado por el padre Orione, que tiene lugar en los años veinte o treinta. El fundador de la Pequeña Obra de Providencia, hoy santo, le refirió al papa Pío XI «que había visto al padre Pío arrodillado en las cuevas vaticanas ante la tumba de Pío X, cuando éste no había subido aún a la gloria de los altares».

«Si me lo decís vos, lo creo», contestó Pío XI, ante quien el padre Orione había defendido también al padre Pío de las muchas calumnias propagadas en su contra. El episodio ha sido citado hasta ahora sólo como ejemplo de las famosas bilocaciones del padre Pío (quien obviamente se encontraba en San Giovanni Rotondo aunque «viajara» al mismo tiempo a las cuevas vaticanas). Pero se nos aparece aún más revelador en relación con la devoción del fraile por ese pontífice santo.

El papa Pío X, por lo demás, estaba considerado por el padre Pío como una gran figura profética para los tiempos que se avecinaban. Es, efectivamente, el papa que condenó formalmente la difusa herejía modernista que hoy más que nunca insidia a la Iglesia (*Jacques Maritain, a quien le fue solemnemente consignado el Mensaje del Concilio a los intelectuales, se refería en su último libro a «la fiebre neomodernista (...) muy contagiosa, por lo menos en los círculos que se llaman “intelectuales”, y frente a la cual, el modernismo de tiempos de Pío X no era más que un modesto resfriadillo». Henri De Lubac, que fue otro hombre del concilio, declaró al cabo de cierto tiempo: «Vemos que desde hace algún año, se están multiplicando los signos de una crisis espiritual, como rara vez conoció la Iglesia. Tras los equívocos nombres de nueva Iglesia, Iglesia posconciliar, se encierra una Iglesia distinta a la de Jesucristo, que corre el riesgo de ser instaurada, si puede hablarse de instauración para designar un fenómeno que es principalmente de abandono y de desintegración, una sociedad antropocéntrica, amenazada de apostasía inmanente, y que se deja arrastrar en un movimiento general de sentido ecuménico o de adaptación, bajo el*

pretexto de rejuvenecerse». El padre Luigi Giussani decía en 1994: «Ahora, en cambio, el modernismo domina por doquier. Si Dios no llama a la Iglesia a intervenir, la Iglesia debe sufrir humildemente la tempestad de la duda y de la indecisión») con dos memorables pronunciamientos: sobre todo la encíclica Pascendi, de 1907 y el decreto Lamentabili. Con todo, en el mundo católico de hoy está mucho más difundida la execración contra Pío X por esas sacrosantas condenas que la gratitud por ello. Jean Guilton, que además de ser un gran intelectual católico, el primer invitado al concilio, fue también amigo de Juan XXIII y, sobre todo, de Pablo VI, ha expresado la sensación de que «cuanto fue condenado como herejía en 1907» resulta hoy afirmado como «doctrina y método de la Iglesia».

Fue —según el padre Pío— un «gran papa», «alma verdaderamente noble y santa, que en Roma no tuvo nunca a nadie igual». Su «consigna» fue «instaurar todo en Cristo, para que Cristo lo sea todo en todos».

Por lo tanto, es este papa el que invitaba a los religiosos a ofrecerse como víctimas a Dios para la salvación de la humanidad, sabiendo que la santidad es la única respuesta posible ante un mundo hostil y que se precipita hacia las tinieblas. Previendo que el drama de la Iglesia de los tiempos futuros sería por encima de todo la crisis del sacerdocio, el papa delinea un perfil del ministro de Dios que parece la perfecta descripción de lo que será el padre Pío: «Si al sacerdote le falta la ciencia de Cristo que se resume en la santidad del vivir y en la integridad de las costumbres, le falta todo. La propia doctrina, la propia destreza de acción, por más que puedan acarrear ventajas para la Iglesia o para los demás, no es raro que acarreen para el sacerdote lacrimal perjuicio. Quien por el contrario, sea rico en santidad, puede —hasta cuando sea el último— obrar cosas maravillosas y dar salud al pueblo de Dios, como atestiguan muchísimos testimonios de todas las edades (...). Únicamente la santidad hace del sacerdote lo que debe ser según su vocación divina: “Hombre crucificado en el mundo”, viviente en la

novedad de una vida tendente a las cosas celestes para guiar hacia ellas al pueblo cristiano».

Si Pío X, que morirá precisamente al ofrecerse como víctima, tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, exhorta a los sacerdotes a «ofrecerse como víctimas», y llega a definir esa actitud como «gran oficio de la piedad cristiana». Eso quiere decir que — lejos de ser una ascesis mística— precisamente ese sacrificio de uno mismo, asimilándose a Cristo, es lo que permite al Señor obrar con más eficacia en la tierra. Bastante más de cuanto obtienen todas las acciones humanas o cualquier proyecto e iniciativa.

En el siglo XVII, al aparecerse a Santa Margarita María Alacoque, Jesús, le dijo: «Yo busco una víctima que quiera sacrificarse para la realización de mis designios. ¿No querrías darme tú tu corazón como refugio de mi amor sufriente al que todos desprecian?». Y en 1917, al aparecerse a los tres niños de Fátima, la Virgen «les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, diciéndose dispuesta a conducirlos, seguros, hasta Dios (...)».(*Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de Francisco y Jacinta (Fátima, 13 de mayo de 2000)*).

Esta «arma», pobre e insignificante aparentemente, el arma del propio cuerpo y del propio corazón, el arma de los pobres, de los pequeños y de los simples, es —según la enseñanza tradicional de la Iglesia— aquella en la que se manifiesta el poder de Dios, especialmente en tiempos de grandes pruebas y de gran apostasía.

Por lo tanto, es esta oferta la que el padre Pío realiza en el momento de su ordenación. Después, por una carta del padre Benedetto al General de la Orden, sabemos que el padre Pío «pidió participar en los dolores del Salvador y le fue concedido de manera inefable», con una serie de graves sufrimientos físicos y espirituales. Y sucedió casi inmediatamente algo aún más misterioso y grande. Gracias a una carta del 8 de septiembre de 1911, venimos a conocer la noticia de la primera aparición (provisional, podríamos decir) de los estigmas, que debe haberse producido un mes

después de su ordenación sacerdotal, en agosto o septiembre de 1910 (*«Ayer por la noche, además, me sucedió una cosa que no me sé explicar ni comprender. En medio de la palma de las manos me ha aparecido un poco de enrojecimiento, casi del tamaño de un céntimo, acompañado también de un dolor fuerte y agudo en medio de ese enrojecimiento. Este dolor era más sensible en medio de la mano izquierda, pues de hecho me dura aún. También debajo de los pies noto un poco de dolor. Este fenómeno hace casi ya un año que se viene repitiendo»*).

El extravío del padre Pío, su temor de ser indigno o culpable frente a Dios, las continuas agresiones físicas y espirituales del demonio ocupan gran parte de las cartas que le escribe a sus directores espirituales a partir de 1911. Llamam la atención, sobre todo, las numerosas misivas donde confiesa a su director espiritual que es un océano de culpa y de pecado y que se siente por esa razón rechazado por Dios.

Uno queda desconcertado ante determinadas «confesiones», conociendo en realidad la vida santa que llevaba el padre, como le recordaba su propio director espiritual, explicándole que no tiene pecados por los que llorar de esa manera. ¿Cómo hay que entender estos pasajes? Se trata, en realidad, del inicio de su camino místico. Es la «noche oscura» de la que escribió San Juan de la Cruz dándonos a entender su carácter positivo, como signo de la benevolencia de Dios.

Según el místico español, «en la Noche oscura se distinguen dos noches: la primera está destinada especialmente a desprenderse de todo lo sensible y se llama noche de los sentidos; en la segunda nos desprendemos de los consuelos espirituales y de todo amor propio».

En sustancia, el joven sacerdote de Pietrelcina experimenta durante esos meses el amor apasionado y oceánico de Dios por su diminuta criatura y la afligida guía de Cristo, el Buen Pastor. En efecto, en sus cartas de esos meses vemos cada vez más cómo en su alma una fuerza misteriosa profundiza y vuelve más intrépido el

ofrecimiento de sí mismo y el vehemente deseo por el Señor: «Me siento muy débil en el alma y en el cuerpo, padre mío, pero me abandono a Dios. Si es ésa la voluntad de Dios quiero sufrir y cada vez más, para darle gusto» (9 de abril de 1911).

Se trata de una expresión que ha de ser leída en referencia a la satisfacción del Artista divino por la hermosísima obra maestra a la que está dando forma en una criatura humana a la que hace cada vez más parecida a él mismo, Hombre-Dios. Resulta diferido de esta forma en el padre Pío su deseo de expiación universal que se intuye dramáticamente el 3 de diciembre de 1911, en el convento de Venafro, cuando —en el curso de un éxtasis— se le aparece Jesús, totalmente cubierto de llagas, con una espada en la mano, la señal de la ira de Dios que está a punto de abatirse sobre los hombres. Y el padre Agostino escucha claramente al padre Pío susurrar: «Jesús mío (...) ¿cómo es que esta mañana estás cubierto de llagas? Hoy sí que han exagerado contigo (...) cuántas profanaciones en tu santuario (...) Jesús mío, perdona (...) baja esa espada (...). Si la espada debe caer, que lo haga sólo sobre mi cabeza (...) sí, yo quiero ser la víctima (...) mándame al infierno incluso, con tal de que te ame y se salven todos, sí, todos».

Y verdaderamente él expía para «arrancar las almas a Satanás, convertirlas, hacerlas partícipes de la vida divina».

Y todo esto junto a los grandes consuelos de la presencia de Jesús. El 12 de abril de 1912 escribe: «Estoy más contento que nunca por sufrir, y si no escuchara más que la voz de mi corazón, le pediría a Jesús que me diera todas las tristezas de los hombres; pero no lo hago, porque temo ser demasiado egoísta, al anhelar para mí la mejor parte: el dolor. En el dolor, Jesús está más cerca; él mira, es él quien viene a mendigar penas y lágrimas. Y bien que le hacen falta para las ánimas».16

El 18 de abril informa al padre Agostino que pese a haber sido bárbaramente golpeado «por esos cosacos» (los demonios), se arrastró a decir misa y allí experimentó algo que ningún lenguaje humano puede expresar: «El corazón de Jesús y el mío, permitidme

la expresión, se fundieron. Ya no eran dos corazones que latían, sino uno solo. Mi corazón había desaparecido, como una gota de agua que se extravía en el mar. Jesús era el paraíso, el rey. La alegría en mí era tan intensa y tan profunda que ya no pude contenerme; las lágrimas más deliciosas me inundaron el rostro».

El 1 de mayo de 1912 refiere con entusiasmo a su director espiritual «cuántas veces me ha consolado (...) en las mayores aflicciones mi celeste Mamita», es decir, la Santa Virgen (el padre Pío habla hechizado de la «belleza de María»). El 9 de agosto de 1912 escribe: «Mi alma está herida de amor por Jesús; estoy enfermo de amor». Y el 26 de agosto le confía al padre Agostino: «Escuchad además lo que me sucedió el viernes pasado. Estaba yo en la iglesia haciendo el rendimiento de gracias por la misa, cuando de repente me sentí herir el corazón por un dardo de fuego tan vivo y ardiente que creí morir. Me faltan las palabras adecuadas para daros a entender la intensidad de esas llamas (...) El alma, víctima de esta consolación, se queda muda. Me parecía que una fuerza invisible me estaba sumergiendo completamente en el fuego (...) ¡Dios mío, qué fuego! ¡Cuánta dulzura!» (*Se ha observado que estas expresiones son singularmente parecidas a las de Santa Teresa de Lisieux, que había vivido una experiencia análoga. Más aún se ha discutido sobre las sorprendentes analogías entre algunas cartas del padre Pío y otras de Gemma Galgani, de quién él era devoto y cuyo epistolario había leído. No ha faltado quien haya planteado hipótesis que ponen en cuestión la sinceridad del padre. En realidad, bastaría con reflexionar sobre la circunstancia para descartar esta insinuación. ¿Por qué razón habría de simular o mentir en cartas destinadas exclusivamente a su director espiritual y que después debían ser destruidas? Además, está claro que experiencias místicas idénticas pueden inducir a emplear expresiones parecidas; por lo demás, los territorios místicos, precisamente a causa de su inefabilidad, son descritos tradicionalmente recurriendo a una serie delimitada de expresiones. Por último, de confutar «la ligereza» con la que algunos lanzan esas*

insinuaciones se ha encargado el padre Gianluigi Pasquale. Que tiene el mérito de iluminar el fenómeno en relación con la severa espiritualidad capuchina de aquellos tiempos, que inducía, por ejemplo, «a aprender de memoria el Salterio y muchos pasajes de los Padres y de los místicos que quotidie el capuchino lee y medita en su celda». El padre Pasquale nota con contrariedad que, frente a insinuaciones así, «extrañamente no toma partido» un autor que publica un imponente trabajo con la Librería Editorial Vaticana y las Ediciones Padre Pío de Pietrelcina. El padre Pasquale añade: «La ligereza alcanza más tarde la paradoja si se tiene en cuenta la revista que ha dado cuerda a semejante risible hermenéutica. Y se trata de una revista católica).

En la carta del 20 de septiembre de 1912, tras haber aludido a ciertas agresiones diabólicas, ahonda aún más en ese apasionado ofrecimiento suyo. Se trata de una carta especialmente decidida: «Ya no anhelo que me sea aligerada la cruz, puesto que sufrir con Jesús me es dulce; al contemplar la cruz a hombros de Jesús me siento cada vez más fortalecido y exulto con una santa alegría. Siento en mi corazón, sin embargo, la grave necesidad de gritarle cada vez más fuerte a Jesús con el doctor de la gracia: “Da quod iubes, et iube quod vis!”(...). El escoge algunas almas, y entre éstas, contra todo demérito mío, ha escogido también la mía para ser ayudado en el gran negocio de la humana salvación. Y cuánto más sufren estas almas sin alivio alguno, tanto más se aligeran los dolores del buen Jesús. He ahí toda la razón por la que deseo sufrir cada vez más y sufrir sin alivio; y de ello extraigo toda mi alegría. Por desgracia, siento necesidad del valor, pero Jesús nada negará. Puedo atestiguarlo por la larga experiencia vivida, siempre que no se deje de importunarlo».

En esta carta parece que el padre Pío, en aquel periodo juvenil (en 1912 sólo tiene veinticinco años), considera que su ofrecimiento como víctima significa una rápida consumación de su vida dada como don. En efecto, un poco más abajo escribe: «Quiero sufrir solo

(...) me siento impaciente por reunirme con Jesús». No le ha sido revelado aún para qué le está llamando el Señor, que en este periodo purifica e ilumina su corazón, ampliando sus medidas. No sabe aún qué larga misión pública tendrá que llevar a cabo.

También en la carta del 5 de noviembre de 1912 se transparenta esta idea íntima de su próximo nacimiento en el Cielo: «¿No os he dicho que Jesús quiere que yo sufra sin alivio alguno? ¿No me ha requerido él, acaso, y elegido como una de sus víctimas? Y el dulcísimo Jesús me ha hecho comprender, por desgracia, todo el significado de víctima. Es necesario, padre querido, llegar al consummatum est y a in manus tuas. No os digo, en fin, de qué manera me van sacudiendo esos desgraciados. Ciertas veces, me siento a punto de morir».

Y aquí refiere el padre Pío un episodio, estupendo, que permite comprender en qué atmósfera vivía. Durante una de esas agresiones diabólicas, el fraile imploró la ayuda de su ángel de la guarda que, sin embargo, sólo se manifestó al final, consolándolo con estas palabras: «Siempre estoy a tu lado, mi dilecto joven —me dijo—, siempre deambulo a tu alrededor con ese afecto que suscitó tu reconocimiento hacia el dilecto de tu corazón; este afecto mío por ti no se apagará ni siquiera con tu vida. Ya sé que tu corazón generoso late siempre por nuestro común dilecto; tú cruzarías todos los montes, todos los desiertos para encontrarlo, para volver a verlo, para volver a abrazarlo en estos postreros momentos y decirle que rompa pronto estas cadenas que te mantienen unido al cuerpo (...) que te llevara consigo (...). Es ése precisamente el don que querías de él (...) pero no te canses (...) debes esperar un poco más (...). Y si bien él, en la presente situación, no puede contentarte, porque la Providencia quiere que permanezcas en el exilio un poco más, él acabará por contentarte, por lo menos en parte (,..)».

En la carta del 18 de noviembre se encuentra anotada otra cosa preciosa. Empieza hablando de la peligrosísima «tentación de la vanagloria» y escribe: «Para vencer, es menester mantener la mirada dirigida hacia la humanidad de Jesús. Jesús, su dilecta

madre, el Angelito, con los demás, me van animando, sin dejar de repetirme que para que la víctima pueda llamarse tal, es necesario que pierda toda su sangre. Combatir teniendo al lado un padre tan tierno es dulce y consolador».

Sólo con considerar la cantidad de padecimientos que el joven fraile está soportando en estos meses quedaríamos sobrecogidos: no únicamente una interminable serie de sufrimientos físicos debidos a enfermedades (inexplicables a menudo), a los que se añaden los dolores desgarradores provocados por los estigmas invisibles y la «disciplina» a la que se somete (práctica ascética que conlleva un agudo sufrimiento), sino también esos otros atroces infligidos por las continuas agresiones físicas de «esos cosacos» y las aflicciones espirituales. Y, sin embargo, el tono de estas cartas es —inexplicablemente— el de la felicidad, que estalla de manera sublime en la del 3 de diciembre de 1912, donde ya no es capaz de hablar de su «dulcísimo Jesús», que lo ha escogido y le ha herido el corazón con su amor: «Es un amante que no se irrita jamás con quienes le ofenden. Infinito es el número de las misericordias de él que mi corazón lleva consigo. Este reconoce que no tiene absolutamente nada de lo que jactarse ante él. El me ha amado; ante tantas criaturas ha querido anteponerme. Y dado que le pregunto qué he hecho para merecer tantas consolaciones, él me sonrío y me va repitiendo que a tamaño intercesor nada se niega. Me pide como recompensa amor únicamente; pero ¿no es que eso se lo debo a él acaso por gratitud? (...) Él se ha prendado de tal forma de mi corazón, que me hace arder por entero en su fuego divino, en su fuego de amor. ¿Qué es este fuego que me embiste entero? Padre mío, si Jesús nos hace tan felices en la tierra ¿cómo será en el Cielo?».

La última carta de 1912, fechada el 29 de diciembre, lo resume todo, manifestando su impetuoso deseo del Cielo y revelando por último esta convicción sobre su destino: «Otro año que se está yendo (...). Cuántas almas felicísimas, envidiadas por mí, han pasado a la eternidad con la muerte del justo, besadas por Jesús

(...). Vivir aquí abajo, padre mío, me aburre. Es un tormento tan amargo para mí el vivir de la vida en el exilio, que casi ya no puedo más (...). Pero Jesús me ha hecho sentir mucho más su voz en mi corazón: “Hijo mío, el amor se conoce en el dolor, lo sentirás agudo en tu espíritu, y más agudo aún lo sentirás en tu cuerpo”. Estas palabras siguen siendo, padre mío, oscuras para mí».

Aquí, por vez primera, acaso, Jesús empieza a preparar al fraile para un horizonte distinto del que se imaginaba, para una misión inesperada. Que el padre siga interrogándose sobre esas palabras «oscuras» se desprende de la carta sucesiva, del 18 de enero de 1913: ahora le parece que «las palabras de nuestro Señor que me parecían tan oscuras (...) se van iluminando en mi intelecto». Considera que Jesús quería advertirlo simplemente de la llegada de nuevas cruces, en especial de más violentos asaltos de «esos feos cosacos» que, en efecto, se están verificando.

Pero la clara divergencia entre lo que el padre Pío considera su cometido (es decir, su destino) y aquello para lo que el Cielo lo está llamando en realidad se hace evidente cuando el padre Agostino, el 22 de enero de 1913, le expresa el deseo de que se convierta en «maestro de novicios». El padre Pío no capta en ello una «señal» del Cielo, no intuye en ese momento que se trata de una prefiguración de su misión. Responde categóricamente que no y explica que su misión es sufrir para consolar a Jesús y como reparación («yo amo la cruz, la cruz sola, la amo porque la veo siempre sobre los hombros de Jesús»).

El 13 de febrero de 1913, el padre Pío revela estas impresionantes palabras que le ha dirigido Jesús y que parecen prefigurar lo que le espera: «No temas, yo te haré sufrir, pero te daré también las fuerzas. Deseo que el alma tuya con cotidiano y oculto martirio sea purificada y puesta a prueba, no te asustes si permito que el demonio te atormente, que el mundo te disguste, que las personas que te son más queridas te aflijan, porque nada prevalecerá contra aquellos que gimen bajo la cruz por amor hacia mí, porque yo me he afanado para protegerlos. Cuántas veces me

habrías abandonado, hijo mío, si no te hubiera crucificado. Bajo la cruz se aprende a amar y yo no se la concedo a todos, sino sólo a las almas que me son más queridas».

Por último, el padre Pío alude a «una voz misteriosa» que «no puedo sofocar en mí» y que le empuja a pedir a su superior la autorización para la confesión. Le relampaguea por la mente de nuevo una misteriosa sugerencia para la misión que aguarda al padre Pío en el futuro.

Hasta aquí hemos escuchado el corazón del padre Pío en sus primeros dos o tres años de sacerdocio. Pero todo lo que hemos leído tuvo lugar en el secreto de un alma que, por si fuera poco, vive en este periodo, por voluntad del Cielo, aislada en Pietrelcina, no en un convento. Y sólo resulta anotado en las cartas a su director espiritual: es realmente un gran misterio la eficacia benéfica para la humanidad de un ofrecimiento que se realiza en el íntimo diálogo entre un alma y Dios y se consuma en sufrimientos conocidos únicamente por el Cielo.

Y, con todo, llegados a este punto sucede algo más fascinante y misterioso aún. Entra en escena la historia: un preciso momento histórico y lo que le seguirá. Parece como si Dios, tras haber hecho crecer amorosamente la pequeña planta, hasta convertirla en una encina robusta y grande, quisiera hacer que bajo su sombra se refugiara la propia Iglesia y la humanidad entera, en una época de las más oscuras de la historia. Así, en marzo de 1913 nos topamos con una serie de cartas que denuncian una situación dramática de la Iglesia y del mundo y, lo que es más, la prefiguran, preanunciando terribles castigos inminentes. Y al padre Pío, que sólo deseaba permanecer oculto y su tránsito hacia el Cielo, se le empieza a plantear un cometido distinto, el de ser la lámpara sobre la mesa, una víctima por todos, para iluminar a la Iglesia y al mundo.

Y JESÚS, DISGUSTADO, GRITÓ: «¡CARNICEROS!»

El Amor quiso que tú estuvieras visiblemente herido para
que veneráramos las heridas de tu amor invisible.
BREVIARIUM ROMANORUM,
FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN

E1 12 de marzo de 1913 el padre Pío transcribe para su director espiritual una sobrecogedora visión que ha tenido, en la que Jesús decía: «¡Con cuánta ingratitud es correspondido mi amor por los hombres! Habría sido menos ofendido por ellos si los hubiera amado menos. ¡Mi padre ya no quiere soportarlos!».

Jesús se queja de la traición de las «almas predilectas por mí», dice que lo dejan solo en las iglesias, que «no se habla jamás de este sacramento de amor», «mi corazón está olvidado, nadie se preocupa ya por mi amor». Y después pronuncia palabras dramáticas acerca de los eclesiásticos: «Mi casa se ha convertido para muchos en un teatro de entretenimiento; incluso mis ministros, a quienes yo siempre he estimado con predilección, a quienes he amado como pupila del ojo mío; quienes deberían consolar mi corazón repleto de amarguras; quienes deberían ayudarme en la redención de las almas; por el contrario ¿quién lo creería?! De ellos debo recibir ingratitud y desagrado. Veo, hijo mío, a muchos de ellos que (...)» (en este momento el padre dice que a Jesús le

acometieron los sollozos) «que bajo hipócritas apariencias me traicionan con comuniones sacrílegas (...)».

Por último, el padre Pío transcribe estas vertiginosas y desconcertantes palabras de Jesús: «Hijo mío, me hacen falta víctimas para calmar la ira justa y divina de mi Padre; renuévame el sacrificio de todo tú mismo y hazlo sin reserva alguna». El sacrificio fue renovado inmediatamente con efusión.

Pero el sucesivo 7 de abril, el padre refiere a su director espiritual una nueva, enorme y apocalíptica visión que debe ser transcrita y leída atentamente, porque contiene el primer preanuncio de la misión a la que el padre Pío está llamado. Así pues, se le aparece una vez más Jesús, «maltrecho y desfigurado» que le enseña «una gran multitud de sacerdotes» y «varios dignatarios eclesiásticos».

¿Por qué sufría Jesús tanto? «Su mirada se dirigió hacia esos sacerdotes; pero poco después, casi horripilado y como si estuviera cansado de mirar, apartó los ojos, y cuando volvió a levantarlos hacia mí, con gran horror por mi parte, observé dos gotas que le surcaban las mejillas. Se alejó de aquella turba de sacerdotes con una enorme expresión de disgusto en el rostro, gritando: “¡Carniceros!”. Y dirigiéndose hacia mí, dijo: “Hijo mío, no creas que mi agonía fue de tres horas, no; yo estaré agonizando, a causa de las almas más beneficiadas por mí, hasta el final del mundo. Durante el tiempo de mi agonía, hijo mío, no hay que dormir. Mi alma va en busca de algunas gotas de piedad humana, pero, ay de mí, me dejan solo bajo el peso de la indiferencia. La ingratitud y el sueño de mis ministros me hacen más pesada la agonía. ¡Ay de mí, qué mal corresponden a mi amor! Lo que más me aflige es que ellos, a su indiferencia añaden su desprecio, la incredulidad. Cuantas veces he estado a punto de fulminarlos, de no haber sido retenido por los ángeles y por las almas enamoradas de mí (...). Escribe a tu padre y cuéntale lo que has visto y escuchado de mí esta mañana. Dile que enseñe tu carta al padre provincial (...)”. Jesús prosiguió, pero lo que me dijo no podré revelarlo jamás a

criatura alguna en este mundo. Esta aparición me ocasionó tales dolores en el cuerpo, aunque más aún en el alma, que durante todo el día estuve postrado y hubiera creído morir por ellos, de no haberme revelado ya el dulcísimo Jesús (...)».

Aquí el padre Pío deja la frase en suspenso, con esos puntos finales. Pero la lógica del razonamiento hace suponer que Jesús le reveló que había de vivir mucho tiempo, evidentemente, para llevar a término una misión. ¿Qué misión? Poco antes, hemos visto la discreción del padre acerca de un secreto que «no podrá revelar jamás a criatura alguna», pero que atañe obviamente a la dramática situación presente y futura de la Iglesia. La coherencia del conjunto da a entender, por lo tanto, que algo inenarrable, apocalíptico le acaecerá a la Iglesia, sobre todo al sacerdocio, la jerarquía, y que el padre Pío ha sido llamado a una larga misión para mostrar el auténtico rostro del sacerdocio en tan tenebrosos tiempos.

En efecto, inmediatamente después, el padre Pío añade un pensamiento propio: «¡Jesús, desgraciadamente, tiene razón al quejarse por nuestra ingratitud! ¡Cuántos desgraciados hermanos nuestros corresponden al amor de Jesús echándose a brazos abiertos en la infame secta de la masonería! Roguemos por ellos».

Resulta asombroso que una visión semejante —por más que citada en varias biografías— no sea analizada históricamente, explicada. La aparición de Jesús, completamente llagado, que grita «¡Carniceros!» refiriéndose a los eclesiásticos no es, desde luego, algo trivial o que puede dejarse tranquilamente a un lado sin más. Es algo que merece una atenta meditación. Las quejas de Jesús acerca de «sus ministros» recuerda lo que el mismo Señor hará con sor Lucia, la vidente de Fátima, en la aparición de agosto de 1931, en la que —refiriéndose al rechazo de la jerarquía a consagrar Rusia al Inmaculado Corazón de María, como había sido solicitado por la Virgen, para hacer cesar las persecuciones estalinistas— Jesús pronunciará estas terribles palabras: «Haz saber a mis ministros, visto que siguen el ejemplo del Rey de Francia, retrasando el cumplimiento de mi solicitud, que lo seguirán también

en su desventura» (*Las palabras de Jesús parecen hacer referencia a las apariciones de Paray-le-Monial, donde el Señor entregó a Margarita María Alacoque un mensaje para el rey de Francia, Luis XIV. En él manifestaba los designios de Dios para Francia: se pedía que se colocara el Sagrado Corazón de Jesús en los blasones reales, que se construyera un templo en su honor donde los monarcas de Francia lo veneraran; que se consagrara Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Las solicitudes no fueron atendidas. De esta manera, cien años más tarde estalló la revolución y el nieto del Rey Sol, Luis XVI, fue detenido y condenado. En la cárcel se acordó de esas peticiones, era el año 1792, y decidió atenderlas, pero era ya demasiado tarde. El rey fue guillotinado el 21 de julio de 1793. La profecía de Jesús anunciaba el mismo final para «mis ministros»*).

El «secreto» que el padre Pío afirma que debe guardar para siempre parece atañer, por lo tanto, a acontecimientos futuros y estremecedores relativos a la Iglesia. Acontecimientos análogos serán manifestados por la propia Virgen a los tres pastorcillos de Fátima el 13 de julio de 1917: en la segunda y en la tercera parte del secreto (muchos elementos permiten suponer que también la parte del Tercer secreto no revelada aún versa sobre esta profecía). Nos queda por comprender si se trata de lo mismo y hasta qué grado, pero disponemos de un testimonio según el cual el padre Pío le dijo explícitamente a una hija espiritual suya: «Yo supe de inmediato todo el Secreto de Fátima» (*Esta noticia inédita me ha sido proporcionada por una fuente reservada en una conversación que tuvo lugar el 24 de julio de 2007*).

Aquí hay que subrayar que aquello que efectivamente se verificó después y se está verificando aún avala esa profecía. Por ejemplo, el intento de tergiversación de la Santa Misa (*que —como veremos— es el corazón de la fe. Por decirlo con las autorizadas palabras del cardenal Ratzinger: «Estoy convencido de que la crisis eclesial en la que nos encontramos hoy depende en gran parte del hundimiento de la liturgia, que a veces se concibe directamente “etsi Deus non daretur”: como si en ella ya no importase si hay Dios y si*

nos habla y nos escucha. Pero si en la liturgia no aparece ya la comunión de la fe, la unidad universal de la Iglesia y de su historia, el misterio de Cristo viviente, ¿dónde hace acto de presencia la Iglesia en su sustancia espiritual?») y la colosal crisis del sacerdocio que estalló después del Concilio Vaticano II. En el delirio posconciliar, la intolerancia clerical-progresista consiguió hacer creer que había sido desterrada incluso la tradicional liturgia de la Iglesia (de orígenes apostólicos) y en las iglesias se perpetran abusos litúrgicos más allá de todo límite (Benedicto XVI ha denunciado, en efecto, «deformaciones de la liturgia en los límites de lo tolerable»). Fue ésa la época de una espantosa apostasía de fieles y de una apocalíptica crisis del clero: entre 1964 y 2004 alrededor de setenta mil sacerdotes colgaron los hábitos (*Es el dato proporcionado oficialmente por Civiltá Cattolica (2007), según la cual, más de once mil retomaron más tarde su ministerio*). A éstos han de añadirse 107.600 monjas y hermanas que abandonaron sus congregaciones entre 1966 y 1988 (*El dato aparece citado en Francisco Pérez de Antón, Il gatto in sacrestia, Liberolibri, 2002. Este, sin embargo, da cifras exageradas sobre el abandono de los sacerdotes (cien mil), lo que significa que puede haber sobrestimado también la cifra de las religiosas*). Hoy en día, además, han estallado nuevos dramas y el derrumbe de la fe parece un fenómeno planetario, hasta tal punto que el cardenal Ratzinger, en el histórico Vía Crucis del Viernes Santo de 2005, empleó expresiones terribles, bastante parecidas a las que escribiera el padre Pío en 1913.

Ya en la primera estación, Ratzinger hacía una referencia a la traición de Pedro: «Cuántas veces hemos preferido, nosotros también, el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia. Concede fuerzas, en nuestra vida, a la voz sutil de la conciencia, a tu voz. Mírame como miraste a Pedro después de que te negara».

Después, el cardenal denunciaba «cómo la cristiandad, habiéndose cansado de la fe, ha abandonado al Señor» en esta época nuestra. Y después de haber aludido a la devastación de las ideologías, se preguntaba: «¿No debemos pensar también en

cuánto debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? ¿En cuántas veces se abusa del santo sacramento en su presencia, en qué vacío y maldad de corazón entra él a menudo? ¡Cuántas veces nos celebramos solamente a nosotros mismos sin darnos cuenta de su presencia ni siquiera! ¡Cuántas veces su Palabra es distorsionada y sometida a abusos! ¡Cuánta poca fe hay en tantas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad hay en la Iglesia, y precisamente entre aquellos que, en el sacerdocio, deberían pertenecerle enteramente a él! ¡Cuánta soberbia! (...) La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de Su sangre, es indudablemente el más grande dolor del Redentor». Y prosigue: «Señor, a menudo tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, una barca que hace agua por todas partes. (...) Con nuestra caída te arrastramos al suelo y Satanás se divierte, porque espera que no seas capaz de volver a levantarte. Tú, sin embargo, volverás a levantarte».

El futuro papa afirmaba que «precisamente en esta hora de la historia vivimos en la oscuridad de Dios» y citaba después ese mismo apocalíptico versículo del Evangelio de Lucas que Pablo VI citó en referencia a nuestro tiempo, en el que Jesús se pregunta: «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?». El texto del Vía Crucis hacía una clara referencia a las palabras de la Virgen en Fátima («Al final Mi Corazón Inmaculado triunfará»). En efecto, bajo la cruz «los discípulos han huido, pero ella no huye. Ella está allí, con el valor de una madre y con su fe que resiste en la oscuridad (...) Sí, en ese momento Jesús lo sabe: encontrará la fe».

Hay un eco de las palabras que la Virgen le dijo a Santa Catalina de Labouré en 1830 hablando de nuestra época: «El momento llegará, el peligro será grande. Todo se creará perdido. Entonces yo estaré con vosotros».

He escrito no hace mucho en Libero, el 1 de julio de 2007, con Solideo Paolini, que —basándonos en ciertos testimonios de la Santa Sede y otros indicios— el texto de ese extraordinario Vía Crucis, concordado entre el papa agonizante y quien había de ser

su sucesor, fue probablemente una manera para hacer pública la parte aún oculta del Tercer secreto de Fátima, que el Vaticano se había comprometido con sor Lucia en no hacer público hasta después de su muerte.

En efecto, la vidente muere el 13 de febrero de 2005 y el 25 de marzo se lleva a cabo lo prometido. Más tarde, encontré una extraordinaria confirmación para esta reconstrucción en el libro autobiográfico de Ali Agca, donde el terrorista revela unas palabras del coloquio que mantuvo con Juan Pablo II en la cárcel el 27 de diciembre de 1983. «¿Cuándo será revelado el Tercer secreto de Fátima?», preguntó Agca. Y el papa dijo: «El Tercer secreto de Fátima será revelado tras la muerte de sor Lucia». Ese libro apareció en 1996 y este episodio tiene todos los visos de autenticidad.

Un mes después de ese histórico Vía Crucis, el 22 de abril de 2005, apareció en La Stampa un artículo del vaticanista Marco Tosatti que empezaba así: «Un documento reservado, pero muy detallado, acerca de la situación de la Iglesia y, sobre todo, “en la Iglesia”, ha estado circulando entre los cardenales en los días pasados, causando una gran impresión; y, probablemente, contribuyendo de manera indirecta a la elección de Joseph Ratzinger como sucesor de Juan Pablo II. «Me puse la mano aquí, porque tenía miedo de que se me parara el corazón, tras haberlo leído» nos ha dicho un purpurado. Se trata de un documento sin encabezamiento, de una decena de hojas, que presenta un cuadro de la situación del clero en los países del mundo (...) Es probable que este documento se halle en la raíz de las aparentemente tan severas intervenciones del todavía cardenal Ratzinger».

Tosatti recuerda de manera especial el Vía Crucis papal del 25 de marzo precedente, escrita por el prelado, su dramático grito sobre la «suciedad de la Iglesia» y refiere este significativo episodio: «Dos días después, el cardenal Ratzinger se encontró por la calle, cerca del Vaticano, con un monseñor de la curia, ya jubilado, quien le preguntó por el porqué de una meditación tan aparentemente

desconsoladora. «Tenemos que rezar mucho, tenemos que rezar mucho —le contestó Ratzinger— tú tienes el pelo blanco, entenderás de qué te hablo, sabes lo que quiero decir. ¡Ay, nosotros los sacerdotes! ¡Ay, nosotros los sacerdotes!», concluyó con tono de reprobación. Y añadió: «Piensa en la plegaria que se recita por el sagrado corazón, ésa en la que se pide perdón especialmente por los pecados de los sacerdotes. Sé que hace daño decir que la barca hace agua por todas partes, pero es así, es así, ¡ay, nosotros los sacerdotes! (...)». El monseñor quedó impresionado por la forma en la que decía «ay, nosotros los sacerdotes; ay, nosotros los sacerdotes», entendió su sufrimiento interior y no le preguntó nada más».

Ésa es la razón por la que adquiere un significado tan enorme la misión que se le confía al padre Pío, llamado a convertirse en el primer sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia. Pero vayamos por orden y volvamos a esos meses de 1913.

En junio, el padre Pío le escribe al padre Benedetto: «Jesús me deja ver, como en un espejo, que toda mi vida futura no será más que un martirio»; después añade que ciertas veces «soy sacado fuera de mí mismo, y entonces el Señor suele hacerme la gracia de descubrirme algunos secretos que se me quedan tan grabados en el fondo del alma que ya no pueden ser borrados».

El padre Pío se siente en estos meses cada vez más sólido y apasionado, tal como lo está forjando la pedagogía divina. Le describe así, al padre Agostino, la condición de su corazón: «Mi único deseo en la tierra es la de contentar al objeto amado. Uno se siente morir por el deseo de ser amado por él. Me sentiría listo para sacrificar la vida si pudiera esperar con tal sacrificio el hacerme más grato ante sus ojos».

El 20 de abril de 1914 le manifiesta al padre Agostino su apasionado deseo de que todos conozcan el amor de Cristo y lo correspondan: «No os oculto las angosturas que experimenta mi corazón al ver tantas almas que van apostatando de Jesús y lo que más me hiela la sangre alrededor de mi corazón es que muchas de

esas almas se alejan de Dios, fuente de agua viva, por la única razón de que se encuentran ayunas de la palabra divina. Las mieses son muchas, los obreros son pocos. ¿Quién recogerá, pues, las mieses en los campos de la Iglesia, cuyo momento de madurez es ya para todas inminente? ¿Acabarán esparcidas por los suelos por la pobreza de mano de obra? ¿Serán recogidas por los emisarios de Satanás, que por desgracia son muchísimos y notablemente activos? ¡Ah! No lo consienta jamás el dulcísimo Dios; inclínese a piedad por la humana indigencia, que se está volviendo extrema».

El 4 de mayo se manifiesta por vez primera la perspectiva de una catastrófica guerra. Había sido el padre Benedetto quien le pidió que le preguntara al Señor acerca de las nubes que parecían adensarse sobre el mundo. El padre Pío responde: «Me duele no poder corresponder a vuestra justísima pregunta. Jesús no quiso que hiciera mención a ello. Reguemos con confianza al Padre celeste por la mejor salida, porque las cosas se van enredando bastante y si él no pone remedio el asunto acabará muy mal. No nos merecemos las divinas ayudas, habiendo expulsado nosotros de nuestro corazón al amabilísimo Jesús y hasta cerrado las puertas al divino sol para no sentir los benéficos efectos de sus ardientes rayos; pero que al menos nos sea consentido confiar en la infinita providencia divina».

Pese a todo, no tardará el padre Pío en saber que los acontecimientos humanos han enfilado la peor de las direcciones. El padre Agostino de San Marco in Lamis atestigua en su Diario que estuvo presente en un éxtasis de padre Pío, en Pietrelcina, antes del estallido de la Gran Guerra, en 1914: «Le decía al Señor: “¡Dios Mío, cuánta sangre! (...) Sávanos, Señor, de tantos desastres (...) ¡Ah, tantas culpas! (...) ¿Es necesario? (...) ¡Mándanos pues la prueba, pero salva las almas! (...)”».

En efecto, el 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria muere en un atentado en Sarajevo y un mes más tarde, el 28 de julio, Austria declara la guerra a Serbia. Empieza así la Primera Guerra Mundial. El 7 de septiembre, el padre Pío le

pide al padre Agostino que rece «para que cesen las hostilidades: desarmemos el brazo del divino juez, justamente airado contra las naciones, que nada quieren saber de la ley del amor. En primer lugar», añade el padre, «nuestras plegarias deben dirigirse a desarmar la cólera divina contra nuestra patria. Ésta también tiene muchas cuentas que saldar con Dios. Si al menos aprendiera de las desventuras ajenas, máxime de su hermana Francia, de lo dañoso que resulta para la nación alejarse de Dios, y entonara a tiempo el miserere».

En efecto, Italia, en aquel momento, se hallaba aún en una posición neutral. No tiene ningún interés por entrar en la guerra, que se anuncia como una catástrofe, entre otras cosas porque sus aspiraciones territoriales pueden ser satisfechas por vías diplomáticas. Además, la mayoría del pueblo —que es campesino— y la mayoría del Parlamento, al igual que la Iglesia, se muestran contrarios.

Y, entonces, ¿cómo y por qué se impuso el golpe de mano que el 24 de mayo de 1915 lanzó a Italia a semejante carnicería? Según Antonio Gibelli: «La guerra fue impuesta en Italia por una minoría (la corona, el gobierno, los intelectuales y los estudiantes intervencionistas de orientación nacionalista y neounitaria, una parte del mundo industrial, algunos grandes periódicos, como el *Corriere della Sera*), contra la voluntad de la mayoría parlamentaria, contra la opinión de las mayores corrientes políticas y de las masas populares».

Esta decisión, que provocó una «inútil masacre», en su mayor parte de hijos de campesinos (aproximadamente setecientos mil muertos para una población de 36 millones de habitantes) abrió de par en par las puertas al fascismo, que a continuación arrojará a Italia a la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, provocando una devastación más inmensa aún y el desencadenamiento de nuevas ideologías del odio.

La decisión de 1915 fue hija de un régimen de casta que se había formado en contra de la Iglesia. Era inevitable que —una vez

desaparecidos los principios morales y religiosos— prevalecieran los intereses de los poderosos («*Los industriales, encabezados por los de los mayores complejos siderúrgicos, vieron pues en la guerra la única solución para sus problemas y pusieron en juego toda la fuerza de sus influencias en los ambientes gubernamentales, así como su capacidad de orientación de los mayores órganos de prensa*») y las ideologías de la violencia, el mito de «vivir peligrosamente» encarnado por los Filippo Tommaso Marinetti y por los distintos Gabriele D'Annunzio.

El padre Pío —que también será llamado a las armas— supo un mes antes de la entrada en guerra de Italia la tragedia que se preparaba y su causa: el no haber querido escuchar el afligido grito de amor del Santo Padre, Pío X. En efecto, el propio Jesús le revela que Italia entrará en guerra. El padre Pío lo cuenta en la carta del 21 de abril de 1915 al padre Benedetto: «Esta mañana ha venido Jesús y me ha dicho: “Italia, hijo mío, no ha querido escuchar la voz de amor. Para empezar, debes saber que hace tiempo que tengo en suspenso el brazo de mi padre, que quiere arrojar contra esta hija adúltera sus rayos. Se esperaba que las desventuras ajenas la hicieran volver en sí, la hicieran entonar el miserere a tiempo. Ni siquiera ha sabido apreciar este último rasgo de mi amor y por eso su pecado se ha vuelto más abominable ante mí (...) A ella también le está reservada, sin duda, esa suerte que tocará a sus hermanas”».

OTRA CARNICERÍA

La guerra total es la propia sociedad moderna
en su más alto grado de eficiencia.
GEORGE BERNANOS

Antes que un acontecimiento político, la Primera Guerra Mundial es un acontecimiento metafísico, la explosión de la gran crisis espiritual (convertida en crisis de identidad de las naciones y crisis existencial de los individuos) que estaba incubándose ya desde hacía tiempo. Es el colapso de esa modernidad que autodivinizaba al hombre y está dispuesta a sustituir la antigua lámpara de la fe por el mito de la bombilla eléctrica del progreso. Es también la oportunidad para barrer de la historia el último imperio católico, heredero del Sacro Imperio Romano, sobre cuyas ruinas debe edificarse el edificio de la muy laica Sociedad de Naciones. Disueltos los lazos de Europa con el catolicismo, se desencadenaron los nacionalismos, con ambiciones imperialistas, además.

Sobre todo, es el alma la que está enferma, dispuesta para la catástrofe hasta desearla con violencia y a exaltarla como fuerza creadora. Quien mejor captó este colapso nihilista, como nos explica George Weigel en *Política sin Dios*, fue Alexander Solzhenitsyn:

Los fallos de la conciencia humana, privada de su dimensión divina, han sido un factor determinante en todos los mayores crímenes de este siglo, que se iniciaron con la Primera Guerra Mundial, a la que se remontan la mayor parte de nuestras

desgracias. Esa guerra (...) se produjo cuando Europa, que por entonces gozaba de una salud excelente y nadaba en la abundancia, cayó en un arrebatado de automutilación que no pudo más que minar su vitalidad a lo largo de, por lo menos, todo un siglo y quizá para siempre. Esa realidad sólo puede explicarse por un eclipse mental de los líderes europeos, debido a la pérdida de su convicción de que, por encima de ellos, existía un Poder Supremo.

El escritor ruso pone un ejemplo dramático:

Sólo la pérdida de esa profunda intuición que procede de Dios pudo permitir a Occidente que, después de la Primera Guerra Mundial, aceptara sin inmutarse la dilatada agonía de Rusia, mientras era despedazada por una banda de caníbales (...) El mundo occidental no cayó en la cuenta de que, en realidad, eso era sólo el comienzo de un dilatado proceso que implicaba un ominoso desastre para el mundo entero.

Y pensar que se había dado una extraordinaria advertencia sobrenatural: la aparición en Fátima de la Virgen que el 13 de julio de 1917 predijo la revolución comunista (que se verificará tres meses después) y todas las tragedias que ésta esparciría por el mundo. Es útil volver a citar otro fragmento de Solzhenitsyn:

En los primeros años del siglo XX, los europeos exaltaban la violencia; incluso había ciertos grupos que expresaban la necesidad de un cambio radical (...) Una visión global de Europa entre 1900 y 1914 podría mostrar de manera irrefutable que el continente entero había emprendido una carrera imparable hacia una revolución científica, tecnológica e industrial, impulsada por una energía prácticamente sin límites, que transformaba casi todas las esferas. Esa violencia era endémica y estaba al servicio de una lucha social, económica, política, clasista, étnica y nacional. Europa enfocaba todas sus energías hacia una carrera armamentística desbocada y vertiginosa a gran escala, como jamás se había visto antes.

El siglo más sangriento de la historia empezaba así. Edward Gey, ministro de Exteriores británico, afirmó el 3 de agosto de 1914, al principio de la guerra: «Las luces se están apagando en toda Europa. Dudo que volvamos a verlas encendidas en el curso de nuestra vida». Y Winston Churchill, en esos mismos días, decía: «Todo se inclina hacia la catástrofe y el colapso (como si) una oleada de locura hubiera embestido la mente del mundo cristiano».

El único perfectamente consciente de todo lo que ocurría fue el papa Pío X, escarmentado además por la visión que había tenido su predecesor, León XIII (la basílica de San Pedro sacudida hasta sus cimientos por los demonios) y la inquietante profecía relacionada con ella (Satanás, en un futuro próximo, dispondría de un siglo para intentar derribar a la Iglesia). Así pues, pocos días después del inicio de la guerra, el 20 de agosto de 1914, muere el papa Pío X porque «se ofreció como víctima propiciatoria ante Dios para conjurar de la humanidad el flagelo de la guerra, por él temido y preanunciado». El padre Pío escribe: «¡Cuán grave pérdida para la cristiandad!». Después traza de él un retrato conmovido y lleno de admiración. Y concluye: «El ha sido la primera, la mayor y la más inocente de las víctimas de la guerra fratricida que ensordece con las armas y con los ejércitos y llena de terror a Europa entera».

A ese sacrificio se añadirá el de los pastorcillos de Fátima, a quienes la Virgen ha pedido literalmente que «se ofrezcan». Pero ¿cómo encaja el padre Pío en este plan divino para sostener a la Iglesia en la época tenebrosa del Mal? En el Epistolario podemos ver cómo la angustia del padre va creciendo ante la extensión de la guerra. El 20 de mayo de 1915 escribe: «Los horrores de la guerra, padre mío, me tienen continuamente en mortal agonía. Quisiera morir para no ver tantas matanzas; y si el buen Dios quisiera concederme en su misericordia esa gracia, ¡cuán reconocido le quedaría!».

Cuatro días después, Italia entra en guerra. También el padre Pío, junto a otros jóvenes frailes viene llamado a las armas, partícipe del drama planetario en primera persona, por más que una

providencial serie de inexplicables e incurables enfermedades lo mantengan prácticamente siempre entre hospitales militares y cuarteles.

El 27 de mayo, el padre escribe otra vez desolado ante «los horrores de la guerra» y profetiza que después de la tragedia que se abatirá sobre «nuestra Italia y la Iglesia de Dios (...) volverá a despertarse en el corazón italiano la fe (...) pero, ¡Dios mío!, antes de que ello ocurra, qué duras pruebas nos están reservadas». Repite después que implora a Jesús «suplicándole para que acepte mi extremo suplicio a cambio de esta desmesurada calamidad mundial».

En noviembre de 1915, el padre Pío es llamado a las armas, pero el médico militar diagnostica su tisis, enviándolo al hospital militar. Entre periodos de convalecencia y llamadas a las armas pasa más de un año. Con el avanzar de la guerra, el padre Agostino y el padre Benedetto empiezan a plantearle insistentemente preguntas de este tipo al padre Pío: «¿Cuándo terminará esta calamidad? Dígamelo por caridad y no me deje en tanto sufrimiento». La respuesta del padre, durante meses, será siempre la misma: «Ante vuestra pregunta de cuándo terminará esta calamidad no puedo dar otra respuesta que no sea la de que a este respecto me hallo totalmente a oscuras. El Señor se ha encerrado en un mutismo completo».

Hasta que en la carta del 19 de diciembre de 1917, el padre Pío refiere novedades. Nos hallamos dos meses después del «milagro del Sol» de Fátima que —el 13 de octubre de 1917— había dado fin a las apariciones delante de setenta mil personas con esa extraordinaria señal cósmica vista por todos. El padre Pío escribe: «En una de las visitas que recibí de Jesús en estos días, le pedí con mayor insistencia que tuviera compasión de las pobres naciones, tan extenuadas por la desventura de la guerra, y que su justicia cediera por fin su lugar a su misericordia. ¡Qué extraño! No me contestó más que con un gesto de la mano, que quería decir: ¡despacio, despacio! (...) “Pero ¿cuándo?”, añadí yo. Y él, con un

gesto serio en el rostro, aunque con un amago de sonrisa en la boca, clava su mirada unos instantes en mí y, sin mediar palabra, me despide. ¿Qué puede significar esto, padre mío? Yo no sabría decírselo». Hasta ese momento, siempre había callado, pero aquel día su actitud fue distinta: «Ahora bien, ¿cómo explicar esta diversidad de comportamiento en nuestro Señor? ¿Será que tal vez quiera intervenir él mismo en la evolución de este desarreglo mundial? Ojalá se animara a hacerlo pronto».

¿Qué significa esta visión? ¿Qué significa esa mirada fija de Jesús sobre el padre Pío como respuesta a su petición? ¿Qué le está pidiendo? ¿Para qué intenta prepararlo? Desde entonces los acontecimientos toman un camino sorprendente.

Todo empieza de nuevo con un acto del papa Benedicto XV, a quien el padre Pío se adhiere de corazón, obrando, al igual que todas las cosas del fraile, en obediencia a la Iglesia y en comunión con ésta y, sobre todo, en beneficio de ésta.

Ya se había verificado una singular coincidencia en mayo de 1917, cuando el pontífice —quebrantado por el encarnizamiento de la guerra y sintiendo su propia impotencia— se dirige el 5 de mayo (día muy querido para el padre Pío, al ser su onomástica y la fiesta de San Pío V) a la «Reina de la Paz» con un decreto, presentándole el grito de los inocentes e invocando su maternal intervención para obtener la paz. La asombrosa respuesta del Cielo llega exactamente ocho días después: el 13 de mayo, en efecto, empiezan las apariciones en Fátima.

En mayo del año sucesivo, y más en concreto el día 9, Benedicto XV promulga el Motu proprio *Quartus iam annus*, con el que convoca una misa propiciatoria por la paz y por la Iglesia, que habrá de celebrarse en la fiesta de los Santos Pedro y Pablo. Y se produce una sucesión de acontecimientos inesperados. Al día siguiente, el 10 de mayo, el padre Pío escribe al padre Agostino informándole por fin de que el final de la guerra está cerca: «Cobrad ánimos, porque ese día se acerca».

Era la primera vez que anunciaba este esperado acontecimiento y, considerada la seguridad de su tono, había tenido sin duda una revelación en tal sentido y justo en las horas sucesivas al Motu proprio. Sólo una revelación sobrenatural, por lo demás, podía desvelarle el cercano epílogo de la guerra, porque la situación militar y política hacía pensar lo contrario. Así lo demuestra la respuesta del padre Agostino: «¿Es realmente cierta la sentencia definitiva próxima de esa causa? ¡Yo no las tendría todas conmigo! ¿Te lo ha dicho realmente el Señor?».

Sí, el padre Pío estaba seguro y, en efecto, así ocurrió. ¿Cómo le había hablado Jesús y qué le había dicho en concreto? ¿Y tenía algo que ver él mismo? La única tesela del mosaico que hay que añadir es una revelación que se le escapó, muchos años después, al padre Pío, hablando con un capellán militar que había ido a San Giovanni Rotondo. El padre Pierino Galeone, que fue espectador casual de aquel encuentro, testifica haberle oído decir que en sustancia el Señor le había otorgado el fin de la guerra (*Monseñor Piero Galeone -más conocido por el nombre que usaba el padre Pío en referencia a él, Pierino- es un testigo precioso que será citado a menudo en estas páginas. Se encontró por primera vez con el padre en julio de 1947. Había ido a San Giovanni Rotondo a solicitar plegarias, dado que llevaba dos años enfermo de tuberculosis, lo que no le permitía acudir al seminario y hacerse sacerdote. El padre Pío le puso la mano en el pecho y el joven se curó. Desde entonces se convirtió en su hijo espiritual, uniéndose de manera profunda al padre. En 1950 fue ordenado sacerdote, y en 1994 fundó el Instituto secular de los Siervos del Sufrimiento. El cardenal Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, al firmar el prólogo a un libro del padre Pierino sobre el padre Pío ha llegado a escribir que «puede establecerse» por «la importancia de los hechos testimoniados» en la causa del padre Pío «el siguiente escalafón: el primer puesto ha de asignarse al padre Pierino Galeone, cuyo conocimiento del siervo de Dios se extiende durante un periodo de veintiún años -1947 a 1968-»*).

El «precio» fue intuido a la perfección por el padre Benedetto, quien, pese a ser ajeno a todo, sabía lo que el Señor le estaba haciendo vivir al padre Pío en aquellos días. El 7 de junio de 1918, en efecto, el padre Benedetto le escribía: «El omnipotente te quiere en holocausto», «tú, víctima, debes por tus hermanos lo que aún le falta a la pasión de Cristo».

Efectivamente, he aquí lo que sucedió el 30 de mayo, fiesta del Corpus Domini. Durante la misa, «me sentí sacudir por entero, me vi embestido por un extremo terror y poco faltó para que no llegara a írseme la vida; después lo sustituyó una calma completa por mí jamás experimentada en el pasado». Todo esto «no fue causado por la vista, sino por una cosa que me sentí tocar en la parte más secreta e íntima de mi alma».

Sin embargo, «durante estos acontecimientos, tuve tiempo de ofrecerme todo entero al Señor con la misma finalidad que tenía el Santo Padre al recomendar a la Iglesia entera el ofrecimiento de las plegarias y sacrificios (en el Motu proprio del 9 de mayo). Y apenas acabé de hacer eso, me sentí caer en esta tan dura cárcel y oí todo el fragor de la puerta de esta cárcel que se cerraba a mis espaldas. Me sentía constreñido por durísimos cepos, y me noté de inmediato que se me escapaba la vida. Desde ese momento me siento como en el infierno, sin pausa alguna, ni siquiera por unos instantes».

Una vez más, es el padre Benedetto quien sabe captar (y explicárselo a su hijo espiritual) el significado de tales acontecimientos, teniendo presente que el Motu proprio del papa, a cuya llamada contestó el padre Pío, estaba dirigido a la fiesta de los santos Pedro y Pablo y que había sido hecho en beneficio de la suerte de la Iglesia: «Fuiste encerrado en una dura prisión con San Pedro, asociado con el pontífice para aplacar la justicia, debíais concurrir a repararla por las ofensas de la humanidad. ¿Y qué ha sido, qué quiso significar el toque íntimo de la mañana del Corpus Domini. Fue Dios el que se adhirió al alma, y la sacudió infundiéndola un chorro de vida, casi cual elixir como sostén del patíbulo siguiente».

Con esto, el largo camino de preparación de la «víctima» se ha completado definitivamente. El holocausto está listo sobre el altar y el fuego está a punto de consumarlo en sacrificio expiatorio sustitutivo, para poner fin al sufrimiento de tantos pueblos, para iluminar al mundo y salvar a la Iglesia en una época histórica satánica. Ahora el padre Pío —al igual que Jesús en la cruz— describe a su director espiritual toda la oscuridad en la que ha sido sumergido: «¡Dios mío, Dios mío! No sé decir nada más, ¿por qué me has abandonado?». El padre Agostino lo consuela: «¡Sufres, pero piensa que el propio Jesús sufre en ti y para ti y contigo! Jesús no te ha abandonado ni nunca te abandonará»

El 5 de agosto sucesivo llega el fuego para que dé comienzo la consumación del holocausto. He aquí cómo relata lo que ocurrió: «Estaba yo confesando a nuestros chicos la noche del cinco, cuando de repente me vi embestido por un extremo terror ante la vista de un personaje celeste que se me presentó delante del ojo de la inteligencia. Llevaba en la mano una especie de herramienta, parecido a una larguísima lámina de hierro con una punta bien afilada, y que parecía como si de dicha punta saliera fuego. Ver todo eso y observar a dicho personaje lanzar con toda violencia el mencionado instrumento contra mi alma fue todo uno. A duras penas proferí un lamento, me sentía morir. Le dije al chico que se retirara porque no me sentía bien y no me sentía con fuerzas para continuar. Este martirio prosiguió, sin interrupción, hasta la mañana del día siete. Lo que sufrí en ese periodo tan luctuoso yo no sabría decirlo. (...) Desde aquel día en adelante he estado herido de muerte. Siento, en lo más íntimo del alma, una herida que está siempre abierta, que me hace padecer asiduamente».

El padre Agostino acude en ayuda de su extravío, recordándole que en ese día se celebraba la fiesta de la Transfiguración y explicándole que ésa «era la prueba del celeste amor (...). Es ésa la prueba de las ánimas predilectas por ese Jesús que quiso sentir todo el miedo de esa tempestad moral. Cada alma que aspire a

salvarse debe probar algo de esa tempestad misteriosa, porque toda alma predestinada debe parecerse a Jesús».

Y he aquí que la semejanza con Jesús crucificado, el Cordero inmolado en nuestro lugar, se vuelve total en el padre Pío, con el acontecimiento del mes sucesivo: los estigmas impresos en él el 20 de septiembre. Ya el padre Benedetto, al escribirle el 27 de agosto, lo prepara habiendo intuido que en esta extraordinaria historia, el fraile de Pietrelcina estaba llamado a una misión absolutamente extraordinaria para nuestro tiempo. Misión que el padre Benedetto, que no deja de ser un religioso muy prudente y riguroso, describe con un verbo vertiginoso: «corredimir». Escribe textualmente: «Todo lo que acontece en vos (...) es vocación a corredimir y fuente de gloria, por lo tanto. El, el amor paciente, penante, ansioso, desfallecido, magullado y estrujado en el corazón, en las vísceras entre las sombras de la noche y la más que desolación en el huerto de Getsemaní está con vos asociado a vuestro dolor y asociándoos al suyo».

¿Qué significan todos esos fenómenos? Un maestro de la mística cristiana como San Juan de la Cruz habla de «heridas de amor» y «llagas de amor». Pero el episodio más enorme acaecerá la mañana del 20 de septiembre. Es un día como otro cualquiera. El convento está desierto. El guardián, el padre Paulino da Casacalenda, se ha tenido que ir a San Marco in Lamis para las confesiones como preparación para la fiesta de San Mateo. Fray Nicola —como el fray Galdino de Mazzoni— está deambulando por los campos y el pueblo con las alforjas. Los chicos del seminario están jugando y charlando en el patio. El padre Pío acaba de celebrar la misa, se ha quedado solo en la iglesia y, como de costumbre, se acerca al coro para el agradecimiento. A su postración por la «noche oscura» se suma en él la angustia por el sufrimiento de tantas familias afectadas por la guerra y ahora por un nuevo azote, la epidemia de gripe española que había tenido en la cama al propio padre Pío del 5 al 17 de septiembre (es una terrible pandemia que está segando en Europa a millones de víctimas).

Es también el primer día de la novena al arcángel San Miguel. Por lo tanto, la mañana del 20 el fraile está solo en el coro, continuando, sin duda, ante el crucifijo la plegaria de la misa precedente por las víctimas de estas tragedias. Y continúa ofreciéndose como víctima, «para que acaben la una y la otra».

Pero aquella mañana, hacia las diez, «una calma indescriptible» invade extrañamente al fraile de treinta y un años. «Y mientras todo eso se estaba realizando», le contará más tarde él mismo a su director espiritual, «me vi delante a un misterioso personaje, parecido al que había visto la noche del 5 de agosto, pues se diferenciaba en esto únicamente, que tenía las manos y los pies y el costado de los que le manaba sangre. Su visión me aterroriza; lo que sentía en esos momentos en mí no sabría decíroslo. Me sentía morir y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostenerme el corazón, pues me lo sentía a punto de salirse del pecho. La visión del personaje se retira y yo me percaté de que mis manos, pies y costado estaban perforados y manaba sangre. Imaginaos el suplicio que experimenté entonces y que sigo experimentando continuamente casi todos los días. La herida del corazón echa asiduamente sangre, en especial del jueves por la noche al sábado. Padre mío, yo muero de dolor por el suplicio y por la confusión subsiguiente que siento en lo profundo de mi alma. Temo morir desangrado, si el Señor no escucha los gemidos de mi pobre corazón y retira de mí esta operación».

El padre Pío aclara más tarde que no pide que se le evite el dolor, sino sólo que le sean quitados «esas señales visibles» que lo confunden. Por el contrario, era precisamente la visibilidad de esas señales frente al mundo lo que se hallaba en los designios de Dios. ¿Con qué objetivo? ¿Y cuál es el sentido de esas dramáticas llagas (junto a la herida del hombro, que es un sufrimiento oculto?).

Es inevitable pensar en un inmenso beneficio obtenido por el padre con su inmolación. En efecto, un mes después de los estigmas, la guerra llega a su fin. El Señor mantiene su promesa. Pero ahora llama al padre Pío a una tarea excepcional. El padre

Benedetto ha intuido ya desde hace algunos meses que lo que le está ocurriendo al padre Pío —y de lo que sólo están al corriente él y el padre Agostino— forma parte de un designio del Cielo que llama al padre Pío a una gran misión en la tierra. En enero de 1919 se lo escribe claramente: «Sé, por desgracia, que querríais acelerado el momento de pronunciar esta frase: “In manus tuas, commendo spiritum meum” (Lc 23, 46). ¿Pero puedes decir: “Consummatum est” (Jn 19, 30)? A ti tal vez te parezca que sí, a mí no. Tu misión no se ha completado y más que ser absorbido en Dios, debes tener sed de la salud de tus hermanos».

Y, en efecto, la Providencia que gobierna los acontecimientos de la vida y de la historia obrará de manera que, de ahí a pocas semanas, esta misión por «la salud de tus hermanos» se abra de par en par ante él a través de los hechos, cuando una riada de «hambrientos y sedientos» irrumpa en el silencio de San Giovanni Rotondo en busca del fraile estigmatizado. Es el incontenible deseo de un Dios que grita en todos los seres humanos. Indudablemente, toda la tierra desea su rostro. Y el corazón sediento de Cristo mendiga el amor de los corazones humanos. Decía el cardenal Pierre De Berulle (y sus palabras explican el mensaje que los estigmas de los santos significan para el mundo): «El corazón de Cristo está eternamente herido; su gloria no borra esta llaga de amor. Esta transfixión de la lanza no es más que un signo de la verdadera transfixión interna del corazón».

LA CIENCIA Y LA IGLESIA FRENTE A LOS ESTIGMAS

Por mucho que lo sientan los racionalistas, existe algo más fuerte que las «ideas científicas» y las «nociones de fisiología», aunque sean enunciadas por Claude Bernard: los hechos.

J. GUITTON- J.J. ANTIER

Volvamos a la pequeña iglesia del convento, a las diez y media de aquel 20 de septiembre de 1918. La visión de Jesús ha desaparecido. El padre Pío está ahora solo, en el suelo. Trastornado y confuso se da cuenta de que tiene en sus manos, en sus pies y en su costado auténticas heridas sangrantes y dolorosísimas. Intenta taponarlas, se arrastra a la celda, se lava, se venda, llora, implora que el Señor no se las deje tan visibles.

Después, cuando vuelven a entrar los muchachos y los frailes, se las apaña de mil maneras para ocultarlo todo. Entre tanto, reza para conseguir que los estigmas dejen de ser visibles, está convencido de que desaparecerán pronto. Durante unos días, saca adelante la empresa casi imposible de sustraerlas a las miradas y nadie se da cuenta de nada. Pero lo que había sido factible con los frailes resulta imposible con la mirada indagadora y curiosa de una mujer, su hija espiritual Nina Campanile, quien, habiendo ido al convento para pedirle al padre Pío que rezara por su hermana (enferma también de gripe española), al dejar la oferta para la misa,

se percata inmediatamente de algo: «Padre, ¿os habéis quemado en la mano?».

El se sustrae a sus miradas y cambia de tema de repente. Pero a las sospechas de Nina se añade, en los días sucesivos, el hecho de que, al final de la catequesis, el padre ya no permite que se le bese la mano como despedida. Sus hijas espirituales —entre quienes corrían voces de que el fraile tenía estigmas invisibles— se convencen rápidamente de que el padre Pío tiene estigmas visibles. Las voces empiezan a difundirse en el pueblo, mientras que los frailes siguen ajenos a todo, porque el padre Pío se las ingenia para ocultar sus manos de mil maneras. A decir verdad, una mañana en el coro el padre Paulino se fijó en que el padre Pío tenía un círculo de un color rojo vivo en la mano, pero pensó en una quemadura sin dar mayor importancia al asunto.

A la semana siguiente, sin embargo, se encontró con la mencionada Nina Campanile, quien lo detuvo y le dijo a bocajarro: «Padre Paolino, ¿sabe que el padre Pío ha recibido los estigmas?». En un primer momento, el fraile considera el asunto como un mero chismorreo femenino que no merecía más de una sonrisa. Pero Nina lo desafía a que indague él mismo. Lo que hizo, precipitándose en la celda del padre Pío y percatándose de que todo era verdad.

Quedó entusiasmado. Inmediatamente después, escribió al padre provincial para referirle cuanto había ocurrido. De los superiores llegó la recomendación del máximo silencio sobre el asunto, pero las voces ya se habían esparcido y la gente empezó a agolparse en el convento, solicitando al padre Pío oraciones, intercesión, confesión, participando en su misa. Su fama de santidad se extendió bastante más allá de San Giovanni Rotondo. Y enseguida empezaron a circular voces de gracias recibidas, de milagros, se señales. Era obvio que antes o después la noticia de lo que estaba ocurriendo en el pueblecito del Gargano había de salir a la luz.

El 9 de mayo de 1919, en el *Giornale d'Italia* aparece el primer artículo que habla del padre Pío de Pietrelcina. Llegados a este punto, su fama —muy a su pesar— empieza a extenderse cada vez más. Las autoridades eclesíásticas intentan comprender de inmediato qué está sucediendo. El primero en analizar atentamente los estigmas es el padre Benedetto, el provincial, quien escribe: «En él no hay manchas o huellas, sino auténticas llagas que le perforan las manos y los pies. Yo, además, le observé la herida del costado: una auténtica laceración de la que mana continuamente sangre o sanguinolentos humores. El viernes es sangre».

Pero hacía falta un análisis médico (en estos casos, lo primero que la Iglesia quiere conocer siempre es la opinión de la ciencia, antes de reconocer el carácter sobrenatural de una señal). De manera que el provincial de los capuchinos de Foggia encarga al profesor Luigi Romanelli, primario del hospital civil de Barletta, que examine al padre Pío y emita un dictamen sobre los estigmas.

El 14 de mayo de 1919 llega el médico al convento de San Giovanni Rotondo junto al padre provincial. El 15 y el 16 analiza atentamente los estigmas. Y concluye en su dictamen: «Es de excluir que la etiología de las lesiones del padre Pío sea de origen natural, pues el agente productor debe buscarse sin temor al error en lo sobrenatural y el hecho constituye de por sí un fenómeno inexplicable para la mera sabiduría humana».

Pero la Iglesia no se conforma con una única opinión médica. Así, en julio, el procurador y comisario general de la Orden, padre Giuseppe Antonio da Persiceto, en nombre del Santo Oficio, encarga otro al profesor Amico Bignami, catedrático de patología médica en la Universidad de Roma, cuyas ideas laicas y positivistas eran bien conocidas. Se confiaba en un análisis científico libre de todo prejuicio, pero, muy al contrario, no hubo tal.

En la práctica, Bignami —basándose en sus ideas— tomó en consideración únicamente tres hipótesis: que se tratara de heridas provocadas artificialmente, que tales heridas se derivaran de un estado morbooso y que se diera en parte el primer caso, en parte el

segundo. De esta forma excluyó a priori del grupo de las hipótesis la del origen sobrenatural. Obviamente, con tales premisas —después de una visita de un par de horas al padre Pío— no podía llegar más que a una conclusión, es decir, que las llagas eran, según su opinión, explicables mediante fenómenos naturales.

Era una conclusión anunciada, prevista. Ése es el límite del positivismo que, como toda ideología, no hace justicia a la razón. Esta, para estar totalmente libre de prejuicios y limitaciones, debe tomar en consideración todas las hipótesis, incluso la de que el misterio supere a la propia razón. Porque no se puede excluir razonablemente a priori que la causa de un fenómeno (como los estigmas) pueda ser algo que la ciencia es incapaz de poseer ni medir. Eso es lo que enseñaba, por ejemplo, uno de los mayores filósofos del siglo XX, Henri Bergson.

Escribe Jean Guitton: «Me acuerdo haber oído decir a Bergson, con su voz sumamente serena, con un poco de ironía, que él no conocía método alguno a priori capaz de probar la imposibilidad de un hecho. Sí, desde luego que [no] se puede. Pero, si el hecho está ahí, entonces los raciocinios sobre su imposibilidad no solamente son afrentosos, sino que se desvanecen».

Es necesario admitir, sin embargo, que el profesor Bignami da muestras de la lealtad y seriedad que le caracteriza como persona. Escribe, en efecto, que la personalidad del padre Pío «me impide pensar en la simulación sin más». Además —como observa Angelo Maria Mischitelli—, «parece evidente que ante el fenómeno, el profesor no expresa una certidumbre absoluta, presenta hipótesis, ofrece interpretaciones, adelanta opiniones. La conclusión es presentada con palabras que manifiestan humildad personal y dudas científicas».

En efecto, precedentemente «había declarado incluso que a la luz de los conocimientos científicos sobre la necrosis múltiple, no es capaz de explicar la simetría de las llagas localizadas, situadas precisamente en esos puntos, lo que quiere decir que se trata de una rendición de hecho ante el fenómeno. No sólo, pues al tratarse

de necrosis múltiple, asevera que no entiende por qué ésta llega a esos puntos y se detiene allí, dejando intacta la piel que la rodea, cuando la necrosis es un proceso degenerativo», que como tal debería extenderse. Con todo, si los estigmas no son un fraude y hay que excluir por prejuicio lo sobrenatural, ¿qué nos queda? ¿La autosugestión? ¿Se han visto alguna vez heridas semejantes, auténticos orificios de lado a lado, formados de repente por autosugestión? ¿Y cómo puede una patología nerviosa producir heridas colocadas justo en las partes del cuerpo donde están las llagas de Jesús, en perfecta simetría, en vez de en cualquier otra parte del cuerpo? ¿Y cómo pueden esas heridas, producto de la autosugestión, comportarse contra todas las leyes de la naturaleza, sin cicatrizar y sin derivar en supuración? ¿Y cómo puede deberse a la autosugestión un hecho semejante, cuando el padre Pío llegó a interpretarlo incluso al principio como un castigo del Cielo, lo ocultó cuanto pudo, llamaba a los estigmas «el problema», se sentía humillado y confuso por su causa, lo vivió con profundo sentimiento de indignidad e imploró mucho al Cielo para que dejaran de ser visibles?

En todo caso, lo que prueba definitivamente que el diagnóstico de Bignami no explicaba el fenómeno fue la propia «cura» que éste imaginó. El médico, en efecto, quería demostrar que en dos semanas las llagas desaparecerían o darían señales de mejora, de modo que ordenó al provincial: 1) hacer desaparecer toda clase de medicamentos, el ácido fénico sobre todo, del alcance del padre Pío; 2) vendar las heridas y precintarlas delante de dos testigos; 3) verificar las heridas cada mañana, durante ocho días, volviendo a colocar los precintos; 4) por último, al cabo de ocho días, se haría un informe sobre el estado de las llagas.

Pues el caso es que así se hizo por orden del padre provincial Pietro de Ischitella (en el cargo desde el 5 de julio de 1919). Bajo precepto de obediencia y bajo juramento, el padre Paulino, guardián del convento, junto con el padre Basilio y el padre Ludovico,

sometieron durante ocho días al padre Pío a esas prácticas, para éste bastante dolorosas, en el cuerpo y en el alma, y la conclusión jurada y firmada fue que las llagas, lejos de haberse cicatrizado, sangraban más que nunca. La prueba había fracasado, por lo tanto.

Las visitas sucesivas de otros médicos —en las que no nos demoraremos— proporcionaron una ulterior confirmación de lo inexplicable, tanto en clave científica como natural, de los estigmas del padre Pío. Pero si la ciencia, desde entonces hasta hoy, ha reconocido la evidencia del misterio, los problemas, paradójicamente, vinieron de dentro de la Iglesia y siguen siendo inexplicables.

El caso más clamoroso fue el del padre Agostino Gemelli, franciscano también, fundador de la Universidad Católica de Milán, figura de notable importancia para la cultura católica del siglo XX y, ya en aquel tiempo, una personalidad de gran peso dentro de la Iglesia. Este se presentó en San Giovanni Rotondo el 18 de abril de 1920 y —en un encuentro fugaz— le pidió al padre Pío que le enseñara los estigmas. Este preguntó si su visitante tenía permiso escrito de las autoridades. Gemelli contestó que no y el padre Pío concluyó: «En ese caso, no estoy autorizado a enseñáros las».

Angelo M. Mischitelli ha dedicado un libro a este triste asunto, *Padre Pio e il caso Gemelli*, [El Padre Pío y el caso Gemelli], En efecto, Gemelli, que tenía «un carácter altivo, seguro de sí mismo, autoritario» no se lo tomó bien. El 19 de abril de 1920 escribió un informe al Santo Oficio en el que, «pese a no realizar examen alguno desde un punto de vista médico», formulaba juicios que nos dejan incrédulos, hablando de «un caso de sugestión» y del padre Pío como «un sujeto enfermo».

Sucesivamente, el 6 de abril de 1926, Gemelli debe volver a informar al Santo Oficio, y esta vez afirma cosas contradictorias y negadas por los testigos. Escribe, por ejemplo, que vio «varias veces al padre Pío» y que conversó «mucho tiempo con él» por último, «examiné también las llagas del padre Pío, que me fueron

mostradas con gran complacencia por el padre Benedetto y con cierto aparato escénico». Todo eso para formular un diagnóstico muy duro: «considero que el padre Pío es un psicopático» y en esos casos «se impone el aislamiento», tratándose de «enfermos que en conciencia han de ser considerados peligrosos para sí mismos y para los demás y, por lo tanto, sujetos que han de sustraerse a la vida civil».

Mischitelli comenta desconcertado este documento, recalcando que su única visita «es la del 18 de abril de 1920» y que «el padre Gemelli no efectuó pericia o examen alguno en los estigmas y menos aún sobre el padre Pío y en esto concuerdan todos los testimonios». Por lo demás, como confirmación, cita cuanto escribirá el propio Gemelli muchos años después. Lo refirió el periodista Giorgio Pillon, quien, el 9 de octubre de 1968, publicó en el semanario *Gente* una carta del padre Gemelli de 1957, en la que se decía: «Según su escrito, yo solicité supuestamente examinar los estigmas del padre Pío y, habiendo recibido una negativa, no dudé en manifestar a quien correspondía todas mis perplejidades. El episodio es falso. Jamás solicité al padre Pío el examinar los estigmas, entre otras cosas, porque nadie me encargó nunca que lo hiciera. Un examen de esa clase habría exigido una larga permanencia mía en San Giovanni Rotondo y toda una serie de comprobaciones científicas».

Que cada cual saque sus propias conclusiones. Con toda justicia, Mischitelli añade que en 1946, cuando el padre Gemelli, «acusado de simpatías hacia el fascismo», tuvo que «ceder el asiento del rectorado de la Universidad Católica hasta que todo se aclaró (*fue más tarde «reconocida también la contribución dada por el padre Gemelli a la resistencia —escribe Mischitelli— a través de la acogida y protección de partisanos, judíos y perseguidos políticos ocultos dentro de las paredes de la institución que presidía»*) el padre Pío le mandó un mensaje a través del padre Cario Varischi: «Dígale al padre Gemelli que yo rezo todos los días por la

Universidad Católica, y por él también y por sus sufrimientos en estos últimos años».

Por lo demás, la naturaleza sorprendente de los estigmas del fraile del Gargano tuvo su enésima confirmación precisamente en 1968. En efecto, al igual que aparecieron prodigiosamente el 20 de septiembre de 1918, de manera igualmente inexplicable desaparecieron pocos días antes de su muerte, que tuvo lugar el 23 de septiembre de 1968, habiéndoselo solicitado el propio padre a Jesús.

¿Qué son esos estigmas que durante medio siglo (y después además) han atraído a un océano de seres humanos? ¿Qué nos dicen? Esta es la inmensa lección del santo de Pietrelcina a la cristiandad en el siglo más oscuro de la historia de la Iglesia: sólo lo que Dios obra y está obrando es importante, grande y salva.

A cierta clase clerical siempre concentrada en sí misma, afanosa en sus propias iniciativas, en las palabras (propias), en el hacer y deshacer, en el modernizarse en los documentos, en los congresos, en la organización (y que a menudo, por eso mismo, no reconoce a los santos enviados por Dios y los persigue, ferozmente incluso, como hizo con el padre Pío), a una Iglesia que no parece ser capaz de limitar el desastre y tener eficacia misionera, se le presentan las grandes obras que Dios ha realizado en uno de sus hombres, en todo y sólo de los suyos, señales de Dios que llegaron a ser incluso visibles sobre su propia carne, durante medio siglo.

Un día, siendo cardenal, Joseph Ratzinger, al intervenir en un congreso sobre el pelagianismo (la antigua herejía contra la que luchó San Agustín, pero que el prelado consideraba hoy presente y particularmente insidiosa dentro de la cristiandad), trazó un cuadro que resulta precioso para comprender al padre Pío. Ratzinger afirma: «Me parece que la tentación de reducir el cristianismo a un moralismo es enorme también en nuestros días (...). Vivimos en general todos en una atmósfera de deísmo. Nuestra idea de las leyes naturales no nos permite pensar ya fácilmente en una acción de Dios en nuestro mundo. Parece como si no hubiera espacio para

que el propio Dios pudiera actuar en la historia humana y en mi vida. Y así tenemos la idea de que Dios no puede entrar en este cosmos, ya hecho y cerrado en su contra. ¿Qué nos queda? Nuestra acción. De manera que somos nosotros quienes debemos transformar el mundo, somos nosotros quienes debemos crear la redención, somos nosotros quienes debemos crear un mundo mejor, un mundo nuevo. Y si se piensa así, entonces el cristianismo está muerto, el lenguaje religioso se convierte en un lenguaje puramente simbólico y vacío» (*el prefecto del ex Santo Oficio, que hablaba en un congreso de la revista 30 giorni [30 días] sobre San Agustín, añadió que «esta revista tiene el gran mérito de habernos enseñado cómo, en las modernas plegarias, incluso en la traducción de las plegarias litúrgicas, existe esta tentación de dejar caer la esperanza de una intervención de Dios —parece demasiado ingenuo esperar algo así — que lo transforma todo en llamadas a nuestra propia actuación».*).

Es un diagnóstico amargo y perfecto de nuestro tiempo y de su incapacidad de reconocer señales evidentes de la «acción de Dios», como lo son precisamente los estigmas de un gran santo.

Esta ceguera afecta en especial a quienes tienen pretensiones intelectuales, a quienes confían en sí mismos, a quienes sólo se ven a sí mismos, su propio hacer, su propio decir, su propio pensar. Un «yo» semejante impide ver a Dios. Quienes ven a Dios, quienes reconocen su actuación, son los «pobres», quienes tienen el corazón sencillo y mendigo. Sigamos escuchando a Ratzinger: «Agustín dice que la fe cristiana es precisamente la religión de los simples, el Señor se comunica con los simples».

En un libro suyo, Ratzinger evocaba el ejemplo de una muchacha que estaba embarazada, pero también gravemente enferma. Se confió al padre Pío, le rezaba, imploraba su intercesión pidiendo la gracia y ocurrió que se curó. Ratzinger señala el comportamiento de esa mujer como ejemplo de fe verdadera (análogamente había indicado Jesús el ejemplo del centurión). Y a quien objetaba que era una fe ingenua e infantil, el cardenal le contestó: «Será muy ingenua e infantil, pero ese comportamiento

refleja algo de la confianza originaria que nos es dada como don y que se enraíza en la conciencia que tenemos de los hermanos en el mundo que es además el nuestro. Están cerca, pueden ayudarme y puedo invocarlos con confianza».

Un océano de personas ha hecho lo mismo con el padre Pío. Y Dios ha hecho en él y a través de él cosas grandes, señales inmensas. Tan grandes que todavía no han sido comprendidas ni su profundidad ni sus efectos, tanto hoy como en el futuro. El padre Pío, cuando alguien iba a darle las gracias por sus numerosos y extraordinarios milagros, contestaba que él sólo era «un fraile que reza». Todas las extraordinarias cosas acaecidas (y que siguen acaeciendo) a través de él, son obra visible y clamorosa de Jesucristo viviente (como las marcas en su propia carne). Y son «la prueba» de que Jesús resucitó verdaderamente, al alba de aquel 9 de abril del año 30 y está verdaderamente presente, de forma poderosa, entre nosotros. Esta es la gran prueba. Como las heridas en las manos, en los pies, en el costado del fraile, en las que los hombres de nuestra generación han podido meter sus dedos, al igual que el incrédulo Tomás.

Los cristianos, en efecto, no están seguros de la resurrección de Jesús únicamente por los testimonios de quienes vieron hace dos mil años y de quien puso sus manos en las heridas del Jesús resucitado, testimonios que nos han sido fielmente transmitidos por la Iglesia, a través de los santos Evangelios, sino también porque, hoy, ellos mismos pueden experimentar tangiblemente su presencia viviente y operante. Especialmente a través de los santos, y entre los mayores santos se halla el padre Pío, cuyos estigmas totalmente inexplicables para la ciencia permanecieron ante nuestros ojos y ante los ojos de la ciencia (incapaz de explicarlos) durante decenios. Al igual que con los numerosísimos milagros. Esta es la gran prueba de la resurrección. No palabras, hechos.

Vanamente intenta demoler la cultura laica, desde hace doscientos años, la historicidad de los relatos evangélicos con inconsistentes argumentos histórico-filológicos, pensando en minar

el testimonio de los apóstoles y, por lo tanto, la fe de los cristianos. La Iglesia defiende con éxito —a través de formidables argumentos histórico-filológicos— la historicidad de esos testimonios. Pero enseña también que la «prueba» más grande es la que es visible hoy, es la posibilidad de experimentar ahora mediante la gracia la presencia viva de Jesús.

Y éste es el gran desafío a la razón y al corazón de todos los hombres. En efecto, los cristianos son desde siempre aquellos que anuncian que Jesús está vivo, lo que demuestra su divinidad. Esa es desde siempre su fe. ¿Cómo podían y cómo pueden obtener esa certeza que parece absolutamente irracional? ¿Únicamente por los testimonios transmitidos por testigos oculares? Desde luego, es mucho, pero en el fondo, se trata sólo de un testimonio histórico, relativo a acontecimientos de hace dos mil años. Hay mucho más: ellos mismos experimentan efectivamente su presencia viva. Incluso hoy. Es esa experiencia la que convence a la razón y al corazón.

El padre Giussani lanzaba este desafío a la cultura moderna y a los propios cristianos, anclados hoy en el fideísmo e incapaces de dar razones a su fe: «Sólo lo que actúa en el presente “es”. Lo que no actúa en el presente “no es”, no existe. Porque nosotros no podemos salir del presente (...). El presente es la gran característica del ser. “Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos”. Pero si está con nosotros todos los días, debe ser visible, tangible, audible, medible en tiempo y espacio, hoy, ahora. En caso contrario, “no existe”, es sólo un vacío. Si Jesús no estuviese hic et nunc, aquí y ahora (...) habría un vacío inmenso».

Giussani pone con la espalda contra la pared a los cristianos también: si tenéis fe en alguien que «no existe» ahora, vivo y operante, tenéis fe en un muerto y vuestra fe es una falacia. Por lo tanto, ¿cómo se entiende razonablemente que Jesús está verdaderamente vivo y entre nosotros? Y, más en general, ¿cómo se entiende que un hombre está vivo? Es muy sencillo: si se comporta como hombre viviente. Eso nos dice la razón. Y eso es lo que afirma el propio Tomás de Aquino: «Ex hoc aliquis percipit se

animam habere et vivere et esse, quod percipit se sentire et intelligere et alia huiusmodi opera vitae exercere» (De Veritate).

Es decir, de esto se desprende que alguien existe, vive, del hecho que piensa, siente y realiza otras actividades semejantes. Así deducimos nosotros la existencia de una persona —incluso sin verla— si oímos su voz o si, por ejemplo, recibimos una carta suya o vemos una obra realizada por él o nos sentimos tocados por alguien. En definitiva, si percibimos el obrar de alguien.

Por lo tanto, si observamos —por ejemplo, a través de un santo como el padre Pío— el obrar de un Ser Viviente que manifiesta un poder tan grande sobre la naturaleza, capaz de realizar milagros extraordinarios e incluso de reproducir en la carne del santo que lo ama, prodigiosa e inexplicablemente, sus mismas señales de crucifixión, ¿no deberíamos concluir que Él está vivo? ¿No deberíamos estar convencidos de que El «está» realmente presente aquí y ahora porque «obra» visiblemente?

Sí, sin duda ha resucitado, y está vivo porque se le ve obrar. Es la propia razón la que se rinde ante esta radical evidencia. Por lo demás, es precisamente la ciencia moderna la que usa de esta manera la razón. No es casual que un gran físico, que fue discípulo de Enrico Fermi, como Enrico Medi, devotísimo hijo espiritual del padre Pío (sobre quien nos ha dejado páginas memorables), escribiera un día: «Si no se corriera el peligro de ser malinterpretado, lo que me saldría sería decir que el cristianismo es exactamente científico».

Es cierto. Para demostrar la afirmación de Medi en su exacto significado, voy a citar a una astrónoma —por encima de toda sospecha, dado que se declara atea— como Margherita Hack.

El 25 de abril de 2007, en La Stampa, se publicó un reportaje sobre un planeta bastante parecido a la Tierra que acaba de ser descubierto en torno a la estrella Gliese 581. En la página aparecía también una entrevista con la profesora Hack, quien explicaba que el nuevo planeta «había sido medido con la técnica de las velocidades radiales». Y, ante la solicitud de una explicación más

precisa, contestaba: «El planeta no se ve, pero se deduce su existencia a través de las alteraciones gravitacionales que el propio planeta aporta al movimiento de la estrella».

¿Queda claro el razonamiento? El planeta no se ve, pero se deduce su existencia indudable por los efectos que produce. Lo mismo, por ejemplo, que la fuerza de gravedad o la electricidad. Esto es racionalidad. Así funciona la ciencia, alcanzando por lo demás sus mejores resultados. Por lo tanto, es racional deducir la existencia indudable de Alguien, aunque no se le vea con los ojos, por los efectos de su obrar (*Ya en lo que atañe a la propia naturaleza y la compleja estructura del ser se impone esta evidencia. Escribe el filósofo Claude Tresmontant: «Desde hace una treintena de años, la teoría de la información ha establecido lo siguiente (...): un mensaje que implica un significado proviene siempre de una inteligencia». En el caso de las señales sobrenaturales unidas al misterio de Cristo es la presencia del Resucitado lo que se hace tangible*).

Por lo demás, en muchos casos, incluso los ojos han podido verlo, por don de la gracia. Y el padre Pío es un testigo excepcional de ello y realmente digno de confianza. Su entera vida lo acredita como digno de nuestra confianza más que cualquier otro. Su propia carne llevó impreso durante medio siglo un milagro permanente (señal de la presencia de Él). En una ocasión dijo Ernest Renán que «aceptaría los milagros si se produjeran delante de la Academia de las ciencias». Pues bien, durante cincuenta años el padre Pío estuvo a disposición de las academias científicas, que lo visitaron varias veces estudiando sus estigmas y tuvieron que rendirse ante la evidencia del milagro.

Parte segunda LOS PODERES DEL PADRE PÍO

«YA CARGO YO CON TUS DOLORES»

Debes saber, sin embargo, que es omnipotente aquel que desconfía completamente de sí mismo y se fía únicamente de Mí.

Jesús al aparecerse a Santa Margarita María Alacoque

Cuando el 23 de septiembre de 1968 muere Francesco Forgione, es conocido en todo el mundo con otro nombre: el de padre Pío. Hacía tres años que había terminado el concilio, Kennedy había sido asesinado cuatro años antes en Dallas, el padre Milani había muerto en Florencia hacía un año y medio. El Che Guevara había sido asesinado en Bolivia diez meses antes, y las revueltas juveniles del sesenta y ocho habían estallado simbólicamente en los boulevard parisinos al igual que en Roma o en Milán. Entre tanto, la primavera de Praga, en agosto, había sido ahogada en sangre por los tanques soviéticos.

El padre Pío murió entre todos estos acontecimientos. A este hombre de Dios, un hombre de nuestro tiempo, le sucedieron muchísimos hechos extraordinarios ante los que la ciencia se quedó sin palabras y sin explicaciones. Como si su persona fuera la puerta a través de la que un mundo sobrenatural, realísimo y siempre presente, el mundo al que estamos destinados para la eternidad,

hubiera hecho irrupción en el presente, inundando la vida cotidiana de quienes entraban y entran en contacto con el padre Pío.

Su persona estuvo en el centro de una gran cantidad de prodigios y señales sobrenaturales que aún nos dejan atónitos, que han impresionado, sorprendido, conmovido, aturdido y convertido a muchísima gente. Difundiendo de manera clamorosa su fama de santidad por el mundo y su popularidad, que supera la de cualquier otra personalidad de la historia de la Iglesia. Pero, ¿cómo nace todo eso? En realidad, el joven fray Pío se nos aparece totalmente deseoso de silencio y ocultamiento, inmerso en una plegaria continua, día y noche, y en una intensa y discreta oferta de sí mismo, absolutamente refractario a todo clamor. Apasionado sólo por Jesús. Deseoso únicamente de irse al Cielo con él.

Pero el hecho es que el padre Pío cargaba sobre sus espaldas, una por una, literalmente, a todas las miles de personas que se dirigían a él. Acarreaba con el peso de todos los seres humanos y sus cruces. Deseaba cargar literalmente con su dolor para ayudarlos y lo hacía realmente.

Ya en una carta de 1914, desolado por la grave enfermedad del padre Ludovico, escribe al padre Benedetto que no cesará «de rezar cálida e incesantemente y de ejercer dulce violencia sobre el muy tierno corazón del padre celeste para su curación, si bien, ay de mí, es notablemente difícil. Le ofrezco al Señor mi pobre y débil persona en lugar de la de nuestro buen padre».

Otro ejemplo es el referido y vivido por el padre Atilio Negrisolo. Durante la Cuaresma de 1956, conoció en San Giovanni Rotondo a un joven de la región de Romaña, de Católica, visiblemente extenuado: tenía un tumor en la sien. El muchacho consiguió hablar con el padre y Negrisolo, más tarde, encontrándose con él, le pregunta: «¿Qué te ha dicho el padre Pío?». El contesta: «Me ha dicho: suframos juntos».

Llega el Viernes Santo, y el propio padre Negrisolo se encuentra con el padre Pío: «Padre, le felicito hoy, porque mañana habrá mucha gente». El lo mira y le contesta: «Para mí todos los días son

iguales. Hoy, además, me da la impresión como de tener un taladro que me penetra en la cabeza». Dijo eso señalándose la sien. Entonces el padre Negrisolo observó: «¡A la fuerza ha de ser, padre, cargáis con el mal de todos!». Y él —anota el padre Negrisolo— «volviéndose hacia la plaza donde se oía el vocear de la gente: “ ¡Ojalá fuera verdad que pudiera cargar con el mal de todos para verlos a todos contentos! ”». Concluye nuestro testigo: «Supe que el joven no tardó en curarse».

El padre Pío, sin embargo, insistía en subrayar que él no hacía los milagros, que los milagros los hacía sólo Dios. El se definía a sí mismo simplemente como «un fraile que reza». Pero indudablemente sus oraciones eran y son muy escuchadas. A partir de aquellas en las que pedía «pagar» él en lugar de los demás.

Pudo experimentarlo incluso Pío XII, quien, en el invierno 1953-1954 enfermó gravemente. La hermana del papa se puso en contacto con el padre Pío, transmitiéndole su profunda congoja por las condiciones de salud del pontífice y solicitándole afligidamente plegarias por él y por la Iglesia. El padre dictó como respuesta, estas palabras: «De usted, que es hermana del Santo Padre, comprendemos el desgarró, pero el desgarró de los hijos no debe creerse inferior al de la hermana. Le he ofrecido al Señor todo mí mismo, mi ofrecimiento sigue siendo válido (...) ¡No desesperemos, no! ¡Recemos, inmolémonos y confiemos!».

Puede leerse en la Positio del proceso de beatificación y canonización: «Se sabe que el papa sanó milagrosamente. Basta con leer en la prensa de la época la revelación realizada por el padre Rotondi en referencia a la repentina cura. Pío XII, una vez curado, al venir a saber de la heroica oferta del padre Pío, así como de las súplicas elevadas al Cielo junto a sus hijos espirituales, a través del prosecretario de Estado, monseñor Giambattista Montini, tuvo la deferencia de hacerle llegar una carta de reconocimiento» (*La carta, dirigida al padre general de los capuchinos, decía: «Reverendísimo padre, el fervoroso interés del Rvdmo. padre Pío de Pietrelcina por la salud de su Santidad, se añade con particular*

consuelo a las universales muestras de afecto de todo el mundo católico. Dando las gracias al buen Padre por su filial caridad y las oraciones tan amablemente solicitadas de otros, el Augusto Pontífice hace cordiales votos por su persona y por su santo ministerio y le envía de corazón la apostólica bendición. Ruego a la paternidad vuestra Rvdma. que comunique cuanto dicho al propio padre Pío». Es doloroso tener que decir que de ahí a no mucho, apenas muerto Pío XII, con Juan XXIII empezará la segunda terrible persecución contra el padre Pío por parte del Vaticano).

En sustancia, «¿por qué razón le daba el Santo Padre las gracias al padre Pío? Por encima de todo, porque se había ofrecido como víctima por su salud. Y la gracia que había recibido la estimaba como fruto de las plegarias del padre Pío». La relación de este último con el papa Pacelli estuvo llena de recíproca estima, personal incluso (*Tras la muerte al padre Pío le fue mostrado que Eugenio Pacelli estaba en el paraíso: «Y el padre Pío reveló: he visto a Pacelli feliz en el Paraíso»*).

Pero esa disponibilidad era habitual y era cotidiano para el padre, que ya soportaba gravísimos y constantes sufrimientos físicos, arramblar con las cargas ajenas y expiar por los demás. «El sabía ocultar sus penas», testimonia el padre Pierino Galeone, «mientras aliviaba de las suyas a los demás, de quienes nada le quedaba oculto. Sufría mucho y nadie se daba cuenta, por más que cada uno de nosotros nos lo imagináramos. Raramente revelaba algo de sí mismo, y siempre con discreta prudencia».

De esta forma, nadie sentía escrúpulos por hacerle cargar con sus propias cruces. El padre Eusebio Notte, por ejemplo, cuenta que hizo de portador de una carta en la que se le pedía al padre que ofreciera sus sufrimientos por un sacerdote. El padre, como siempre, dijo que sí. A la mañana siguiente se despertó con un punzante dolor en el costado que no conseguía comprender. Y fue el propio padre Eusebio quien le recordó: «Padre, ¿se ha olvidado de que ayer prometió plegarias y sacrificios por ese sacerdote?». Él

le escuchó y se limitó a decir: «¡Es verdad!». Como si todo fuera obvio.

El afecto contribuía además a aumentar ulteriormente la carga sus hombros. Como cuando un día oyó al padre Agostino da San Marco in Lamis quejarse de un persistente dolor en la rodilla. El padre Pío procuró confortarlo: «Animo, ya verá cómo se le pasa». No dijo nada más. Pero el padre Eugenio —que había asistido a esa escena— se dio cuenta de que poco después empezó a cojear dolorosamente, algo que antes no hacía. «Al llegar a la celda, tuve casi que cogerlo en brazos para ayudarlo a sentarse en un sillón. Pero, mientras lo hacía, se me ocurrió una idea: ¿no habría cargado el padre con el dolor en la rodilla del padre Agostino? Corro a ver a este último y le pregunto: “¿Qué tal se siente?”. Y él responde, sonriendo: “Pues fíjese que me siento muy bien y que el dolor ha desaparecido”. Añado yo: “¡Claro, como que se lo ha cogido el padre Pío!”».

En otros casos, pese a ofrecer sus sufrimientos, no obtenía el milagro requerido. Por ejemplo, cuando vino a verle Titina De Filippo, muy enferma. El padre Pellegrino —que era admirador de la artista— insistía continuamente, y al final, el padre Pío le dijo: «Las gracias no las hago yo, que además ni siquiera soy un santo. Yo, por esta amiga tuya, como por lo demás, por otra parte, le he ofrecido a Dios todos los dolores de mi vida, sin reserva alguna. ¿Qué más puedo hacer?». En cualquier caso, el padre supo consolar mucho a Titina, que se marchó serena y con más fuerzas.

Podrían referirse muchos otros episodios de este tipo, coronados por la gracia o no. Por ejemplo, el padre Tarcisio Zullo nos cuenta que, en 1957, el padre provincial cayó gravemente enfermo de neumonía. El corrió a San Giovanni Rotondo para decírselo al padre Pío, quien le mandó a referir al padre provincial que «estuviera tranquilo». El padre Tarcisio, al volver a Foggia, se encontró a su superior prácticamente curado, pero vino a saber que en el ínterin el padre Pío había enfermado. ¿Una afortunada coincidencia? El

padre Tarcisio pensó en lo que el padre Pío siempre les decía a sus hermanos: «¡Cargaré yo con todas vuestras penas!».

Son muchos quienes han sido testigos de estos hechos. El padre Francesco Napolitano atestigua: «El padre Pío se echaba encima todos los sufrimientos de los demás, sufriendolos en primera persona. Pretendía aliviar los sufrimientos, sabiendo que era imposible eliminarlos completamente». Llegaba a rezar de esta manera: «Señor, dame a mí todas las tristezas y dolores de mis hermanos con un temor puro: el de ser un egoísta al reservar para mí la mejor parte: el dolor (...)». Y sólo puede uno callar, escuchándolo e intuyendo las profundidades de su alma. (*«Cuanto más alta es la perfección a la que Dios destina al alma, igual de alto es el sufrimiento al que es llamado. El padre Pío declara que él cargaría con el sufrimiento, dejando a los fieles el mérito; pero, haciendo eso, no se favorecían los designios de Dios. En efecto, cuando se presentó ante el padre Pío la sierva de Dios Benedetta Bianchi Porro, afectada por muchos sufrimientos, dijo que debían cumplirse en ella los designios de Dios»*).

El padre Pierino Galeone nos cuenta: «A medida que pasaban los días, me iba dando cuenta de cuánta virtud tenía el padre Pío en el sufrir. Muchas veces sorprendía en él la asombrosa coexistencia de la alegría constante con el gran dolor. Muchas veces, después de haber bromeado con nosotros, decía que debía retirarse porque un dolor fortísimo lo atormentaba desde hacía días y no le abandonaba ni un instante siquiera. Parecía el hombre más sano de la tierra. Por el contrario, era todo él una llaga».

Una vez, teniendo que ir a Roma, el padre Pierino pensó en ir a visitar a la hermana del padre y le preguntó si tenía algún mensaje que mandarle: «Dile que rece por mí, que soy todo yo una llaga», contestó. Es verdaderamente el Cireneo que llevó la cruz de Jesús y con Jesús, es decir, la cruz del género humano. Y es el amor lo que le mueve, desde luego no el masoquismo.

«No creas que a mí me gusta el sufrimiento en sí mismo», le dijo a su hija espiritual Cleonice Morcaldi, «me gusta y se lo pido a Jesús

por los frutos que produce: da gloria a Dios, salva las almas, libera las del Purgatorio. ¿Qué más puedo querer?». Precisamente esta hija espiritual suya recuerda con palabras conmovedoras y repletas de sentimiento la fascinación que el padre ejercía sobre aquel grupo de jóvenes, y parece estar oyendo a los primeros —Juan, Andrés, Simón, Felipe— que conocieron a Jesús: «La afligida y dulce figura del padre atraía las miradas de todos, infundía en los corazones un gran deseo de paz y de bondad. Nuestras almas lo estudiaban silenciosamente y, en ese salutífero silencio, acontecían transformaciones y conversiones. El mérito de sus dolores recaía benéfico sobre las almas que lo invocaban y seguían; incluso sobre aquellas que arribaban a este puerto bendito sólo para curiosarse. Un periodista comunista entró, un día, en el convento y se unió a los hombres que aguardaban en el pasillo al padre. Un doctor, que estaba presente, me dijo que el padre, al pasar, se detuvo únicamente delante del periodista y le dijo: «Hijo mío, deja ese sucio pan, gánate un pan limpio y bendecido por Dios». Emocionado, tembloroso, el joven cayó de rodillas y dijo: «¡Gracias, padre Pío! ¡Ayúdame!». Supe después por el propio doctor que realmente llegó a encontrar su propio sitio, un pan limpio en la paz de su conciencia. Se contaban a millares las almas que entraban en las redes de Pedro, gracias a las plegarias y a los sufrimientos del padre crucificado, que todo lo obtenía de Dios, porque todo, sin reservas, se lo daba a Él (...). No sólo a los pecadores, sino a todos nos hacía sentir un cierto descontento hacia nosotros mismos. En todas las conciencias, al entrar en contacto con ese perfecto modelo de virtud, se despertaba un salutífero tormento, una necesidad de volverse uno mejor».

Asimilado a sí mismo por Jesús como el Salvador, el padre Pío se conmovía de compasión ante todos, especialmente ante quienes sufrían. A la llegada a San Giovanni Rotondo de tanta pobre gente y tantos enfermos, no era raro oírle susurrar, como testimonia el padre Alberto D'Apollito: «¡Oh, Señor, cuánta miseria, cuánto dolor! ¡Otórgame a mí los sufrimientos de esta pobre gente!». Y así

ocurría: ése es el origen de las miles y miles de gracias que, a través de su intercesión, ha obtenido una multitud de personas. «Esas gracias, él las paga con el dolor de las llagas», dice un religioso «con la sangre derramada y con la continua oferta de sí mismo».

Ha observado el padre Divo Barsotti que «Dios se revela en los santos. Por más que pueda impugnarse con sofismas la Verdad, no puede impugnarse el Amor. Hasta un solo santo (...) bastaría para probar la divinidad de la Iglesia. ¿No es elocuente que los enemigos de la Iglesia hayan impugnado con tanta dificultad la santidad? Lo que hacen es procurar no recordarla, olvidarla. Y es igualmente elocuente que los enemigos de la Iglesia opongan a su enseñanza doctrinas contrarias a su apostolado la propaganda para destruirla. Pocas veces han tenido la audacia de contraponer sus «héroes» a la santidad de los cristianos, y nunca han pretendido, más que en excesos de locura, enseñar a los hombres a ofrecer sus propias vidas. Sienten perfectamente que no pueden prometer una humanidad más alta, más pura».

Uno queda sin palabras ante la humanidad del padre Pío: «Si sé que una persona está afligida, sea en el alma o en el cuerpo» le escribía a su superior, «¿qué no haría ante el Señor para verla libre de sus males?». Con mucho gusto cargaría con todas sus aflicciones, con tal de verla a salvo, cediendo a su favor el fruto de tales sufrimientos, si el Señor me lo permitiera» (*es importante reproducir también las palabras que siguen, por lo general poco conocidas: «Veo perfectamente que es éste un favor singularísimo de Dios, porque en el pasado, si bien gracias a la divina misericordia no dejé nunca de ayudar a los necesitados, no sentía de forma natural más que una escasa o nula piedad ante sus miserias». Este sincero examen de conciencia explica lo que la gracia estaba obrando en él y cuán atentamente reconocía el padre Pío la obra de Dios en sí mismo, evitando el error de atribuir a su propia capacidad o proyecto este tangible cambio).*

Pero no pudiendo objetivamente obtener milagros para todos, el padre Pío se consumía por el deseo de ayudarles a llevar esas cruces. A su amigo Cario Campanini le escribe: «Ves, todos me piden el ser liberados de sus cruces, nadie el que se le ayude a llevarlas». Y, más adelante: «Si la humanidad comprendiera el valor del sufrimiento, los hombres dejarían de perseguir el placer y sólo buscarían el dolor».

La inmensa y misteriosa riqueza representada por el dolor, que es necesario comprender (y ya veremos más adelante su sorprendente «secreto») y, al mismo tiempo, la conmovida compasión del padre Pío se hallan en las raíces de ese extraordinario «milagro» social representado por la Casa Alivio del Sufrimiento, un inmenso complejo hospitalario construido precisamente con las donaciones libremente enviadas al padre Pío desde todo el mundo y que el fraile quiso ver edificada junto al convento de San Giovanni Rotondo.

El conjunto hospitalario, uno de los más avanzados y eficaces de todo el sur de Italia, fue inaugurado hace cincuenta años, en 1956, y el padre declaró que era «para alivio de las almas y de los cuerpos enfermos». Esta estructura es una prolongación de su abrazo hacia tantos enfermos, como el buen samaritano del Evangelio que en el fondo es el propio Jesús, que se inclina conmovido sobre las llagas de una humanidad afligida y «medio muerta».

Por lo demás, el padre Pío se desvivía igualmente por cualquier otra necesidad que viera y por cualquier problema. Su exquisita ternura hacia los pobres es proverbial. Un día le preguntaron cómo podía aceptar que fuera del convento un fulano vendiera paquetes de pasta con su imagen impresa. El padre contestó: «Pero si ese pobre hombre tiene tres hijos (...) Tendrá que comer él también, ¿o no?».

Por lo demás, fue el inspirador, a través de sus hijos espirituales de gran cantidad de obras sociales, caritativas y asistenciales, que llevan todas la marca de su amor hacia los seres humanos en dificultades.

El centro de rehabilitación de niños discapacitados, una casa de acogida para sacerdotes ancianos, cooperativas varias, el jardín de infancia («al lado de los protestantes», de manera que los niños iban todos al de los frailes) y el centro de formación profesional que nació del dolor del padre al ver tantos jóvenes desempleados subir al convento a pedir limosna.

Pero la plaga más grande y terrible, que ha de ser atendida y curada, era para él la del Mal. La mayor compasión que se podía tener era y es hacia los pecadores. Porque ésa es la desgracia más terrible.

«Se hace el bien al prójimo más a través de aquello que atañe a la salud espiritual de su alma», decía Santo Tomás de Aquino «que a través de aquello que atañe al socorro de sus necesidades materiales, en cuanto las realidades espirituales poseen más valor que las corporales».

El padre Pío lo sabía perfectamente, y pasaba en efecto decenas de horas al día en el confesionario. No caía en el error, que luego tanto se extendería, de creer que la tarea de los cristianos es por encima de todo la de resolver los problemas sociales. Al contrario, repetía que «la mayor caridad es la de arrancar almas fascinadas por Satanás con el fin de ganarlas para Cristo». Por esa razón era sobre todo la salud de las almas la causa a la que el padre se entregaba totalmente. Y todo —incluso el socorrerlas en sus sufrimientos físicos— se hacía con el deseo de obtener para ellas la salvación, la felicidad definitiva, es decir, Cristo (*fue la tradicional sensibilidad cristiana, durante siglos, lo que le hacía decir a San Vicente de Paúl, que no dejaba de ser el gran apóstol de la caridad: «No me basta con amar a Dios si mi prójimo no lo ama»*).

El tormento por la propia salvación y la de sus hermanos es en él incontenible, entre otras cosas, porque sabe perfectamente lo que está en juego. El padre Benedetto, el primer padre provincial que se ocupa del «caso», envía en 1921 al Santo Oficio un «cuaderno de crónica» suyo, referido a varios meses de 1919 del padre Pío, en el que se lee: «Ha experimentado las penas del infierno al ver sufrir a

los réprobos. Desde hace dos años (en 1919) cada periodo de diez o quince días se inflige tal tormento. Experimentar las penas del sentido y del daño. Encontrarse en alma y cuerpo con los réprobos y los demonios. Para salvar a los demás y a sí mismo de ese lugar al que estaba destinado si la gracia no le hubiera ayudado. Aparición de la Santísima Trinidad varias veces. Admonición para que sea más misericordioso que nunca con las almas. Aseguración contra las ansias y las dudas y las trepidaciones, etcétera. Revelación de almas necesitadas llamadas, exhortadas, etcétera, etcétera».

Un año después de los estigmas, efectivamente, San Giovanni Rotondo estaba ya siendo tomado al asalto, literalmente. Una multitud inmensa asedia cada día el convento y el confesionario del padre Pío, quien se entrega literalmente para escuchar y socorrer a todos. Que arde en deseos de salvarlos a todos. El 6 de noviembre de 1919 escribe: «¡Pobre de mí! No puedo hallar descanso; cansado e inmerso en la amargura más extrema, en la desolación más desesperada, en la angustia más angustiosa, no ya de no poder, no volver a hallar a mi Dios, sino de no ganar y de no ganar todos los hermanos a Dios». Y más adelante: «Pueda auxiliarnos el que yo soy ardientemente (de) todos y por eso sufro inmensamente por todos».

Y el 16 de noviembre: «La amargura que siento en el ánimo es extrema. Estoy herido de muerte. Estoy solo combatiendo de noche y de día, sin un solo instante de tregua». Y el 18 de diciembre de 1920: «Estoy dispuesto a todo, con tal de que Jesús esté contento y me salve las almas de los hermanos, especialmente las que él me ha confiado». Y no se trataba de una cura genérica, colectiva, porque Dios ama a cada ser humano singular de manera absoluta, enloquecida y única. Según la doctrina católica, la salvación del alma inmortal de una singular criatura humana, su felicidad eterna es, a los ojos de Dios, más importante y preciosa que toda la creación entera y que todos los bienes naturales del mundo y de la humanidad.

«El bien sobrenatural de uno solo es superior a la suma de los bienes naturales de todos», dice Santo Tomás de Aquino. Algo que

debería hacer reflexionar en primer lugar a los eclesiásticos que tan a menudo han desclasado a la Iglesia a guardiana de los valores humanos (la paz, la justicia, etcétera), todos ellos preciosos, sin duda, pero inconmensurablemente menos que la salvación eterna del alma.

Esta revelación divina del amor enloquecido de Dios por cada persona singular debería hacernos reflexionar, además, sobre nuestras modernas depresiones, que nos hacen dar tan poco valor a nuestra vida y nos hacen sentirnos una nimiedad. El padre Pío, en cambio, nos contemplaba a todos con la mirada de Dios. Por eso decía: «Cuando el Señor me confía un alma, yo la cargo sobre mis hombros y ya no la suelto». Añadía: «A mis hijos los veo, los sigo, los asisto continuamente». Y son innumerables los testimonios que lo atestiguan. El padre repetía a menudo: «¡Si se supiera cuánto cuesta un alma! Las almas no se dan como obsequio: se compran. Ignoráis lo que le cuestan a Jesús. Ahora hay que pagárselas con la misma moneda».

En efecto, la confesión del padre Pío no era esa práctica «burocrática» en que tan a menudo se ha convertido hoy. El era consciente de que —como nos enseña la Iglesia— con ese sacramento administrado incluso a un solo pecador, Dios realizaba una obra mayor que la propia creación del universo (*Como le explicaba el padre Pío en una carta a una hija espiritual: «Nuestra justificación es un milagro extremadamente grande que las sagradas escrituras lo paranganan a la resurrección del divino Maestro (Jn 17, 24; Ef 1, 4). Sí, querida mía, la justificación de nuestra impiedad es tal, que bien puede decirse que el buen Dios mostró su potencia más en nuestra conversión que en extraer de la nada el cielo y la tierra, puesto que hay más oposición entre el pecador y la gracia que entre la nada y el ser. La nada está menos alejada de Dios que el propio pecador (...) Además, en la creación se trata del orden natural, en la justificación del impío, por el contrario, se trata del orden sobrenatural y divino»*).

El sabía que cada pecador era rescatado y «pagado» con la sangre de Cristo y acompañaba la absolución con su personal penitencia (un día confió: «La condena de cada pecador recae sobre mí»). Era una oleada de gente la que cada día se dirigía a él. Y él estaba siempre allí para todos.

Incluso en los proverbiales episodios en los que expulsaba a alguien del confesionario, lo hacía siempre y únicamente para despertar su alma: «Lo hago por su bien», contestaba a quien ponía objeciones. «¿Es que no crees que sufro más que ellos? ¡Pero si supieras cómo les sigo después, cómo no les doy tregua!».

El horizonte del padre era profundamente católico, es decir, perfectamente consciente de la primacía de la gracia y del riesgo del fariseísmo. Su última intervención pública fue una carta de agradecimiento a Pablo VI por las rigurosas normas de la *Humanae vitae*, pero el padre era perfectamente consciente de lo que dice Jesús en el Evangelio: «Sin mí no podréis hacer nada». Un día fue a confesarse con él uno de sus hijos espirituales. Al final, le dice que al fondo de la iglesia está otro de los hijos espirituales del padre Pío, que se le ha acercado, muy angustiado, para que intercediera por él: había hecho una cosa muy grave, desde el punto de vista moral, se sentía destrozado por los remordimientos, quería confesarse, pero temía que el padre le montara una escena en público.

El padre Pío escucha en silencio y luego le pregunta a ese «embajador»: «Pero ¿tú te has escandalizado cuando te ha contado eso?». Y él: «La verdad, Padre, no le oculto que el asunto me ha desconcertado un poco. Siendo uno que está siempre aquí, que se trata asiduamente con usted (...)». Ante lo que el padre Pío dice: «Hijo mío, si Dios retirara su dedo de nuestra cabeza, aunque fuera por un solo instante, créeme, tú y yo nos comportaríamos peor que él (...). Venga, vete a llamarlo, dile que venga enseguida.

Y a una de sus hijas espirituales que se quejaba de sus imperfecciones y de la dificultad de cambiar, le sugería: «Tiempo y paciencia. Paciencia con lo que Dios nos manda; paciencia con nosotros mismos; paciencia con el prójimo. Paciencia es sufrir (...).

Humillados amorosamente ante Dios y ante los hombres, porque Dios les habla a quienes tienen las orejas gachas. Ama el silencio, porque el exceso en hablar no está exento de culpa. Recuerda que todo redundaba en su beneficio para quienes aman sinceramente a Dios. Si David no hubiera pecado, no hubiera adquirido una humildad tan profunda, ni la Magdalena hubiera amado tan ardientemente a Jesús».

En definitiva, el padre, uno por uno, ayudaba y «cargaba» con todos. Sobre todo, rezaba por cada uno y se ofrecía por cada uno: «Le cuestan demasiado las almas para abandonarlas a sí mismas», decía su confesor. Una vez, Angelo Battisti —quien fue su estrecho colaborador para la Casa Alivio del Sufrimiento— quiso resolver una duda: «¿Cómo consigue acordarse de todas las criaturas que se dirigen a usted, las que vienen aquí y las que desde lejos le convocan? Supongo que hará una común intención, que lo meterá todo en un mismo “saco” (...)». El padre le miró de arriba abajo y le contestó con una sonrisa: «En el saco te voy a meter a ti: yo los recuerdo y los llamo uno por uno y les cuento los pelos y los hay de sobra». Por eso, al doctor Guglielmo Sanguinetti que expresaba análogas dudas, es decir, cómo era capaz de ser todo de todos, pudo contestarle: «Corrige: todo de cada uno. Cada uno puede decir: ¡el Padre es todo mío!».

Ese era el motivo de sus continuos rezos (llevaba continuamente el rosario en la mano, día y noche) y ése el motivo de la infinita duración y de la dramática intensidad de sus misas, donde, con Jesús, se ofrecía literalmente a sí mismo en sacrificio, para cada uno y con él revivía la Pasión. Giovanni Bardazzi —un vivacísimo comunista toscano que hizo todo tipo de locuras y a quien el padre convertirá, apodándolo afectuosamente Giovanni de Prato— ha referido un episodio acaecido la primera vez que acudió a San Giovanni Rotondo.

Por impertinente, socarrón y descreído que fuera, durante la misa del padre Pío no se le escapó la extraordinaria singularidad de lo que estaba sucediendo: «Observaba al celebrante y me parecía

que padecía penas inenarrables. Yo no creía que Dios existiera, pero formulé un pensamiento: “Aquí nos estamos alargando demasiado. No puedo esperar a que se acabe la misa. Si existes, hazme sentir lo que siente él”. ¡Ojalá no lo hubiera dicho nunca! Apenas había pronunciado la última sílaba cuando todos los males del mundo se me echaron encima: como sí de repente me estuvieran sometiendo a las más atroces torturas. “¡No! ¡No! ¡Noooo!”, grité en mi interior. Si hubiera durado un instante más, estaría muerto. Nadie se percató de nada, pero me di cuenta de que allí se tocaban los cables de la alta tensión. No os atreváis jamás a desafiar a Dios».

Un día, el padre, cuando le preguntaron cuánto sufría, reveló: «Cuanto puede sufrir aquel que carga sobre sus hombros con toda la humanidad. ¡Rezad por aquel que lleva el peso de todos! (...) ¡La cruz por todos!». Pero ¿cómo ha podido? ¿Cómo podía asumir humanamente una tarea semejante? No es posible para ninguna criatura simplemente humana. ¿Qué gracias del Cielo correspondieron a esa tarea que le fue encomendada y a esa total disponibilidad suya? Aquí entramos precisamente en el misterio de los dones sobrenaturales del padre Pío, es decir, en lo que más fascina y atrae.

Antes que nada, es necesario aventurarse en la historia infinita de su intimidad mística con Dios (que abarca apariciones y locuciones) sobre las que, por lo demás, el fraile siempre mantuvo la máxima discreción, a menudo ocultándose todo (mientras le resultó posible) hasta a sus directores espirituales. Esa intimidad, esa identificación con Cristo, ese ser todo uno con él, con su pasión, es evidente por el hecho de que Jesús le otorga a él incluso su poder sobre el cosmos, su señorío.

Por eso ha podido sacar adelante una misión tan enorme recibiendo grandes dones de gracia. Por lo tanto, he aquí, el capítulo interminable de las curaciones milagrosas, el de las curaciones de las almas (las conversiones), las profecías, la indagación en los corazones, las bilocaciones y la osmogenesia, es

decir, la emanación de efluvios misteriosos como señal de su presencia (también a distancia e incluso después de su muerte) con distintos tipos de perfumes (de significados diversos) de origen no natural (*Alessandro de Ripabottoni invita a descartar «la exagerada y extravagante convicción de que el padre Pío lo “sabía todo”, lo “conocía todo” sobre los vivos y los muertos, “leía siempre en las conciencias” de los penitentes como en un libro abierto, que el ángel de la guarda era su puntual correo omnisciente»*). Las crónicas cotidianas a él referidas, su simplicidad y humildad, su puntual protesta ante quienes le pedían milagros (explicaba que él no hacía milagros, sino que simplemente rezaba) lo demuestran sin lugar a dudas. Esa es la razón por la que permite comprender que los dones sobrenaturales que a menudo manifestaba, incluso de manera clamorosa, eran, precisamente, gracias sobrenaturales auténticas, que le venían otorgadas a él para el bien de las multitudes y no «conquistas de la humana actividad» o poderes suyos casi «mágicos» -habría que dudar, en definitiva, precisamente si hubieran sido poderes poseídos por él y ejercidos siempre).

«¿ES QUE USTED NO VE A LA VIRGEN?»

LA vida del padre Pío tiene realmente algo de increíble. Es como esas vistas del mar azul que desgarran las tinieblas de algunos túneles, como, por ejemplo, las del tren que recorre la costa de la Riviera en la región italiana de Liguria. Pero ese mundo sobrenatural que se revela allí de repente es un océano luminoso siempre presente, cercano y que nos envuelve, por más que nosotros no nos demos cuenta. Es nuestro destino definitivo.

Los testimonios acerca de la vida mística del padre Pío se remontan a los primeros años de su vida conventual. Ya en Venafro, a partir de noviembre de 1911, los frailes de aquella comunidad, que conviven con el joven fraile de Pietrelcina, asisten «a numerosos éxtasis y vejaciones diabólicas», como escribe en su Diario el padre Agostino. Todo está anotado y documentado. En ocasiones, estuvo presente en esas manifestaciones el doctor Nicola Lombarda, quien, tras haber estudiado las condiciones del padre Pío en esos minutos, considerándolas científicamente inexplicables, diagnosticó al principio una catalepsia y acabó por convencerse de que se trataba de un auténtico éxtasis: el origen de aquel fenómeno sólo podía ser sobrenatural.

Se sabe que la extraordinaria experiencia sobrenatural del padre Pío dio comienzo cuando Francesco Forgione era aún niño, con cinco años, edad a la que el pequeño pensó por primera vez en

consagrarse al Señor. Esos «éxtasis y apariciones fueron continuos», anota el padre Agostino en su Diario. Una vez que el joven Francesco vistió el sayo, con el nombre de fray Pío, «al ser interrogado sobre cómo era que los había ocultado durante tanto tiempo (hasta 1915), cándidamente contestó que no los había manifestado porque los creía cosas ordinarias que le sucedían a todas las almas; efectivamente, un día me preguntó ingenuamente: “¿Es que usted no ve a la Virgen?”. Ante una respuesta negativa mía, añadió: “¡Lo dice por santa humildad! ”. A los cinco años empezaron también las apariciones diabólicas».

El 1 de enero de 1903, mientras Francesco, de quince años, reflexiona sobre su vocación, tiene una visión que marca su destino e ilumina su misión (*El padre lo relata en tercera persona: «Esta alma (...) vio a su lado un hombre majestuoso de rara belleza, resplandeciente como el sol. Este le tomó de la mano y oyó cómo le decía: “Ven conmigo porque te conviene luchar como valeroso guerrero”»*. Se trataba de derrotar a un monstruo: «El personaje resplandeciente que tenía a su lado lo exhortó a medirse con el personaje monstruoso. Francesco rogó que se le librara del furor del extraño personaje, pero el más luminoso no lo aceptó: “Vana es toda resistencia por tu parte, con éste conviene que pelees. Ten ánimo, entra confiado en el combate, avanza valerosamente, que yo estaré a tu vera; te ayudaré y no permitiré que él te abata”». En efecto, lucho y venció. Una hermosísima corona fue el premio. «Apuntes autobiográficos del padre Pío», escritos a petición de su director espiritual en 1917).

El padre Pío explica que «el significado de esta simbólica visión» quedó más tarde manifestado por el señor «con otra visión pocos días antes» de su entrada en el convento, y más exactamente en el día de la Circuncisión del Señor, el 17 de enero: «La entrada en religión para dedicarse al servicio del celeste Monarca no era otra cosa más que exponerse a la lucha con ese misterioso hombre del infierno». Por último, la noche anterior a su marcha de casa, «el Señor vino a consolarla (a mi alma) con otra visión. Vi a Jesús y a

su Madre que con toda su majestad empezaron a darle ánimo y a asegurarle su predilección».

Al día siguiente, el 22 de enero de 1903, entra en el convento de los capuchinos de Morcone. Así empieza su lucha —física, incluso— con el Maligno que le arremete y lo martiriza durante toda su vida. Aquella lucha contra el horrible gigante —que recuerda la llamada al pequeño e inerme David para que se enfrentara al monstruoso Goliat—, por gracia de Aquel que está a su lado será siempre un triunfo sobre el Mal y sobre el Maligno.

A este propósito ha de subrayarse la continua irrupción de seres espirituales en la vida del padre Pío: no sólo Satanás, sino también los ángeles con los que el fraile vivía una devota intimidad cotidiana (*El pensamiento del padre Pío sobre el ángel de la guarda refleja la tradicional doctrina católica. El padre Pío recomienda a todos «gran devoción a tan benéfico ángel» y considera «un grandísimo don de la Providencia la presencia de un ángel que nos guarda, guía e ilumina en el camino de la salvación».* El padre Pío escribía el 15 de julio de 1915 a una hija espiritual suya: *«Tu buen ángel de la guarda vela siempre por ti, sea él el caudillo que te guíe por los ásperos senderos de la vida; te guarde siempre en la gracia de Jesús, te sostenga con sus manos con el fin de que no tropiece tu pie en ninguna piedra; te proteja bajo sus alas de todas las insidias del mundo, del demonio y de la carne. Siente gran devoción, oh, Annita, hacia tan benéfico ángel. Cuanto consuelo hay en la idea de que haya a nuestro lado un espíritu, que de la cuna a la sepultura no nos abandona un instante, ni siquiera cuando osamos pecar. Y este espíritu celeste nos guía, nos protege como un amigo, un hermano. Pero es enormemente consolador saber que ese ángel ruega incesantemente por nosotros, le ofrece a Dios todas las buenas acciones y obras que realizamos. (...) ¡Venga!, por caridad, no olvidéis a este invisible compañero, siempre presente, siempre dispuesto a escucharos, más dispuesto aún a consolarnos. (...) Tenlo siempre delante de los ojos de la mente, acuérdate a menudo de la presencia de este ángel, dale las gracias, rézale, (...) confíale a*

él tus dolores; conserva un continuo temor de ofender la pureza de su mirada. (...) Dirígete a él en las horas de suprema angustia y podrás experimentar sus benéficos efectos. No digas nunca que estás sola aguantando la lucha contra nuestros enemigos; no digas nunca que no tienes un alma al que puedes abrirte y en la que confiar. Sería una grave ofensa la que harías a este mensajero celeste». Y a otra hija: «¡Oh, si supieran comprender y apreciar todos los hombres este grandísimo don que Dios, en su exceso de amor por el hombre, nos asignó este celeste espíritu!).

Por lo general, recomendaba a sus hijos espirituales que no podían comunicar con él que lo hicieran a través de su ángel de la guarda, e innumerables personas pudieron constatar —no sin estupor—, y testimoniario más tarde, que el padre se enteraba realmente de lo que querían hacerle saber de esa manera tan misteriosa.

Cito un ejemplo, entre muchos, el del padre Piero Galeone. Un día le había dicho el padre: «Cuando te haga falta algo, mándame al Angel del Señor y yo te contestaré». Entonces —cuenta el sacerdote— «una mañana, se me acercó una madre a toda prisa, llorando, antes de la Santa Misa, para encomendarme a su hijo. El padre, entre tanto, ya estaba en el altar y yo no pude hablarle. Conmovido por las lágrimas de la madre y animado por el consejo del padre Pío, durante la Santa Misa, por vez primera, le envié el ángel de la guarda. Recité el “Angel de Dios” y confié el mensaje al ángel de la guarda. Una vez terminada la misa, tras haber besado la mano al padre, me acerqué a él con discreción y le encomendé con afecto a ese mismo chico. El padre Pío me contestó: “ ¡Hijo mío, ya me lo has dicho! ”. Comprendí de inmediato que el ángel de la guarda le había advertido de inmediato y el padre Pío ya se había encargado oportunamente de ello con sus oraciones».

No falta quien exprese divergencias y dudas (a pesar de los infinitos testimonios). Incluso en el mundo eclesiástico y teológico (a menudo imbuido de modernismo) se considera con prevenido

escepticismo toda referencia al diablo y a los ángeles. Y, sin embargo, la existencia y la obra de estos (contrapuestos) seres espirituales es una verdad formidable de la doctrina cristiana (*Clive S. Lewis encuadra una verdad iluminadora: «En lo que se refiere a los diablos, la raza humana puede caer en dos errores iguales y de signo opuesto. Uno consiste en no creer en su existencia. El otro, en creer en los diablos y sentir por ellos un interés excesivo y malsano. Los diablos se sienten igualmente halagados por ambos errores y acogen con idéntico entusiasmo a un materialista que a un hechicero»*. Cartas del diablo a su sobrino), y tal vez uno de los muchos objetivos de la misión del padre Pío sea también la de mostrarla a una época (y a un establishment clerical) que lo niega o lo censura. Un teólogo moderno señala que «si quisiéramos desembarazarnos de los ángeles, habría que revisar radicalmente las propias Sagradas Escrituras y con ellas toda la historia de la salvación».

En una ocasión, el padre Gabriele Amorth, el conocido exorcista, hablando con Juan Pablo II, le dijo que muchos obispos «no creen en la existencia del diablo» (y no es casualidad que no nombren exorcistas en sus diócesis). El papa se entristeció y contestó: «Quien no cree en la existencia del diablo no cree en el Evangelio».

Por lo demás, esos teólogos que discuten hoy algunos hechos de la vida del padre Pío (y de otros santos) no lo hacen negando tout court la doctrina cristiana (saben que de esa forma se excluirían automáticamente de la Iglesia), sino degradando de hecho al Maligno a un vago principio metafísico, a una categoría teológica indefinida, a una mera ausencia de Bien o incluso a una metáfora que ha de leerse en clave psicoanalítica.

Quien se encargó de fulminar estos planteamientos fue el papa Pablo VI en la célebre catequesis de 1972, donde, entre otras cosas, afirmó: «El mal no es sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Una terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Se sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesial quien se niegue a reconocer la

existencia de la terrible realidad, misteriosa y pavorosa del mal; es decir, quien haga de esto un principio en sí mismo, no teniendo él mismo, como toda criatura, origen en Dios; incluso quien la explique como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestros infortunios».

El papa expresaba así la fe cristiana profesada siempre y por doquier, desde los concilios a las plegarias populares, como la antigua invocación medieval del Anima Christi, en la que «la existencia y la acción del demonio no resulta puesta en duda en lo más mínimo, hasta tal punto que se le pide a Cristo que nos defienda ab hoste maligno, una clara referencia a la primera carta de San Pedro, donde se afirma: «vuestro adversario, el diablo (...)».

En el Evangelio, como en la vida de los santos, esta actividad insidiadora del diablo viene descrita hábilmente en todos sus matices, incluido «el de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otra forma de pensamiento que busca el atajo con tal de no admitir su obrar (Juan Pablo II)» (*Giuseppe Virgilio*, Anima Christi: origine, storia e teología di una preghiera medievale (Pontificia Facultad Teológica de Cerdeña). Virgilio añade: «Ahora bien, rezar para ser defendidos de las insidias del diablo es por encima de todo una explícita afirmación de fe en su existencia, que nos preserva de las insidias apenas mencionadas; en segundo lugar, significa que en última instancia en esta batalla no se deposita la fe en uno mismo sino en Otro». Cita después de nuevo a Juan Pablo II, quien afirma: «Y mientras la existencia de los ángeles malvados nos exige el sentido de la vigilancia para no ceder a sus lisonjas, estamos seguros de que la victoriosa potencia de Cristo redentor circunda nuestras vidas porque somos nosotros mismos los vencedores»).

He aquí, pues, explicada la lucha, física incluso, del fraile de Pietrelcina con Satanás, feroz e incansable, pero siempre derrotado (como en la visión del gigante). También los milagros son señales que muestran ese triunfo (*Debido a las periódicas oscilaciones del*

péndulo de la moda ideológica, en años recientes, la corriente new age no sólo ha recuperado el tema de los ángeles sino que lo ha amplificado exageradamente. Lo repropone en efecto en clave gnóstica (no sólo los ángeles cristianos). Así, hemos podido ver a antiguos líderes del sesenta y ocho y movimientos habitualmente anticristianos hablando de ángeles en un horizonte neopaganizante (en clave ecologistas, la líder de los verdes, Grazia Francescato, escribe en el Corriere della Sera del 6 de enero de 2001 un artículo del título «Yo, los arcángeles y la naturaleza sacra». Y ya antes, filósofos ex marxistas como Máximo Cacciari, disertan sobre L'angelo necessario (Adelphi), cuya auténtica identificación, sin embargo, no conduce desde luego al cristianismo).

MILLONES DE MILAGROS

NADIE ha podido contar, ni podrá hacerlo jamás las muchísimas curaciones prodigiosas atribuidas a la intercesión del padre Pío (curaciones que continúan, hoy más que nunca). «Ya en 1919, en la curia provincial de los Capuchinos de Foggia, había un nutrido dossier de documentos «del mayor interés», referidos a numerosos casos de curaciones atribuidas a la eficacia de sus plegarias». En efecto, la primera vez que un periódico habló del padre Pío fue precisamente a propósito de una serie de curaciones prodigiosas. Se trata de un artículo de Renato Trevisani, publicado en Il Mattino de Nápoles el 20-21 de junio de 1919. El título era elocuente, si bien teológicamente equivocado: «El hombre que hace milagros».

Desde entonces, la fama de taumaturgo del fraile estigmatizado se extendió por todo el mundo. Los testimonios recogidos en las actas del proceso de beatificación se elevan a algunos centenares, pero se trata únicamente de la punta del iceberg. A ellos hay que añadir los testimonios llegados a la vicepostulación de San Giovanni Rotondo desde la muerte del padre (23 de septiembre de 1968) hasta diciembre de 1995: aproximadamente quinientos mil (¡medio millón!) son señalizaciones de gracias con expresión de sentimientos de gratitud y de devoción; además, hay sesenta y cuatro mil descripciones detalladas de gracias y de milagros obtenidos. Y, por último, quinientos casos han adjuntado a sus testimonios la relativa documentación médica también.² Números que desde 1995,

obviamente, han aumentado. Pero no acaba la cosa ahí. Porque un río de testimonios de gracias recibidas llegan también a las oficinas de la postulación de Roma y a la redacción de la «Casa», que publica algunos de ellos de vez en cuando. Nos hallamos frente a un número inmenso de casos, por lo tanto. Sólo podemos citar algunos, empezando por los muchísimos que ocurrieron durante la vida terrena del padre, pero la casuística es vastísima y, por lo general, asombrosa.

El caso de Giuseppe Canaponi de Sarteano (en la provincia de Siena), obrero de los ferrocarriles estatales, es ejemplar. Tiene treinta y dos años cuando, el 21 de mayo de 1945, mientras está yendo en moto al trabajo, es embestido por un camión. Llega al hospital medio muerto: con fracturas en el cráneo, en las costillas y nada menos que cinco en la pierna izquierda. Da comienzo un largísimo calvario entre los hospitales de Sarteano, Chiusi, Montepulciano, Siena y, por último, Bolonia. A pesar de todo, sale vivo, pero su pierna izquierda parece irremediablemente perdida: se le ha quedado completamente rígida.

El profesor Leopoldo Giuntini, del hospital Santa María della Scala de Siena, efectuó una declaración años después en la que atestigua que para el señor Canaponi, que había sido hospitalizado en 1948 «por anquilosis fibrosa de la rodilla izquierda», toda terapia resultaba inútil. Las distintas tentativas se habían revelado incluso desastrosamente dañosas, dado que cuando «se intentó la movilidad forzada de la articulación rígida con anestesia general» no se resolvió nada y, por el contrario, «se produjo nuevamente la fractura femoral. Por ello, le fue dada el alta con la rodilla izquierda tan rígida como en el momento de la hospitalización».

Después de años de semejante sufrimiento, Canaponi debía resignarse a conservar para siempre esa lesión de aguda invalidez que le hacía penoso y difícil incluso el mero acto de caminar. El dolor y la rabia se transformaban con frecuencia en blasfemias contra Dios y contra el mundo entero. Y cuando su mujer,

aconsejada por un predicador de visita en su parroquia, le propuso ir a San Giovanni Rotondo, la respuesta fue terrible. Con todo, la desesperación pudo más que la rabia.

Fue un viaje durísimo, con camilla en el tren. Después en autobús. El pobre hombre resbalaba con sus muletas y llegó a caerse en un charco. Por fin, al día siguiente, con sus familiares, consiguió llegar fatigosamente al convento de San Giovanni Rotondo y allí, una vez alcanzada la pequeña iglesia, se derrumbó en un banco, hecho trizas.

Casualmente, se hallaba justo delante del confesionario donde estaba un fraile con mitones, a quien no conocía. Aquel fraile levantó la vista y le miró fijamente durante un par de segundos. Y entonces ocurrió algo imprevisto e inexplicable. «Bajo aquella mirada —contaría más tarde Canaponi— mi cuerpo empezó a temblar como si hubiera sido alcanzado por una violenta descarga eléctrica». A continuación, el fraile se levantó y se marchó.

Por la tarde, el hombre se puso en fila para la confesión, apoyándose en sus muletas. Cuando se encontró cara a cara con el fraile de antes, que era el padre Pío, ni siquiera fue capaz de abrir la boca. Él le ilustró a la perfección su vida. Canaponi estuvo escuchándolo hechizado y cuando el fraile alzó la mano para la absolución, el hombre sintió por segunda vez aquella intensa sacudida. Sin darse cuenta ni siquiera, se arrodilló para recibir la absolución y se persignó.

Como si todo fuera normal, cogió las muletas y se volvió hacia la iglesia caminando normalmente. Sólo al salir se dio cuenta su mujer: «Giuseppe, pero ¡si estás andando!». Fue como si despertara de una pesadilla. De repente, el hombre se dio cuenta de que estaba completamente sano y de que incluso sus heridas —que le sangraban hasta poco antes— habían desaparecido. Estalló en un llanto incontenible. Iba gritándole a todo el mundo su alegría, su asombro y su gratitud.

En el viaje de regreso armó un barullo memorable, reuniendo en cada estación a una multitud a su alrededor. Al llegar a Siena, fue

visitado por los médicos y más tarde por toda una serie de especialistas, sin que nadie consiguiera entender cómo era capaz de caminar, porque las radiografías no mostraban cambio alguno. Todos quedaron asombrados y el señor Canaponi, que llegará a cumplir setenta años (murió en 1983), al relatar su historia en años sucesivos, repetirá triunfalmente muchas veces: «Soy un desafío viviente a las leyes físicas».

Otro caso es el relatado por Salvatore Corrias, quien, una tarde de 1961, acudió con el ingeniero milanés Tullio Nalli al convento de los capuchinos de viale Piave 2 de Milán «para saludar al padre Angelo María da Milano (en el siglo, el ingeniero Pietro Nulli), un queridísimo amigo nuestro». Les dijeron que había sido ingresado en el hospital San Carlo y, para su asombro, que había fallecido aquella mañana precisamente. En efecto, habían telefonado de la clínica para advertirles que preparasen una capilla ardiente. Los dos corrieron al hospital y descubrieron en cambio que su amigo, si bien en condiciones muy graves, estaba aún vivo. «Inmediatamente le infundimos valor, diciéndole que tuviera confianza en el Señor, porque se curaría. Yo —añade Corrias—le dije: “Estate tranquilo, porque voy a rezarle al padre Pío y te curarás”. Al cabo de un cuarto de hora, sin haber dejado de consolarlo con su curación, nos despedimos para que estuviera tranquilo. Yo le repetía mi promesa: “Quédate tranquilo, porque al padre Pío no se le reza nunca en vano, dentro de unos días estarás curado”. Le dejamos más confiado, aunque hablara poco y con dificultad».

Corrias, en efecto, refiere que estuvo rezando ardientemente al padre Pío hasta que, cinco días más tarde, recibió la noticia de que la vida del padre Angelo María ya no corría peligro. Es decir, durante cinco días y cinco noches.

Al volver el padre Angelo María al convento, tuvo un gran recibimiento, y todos daban las gracias al Señor y al padre Pío por su intercesión. ¿Era sólo una opinión personal? No. «Al cabo de unos días, fray Mariano me dijo que el padre Angelo María le había

confiado haber visto durante su enfermedad al padre Pío, que le había puesto una mano en el hombro y le había dicho: “Quédate tranquilo, porque te curarás”. Inmediatamente después, se había sentido mejor».

Pero la confirmación más clamorosa llega un año y medio más tarde, cuando llega al convento de viale Piave un fraile que solicita hablar con el padre Angelo Maria, diciendo que viene de San Giovanni Rotondo «donde estaba al servicio de padre Pío y por eso sabía que éste había salvado de la muerte al padre Angelo Maria».

El fraile de servicio, asombrado, le pide una explicación, y el hermano le cuenta lo siguiente: «Yo estaba al servicio del padre para cualquier necesidad suya de día o de noche. Un día me dijo: “Desde este momento no estoy para nadie, por ningún motivo. Venga quien venga, no le dejes entrar, porque ahora tengo que irme a Milán donde hay un hermano nuestro gravemente enfermo que tiene necesidad de mí. Recuérdalo: para nadie, por ningún motivo”. Una vez dicho esto, se situaba ante su mesita, apoyaba allí sus brazos y depositaba sobre estos la cabeza. Durante más de diez minutos permaneció inmóvil en tal posición. Después, lentamente, levantó la cabeza y me dijo: “He estado en Milán, ese hermano nuestro está realmente mal, confiemos en la gracia de Dios”. Al día siguiente, a la misma hora, me repitió la misma recomendación y adoptaba la misma posición del día precedente. Después, al despertar, dijo que nuestro hermano seguía teniendo necesidad de ayuda. La misma escena se repitió durante cinco días y la última vez, al despertarse, dijo: “Qué contento estoy, ya no tendré que volver a Milán, porque nuestro hermano ya está mejor”».

Los mismos cinco días de las plegarias de Corrias. Los médicos habían dado al padre Angelo Maria por desahuciado (de ahí esa llamada telefónica al convento para anunciar el fallecimiento) y había sido curado gracias a la intercesión del padre Pío que había ido a verle varias veces en bilocación.

El profesor Vincenzo Allievi, que enseña filosofía en la ciudad de Ascoli Piceno —tras el caso en el que se vio involucrado su padre—, ha recogido gran cantidad de casos de curaciones prodigiosas que tuvieron lugar gracias a la intercesión del padre Pío. El padre del profesor, Maximiliano, cuando su hijo apenas tenía un año, en 1939, descubrió que tenía un tumor linfático en el cuello. Una tragedia, sobre todo en aquellos tiempos, sin esperanza. Con todo, la familia incurre en enormes gastos para pagar un tratamiento en Alemania, con el deseo de no dejar nada por intentar. Pero, al final, los especialistas de aquel país le consignan este terrible veredicto: «A usted le quedan seis meses de vida». Para la ciencia médica no había absolutamente nada que hacer.

El viaje de regreso hacia Italia fue tremendo. Nada menos que tres veces le asaltó la fortísima tentación de tirarse por la ventanilla del tren y sólo le contuvo la idea de su hijo pequeño. En casa, su mujer y su madre le empujan para que recurra al padre de quien se contaban cosas tan extraordinarias. De manera que el hombre vuelve a ponerse en viaje hacia San Giovanni Rotondo. Tras llegar fatigosamente al convento, se percata de que el fraile estigmatizado de quien tanto se hablaba era precisamente el que tan afablemente estaba conversando con un grupo de personas en el antetemplo de la iglesia. No le da tiempo a acercarse cuando el fraile lo mira, lo señala con un dedo y lo invita a acercarse: «¿Así que eres tú el que tiene un niño de un año, verdad? ¿Y qué es eso que tienes en el cuello? Déjame ver (...)».

Después de haberle tocado, el padre Pío le dice: «Venga, vamos, vete a casa, vete a casa». El señor Allievi se queda estupefacto y se marcha muy desilusionado, pensando que el suyo había sido un enorme esfuerzo inútil, pues ni siquiera había podido confesarse ni comulgar. Pero esa misma noche se despierta y hace un descubrimiento que le obliga literalmente a gritar: en el cuello ya no tiene nada, todo ha vuelto a estar normal y sano. Estaba curado.

Hay que subrayar que la potencia de su intercesión, como los demás signos sobrenaturales que le caracterizan, son dones del

Cielo en respuesta a la santidad de su vida. Es lo que por encima de todo sorprende y conmueve. Se dio perfecta cuenta de ello, ya en 1919, el obispo de Bovino, monseñor Umberto Maria Fiordi, dejándonos esta espléndida semblanza del joven fraile del Gargano: «En los pocos días en que, Dios mediante, pude acercarme al padre Pío, por más que no se verificaran hechos prodigiosos, pude convencerme de la santidad del padre Pío, no sólo por las señales externas de la Pasión impresas en sus manos, sino, por encima de todo, ante la vida esforzada y penitente más allá de toda descripción que conduce. Vida consagrada unidamente a la glorificación de Dios, a la conversión de los pecadores y al ocultamiento de sí mismo y de todo lo que el buen Dios se digna a obrar en él y por él».

Estos prodigios prosiguen después del tránsito del padre. Citemos algunos casos entre muchos. Hay una historia de una maestra que suscitó una gran impresión en Inglaterra. Alice Jones, mujer de unos cincuenta años, de Liverpool, fue víctima el 27 de marzo de 1973 de un accidente del que salió con todo el costado izquierdo de su cuerpo completamente paralizado. El diagnóstico rezaba: neurofibroma, encabalgamiento de los nervios espinales. Ni siquiera una operación quirúrgica acarreó beneficio alguno.

Después de muchos reconocimientos, los médicos le dijeron a la mujer que no había esperanza: su espina dorsal estaba en tan mal estado que no volvería a andar. Con todo, un día, Alice, que era protestante (hay que subrayarlo), recibió la visita del reverendo Eric Fischer, que había sabido de sus padecimientos por uno de sus parroquianos. El sacerdote, después de haber hablado un rato con ella, se arrodilló a su lado en oración. Nada más inclinarse, sin embargo, apareció, según el relato de la mujer, un hombre anciano de barba blanca que abrió las manos en señal de plegaria, enseñando unos orificios sanguinolentos en sus palmas. A Alice le pareció oír las palabras: «¡Levántate y anda!». Y eso fue lo que hizo, sanando al instante. La figura desapareció y el reverendo Fisher, levantando la cabeza, quedó asombrado.

Pocos días después, Alice reconoció en una foto del padre Pío al hombre de la visión. Los médicos que la visitaron, desconcertados, constataron, mediante rayos X, su total curación y declararon que jamás habían visto un caso de neurofibroma que se hubiera resuelto espontáneamente y de repente. «No hay absolutamente ninguna razón médica que pueda explicar su recuperación. La cosa resulta totalmente sorprendente».

Otro caso es el de Consiglia De Martino (*este caso es el milagro reconocido por el proceso de beatificación*). Estamos a 31 de octubre de 1995. La señora, de cuarenta y tres años, casada, con tres hijos, vive en Salerno con su marido, y esa noche, durante la cena, nota un fuerte dolor en el cuello que atribuye a los esfuerzos musculares de los dos días anteriores (había estado atendiendo a un pariente enfermo al que tuvo que levantar varias veces). Al día siguiente, el 1 de noviembre, el dolor se ha vuelto lancinante y la señora se percata de que tiene una hinchazón en el cuello, del tamaño de un pomelo. Es una conmoción. Acuden a toda prisa al servicio de urgencias de los Hospitales Reunidos de Salerno. La doctora Anzalone ordena inmediatamente un escáner, seguido por otras pruebas. El diagnóstico del jefe de servicio es terrible: rotura traumática del conducto torácico con grave derramamiento de líquido linfático (estimado en dos o tres litros aproximadamente). La única solución posible —le dirá el profesor Mazzarella a la paciente el 2 de noviembre— es la de una intervención quirúrgica, porque «en estos casos, no hay curas médicas».

La señora De Martino, que es desde hace años devota del padre Pío y está acostumbrada a invocar su intercesión en toda circunstancia, le reza con más fuerza aún en estas horas, implorándole que la haga sanar sin necesidad de intervención quirúrgica. Lo mismo hacen sus familiares, que se ponen en contacto, hacia las dos de la tarde, con fray Modestino, en San Giovanni Rotondo, quien acude personalmente a rezar ante la tumba del padre, que era amigo suyo.

La enferma, entre tanto, en dos ocasiones, al regreso del segundo TAC y mientras es transportada al eco-doppler, nota un intenso aroma a flores como ya otras veces, mientras rezaba al padre Pío, había advertido. Pero el mismo día 2 empieza una inesperada mejoría, con una vistosa, casi total reducción de la hinchazón del cuello.

La tarde del 3 de noviembre, «mientras estaba en duermevela», recuerda la señora Consiglia, «advertí una agradable sensación, como si alguien me estuviera cosiendo a la altura de la clavícula izquierda. Atribuí la sensación de bienestar a la intercesión del padre Pío, a quien había dirigido mis invocaciones».

En efecto, de repente, todo ha quedado resuelto. Sin terapia médica, ni intervención quirúrgica, el 3 de noviembre la tumefacción ha desaparecido del todo, y la señora De Martino se halla inexplicablemente curada y perfectamente sana, como revelan, el 4 de noviembre, los resultados de la ecografía abdominal y una radiografía torácica (al regresar de esta exploración por lo demás, la paciente advertirá de nuevo aquel intenso aroma).

Todo ello, sin consecuencias ulteriores para ningún órgano interno. Inexplicable para los médicos no es sólo el «cierre espontáneo del conducto torácico», sino también la desaparición, en esas escasas horas, de esa enorme cantidad de líquido que, por su naturaleza, no es susceptible de reabsorción espontánea: «Una reabsorción tan rápida, como la observada en el caso en cuestión — dicen los especialistas— representa un acontecimiento altamente improbable. La literatura científica internacional no contempla casos análogos, lo que hace de este caso, a la luz de los actuales conocimientos médicos, algo inexplicable».

En conclusión, el perito ex officio afirma que «la total, espontánea y definitiva remisión del imponente cuadro clínico observado, por su gran rapidez además (aproximadamente 22 horas en lo que se refiere a la desaparición visible de signos y síntomas [...]) y por la ausencia de terapias, no puede atribuirse a una explicación «natural», es decir como el efecto de recursos

autónomos del organismo interesado». Y concluye sosteniendo «la imposibilidad de una desaparición espontánea y rapidísima de expansiones quillosas que van bastante más allá de un simple quilotórax, como en el caso objeto de la presente pericia».

Un caso aún más epatante es el del pequeño Matteo Pio Colella (*los datos sobre este caso, con toda la documentación médica, se hallan en las miles de páginas del volumen Positio super miraculo. Este es el milagro que sirvió para la canonización del padre Pío*). Este niño, que sólo tiene siete años y vive en San Giovanni Rotondo con su familia, acude tranquilamente la mañana del 20 de enero de 2000 al colegio como cada día. Pero su maestra, Concetta Centra, se percata al cabo de pocas horas de que no se encuentra bien (tiene la cabeza reclinada sobre el pupitre, sufre escalofríos, es incapaz de hablar). Se llama inmediatamente a los padres. Son las diez y media. El niño tiene cuarenta de fiebre y empieza a vomitar. A las ocho y media de la tarde, cuando Matteo ya no reconoce a su madre, la agitación sube a las nubes. Se procede a la hospitalización inmediata en la Casa Alivio del Sufrimiento, el hospital del padre Pío, donde el padre de Matteo, Antonio, trabaja como médico.

Las condiciones del niño se demuestran de inmediato gravísimas. Se le diagnostica una meningitis fulminante. Es más, por ser del todo precisos, en el curso de algunas horas el cuadro se vuelve devastador: meningitis aguda con evolución de rápido progreso debido al desencadenamiento de un choque séptico y profundo daño a los aparatos cardiocirculatorio, renal, respiratorio, hemocoagulativo, con acidosis metabólica. El niño es trasladado a reanimación.

En otras palabras, desde el primer día varios órganos vitales se vieron afectados. En el curso de unas cuantas horas, en la mañana del 21 de enero, la situación degenera dramáticamente en «un estado de colapso, hipertermia, dificultad respiratoria por desaturación de oxígeno». Se manifiestan «signos como cianosis

intensa, edema pulmonar, gravísima bradicardia por la grave hipoxemia y acidosis metabólica».

Los médicos, ya desesperados, se afanan y se agitan alrededor del niño, aumentando al máximo las dosis farmacológicas. Pero el grave colapso cardiocirculatorio, su dificultad en oxigenarse a pesar de la ventilación mecánica, el sufrimiento renal y la grave alteración de la sangre hacen pensar definitivamente en lo peor. Todo parece ser inútil. Uno de los doctores —tras haberse prodigado de todas las maneras—, en determinado momento, desolado, se detiene y dice: «Chicos, no hay nada que hacer, el niño no se recupera». Se quita los guantes, va a lavarse las manos y vuelve a la cabecera del muchacho, con la doctora Salvatore, para mirar, definitivamente reducido a la impotencia, al pequeño Matteo.¹⁴ La doctora, llegados a ese extremo, les incita a realizar un último, desesperado intento, como lo haría un padre ante su hijo. De esta forma, le es inyectada una fuerte dosis de adrenalina que surte algún pequeño efecto, pero sin poder alterar en absoluto la ya trágica situación del niño. Se aguarda el fallecimiento de un momento a otro. Como puede leerse en el Informe cronológico del caso: «El doctor Violi, pasando revista a la fisiopatología de este devastador síndrome, ha demostrado que cuando los órganos insuficientes se cuentan en un número superior a cinco, las distintas terapias empleadas resultan inútiles, o sea como fuere, no han resuelto jamás caso alguno. No consta en la literatura internacional que haya superviviente alguno entre los afectados por una patología como la del pequeño Matteo Pio Colella. En definitiva, no se ha descrito ningún caso de supervivencia y, en efecto, en tales casos, la mortalidad es del cien por cien».

La madre, el padre, los familiares son desde hace años devotos del padre Pío. Se pone en marcha una gran cadena humana de plegarias al padre para que interceda. La madre del niño, al responder a una llamada telefónica de la maestra en busca de noticias, sólo alcanza a decir, con la voz ahogada por las lágrimas: «Recemos a padre Pío, porque estamos perdiendo a Matteo».

Todos los niños del colegio empiezan a invocar al padre también. Al igual que los frailes, los parientes, los amigos, los propios médicos y enfermeros de la Casa. Hubo algún pariente que llegó incluso a reconciliarse con Dios para implorar el milagro para el pequeño Matteo. Se suceden en esas horas de agitación las visitas a la tumba del padre, los rosarios, las reliquias que se le acercan al niño, las lágrimas y las invocaciones afligidas.

Y la mañana del 21 de enero «ocurre de forma repentina algo extraordinario ante la incredulidad de todos», porque «los órganos del niño empiezan a funcionar de nuevo». Se suceden el clamor, la conmoción, el estupor. El fenómeno es doblemente sorprendente, porque las esperanzas de supervivencia eran ya iguales a cero, pero —en el caso remoto de que sobreviviera— eran indudables los graves daños cerebrales y renales que padecería el niño. Por el contrario, Matteo, tras haber pasado diez días sedado y anestesiado, llega incluso a despertarse el 31 de enero, mira a los médicos y enfermeros, y dice: «Quiero un helado». Después empieza a bromear con ellos. El domingo 6 de febrero, el pequeño —aún en la sala de reanimación— mira tranquilamente la televisión y juega con la Play-station (introducida «por vez primera en la historia de la medicina» en la sala de reanimación porque los médicos están interesados en comprobar «la respuesta intelectual» del muchacho). Los médicos —felices, obviamente— se hallan frente a algo inaudito, desconcertante. Los padres y los amigos, ante una alegría desbordante.

Todos los médicos declararon lo inexplicable, desde un punto de vista científico, de la curación (y de la ausencia de daños). Como ejemplo entre muchos, el doctor Alessandro Villella: «No estoy en condiciones de explicar científicamente la completa curación del pequeño Matteo Colella sin deber pensar que pueda haber habido una intervención sobrenatural».

Muy hermoso es el testimonio dado por la madre al postulador de la causa de la canonización del padre Pío: «Cualquiera que sea la decisión de los hombres acerca de este caso, mi convicción

profunda como madre y como creyente seguirá siendo que mi hijo volvió entre nosotros porque el Señor nos lo restituyó inmerecidamente, intervino para consolarnos en su inmensa misericordia, con la intercesión de nuestro querido padre Pío».

La señora alude a las inequívocas señales de la cercanía del padre (por ejemplo, un intenso «dulcísimo y jubiloso» aroma a rosas y violetas advertido por ella) y añade: «Sólo el Señor conoce el sentido de todo lo que le ha ocurrido a nuestra familia. Mi certeza es que El ha estado muy cercano a nosotros y nos ha bendecido, gracias también a la intercesión del padre Pío, quien, de su misión en esta tierra, decía: “Como sacerdote, la mía es una misión de propiciación: propiciar al buen Dios en relación con la humana familia”. Y así ha sido, querido padre Pío, nos has abrazado en nuestra prueba y nos has recomendado a Dios».

¿Y el pequeño Matteo? ¿Recuerda algo de aquellas horas de inconsciencia? Según la medicina, no debería oír ni ver nada, ni mucho menos recordar nada. Sin embargo, al ser preguntado tras despertar, Matteo refirió en cambio un recuerdo muy preciso y sobrecogedor: «Durante el sueño, yo no estaba solo. He visto a un viejo. Me vi de lejos, en esta cama, a través de un agujero redondo. Yo estaba cerca de los aparatos y un viejo de barba blanca me dio la mano derecha y me dijo: “Matteo, no te preocupes, muy pronto te curarás”, y me sonreía» (*En verdad, el relato del pequeño Matteo, en su integridad, es más sobrecogedor aún. En efecto, prosigue de esta forma: «Al otro lado vi a tres ángeles, que tenían alas, uno blanco con alas amarillas, dos rojos con alas blancas, no vi sus caras porque eran muy luminosas. Otro día le conté después al tío Giovanni que esa misma noche curé a un niño rígido con los ojos celeste-verdes y el pelo negro y que estaba en la camita de un hospital en Roma. Después le repetí el sueño a mi mamá, mi mamá me preguntó: “¿Cómo fuiste a Roma?”. Y yo le contesté: “Hice una especie de vuelo con el padre Pío que me sujetaba de la mano y me habló con la mente, y cuando llegamos, me preguntó: ‘¿Quieres curarlo tú?’. Y yo dije: ‘¿Y cómo se hace?’”. Así, con la fuerza de la*

voluntad. Mi mamá me preguntó: “¿Cómo sabías que estabas en Roma?”. Reconocí el parque de atracciones al que fui con el tío Giovanni». Conclusión del niño: «Me curó el padre Pío».

Naturalmente, ante todas estas relaciones, algunos laicistas se mostrarán inmediatamente dispuestos a torcer el gesto, pero «contra factum, non valet argumentum»(junto al milagro, que es naturalmente el hecho más clamoroso e importante, hay que destacar la descripción que el niño hace de su estado de pre-muerte, ese «me vi de lejos, en esta cama». Es una suerte de prueba experimental de la existencia del alma, entre otras razones porque el mismo tipo de relato ha sido confirmado en gran cantidad de casos análogos. Guilton escribe: «Desde análoga perspectiva se han estudiado los fenómenos que se producen en el momento de la muerte. Los que han rozado la muerte sin hundirse en ella han tenido la experiencia de un estado de «desincorporación» que puede permitir comprender las experiencias de ciertos místicos. El Dr. Moody, en su libro *Life after Death*, cita un gran número de testimonios (...). Han confirmado que se puede tener en el momento de la muerte la impresión de estar desunido del cuerpo, como si éste fuera un objeto sobre el que se sobrevolara»). El propio hecho de las curaciones inexplicables tiene bastante más fuerza que las opiniones y la ciencia médica ha constatado lealmente su condición inexplicable. Y no lo ha hecho afirmando que se trata de fenómenos que aún no comprendemos, pero que algún día podrán ser explicados (como sí estuviéramos hablando de enfermedades que aún no sabemos cómo curar, pero que un mañana se volverán curables), sino reconociendo que ha sucedido algo que va totalmente en contra de las leyes de la naturaleza. A eso se le llama racionalidad, a eso se le llama realismo.

«Quienes creen en los milagros —escribía Gilbert K. Chesterton— lo hacen porque tienen pruebas a su favor. Quienes los niegan lo hacen porque tienen una teoría contraria a ellos».

EL AROMA DE CRISTO

UNO de los aspectos más singulares de la presencia del padre Pío a partir del día de estigmatización (20 de septiembre de 1918) es el perfume que emanaba de su propia persona, un intensísimo aroma de origen absolutamente no natural: el padre Pío, en efecto, se lavaba con un jabón amarillo de lo más normal, absolutamente inodoro y ha sido atestiguado sin el menor resquicio de duda que jamás usó perfumes, como en cambio lo acusaron durante el periodo de las calumnias y de las persecuciones precisamente para intentar explicar (a la medida de su propia mezquindad) aquel fenómeno.

La prueba del origen sobrenatural de tales aromas intensísimos reside en primer lugar en el hecho de que no eran percibidos siempre, sino a oleadas, en momentos significativos e incluso en ausencia del padre. Por último, la prueba reside por encima de todo en el hecho de que precisamente así se hacía y se sigue haciendo presente, desde lejos, a sus hijos espirituales o a quienes invocan su intercesión o solicitan su protección o a quienes están recibiendo una gracia a través de él. Se trata, por lo demás, de distintas clases de aromas cuyos significados cambian: en efecto, en ocasiones no son perfumes, sino olores desagradables (como el del ácido fénico que preanunciaba sufrimientos físicos y morales. Era el olor que muchos pecadores percibían al acercarse a la confesión con el padre Pío). El padre Rosario da Aliminusa, que fue superior en San

Giovanni Rotondo de 1960 a 1964, testificó cómo y cuándo percibió los delicados e intensos efluvios del padre Pío. Y refería también que había notado, en ciertas circunstancias, un fuerte olor a ácido fénico.

Las personas que afirman haber sentido esos aromas (casi siempre de flores), incluso tras la muerte del padre (como hemos visto en el caso de la señora Consiglia De Martino y del pequeño Matteo), son numerosísimas y varios volúmenes no serían suficientes para recogerlas a todas.

Me limito a citar, por lo tanto, unos cuantos casos que adquieren un significado especial. En primer lugar, uno que se coloca al principio de la misión pública del fraile, cuando no se hablaba aún de «los perfumes del padre Pío». Se trata del doctor Luigi Romanelli, jefe de servicio del hospital civil de Barletta, quien, como ya se ha dicho, fue llamado a San Giovanni Rotondo para analizar los estigmas. Su disposición de ánimo no era el del peregrino o el del devoto, sino el más bien frío y analítico del científico.

Pues bien, nada más llegar, le envolvió de tal manera aquel aroma que —desconociendo su naturaleza— se escandalizó, confiando al padre Paolo da Valenzano que consideraba realmente poco conveniente que un religioso que gozaba de fama de santidad como el padre Pío hiciera semejante uso de perfumes. Durante los dos días que permaneció allí, el médico ya no volvió a sentir aquel intenso aroma, que lo envolvió de nuevo, durante unos segundos, la tarde de su marcha, subiendo las escaleras.

«Romanelli rechaza la explicación de la sugestión: él no había oído hablar nunca de ningún perfume y además lo notó no de forma continuada —como exigiría una sugestión— sino a ratos. Para Romanelli, por lo tanto, sigue siendo un fenómeno que no sabe explicarse.

El profesor notó, además, estando cerca del padre Pío en esos dos días, que «de su cuerpo provenía cierto olor» y que resultaba muy agradable, hasta el punto de haberlo «degustado».

Por lo demás, que el fenómeno del «aroma» es un signo sobrenatural queda demostrado también por el hecho de que se trata de una de las maneras, como decíamos, con las que el padre Pío se hace presente ante sus hijos a distancia, prescindiendo de toda reliquia suya. Los episodios que lo atestiguan son muchos. Recogen varias decenas Chiocci y Cirri.

Pero, más allá de la casuística y de los testimonios, es necesario comprender el sentido de este fenómeno que también se ha dado en otros místicos. No deben interpretarse banalmente estas señales como fenómenos extraños de una personalidad algo peculiar, casi casual efectos especiales, ni como hallazgos destinados a sorprender que acaban por ser considerados como rayanos más que en lo maravilloso, en la superstición. En realidad, no es así. Hay algo importante que es necesario comprender, un significado teológicamente profundo. Nos pone sobre la pista adecuada Royo Marín: «No puede probarse apodócticamente que esta suavidad y fragancia sean una participación anticipada en las cualidades del cuerpo glorioso, pero es muy probable y racional que así sea».

Todos estos dones místicos, en efecto, son la señal de una inicial divinización que afecta incluso a los cuerpos de los santos. El padre Pío solía repetir las palabras de San Pablo: «Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». Y la asimilación con Cristo es total, colma la propia sangre del santo, purificada y divinizada. El mismo cuerpo vive definitivamente una vida propia que supera las leyes naturales y fisiológicas y se convierte en un milagro permanente.

En efecto, un milagro, para la ciencia médica, era la propia vida física del padre Pío, quien, por si fuera poco, durante decenios prácticamente no comía, más que poquísimo alimento, y casi no dormía. Así se lo explicó un famoso lumbrera londinense, el profesor V. Ewans al padre Carmelo da Sessano, entonces superior del convento de San Giovanni Rotondo. Era el 15 de mayo de 1956. En la Casa Alivio del Sufrimiento se estaba celebrando un congreso médico-científico, dedicado a las afecciones coronarias.

Entre las numerosas celebridades de la medicina mundial que participaban en el congreso, se hallaba precisamente el profesor Ewans, quien dejó que se le escapara esta frase: «¡Para nosotros, los médicos, el padre Pío está biológicamente muerto!».

El padre Carmelo quedó desconcertado —entre otras cosas, porque tenía ante sus ojos desde hacía años al padre Pío que realizaba incansable su agotador ministerio cada día, de noche y de día— y, por lo tanto, quiso entender el sentido de aquellas palabras. El profesor le explicó lo siguiente: «Padre superior, debe prestar usted atención a la cantidad de calorías que el padre Pío consume en la realización de sus actividades y, por otro lado (esto es importantísimo), a la escasez de las que ingiere, al alimentarse tan poco, al límite de la supervivencia. Debe usted pensar en la sangre que el padre Pío pierde todos los días, como usted mismo me confirma, especialmente mediante el examen de las vendas del costado. Debe pensar después en su debilitador trabajo de cada día, sin vacaciones ni tumos de descanso. Debe usted pensar además en el estrés psico-físico de su vida cotidiana, sobre todo por los muchos casos dolorosos y terribles a veces que le son expuestos por los peregrinos, día tras días, o bien que conoce por correspondencia. Ahora bien —añadía el profesor— del conjunto de todas estas circunstancias, como de otras que podría citar yo o de otras que podría seguir exponiendo usted mismo, se deriva la consecuencia de que el padre Pío, obedeciendo al principio científico de las calorías necesarias para la existencia humana y de las leyes que regulan el equilibrio psico-físico del organismo, ¡está para nosotros biológicamente muerto!».

Dicho con palabras sencillas: «No es humanamente posible que un hombre en tal situación pueda sobrevivir ni mucho menos actuar, como él actúa, sin interrupción, todos los días, con un estrés que no tardaría en derribar cualquier constitución física, incluso la del atleta más robusto. Por ello, se lo repito, ¡el padre Pío, para nosotros, los médicos, está biológicamente muerto!».

Naturalmente, la inteligencia occidental no considera digno de su atención a un caso semejante. Guitton consideraba que la cultura contemporánea, incluida la ciencia, no podía eludir los casos de estos estigmatizados que «pierden su sangre con una tal abundancia que algunos sujetos sufren una pérdida equivalente a la de su volumen sanguíneo. Y recobran su peso sin alimentarse». El filósofo francés se preguntaba «¿No habrá una fuente oculta de energía en el interior de la materia?».

Después recoge estas palabras reveladoras de la mística Marta Robin, que vivió durante decenios sin alimentarse: «Tengo deseos de gritar a los que me preguntan si como, que yo como más que ellos, pues yo me alimento en la Eucaristía de la sangre y de la carne de Jesús. Tengo deseos de decirles que ellos impiden en sí los efectos de este alimento».

Habiéndola conocido directamente, Guitton hablaba de ella, de los extraordinarios fenómenos que vivía, a filósofos y científicos, siendo él miembro de la Academia francesa, pero «frecuentemente me daba cuenta de que apenas me escuchaban, pues teniendo tomada ya previamente una postura, Marta les parecía o engañadora o engañada».

Parece imposible considerar hoy al catolicismo sin prejuicios negativos. Todo nos interesa, excepto el catolicismo. Incluso las pseudo-místicas de Oriente nos apasionan en su versión turística. Sin embargo, los orientales con una auténtica sensibilidad religiosa se muestran profundamente seducidos, en cambio, por los místicos cristianos, empezando por el padre Pío (*Véase el caso del yogui indio Yogananda, que quiso conocer a Teresa Neumann. «A los ojos de Bergson, los grandes místicos cristianos eran profundamente diferentes de los místicos no cristianos»*).

VIAJE AL FUTURO

EL don de la profecía era otro signo con el que el Cielo quiso mostrar la especial gracia derramada sobre el padre Pío. En primer lugar, profecías sobre la vida cotidiana, empezando por la suya. «Conocía exactamente el día y la hora de su muerte», nos explica el padre Pierino Galeone.

Se intuye por muchos detalles que le fue revelado que tendría que llevar los estigmas durante cincuenta años. En 1918, le dijo al fotógrafo Modesto Vinelli: «¡Recuerda que tenemos cincuenta años ante nosotros!». El fotógrafo no le entendió, hasta que el 20 de septiembre de 1968, el padre vio al mismo Vinelli en la sacristía y se lo recordó: «Modesto, ¡han pasado cincuenta años!». Un par de días después, murió. En efecto, del 20 de septiembre de 1918 al 23 de septiembre de 1968 corren exactamente cincuenta años.

El padre tenía además, en muchas ocasiones, la percepción de los peligros que se cernían sobre sus hijos espirituales y los ponía en guardia o los advertía para que pudieran evitarlos o afrontarlos. Algunas veces, gracias a estas iluminaciones desde lo alto, el padre Pío puso en guardia a algunas personas ante su inminente muerte. Así le ocurrió, por ejemplo, al padre Dionisio da Palazzo San Gervasio, quien se dirigió al padre para solicitarle unas plegarias y el padre Pío al principio permaneció callado (intentando arrancar visiblemente al Cielo una enorme gracia) y después —evidentemente iluminado— le dijo tristemente: «¡Lo que debes hacer

es prepararte para morir!». Y, en efecto, el fraile murió sólo siete días después.

Un episodio semejante ha sido testimoniado por el padre Pierino Galeone. El padre Pío acababa de celebrar la misa y había pronunciado su habitual agradecimiento, cuando levantó la vista buscando a una persona que estaba en la iglesia y la invitó a subir con él. Todos se preguntaban con estupor, mezclado con una pizca de envidia, quién sería y qué era eso tan importante que tenía que decirle el padre, pero el hombre bajó a la media hora con una expresión que como mínimo hay que calificar de trastornada. Interrogado por el padre Pierino, durante algunos minutos fue incapaz de proferir palabra, hasta que con esfuerzo pudo explicarse: «Es la primera vez que vengo a San Giovanni Rotondo y no había visto nunca al padre Pío. En cuanto subimos, arriba en el pasillo, me invitó a ir a su celda. Una vez allí, me ha preguntado: “¿Qué tal estás?”.

Yo le he contestado: “Bien”». Entonces el padre, con la voz quebrada por la conmoción, le dijo, lleno de ternura: «Amigo mío, dentro de una semana dejarás este mundo. ¡No temas, sin embargo! Prepárate con humildad. Estaré continuamente a tu lado y yo mismo te acompañaré al Cielo». Todos quedaron profundamente turbados, los amigos que le acompañaban enmudecieron. «Al cabo de una semana aproximadamente —recuerda el padre Pierino— volví a ver a los amigos de regreso a San Giovanni Rotondo. Les pregunté de inmediato y me dijeron: “A los dos días, aquel hombre enfermó repentinamente y, justo a la semana, como le había predicho el padre, murió. Si se ha verificado la muerte, sin duda se habrá verificado también su ascensión al Paraíso. ¡Dichoso él!”».

Pero también importantes acontecimientos públicos fueron preanunciados por el padre. Por ejemplo, el padre Carmelo da Sessano, que fue superior del padre Pío entre 1953 y 1959, ha relatado un diálogo que se remonta a 1942, cuando estudiaba en Roma e iba durante las vacaciones a San Giovanni Rotondo.

Una mañana lee en el periódico este titular: «Las tropas alemanas, hacia Moscú». Él, como todo el mundo, pensó que la guerra había entrado definitivamente en su epílogo y que los vencedores serían Alemania e Italia. De modo que, al tropezarse con el padre Pío, le transmitió la noticia: «¡Padre espiritual, la guerra ha terminado!». Pero el padre Pío le contestó socarrón: «¿Así que la guerra ha terminado? ¿Y quién lo dice?». Naturalmente, el joven fraile agitó el periódico. Pero el padre Pío, que no leía periódicos, ni se movía nunca del convento, le explicó: «Hijo mío, Alemania perderá la guerra y peor que la otra vez».

Al padre Carmelo le pareció una afirmación absurda. Además, «como buen italiano, joven, y todos los jóvenes se creían patriotas entonces», le rebatió: «Padre espiritual, si Alemania la pierde, la perderá también Italia (...)». Pero el padre murmuró para sí mismo: «¡Habrá que ver si acabamos juntos esta guerra!». El joven, desconcertado, insistió: «Pero, Padre, ¡si somos aliados!». El padre Pío continuó: «Italia perderá la guerra gracias a la misericordia de Dios, no debido a su justicia». Llegados a ese punto, el joven ya no entendía nada. Intentó objetar que, en todo caso, se ganaba gracias a la misericordia y se perdía a causa de la justicia (...). Pero el padre concluyó la conversación de esta forma: «Hijo mío, recuerda que si Alemania ganara la guerra junto a Italia, nos trataría como a esclavos». Y acompañó estas palabras con un elocuente gesto del pie, como alguien que pisotea una cosa.

Otro acontecimiento preanunciado fue la histórica batalla del 18 de abril de 1948, que salvó a Italia del desastre gracias a la movilización de los católicos, prevista por el padre Pío hasta con un año de anticipación. Una previsión aún más clamorosa fue su resultado. El padre Tarcisio Zullo relata que el 17 de abril de 1948, el padre Pío exhortó al padre Agostino da San Marco in Lamis a realizar «una hora de adoración a Jesús sacramentado por la gracia que la Virgen ha concedido a Italia». En efecto, en las sucesivas elecciones del 18 de abril, la Democracia Cristiana obtuvo un éxito

inesperadamente grande, y fue así derrotada la amenaza comunista que tan gravemente se cernía sobre el país.

Otro acontecimiento previsto fue la elección de Montini. Al morir Juan XXIII, durante el cónclave todos hacían hipótesis y previsiones distintas. También en San Giovanni Rotondo se hablaba de ello, de modo que un día el padre Eusebio Notte —se hallaba presente también el padre Clemente da Postiglione— le preguntó al padre Pío su opinión, y él soltó: «¡Pero si será Montini! (...)» e inmediatamente después, como mordiéndose la lengua, con una sonrisa añadió: «Bueno, se me ha escapado (...)».

En realidad, ya algunos años antes había dicho algo. En 1959, el padre Pío recibió la visita del comendador Alberto Galletti, de Milán. Al saludarlo, el padre quiso hablarle del cardenal Montini, que siempre le había manifestado afecto y estima: «Le envié no una, sino una legión de bendiciones al cardenal Montini [en aquel momento, arzobispo de Milán] y añado mi indigna oración. Pero tú debes decirle al arzobispo que, después de éste, será él el papa. Que se prepare. ¿Has entendido que debes decírselo?». Naturalmente, el embajador llevó el mensaje al destinatario, quien, escudándose en una sonrisa, se limitó a comentar: «¡Oh, las extrañas ideas de los santos!».

El mismo mensaje le había sido confiado por el padre Pío a Angelo Battisti, que, además de ser su secretario personal, trabajaba en la Secretaría de estado vaticana. Y cuando más tarde Montini fue elegido papa efectivamente y estaba saliendo en procesión de la Capilla Sixtina, su mirada se cruzó precisamente con la de Battisti y «se miraron largo rato, sin decir una palabra, pero se comprendieron perfectamente».

Hay además otro trágico episodio de la vida nacional que tal vez fuera conocido previamente por el padre Pío: la matanza de via Fani, el rapto y el asesinato de Aldo Moro. Es bien sabido que el político de Puglia era un admirador del padre Pío y le veía con frecuencia (por lo demás, la casualidad quiso que naciera el 23 de

septiembre, que después será el «dies natalis» del padre). Había, pues, algunos lazos personales entre ambos.

¿Entrevió el padre Pío esos sangrientos hechos en el destino del político católico? Hay dos episodios por lo menos que permiten sospecharlo. Uno parece remontarse a los años cincuenta: se cuenta que el padre se detuvo de repente en el pasillo diciendo dos veces en voz alta: «¡Moro se muere!». Después —se cuenta— estuvo como aturrido todo el día y era como si por sus ojos discurrieran las imágenes de una película. Otro episodio se remonta a la época del primer gobierno de Moro (diciembre 1963-julio 1964). Ocurrió ante dos personas. El padre Pío tenía delante de él un periódico, en el que aparecía publicada la foto de Moro y, en determinado momento, al mirarla, parece ser que el padre se llevó las manos a los ojos diciendo: «¡Madre mía, cuánta sangre! ¡Cuánta sangre!».

En las actas del proceso de beatificación hay un testimonio de Mario Frisotti donde se dice que el padre advirtió «a un eminente representante político de la Democracia Cristiana» sobre algunos hechos negativos que iban a suceder. Pero el padre Paulino Rossi, interpelado por mí, considera que no se trata de lo que sucedió a Moro. Queda, pues, abierta la pregunta de si el padre Pío previó la tragedia del estadista y si habló de ello con él.

Sabemos que el estadista católico fue a visitarle a San Giovanni Rotondo, entre otras ocasiones, el 15 de mayo de 1969, mientras era jefe de gobierno (diez años antes de la tragedia). Existe una histórica fotografía de aquel encuentro, en la que se aprecia la devoción del político por el fraile estigmatizado que le escucha. Es difícil saber lo que se dijeron. Podría ser que hubieran hablado incluso de política.

Sabemos que las ideas del padre Pío en tal sentido eran muy estrictas. Consideraba que el partido de los católicos no debía tener nada que ver con los comunistas. El doctor Frisotti explica en la Relación reservada acerca de la vida del Padre Pío (en la última parte, titulada «El pensamiento político de padre Pío») que el santo

«del comunismo, como doctrina política fue acérrimo adversario; por los comunistas, como hermanos en Dios, se inmoló, ganando muchas de sus almas, pero con mucha sangre e incesantes plegarias». Hay quien afirma, incluso, que «el padre Pío abrió brecha hasta en el corazón de Palmiro Togliatti, el líder comunista, como contó en su momento su médico personal, Mario Spallone».

Por último, hay una controvertida profecía sobre Karol Wojtyła, como veremos. Son muchas las predicciones del padre, realizadas cuando aún vivía, que se han cumplido efectivamente. ¿Cómo y por qué podía aquel hombre conocer el futuro? ¿Y cómo es posible que la ciencia se desinterese por un fenómeno semejante, dado que es precisamente el misterio de la dimensión espacio-temporal uno de los campos más importantes y estudiados de la física contemporánea?

En el libro de un famoso divulgador científico como Paul Davies, *Sobre el tiempo. La revolución inacabada de Einstein*, se dedican muchas páginas a la posibilidad de «viajar» en el tiempo y se trata de ello con absoluta seriedad refiriendo experimentos, cálculos y teorías de distintos científicos. Sabemos, por ejemplo, que —como línea de principio— viajando a una velocidad superior a la de la luz podría abatirse la barrera entre el futuro y el pasado y, si bien por el momento este «viaje no es realizable de manera concreta con todo —afirma el estudioso—, la posibilidad tiene que seguir en la agenda».

En efecto, la «posibilidad» es la categoría fundamental de la racionalidad. Pero, entonces, ¿por qué esa misma categoría es rechazada cuando se le pide que se mida con el misterio, con la (demostrada) capacidad de algunas personalidades místicas de «viajar», de estar presentes al mismo tiempo en dos lugares distintos y de preanunciar el futuro (repito: hechos reales y verificados, no únicamente su posibilidad)?

Jean Guitton, el famoso académico de Francia que fue discípulo de Bergson, ocupándose de la mística Marta Robin (y de fenómenos análogos), escribía: «Cuán curioso es que la humanidad, en este

final de un siglo incomparable, gaste miles de millones para enviar lanzaderas espaciales al vacío para explorar astros sepulcrales, para conocer mejor el cerebro, el embrión, las relaciones del espíritu y la materia, para curar el cáncer, y que descuide el examen de este caso único en su género, que podría acrecentar nuestros conocimientos y nuestros poderes».

Personalmente, creo que no se trata de «poderes», sino de «gracia», que no se consigue con ecuaciones matemáticas, experimentos en laboratorios o viajes espaciales, sino con el amor total por Cristo hasta identificarse con el propio Logos encarnado que sufrió y murió por nosotros y que es el alfa y el omega del tiempo. Con todo, estoy de acuerdo en que hay que considerar estas experiencias místicas como el campo más fascinante del conocimiento, mejor dicho, como el conocimiento supremo.

El establishment intelectual laico se niega, con desdeñosa suficiencia, a echar cuentas con hechos ciertos y documentados del padre Pío, por más que sean absolutamente extraordinarios, como el conocimiento del futuro, considerando todo ello completamente extraño a la razón y a la ciencia. Califican, es más, al padre Pío como un residuo de la Edad Media que ha llegado, quién sabe cómo, al siglo XX.

Con todo, es el mismo establishment que ha aceptado y celebrado la revolución de Einstein quien —basándose en su teoría general de la relatividad— podía afirmar: «La distinción entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión, por más que obstinada».

Semejante afirmación, antes de la teoría general de la relatividad, hubiera sido considerada como una estupidez irracional o una mitología. Después llegó Einstein y abrió de par en par a la ciencia la extraordinaria dimensión del espacio-tiempo, demoliendo una certeza consolidada desde hacía milenios

(«Tanto Aristóteles como Newton creían en el tiempo absoluto. Es decir, ambos pensaban que se podía afirmar inequívocamente la posibilidad de medir el intervalo de tiempo entre dos sucesos sin

ambigüedad, y que dicho intervalo sería el mismo para todos los que lo midieran», Stephen Hawking, Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros).

En el fondo, los místicos habían llegado a eso antes que él, superándole incluso con clamorosas y asombrosas «excursiones» en el tiempo y en el espacio. Pero la cultura laica —cuando se trata del «misterio» cristiano— parece dispuesta incluso a seguir enrocada en la vieja cosmología aristotélica y newtoniana que Einstein ha barrido del mapa.

DIVAGACIÓN: EL PADRE PÍO Y EINSTEIN

La ciencia no es la posesión del saber;
es la búsqueda de la verdad.
KARL POPPER

Pero comprender el punto de intersección del sin tiempo
con el tiempo es una ocupación de los santos.
Thomas S. Eliot

En febrero de 1905, Francesco Forgione, de dieciocho años entonces, en un convento franciscano del Molise, se apunta en una hoja (como veremos) una extraordinaria experiencia de bilocación vivida por él: pese a permanecer en su convento de Molise, la Santa Virgen se le aparece y se lo lleva, al mismo tiempo, a un palacio señorial de Udine para confiarle una niña que está naciendo y le consigna una profecía sobre sucesos que aún deben acaecer. Es el primer episodio de una larga serie de bilocaciones e iluminaciones sobre acontecimientos del futuro.

Vayámonos ahora muchos kilómetros más al norte, a Berna, en Suiza. Se produce un suceso que no atañe al joven fraile y que tiene lugar dos meses más tarde aproximadamente. Es un hermoso día de primavera de aquel 1905. Un joven empleado de la Oficina de Patentes, Albert Einstein, de veintiséis años, pasea por los suburbios de la ciudad con su amigo Michele Besso. Por lo general,

hablan de sus vi-das, de los problemas del trabajo, de filosofía y de música a menudo.

«Pero ese día Einstein se sentía nervioso», nos cuenta Davis Bodanis. «Notaba cómo comenzaban a casar las piezas de mucho de lo que venía pensando durante los últimos meses, pero aún había algo que estaba a punto de entender y, sin embargo, se le escapaba. Aquella noche todavía no pudo atraparlo, pero al día siguiente se despertó sobresaltado, lleno de excitación».

En cinco semanas escribe su artículo. A pesar de que debe trabajar todo el día en la Oficina de Patentes, en junio envía su breve ensayo a *Annalen der Physik*, que lo publica en otoño. En esas escasas paginillas firmadas por un desconocido, un outsider, se contiene la mayor revolución de la ciencia moderna. Esta se basaba en la velocidad constante de la luz (300.000 kilómetros por segundo): «Todos los observadores deberían medir la misma velocidad de la luz sin importar la rapidez con la que se estuvieran moviendo».

Esta simple intuición, nos explica el cosmólogo Stephen Hawking, tiene consecuencias colosales. La más conocida es la equivalencia entre masa y energía, resumida en la famosa ecuación de Einstein $E=mc^2$ (de la que se deriva el «descubrimiento» de la energía nuclear, que será realizada en sede experimental treinta años después para ser usada con fines bélicos en Hiroshima) y «la ley de que ningún objeto puede viajar a una velocidad mayor que la de la luz». En la práctica, Einstein hace inútil la existencia del éter abandonando la idea del tiempo absoluto.

Es el principio de la teoría general de la relatividad, que será desarrollada más tarde en 1915 (*«Einstein hizo la sugerencia revolucionaria de que la gravedad no es una fuerza como las otras, sino que es una consecuencia de que el espacio-tiempo no sea plano, como previamente se había supuesto: el espacio- tiempo está curvado o «deformado», por la distribución de la masa y energía en él presente»*).

En ella está contenida la intuición según la cual el universo tiene que haber tenido un principio y tendrá un final, confirmada por el sucesivo descubrimiento experimental de la expansión del propio universo y del descubrimiento en el cosmos incluso del «ruido» del big bang inicial, es decir, el eco de aquel acontecimiento, el eco de la Creación (*después de Einstein, la física nos proporciona una clamorosa confirmación de las revelaciones contenidas en el Génesis. En efecto, mientras que «Aristóteles, como la mayor parte del resto de los filósofos griegos, no era partidario, por el contrario, de la idea de la Creación, porque sonaba demasiado a intervención divina», la teoría del big bang es perfectamente compatible con ésta: «Un universo en expansión —reconoce lealmente Hawking— no excluye la existencia de un creador». He ahí la razón, añade polémicamente Hawking, por la que «la Iglesia católica se apropió del modelo del big bang y en 1951 proclamó oficialmente que estaba de acuerdo con la Biblia», pero ése es también el motivo por el que a mucha gente éste no les gusta (¿y no es eso un prejuicio?). Por otro lado, pensando en lo que la ciencia nos dice acerca del principio, sobre ese infinitesimal punto con masa minúscula y energía infinita es inevitable pensar en el primer versículo del Génesis: «En el principio, creó Dios el cielo y la tierra». Y después, considerando el momento sucesivo del big bang, la separación de los fotones de luz de la infinitesimal magma inicial, se piensa inevitablemente en el segundo episodio del Génesis: «Fiat lux»).*

Es también una revolución en lo que atañe a la concepción del tiempo (y del espacio). En efecto, no tardamos en darnos cuenta a continuación, por poner algún ejemplo, de que en la superficie del Sol, el tiempo discurre más lentamente respecto a la Tierra. Nos dimos cuenta de que si consideráramos a dos gemelos y «uno de los gemelos se fuera de viaje en una nave espacial a una velocidad cercana a la de la luz, cuando volviera sería mucho más joven que el que se quedó en la Tierra». Hemos comprendido que «la luz que vemos de las galaxias distantes partió de ellas hace millones de

años, y en el caso de los objetos más distantes observados, la luz partió hace unos ocho mil millones de años. Así, cuando miramos el universo, lo vemos tal como fue en el pasado». En definitiva, vemos hoy estrellas que podrían no existir ya, es decir, que al mirar el espacio en realidad vemos el tiempo y, con más precisión, el tiempo pasado. Somos como un espectador que estuviera mirando a otro de espaldas y se diera cuenta de que ese otro es él mismo, como alguien que extendiendo una mano ante sí mismo tocara su propio hombro (*el tiempo es la cuarta dimensión del espacio. Hawking reconoce que «la idea de que se podría ir en línea recta alrededor del universo y acabar donde se empezó es correcta». En realidad esta hipótesis, que tanto parece repugnar al sentido común, resulta fácilmente comprensible si se le equipara con una experiencia posible: supongamos que recorremos toda la superficie de la Tierra en línea recta, inevitablemente nos encontraríamos en el punto de salida. Eso es porque la Tierra es curva. Es lo que ha dado origen a la idea del «espacio curvo»*).

Una desconcertante y misteriosa realidad que hacía decir a Einstein: «La distinción entre pasado, presente y futuro no es más que una ilusión, por muy obstinada que resulte». Pero ya 1.500 años antes, San Agustín escribía: «Pero lo que ahora es claro y manifiesto es que no existen los pretéritos ni los futuros, ni se puede decir con propiedad que son tres los tiempos: pretérito, presente y futuro; sino que tal vez sería más propio decir que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras. Porque éstas son tres cosas que existen de algún modo en el alma, y fuera de ella yo no veo que existan».

Por lo tanto, existe sólo el presente, nos prevenía San Agustín, y como dimensión de la conciencia humana: es este «ahora» la puerta que conduce directamente al Misterio, la hendidura donde se cierne sobre nosotros el Eterno. Es sorprendente la asonancia con cuanto afirmará Einstein un milenio y medio más tarde. Una elocuente

imagen de Davies nos informa de que «incluso Einstein confesó, próximo al fin de sus días, que el problema del ahora “le preocupaba seriamente”. En una conversación con el filósofo Rudolf Carnap admitió que hay “algo esencial sobre el ahora”, pero expresó la creencia en que, cualquier cosa que fuera, quedaba “justamente fuera del dominio de la ciencia”».

La física desemboca de este modo en la metafísica. En efecto, buscamos en el pasado o en el futuro esa verdad que en realidad siempre está presente. Buscamos en el espacio interestelar el orden racional (Logos) del que estamos hechos: «Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar», les decía San Pablo a los intelectuales de Atenas. «Dios (...) fijó los tiempos determinados y los límites del lugar donde los hombres habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 23-27).

Nosotros, los modernos, somos como aquellos de los que habla San Agustín, que «se empeñan por saber las cosas eternas; pero su corazón revolotea aún sobre los movimientos pretéritos y futuros de las cosas y es aún vano (Sal 5, 10)», ignaros del «resplandor de la eternidad, que siempre permanece (...), de que en la eternidad, al contrario, no pasa nada, sino que todo es presente». «¿Quién podrá detener, repito, el corazón del hombre para que se pare y vea cómo, estando fija, dicta los tiempos futuros y pretéritos la eternidad, que no es futura ni pretérita?».(*San Agustín, Confesiones. Con Einstein, inevitablemente, la física roza la metafísica, el misterio del tiempo en la intuición científica del Eterno, de Aquel que no tiene necesidad de superar la velocidad de la luz para abarcar del futuro al pasado porque la luz fue creada por Él mismo, por su palabra {«Fiat lux»}. «Así, pues, tú nos invitas a comprender aquella palabra, que es Dios ante ti, Dios, que sempiternamente se dice y en la que se dicen sempiternamente todas las cosas. Añade San Agustín: «En este Principio, ¡oh Dios!, hiciste el cielo y la tierra, en tu Verbo, en tu Hijo,*

en tu Virtud, en tu Sabiduría, en tu verdad, hablando de modo admirable y obrando de igual modo. ¿Quién será capaz de comprender, quién de explicarlo?»).

Resultará más claro ahora qué tiene que ver el padre Pío con su coetáneo Albert Einstein. Hoy, después de Einstein, algunos científicos llegan incluso a suponer el teletransporte. Por ejemplo, el profesor Samuel L. Braunstein, de la Universidad de York, ha realizado «un experimento de teleclonación cuántica»: a su parecer, el «tele-transporte» es la «nueva frontera» de la ciencia y no se halla ya «en los límites de la ciencia ficción». Con todo, él mismo reconoce que se trata sólo de una hipótesis teórica, irrealizable por ahora. Y probablemente lo seguirá siendo para siempre. Y, sin embargo, esa remotísima hipótesis teórica es, en cambio, una misteriosa realidad en la vida de los santos como el padre Pío, así como lo es asimismo su conocimiento del futuro. ¿Qué significa todo ello? Contestaré —con Guitton— que él, al igual que otros místicos, «tenía (...) una relación privilegiada con el espacio por la ubicuidad, con el tiempo por la predicción». Y tendrán que ser, pues, las mentes científicas, de nuestra época o del futuro, las que prosigan lealmente las reflexiones acerca de las relaciones entre cosmos y conciencia, y las reflexiones sobre el tiempo que habían comenzado ya antes de Einstein y que después de sus aportaciones se han vuelto decisivas.

«Por otra parte, el momento más real de la historia sobre este planeta —añadía Guitton— es el de la encarnación, y, más exactamente, el del sufrimiento del Verbo Encarnado (lo que Jesús llamaba su Hora)». Si el padre Pío «revivía esa Hora de una manera tan constante, puesto que habitaba en la ribera de la eternidad», ¿podemos asombrarnos de que de este abrazo con el Verbo creador de todas las cosas, el padre Pío, crucificado con Cristo, reciba el don de dominar el tiempo y el espacio, como «signo» de su comunión con el Señor que desde la cruz domina, como rey, todas las dimensiones del tiempo y del espacio?

En efecto, esa cruz es la que los cristianos, desde sus orígenes, afirman considerar el conocimiento supremo: «Pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado (...)»(1 Co 2,2) proclamaba San Pablo. Y también: «Así, mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,22-24).

Es decir, lo que para los intelectuales es lo máximo de la necesidad (un joven fraile que, silenciosamente, se ofrece como víctima a principios del siglo XX en un convento del sur de Italia, por amor hacia Jesucristo) se revela como algo inconmensurablemente más sabio y poderoso que las más avanzadas conquistas de la ciencia humana. ¿Cómo podía «ver» el futuro el padre Pío? ¿Y cómo «viajaba» en el espacio? «Los grandes místicos —dice Guittton— se han evadido fuera y son ya lo que nosotros aspiramos a ser (...). ¡Cuántas veces, escuchando a Marta en su oscura habitación, pensaba que Plotino, Spinoza o Malebranche habrían envidiado a quien había experimentado en su carne lo que ellos pudieron concebir solamente en su espíritu!».

Aún más habrían «envidiado» al padre Pío. Como diría Shakespeare, hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que pueden concebir la filosofía y la ciencia.

LA POSESIÓN DEL MUNDO

OTRO fenómeno es la «bilocación», término con el que, en sustancia, se quiere señalar la presencia simultánea del padre en dos lugares a la vez, muy distantes incluso. Se trata de algo que, como es natural, deja desconcertados a todo el mundo. ¿Cómo podemos creer en cosas semejantes, tan alejadas de las leyes naturales? Y, sin embargo, la verdadera y leal racionalidad es la que Guitton atribuye a filósofos maestros suyos, como Henri Bergson y Gabriel Marcel, quienes «tenían como máxima no negarse a priori a admitir la posibilidad de un hecho».

Y en el caso del padre Pío, la bilocación es precisamente un hecho, atestiguado de manera irrefutable por gran cantidad de personas, en numerosas situaciones, a lo largo de muchos años. Si es justo, por lo tanto, que la razón se someta a la experiencia, a los hechos, es necesario levantar acta de que nos hallamos en presencia de un misterio que la ciencia no es capaz de explicar. No es posible decir «cómo» sucedían esas cosas. Ni siquiera el propio padre Pío sabía decirlo.

Un día de 1922, los hermanos, en la vigilia de la fiesta de San Antonio, se interrogaban en el convento acerca de la bilocación de ese famoso santo. Un fraile dijo que, en su opinión, ni siquiera los místicos se daban cuenta de que vivían esa extraordinaria experiencia. Entonces el padre, que hasta entonces había permanecido en silencio estalló —hablando en tercera persona— y

dijo: «¡Claro que se dan cuenta! ¡Podrán no saber si es su cuerpo o su alma el que se mueve, pero son bien conscientes de lo que ocurre y saben adonde van!» (*En los tratados de mística se distingue entre «bilocación subjetiva» y «bilocación objetiva». En el primer caso, la persona tiene la sensación de desplazarse a otro lugar, pero con el alma, mientras que su cuerpo permanece donde se encuentra. En el segundo caso, en cambio, queda comprobado que se halla al mismo tiempo y físicamente en dos lugares distintos*).

Pese a permanecer en su pequeña celda de San Giovanni Rotondo (donde en estos casos, estaba como en meditación, acurrucado sobre sí mismo), el padre Pío fue visto al mismo tiempo en lugares lejanísimos por numerosos testigos, que casi siempre hablaron con él. Se trata de un fenómeno absolutamente inexplicable mediante las leyes de nuestra naturaleza, y es algo que no ha de ser confundido con «magias» o «poderes paranormales». Es, por el contrario, según las palabras del padre, un don de gracia sobrenatural que parece tener que ver más bien con las «cualidades» del cuerpo glorioso de Cristo, es decir, con las características físicas del cuerpo de Jesús tras su resurrección.

Como es sabido, los relatos evangélicos atestiguan que Cristo, después de su resurrección, entró en el cenáculo y estuvo allí realmente presente con su cuerpo de carne, en el que resultaban perfectamente evidentes las heridas de la Pasión, en las que Santo Tomás metió los dedos (*«Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (Lc 24, 39)*).

Para convencerles de que era realmente él en persona y no un espíritu, Jesús llegó a comer con ellos (*«Como no acababan de creérselo a causa de la alegría y estaban asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» (Lc 24, 41)* como acostumbraba a hacer antes de su muerte en la cruz, pese a que ese cuerpo de carne no estaba sometido ya a los límites de tiempo y de espacio de la fisiología natural, sino que tenía el poder de aparecer y

desaparecer, de entrar y salir de un lugar independientemente de las puertas cerradas

(*El Evangelio de San Juan subraya en dos ocasiones que Jesús aparece en la habitación en la que están los apóstoles, «estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos» (Jn 20, 19). En efecto, ocho días más tarde, «se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas» (Jn 20, 26).* Todo esto, porque el cuerpo glorioso de Jesús pertenece a otro orden, a «cielos y tierra nueva», como lo serán nuestros cuerpos después de la resurrección. Por lo tanto, la «bilocación» del padre Pío es una enésima señal de la resurrección, el relampagueo en su propia carne de la mañana de Pascua, de los «cielos y tierra nueva».

El primer «hecho insólito», desde un punto de vista cronológico, se remonta al 18 de enero de 1905, cuando Francesco (el joven padre Pío) tiene sólo dieciocho años y lleva un curso estudiando filosofía en el convento de Sant'Elia de Pianisi, en la provincia de Campobasso, para hacerse sacerdote. Esto es lo que anotará —un mes más tarde— acerca de lo que le sucede: «Hace días me ocurrió un hecho insólito; mientras me hallaba en el coro con fray Atanasio, eran aproximadamente las once del 18 de enero cuando me vi muy lejos en una casa señorial donde el padre moría mientras nacía una niña. Se me apareció entonces María Santísima, que me dijo: “Te confío a ti esta criatura. Es una piedra preciosa en estado bruto: trabájala, púlela, hazla lo más brillante que puedas porque un día quiero adornarme con ella. No lo dudes, será ella la que acuda a ti, pero antes te la encontrarás en San Pedro”. Después de eso, me encontré de nuevo en el coro».

Esa niña se convertiría más tarde en la marquesa Giovanna Rizzani Boschi, que fue una de los sesenta testigos principales en el proceso de beatificación del padre y murió hace poco, en el año 2000, en Trevi de Umbría, cerca de Foligno. Renzo Allegri se reunió con ella en la primavera de 1984 e hizo que le contara los detalles de aquel «hecho insólito» que le ocurrió al joven fraile el 18 de enero

de 1905. O mejor dicho, hizo que le contara lo sucedido desde su punto de vista.

En efecto, Giovanna conocía desde pequeña el relato que le hizo su madre de aquella noche. Su padre, Giovanni Battista Rizzani, estaba agonizando en su palacio señorial de Udine, atendido por su mujer, pese a que ésta estuviera embarazada y ya en un estado muy avanzado. Al final de la tarde los perros empezaron a ulular todos a la vez.

La mujer bajó para hacer que se callaran, pero en el patio le sorprendieron las contracciones y se vio pariendo allí mismo, con la única ayuda del administrador que había acudido a ver lo que estaba ocurriendo.

La mujer, fuerte y valerosa, consiguió más tarde subir con esfuerzo las escaleras, con la recién nacida en brazos. Llegó justo a tiempo a ver aún vivo a su marido, que expiró pocos minutos después. Al relatar esa terrible velada a su hija, la madre, en los años sucesivos, siempre había añadido un detalle extraño e inexplicable: en aquellos minutos agitados y dramáticos en los que estaba pariendo, allí, en aquel patio, «había visto a un joven fraile capuchino. No consiguió llegar a saber nunca a ciencia cierta si se había tratado de una visión, de una alucinación o de la realidad, entre otras cosas porque en la familia nadie había conocido nunca a fraile capuchino alguno» (*en otra entrevista, la señora Rizzani explica la situación familiar: el padre era laico y la madre, muy religiosa*).

La historia prosigue con la mujer que, al quedarse viuda, se muda a Roma con su hija Giovanna, estudiante, quien, como todos los adolescentes, tiene miles de preguntas en el corazón, en materia religiosa también. Una tarde de verano de 1922, la muchacha, que tiene diecisiete años, está visitando San Pedro con una amiga. Mientras camina entre las naves le entran deseos de hablar de todas sus preguntas y sus dudas con un sacerdote. De manera que busca uno, preguntando. Pero se le contesta que la basílica iba a cerrar en media hora y que ya no quedaba nadie.

De modo que las dos amigas prosiguieron con su visita, y, al dar la vuelta a una esquina, Giovanna se percató de que ahí delante de ella había un capuchino. Cogiendo la ocasión al vuelo, pregunta al religioso si puede hablar con él un minuto, y el fraile le contestó que sí y entró en el confesionario. La muchacha le explicó que no quería confesarse, sino aclarar algunas dudas que tenía. El fraile la escuchó y le contestó a todo de manera convincente y clara.

Tanto fue así que, al salir del confesionario, la muchacha le dijo a su amiga que esperara un momento, porque quería preguntarle a ese fraile dónde podía encontrarlo en el futuro para seguir hablando con él. Esperaron un rato, pero cuando el sacristán invitó a todos a marcharse porque la basílica estaba cerrando y las dos muchachas fueron a buscarlo al confesionario, no encontraron a nadie y no supieron explicarse cuándo y cómo había salido de allí.

En el verano de 1923, Giovanna oyó hablar por primera vez de un tal padre Pío de Pietrelcina, de quien se contaban cosas inauditas, como el hecho de que tenía estigmas. La muchacha sintió deseos de ir a San Giovanni Rotondo a conocerlo y, junto con su tía y algunas amigas, organizó el viaje y se marchó. En el convento del Gargano había mucha gente. Giovanna consiguió encontrar sitio en primera fila. Entró en la iglesia el padre Pío. Caminaba delante de muchas personas, hasta que pasó por delante de ella, se detuvo, le miró a los ojos sonriendo y le dijo: «Giovanna, yo te conozco. Tú naciste el día que murió tu padre».

Como es lógico, la muchacha se quedó de piedra. Hasta que a la mañana siguiente consiguió confesarse con el padre Pío, quien, después de haberla bendecido, le dirá: «Hija mía, por fin has venido. Llevo tantos años esperándote». Y ella replica: «Padre, tal vez me esté confundiendo con otra persona». Pero el padre insiste: «No, no me equivoco; tú también me conoces». La muchacha objetó que era la primera vez que venía a San Giovanni Rotondo. Y el padre Pío replicó: «El año pasado, en una tarde de verano, fuiste con una amiga a la basílica de San Pedro a buscar a un sacerdote que

podiera iluminarte en tus dudas sobre la fe. Encontraste a un capuchino y hablaste con él. Aquel capuchino era yo».

La muchacha enmudeció. Entonces, el padre Pío le explicó: «Cuando tú estabas a punto de nacer, la Virgen me llevó a Udine, a tu palacio. Me hizo asistir a la muerte de tu padre y después me dijo que tenía que encargarme de ti. Me fuiste confiada por la Virgen, y tengo que ocuparme de tu alma».

Giovanna estaba intensamente emocionada. Se convirtió en hija espiritual del padre Pío y en los años sucesivos recibió una prueba documental no impugnada de aquellos hechos. En efecto, el confesor del padre Pío, el padre Agostino da San Marco in Lamis, tras haberla conocido, le regaló una hoja de cuaderno, ya totalmente amarillenta, que había recibido del joven Francesco Forgione en aquel célebre febrero de 1905. Eran exactamente las notas que hemos visto, donde se cuenta su primera «bilocación». Ahora todo estaba claro y hallaba su explicación, incluso el extraño relato de su madre, cuando, esa noche, creyó haber visto en su casa a un joven fraile capuchino.

«La mía —le dijo la marquesa, muchos años después, a Renzo Allegri— es una historia verdaderamente increíble. Está llena de extrañas coincidencias que no encuentran explicación racional alguna. Si no estuviera avalada por documentos escritos incuestionables y por el testimonio de otras personas, ni yo misma, que la he vivido, la consideraría verdadera».

Por si fuera poco, aún hay más. Giovanna entró en la tercera orden franciscana, la reservada a los seculares, y el padre Pío escogió para ella el nombre de «sor Jacopa». Ante las protestas de ella, dado que no le gustaba el nombre, el padre le explicó: «¿Has leído la vida de San Francisco? Esa noble matrona romana -Jacopa- tuvo el privilegio de asistir a la muerte del santo de Asís. Recuérdalo: tú, algún día, asistirás a mi muerte».

Eran palabras de las que no se olvidan, pero los años y la vida, ya se sabe, hacen que lo archivemos todo. Hasta que en septiembre de 1968, Giovanna oyó la voz del padre que la exhortaba a acudir

de inmediato a San Giovanni Rotondo porque él se estaba muriendo (era una forma «misteriosa» de comunicación, pero los hijos espirituales del padre conocen sus «poderes»). Al día siguiente partió sor Jacopa con su amiga Margherita Hamilton. En el confesionario, el padre le dijo que aquélla era la última confesión «porque había llegado su hora». Añadió también que ella debía permanecer en San Giovanni Rotondo durante algunos días.

Se llega así a la noche del 22 de septiembre. «Esa noche —dice la marquesa— tuvo lugar un suceso que no me atrevería a contar de no ser porque me fue confirmado más tarde por mi amiga Margherita Hamilton». Las dos mujeres dormían en la misma habitación de una pensión cerca del convento. Se quedaron dormidas y «no sé lo que ocurrió inmediatamente después, si fue un sueño, una visión o algo distinto. Repentinamente, me encontré en la habitación del padre Pío. Yo era perfectamente consciente de lo que estaba viendo. El padre estaba sentado en un sillón y no se sentía bien, respiraba con dificultad. A su lado veía también al padre Pellegrino y a otros frailes. Había también dos médicos. Todos estaban tristes y preocupados. Se inclinaban sobre el padre. De repente, me desperté y grité: “¡Margherita, el padre se está muriendo!”. “Eso no es posible, esta tarde estaba bien, es sólo una pesadilla”, me contestó. “No, no, se está muriendo, lo he visto”, insistí. Me levanté, me vestí, bajé a la calle y me encaminé hacia la explanada de la iglesia. Cuando llegué allí salía un fraile del convento para dar la noticia de que el padre Pío había muerto».

Posteriormente, Giovanna habló de estos acontecimientos con el padre Alberto D’Apolito y cuando le describió «con toda suerte de detalles» la celda del padre Pío vista aquella noche, el fraile confirmó que era la perfecta descripción (en aquella época la celda era inaccesible y no había sido fotografiada por nadie, por lo que ella no podía haberla visto en ninguna fotografía).

Otra experiencia de bilocación menciona el padre en una carta del 11 de diciembre de 1918. Escribe a Rosinella Gisolfi, una hija espiritual suya que se hallaba en aquellos momentos en una

situación de gran sufrimiento. «Es a causa del amor por lo que Él te somete a prueba, es a causa del amor por lo que Él permitió a su indigno ministro el estar a tu lado una de estas noches pasadas. Y todo ello fue permitido por Él para consolarte, para aliviarte, para animarte en esta durísima prueba».

Muchas otras veces, además, «viajará» el padre de esta manera misteriosa para socorrer y salvar, pese a permanecer siempre en San Giovanni Rotondo. En julio de 1968, el padre Onorato Marcucci le anuncia su peregrinaje a Lourdes y al padre Pío se le escapa el decir que él ha estado también varias veces. Y cuando el padre Onorato, algo sorprendido, objeta que no le ha visto salir nunca del convento, él replica sonriente: «Bueno, a Lourdes no va uno sólo en tren o en coche; hay otras formas de ir». Por lo demás, al padre Rosario d'Aliminusa le describió minuciosamente el santuario.

Tal vez haya quien se obstine en considerar todo esto como imaginaciones o sueños. Pero quien se haya molestado en buscar confirmaciones fácticas o desmentidos se ha visto ante un fenómeno auténtico. Uno de éstos fue el del padre Giovanni da Baggio, quien, en la primavera de 1949, habiendo oído hablar de las visitas en bilocación del padre Pío a sor Rita Montella con quien, en presencia de algunos santos, casi todas las noches rezaba, le pidió a la propia monja, que vivía en el monasterio de Santa Croce sull'Arno, en la provincia de Pisa, que le entregara al padre Pío un libro con su firma autógrafa.

Al cabo de cierto tiempo, entre el 23 y el 28 de noviembre de ese mismo año, pudo acercarse a San Giovanni Rotondo y conversar con el padre Pío, como otras veces, en su celda. La intensidad del diálogo hizo que se olvidara de la historia del libro, y fue el propio padre Pío, al final, quien le dio el volumen, diciendo, con cierta ironía: «Padre muy reverendo, este libro es vuestro; ¡aunque bromas como éstas no se hacen!».

Las pruebas, también para un fenómeno como éste, son realmente muchas. El padre Alberto D'Apolito recoge el testimonio

de la madre Speranza, mística ella también, quien afirma haberse reunido con el padre en Roma varias veces entre 1937 y 1939 y durante un año entero en el Vaticano, en el Santo Oficio.

El padre Giuseppe Pio Martin atestigua que una señora, ingresada en el hospital San Vincenzo de Nueva York, enferma de un tumor en la garganta, le confió que un día de 1968 vio junto a su cama al padre Pío (no en sueños, en la realidad). El padre la bendijo y —según su testimonio—la enferma sanó instantáneamente. Un milagro dentro del milagro.

Pero hay también casos en los que se han visto involucrados importantes personajes históricos. El episodio más célebre atañe al general Cadorna, jefe del estado mayor del ejército italiano en la Primera Guerra Mundial. A decir verdad, existen distintas versiones del episodio, algunas de las cuales con ciertas contradicciones, hasta el extremo de llevar a pensar que, en el curso de los años, el suceso ha ido siendo «enriquecido» fantasiosamente por muchos de quienes las han transmitido verbalmente o por escrito, algo que podrá haber gratificado a quienes han puesto de su cosecha, pero que no ayuda desde luego a comprender realmente el misterio del padre Pío. Su vida resulta reducida a menudo a anecdótica hagiografía, poco interesada en la cruda realidad de los hechos. Se amplifica trivialmente lo maravilloso, de manera que, transformada en una suerte de irreal «florilegio», la historia del fraile estigmatizado pierde historicidad, realidad y dramatismo. En una palabra, resulta descolorida, anestesiada.

Volvamos, pues, al caso Cadorna, procurando atenemos a los hechos, por cuanto sea posible. Estamos en plena tragedia, después del 30 de octubre de 1917. Italia ha sufrido la debacle de Caporetto. Su ejército parece a punto de disolverse. La derrota militar se transforma en Roma en terremoto político. El rey cambia el gobierno y el general Cadorna recibe la comunicación de que acaba de ser sustituido en el mando supremo por el general Armando Diaz. Cadorna está moralmente hundido.

«No faltan quienes —refiere Riso Cammilleri— sostienen que la responsabilidad correspondía en gran parte al general Badoglio y que las logias masónicas, para defenderlo, intrigaron para que toda la culpa recayera sobre el católico Cadorna». Quién sabe cuál será la verdad, porque, por otro lado, ha habido quienes han sacado a la luz distintas decisiones criticables del propio Cadorna. Sea como fuere, a las veintiún horas del 8 de noviembre, en la sede del cuartel general, tiene lugar el intercambio de fajines. Cadorna se siente furibundo y humillado. En las horas siguientes se encierra en sus habitaciones y da órdenes de no dejar pasar a nadie: está meditando seriamente el suicidio. Mira fijamente su pistola, allí sobre la mesa, la coge, se la está acercando a la sien, cuando de repente ve entrar en su cuarto a un fraile que se le acerca, lo abraza, le consuela, le convence para que desista de ese desesperado propósito. Al final, se marcha.

El general no consigue explicarse cómo ha podido entrar. Pide explicaciones a los centinelas sobre quién le ha permitido entrar, por dónde, pero nadie sabe darle una respuesta ni nadie ha visto a ningún fraile deambular por ahí. El general queda desconcertado pero, en todo caso, el momento más oscuro de su vida, gracias a ese fraile misterioso y oportuno, ya ha pasado. No ha llegado a apretar el gatillo que, unos minutos antes, estaba a punto de decretar su muerte y de dar a la nación una señal de derrumbe sin esperanza.

Durante muchos años, ese episodio quedó enterrado en su corazón, aunque perfectamente grabado en su memoria, con todos sus detalles. Hasta que un día de 1920 ve casualmente en un periódico la fotografía de un capuchino e inmediatamente, sin asomo de duda, exclama: «¡Pero si ése es el fraile que me salvó la vida!». Se trataba del padre Pío de Pietrelcina ¿Cómo pudo salvar la vida a Cadorna, aquel día, en el frente véneto, dado que el padre, en los días de la derrota de Caporetto, se hallaba en un cuartel y en un convento, en Nápoles y en el Gargano? En efecto, el padre Pío, llamado a las armas como todos, permaneció en un cuartel

napolitano hasta el 5 de noviembre de 1917, día en el que obtuvo un permiso de cuatro meses por convalecencia, que pasó en el convento de San Giovanni Rotondo hasta el 5 de marzo de 1918. Es evidente, por lo tanto, y son las muy autorizadas y públicas palabras de un príncipe de la Iglesia notoriamente prudente como el cardenal Siri, que se trata de un caso de bilocación.

Lo ha confirmado, por lo demás, el propio general, quien, tras haber visto esa fotografía en el periódico, en 1920, quiso ir al Gargano a conocer en persona a aquel misterioso fraile. Llegó de incógnito, se mezcló entre la gente que aguardaba, y, cuando el padre Pío pasaba por delante de él, se volvió hacia donde estaba, sonriendo, y le susurró: «¡General, hay que ver lo mal que lo pasamos aquella noche!».

A propósito de bilocación, el beato padre Orione nos ha dejado un testimonio escrito, en el que atestigua un episodio sucedido en Roma el 23 de abril de 1923: «En la basílica de San Pedro, durante la beatificación de Santa Teresa del Niño Jesús, estaba también el padre Pío, en bilocación. Le vi venir hacia mí, sonriendo. Salí a su encuentro, atravesando a la multitud, pero cuando llegué a dos pasos de distancia de él, desapareció».

Dos años más tarde, en 1925, ocurrió un episodio más clamoroso aún y también en este caso sustentado por testigos de indudable credibilidad. Lo ha referido la condesa Virginia Silj, cuñada del cardenal Augusto Silj, que era en aquella época colaborador del papa Pío XI. Un día se estaba desarrollando una reunión del pontífice con algunos importantes prelados precisamente sobre el fraile del Gargano, contra quien se estaba valorando el adoptar o no graves sanciones eclesiásticas.

El despacho privado del papa, obviamente, era completamente inaccesible, por lo que grande fue la sorpresa de los pocos presentes en la reunión al advertir que había entrado en la habitación un capuchino, que se acercó al papa, se arrodilló, le besó un pie y le dijo: «Santidad, por el bien de la Iglesia, no permitáis todo esto». Dicho esto, desapareció.

«El secretario papal puso inmediatamente en marcha una meticulosa investigación —nos informa Ternavasio— para descubrir quién había permitido la entrada a aquel hombre y descubrió, tras escuchar a ujieres, guardias y secretarios, que nadie había visto a ningún fraile deambular por allí. Entonces encargó el Papa al cardenal Silj que comprobara si aquella mañana se hallaba el padre Pío regularmente en San Giovanni Rotondo y, habiendo recibido una respuesta afirmativa, se dejó escapar una exclamación que todos los presentes captaron nítidamente: «¡Aquí está el dedo de Dios!».

Una constatación que, sin embargo, no impediría, más adelante, a aquel papa avalar sanciones gravísimas contra el padre Pío ni a su Santo Oficio declarar que las marcas que atañían al fraile no tenían nada de sobrenatural (por lo demás, será el propio Pío XI quien hará caso omiso a la solicitud de la Virgen de Fátima, transmitida por sor Lucia, de que se consagrara Rusia al Inmaculado Corazón de María, para poner fin a las horribles persecuciones comunistas).

Otra histórica «misión» realizada por el padre Pío en bilocación atañe al famoso prelado Josef Mindszenty, primado de Hungría. El prelado fue detenido en Budapest por la policía secreta comunista el 26 de diciembre de 1948. Al principio, fue atrocemente torturado y drogado durante un mes, en un intento de arrancarle declaraciones comprometedoras, y después, tras un proceso de farsa, del 3 al 5 de febrero de 1949, fue condenado a muerte. El 6 de febrero, en l'Unitá, el periódico del partido comunista italiano, se publicó un artículo del corresponsal de Budapest, basándose en el cual GianCarlo Pajetta, uno de los dirigentes del partido, escribió un editorial sobre el prelado torturado que apareció con el siguiente titular: «Un vencido».

El primado de Hungría permaneció durante años detenido en condiciones inhumanas mientras su condena había sido conmutada por la de cadena perpetua. En 1956 se produjo la conocida revuelta popular anticomunista y fue puesto en libertad, pero cuando los tanques soviéticos invadieron Hungría, el cardenal tuvo que

refugiarse en la embajada americana de Budapest, en la que vivió hasta 1971. La dolorosa historia del prelado húngaro durante aquellos años causó una enorme impresión en Occidente y en la Iglesia entera, convirtiéndose en el símbolo del martirio de la denominada «Iglesia del silencio».

Algunos años después, sin embargo, se supo que durante su dramático encierro, el padre Pío fue a visitarle en bilocación y estuvo muy cercano a él. ¿Qué clase de testimonios acreditan un hecho tan clamoroso? En primer lugar, el de Angelo Battisti, el más estrecho colaborador del padre en la Casa Alivio del Sufrimiento, quien lo reveló todo en un memorial que entregó poco antes de morir a Renzo Allegri. Veamos lo que escribió.

Battisti —que trabajaba en la Secretaría de estado vaticana— había oído hablar de muchos episodios de bilocación del padre, pero un día de 1956, se enteró a través de un sacerdote de algo que le impresionó más que otras veces. Este había recibido una confidencia del secretario del cardenal Mindszenty, según la cual, al parecer, el prelado había recibido en la cárcel la misteriosa visita del padre Pío. Dado que lo que más le hacía sufrir era el no poder celebrar la Santa Misa, el padre Pío le llevó, de un modo que sigue siendo del todo incomprensible, obviamente, lo que le hacía falta y sirvió después en la misa celebrada por el cardenal. Al acabar se lo llevó todo consigo.

Ese sacerdote invitó a Battisti —pues todos estaban al corriente de su proximidad con el padre— a que le pidiera una confirmación directa al interesado. Battisti, sin embargo, que lo conocía bien, sabía que al padre no le gustaban los curiosos. De manera que se prometió no olvidar el asunto esperando un eventual momento favorable. Especialmente a partir de 1957, cuando fue nombrado por el padre su procurador legal y administrador de la Casa Alivio del Sufrimiento y, por lo tanto, pudo verse con él muy a menudo los dos solos.

En cada ocasión, entre la lista de cosas de las que hablarle, se hallaba ésa también. Pero el momento propicio no acaba de

presentarse y, poco a poco, Battisti acaba por arrinconarla. Hasta que una noche de abril de 1964, siete años más tarde, sucedió algo muy curioso, únicamente explicable con el hecho de que el padre Pío sabía escrutar en las almas e inspirar algunos de sus gestos. Esa noche, al acabar su habitual conversación sobre distintas cuestiones, Battisti ya se había levantado cuando oyó que le decía: «Eh, espera un poco». «Me detuve —cuenta este último—y, sin pensar ni de lejos en lo que estaba diciendo, le pregunté: “Padre, ¿le reconoció el cardenal Mindszenty cuando fue usted a verlo?” El padre, al principio bondadosamente hosco, contestó al cabo de un momento: “Nos vimos, nos hablamos y ¿pretendes que no nos hayamos reconocido? Hay que ver lo feo que es el diablo, pero a ese pobre sus perseguidores, con las torturas, le habían vuelto más feo que el diablo”».

Battisti concluía que «en efecto, humanamente, un hombre no podía resistir a lo que el propio cardenal cuenta en sus memorias. Y de las palabras del padre Pío saqué la conclusión de que la ayuda del padre al cardenal fue continua».

Como confirmación de semejante intuición (según la cual no se trató de una visita esporádica, sino que el prelado, a lo largo de su dura prueba, pudo contar siempre con la ayuda directa y misteriosa del padre), se ha publicado recientemente otro testimonio, más extraordinario aún.

Se la debemos al padre capuchino Teófilo dal Pozzo, un fraile aretino (en el siglo Rizieri Bennati), de Pozzo della Chiana, al que hemos recordado ya anteriormente por otros episodios y que llegaría a ser en los años cincuenta el provincial de Foggia, es decir, superior directo del padre Pío, de quien será íntimo amigo.

En la década de los cuarenta era director espiritual de la monja agustiniana Cristina-Rita Montella, quien, como ya se ha dicho, vivía en el monasterio de clausura de Santa Croce sull'Arno, en Toscana. Sor Rita, una monja de vida santa y dotada también de dones sobrenaturales, era una hija espiritual muy especial del padre Pío. A mediados de mayo de 1949, la monja puso al corriente al padre

Teófilo de sus «misiones» con el padre Pío en bilocación. No se trataba únicamente de las efectuadas en los años pasados para ayudar a personas abandonadas o prisioneras durante el segundo conflicto bélico mundial, sino que había una «misión» en curso junto al cardenal Mindszenty, encarcelado, para quien ella misma se encargaba de llevar lo necesario para la misa (*en un testimonio que sor Rita le hizo al padre Franco D'Anastasio, explicó que había estado presente, de incógnito, en el proceso contra el cardenal también*).

El padre Teófilo quiso comprobar la veracidad de esta inaudita noticia. Lo repito: los hechos se remontan a mayo de 1949, el cardenal está cumpliendo, desde febrero, una condena a cadena perpetua y se halla detenido en condiciones durísimas. De manera que el padre Teófilo ordena a sor Rita que le traiga —como prueba— un saludo autógrafo del prelado al Santo Padre. Además, le dice a la abadesa que le prepare en su celda todo lo necesario para la misa y que permanezca allí para contarle lo que suceda.

Es la noche que va del 25 al 26 de mayo de 1949 (que, valga el paréntesis, era la fecha gentilicia del padre Pío). La abadesa es la madre Matilde Gazzarrini. Este es su testimonio: «En mi celda, que cierro con llave, permanecía a la espera, rezando; pero el corazón me latía a cien por hora. En determinado momento, oí que llamaban a la puerta y dije: “¡Adelante!”. A pesar de que la puerta estaba cerrada con llave, la monja entró de todas formas. Se acercó a la mesa ya lista y cogió todo lo necesario y después se dispuso a marcharse. Mientras se iba, yo intenté seguirla y mirarla, al haber quedado abierta la puerta de mi celda. En determinado momento, desapareció ante mis propios ojos. Entonces fui a toda prisa a su celda para verificar si su cuerpo seguía allí; la vi en la cama. Con cierto estupor regresé a mi habitación. La puerta estaba cerrada, la abrí y cerré con llave, y me puse a rezar mientras esperaba el regreso de la monja. Sólo al cabo de mucho tiempo apareció de nuevo, repitiéndose la misma escena de la entrada anterior. Es decir, ella llama, entra con la puerta cerrada y vuelve a colocarlo

todo sobre la mesita. Después se marcha, deseándome buenas noches».

Cuando el padre Teófilo regresó al monasterio, sor Rita le entregó, con una sonrisa, una estampita sacra. Detrás estaba escrito el saludo autógrafo del cardenal para Pío XII:

Deo gratias (...)

Me benedic.

Additissimus Filius.

Joseph Mindszenty. E

XXVI-V-MCMXLIX

(El original fue entrado a la Santa Sede junto al resto del material documental referente a sor Rita Montella).

Todo ello ha sido referido por sor Cherubina Fascia, una hija espiritual del padre Pío, que estuvo muy unida a sor Rita y tuvo como director espiritual al padre Teófilo dal Pozzo, que también era director de la mística

(Sor Cherubina Fascia, que aún vive, reconstruyó y atestiguó detalladamente estos hechos el 8 de diciembre de 2000 ante algunos miembros de la Asociación Amigos de Rita).

EL PODER DE LOS CORAZONES

ES proverbial la capacidad del padre Pío de leer en las almas. Es imposible contar a todos aquellos que, tras arrodillarse ante su confesionario, pese a no haber conocido nunca al padre, escuchaban cómo éste les contaba su vida o detalles de ésta conocidos sólo por el interesado y por Dios, o angustias secretas jamás reveladas, dudas interiores, pecados reprimidos o no recordados o no tomados en consideración. Y no sólo en el confesionario. Hay una gran cantidad de testimonios, algunos ya reproducidos en este libro, que certifican cómo el padre sabía a menudo leer el pensamiento y reconocer a personas nunca antes vistas, llamándolas por su nombre y exhibiendo un conocimiento inexplicable de su intimidad y de su existencia.

También en este caso es Jesús quien se nos viene a la cabeza. Hay bellísimos episodios del Evangelio que resaltan precisamente ese aspecto de su personalidad, tan fascinante, extraordinaria, poderosa y bondadosa. Indudablemente, llama la atención cuando se le ve protagonista de milagros inauditos, como ejercer su poder sobre los vientos y el mar, poniendo fin a una tormenta, o devolver a la vida a una niña muerta o resucitar a Lázaro. «Pero el poder más sugestivo, el que hizo capitular a Natanael y nos arrebató a todos nosotros —según explica el padre Luigi Giussani— es el dominio de nuestros pensamientos y de nuestros corazones: la comprensión. Es algo normal para Él leer en una persona su pasado y sus

intenciones, por lo que todos se percatan de que incluso esa parte secreta de la personalidad humana es cosa suya».

De esta forma, sabe leer en el corazón y en el pasado de la samaritana, sin haberla visto jamás (Jn 4,1-30). Y en Jericó, mientras cruza el pueblo presionado por la multitud que quiere verlo, alza la vista hacia el pequeño hombre encaramado a un sicómoro — alguien a quien nunca había visto— y, llamándolo por su nombre, le dice: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa» (Lc 19, 1-18).

Zaqueo era un público pecador, uno de esos de los que, según la ley, hay que mantenerse a distancia para no contaminarse. Pero Jesús «se comportaba de manera completamente distinta, es más, llegaba incluso a compartir la comida con ellos». Porque sabía perfectamente lo que había dentro de cada hombre y sabía que todos eran pecadores. «Frente a El no había barreras: penetraba sin esfuerzo —sorprendiendo o anticipándose— en la compleja maraña del corazón humano. Todo lo que es mío es como si fuera suyo. No existe nada para el hombre que le haga derrumbarse, derrumbarse con sensación de abandono total, como el sentirse descubierto y comprendido».

Pueden volver a leerse estas líneas pensando en el padre Pío, porque es exactamente eso lo que ocurría también en San Giovanni Rotondo. Son testigos de ellos miles de personas. Una vez más, todo uno con Jesús, el padre Pío recibía de él sus mismos ojos para escrutar todas las secretas intimidades en los corazones.

Alguien que tuvo una experiencia directa de este «poder» del padre Pío, a centenares de kilómetros de distancia, además, fue un importantísimo príncipe de la Iglesia, el cardenal Giuseppe Siri (repetidas veces mencionado como aspirante a convertirse en papa), quien nos ha dejado un testimonio indudable: «Hace bastante tiempo me hallaba muy perplejo ante una grave decisión que debía tomar a propósito de una importante cuestión en mi diócesis de Génova. Las posibles soluciones eran dos, pero no sabía cuál era la

mejor. En determinado momento, teniendo que decidirme, opté por una de las dos. Pues bien, al día siguiente recibí un telegrama del padre Pío en el que me decía que la decisión tomada por mí era la adecuada y me exhortaba a proseguir por ese camino. Había vivido ese tormento de incertidumbre sin mencionárselo a nadie: ¿cómo había podido el padre Pío saberlo todo?».

A su hija espiritual Cleonice Morcaldi, el padre se lo dijo abiertamente: «Yo conozco tu alma como tú conoces tu rostro en el espejo y antes de que hables, sé ya lo que me vas a decir».

Y era eso también lo que convertía a tanta gente, entre ellos a muchos —ateos, masones, comunistas, anticlericales, libertinos, descreídos— por cuya conversión nadie hubiera apostado ni un céntimo.

Es el caso del abogado Alberto Del Fante, boloñés, «antiguo grado 33 de la masonería», convertido por el padre Pío. Esto es lo que ocurrió.

Todo empezó con la enfermedad de su mujer: un tumor sin esperanza. La muerte, indudable, estaba próxima. El marido, transido de dolor, estaba a su lado en el hospital y la atendía. Pero un día ella, llorando, le pidió que fuera a San Giovanni Rotondo para implorar al padre Pío la intercesión de un milagro. Había oído hablar tanto de las innumerables gracias que había propiciado. La señora sabía que su marido era masón y rabiosamente anticlerical, pero aquélla era su última esperanza.

El abogado Del Fante tuvo instintivamente una reacción irritada, socarrona. Pero cuando su mujer, desesperada, estalló en sollozos incontenibles, por compasión hacia sus penosas condiciones, decidió contentarla: «De acuerdo, iré», le dijo. «Y no porque crea en ello, sino para ver si me toca el gordo». Parte, pues, de Bolonia y se presenta allí un día. Participa en la misa de la mañana, espera la larga fila de las confesiones y cuando llega su turno, mientras permanece de pie sin arrodillarse, le dice al padre Pío que le gustaría hablarle un minuto. «¡Joven, no me haga perder el tiempo!», le contestó. «¿Qué ha venido usted a hacer aquí, a ver si

le toca el gordo? Si quiere confesarse, arrodílese, si no, déjeme confesar a esa pobre gente que está esperando».

El abogado quedó deslumbrado en su interior al oír cómo se le repetía al pie de la letra la misma frase que él le había dicho a su mujer dos días antes, y además el tono del fraile no admitía réplicas. Casi sin pensar, se arrodilló, pero ni siquiera había pensado en sus pecados, no sabía lo que decir. Durante unos instantes se sintió como una página en blanco, enmudecido y con el recóndito temor de que aquel confesor le repitiera la escena:

Por el contrario, en cuanto me arrodillé, el padre cambió de voz y de tono: se volvió dulce y paternal. Es más, en forma de preguntas, me iba desvelando poco a poco cada pecado de mi vida pasada y ¡anda que no tenía pecados! Yo escuchaba con la cabeza gacha sus preguntas y contestaba siempre: «Sí». Asombrado y conmovido, me iba quedando más inmóvil cada vez. Al final, el padre Pío me preguntó: «¿Tienes algún otro pecado que decir?». «No», contesté, convencido de que, habiéndolos dicho todos él, que demostraba un perfecto conocimiento de mi vida, no me quedaba nada por confesar. «¿No te da vergüenza?», empezó con repentina dureza: «Aquella joven, a la que tú hace poco que has dejado que se marchara a América, ha tenido un hijo. Y esa criatura es sangre de tu sangre. Y tú, desalmado, has abandonado a madre y a hijo».

Era todo verdad. No contesté. Estallé en un llanto incontenible. Ya no podía más. Mientras, con el rostro oculto entre las manos, lloraba, encorvado, sobre el reclinatorio, el padre me apoyó dulcemente el brazo sobre el hombro y, acercándose a mi oído, me susurró, entre sollozos: «¡Hijo mío, me has costado lo mejor de mi sangre!». Ante estas palabras sentí como si mi corazón se me partiera en dos, cual seccionado por una dulcísima hoja.

Yo lloraba encorvado y, a ratos, levantando el rostro empapado de lágrimas, le repetía: «¡Padre, perdón, perdón, perdón!». El padre, que tenía ya su brazo sobre mi hombro, se me acercó aún más y empezó a llorar conmigo. Una dulcísima paz invadió mi espíritu. De repente, sentí el absurdo dolor transformarse en increíble júbilo.

«¡Padre —le dije— soy tuyo! ¡Haz de mí lo que quieras!» Y él, enjugándose los ojos, me susurró: «Echame una mano en ayudar a los demás». Después añadió: «¡Dale recuerdos a tu mujer!». Volví a casa, mi mujer se había curado (*En efecto, a través del clamoroso caso de Alberto Del Fante hubo otros que se convirtieron. Podemos citar, por ejemplo, los testimonios del doctor Ferruccio Caponetti y del famoso orientalista, el profesor Felice Checcacci. Como demostración del hecho de que no es un proyecto humano el que convierte, sino la gracia, la potencia de Dios.*)

COMUNISTAS ANTE EL PADRE

Incluso los no creyentes sienten tal necesidad de santidad que corren hacia ésta en cuanto se manifiesta de alguna forma.

René Bazin

Pero ¿cómo pueden relatarse las conversiones del padre Pío? Literalmente, un océano de personas ha vuelto a encontrar la fe gracias a él, y éste es, de manera absoluta, el mayor de sus milagros. Una marea de historias imposibles de cuantificar y de reconstruir. Ha sido (y es) uno de los más colosales fenómenos de conversión de masas de la historia cristiana. Y todo ello mientras por todas partes ocurría lo contrario, una espantosa apostasía (incluso por parte del clero), una descristianización sin precedentes.

En San Giovanni Rotondo hallaban la fe incluso los más recalcitrantes. Como lo era la profesora de matemáticas Italia Berti. Miembro del Comité de Liberación Nacional en la lucha contra nazis y fascistas, marchó por las calles de Bolonia a la cabeza de los jefes de la resistencia, se presentó ante los aliados totalmente vestida de rojo y empuñando una bandera roja. Se convirtió en dirigente comunista en Bolonia, secretaria provincial de la UDI (Unión de Mujeres Italianas), marxista-leninista convencida, activa propagandista del partido, bien conocida en todos los pueblos y campos de la región de Emilia (su hermano Paolo estaba casado con una hermana del famoso alcalde de Bolonia, Dozza, y era asesor suyo). Se contó entre los dirigentes de la asociación para la

defensa de la escuela laica, que pretendía arrebatarse a los curas la educación de los jóvenes.

La «pasionaria roja» padecía un grave problema de salud, que descuidaba desde hacía tiempo y que había alcanzado ya un estado de mucha gravedad. Una noche de septiembre de 1949 soñó con el padre Pío, quien la invitaba a reunirse con él. Ninguno de sus compañeros hubiera considerado posible que alguien como ella pudiera prestar la mínima consideración hacia aquel fraile. Pero, en realidad, ella quedó profundamente turbada por aquel sueño. El 14 de diciembre de 1949, sorprendentemente, toma en Bolonia el tren que lleva a Puglia. Llega hasta el convento de San Giovanni Rotondo y cuando ve, en el altar de la pequeña iglesia de Santa Maria delle Grazie, al padre Pío celebrando la misa, siente que algo incomprensible y sobrecogedor la invadía. «Le confesó a su hermana, que estaba a su lado, que se sentía como impulsada por una fuerza misteriosa hacia el altar donde el fraile capuchino estaba celebrando la misa. Ni cuando la función llegó a su fin, quiso abandonar Italia Berti la capilla. Permaneció largo rato de rodillas, con el rostro entre las manos. Y sólo tras la insistencia del padre guardián se decidió a marcharse, no sin haberse apuntado para las confesiones del día siguiente».

Durante toda la noche —que se pasó en blanco— estuvo dando vueltas en la cama. No se sabe lo que ocurrió en esas horas de agitación. Pero, a la mañana siguiente, «la profesora se arrojó delante del confesionario del padre Pío: delante de todos, en público, en voz alta, abjuró de la ideología comunista y solicitó volver a Dios. Al director del Instituto Galvani, a sus colegas de enseñanza, a algunos de sus alumnos los escribió diciendo: “He alcanzado la paz. Rezad por mí”. No hubo manera de que (...) volviera sobre sus pasos. Muchos de sus antiguos camaradas intentaron hacer todo lo posible, pero siempre sin éxito. La señora Betti ya no quiso abandonar San Giovanni Rotondo. Allí quiso vivir, junto al sacerdote que la había devuelto a Dios, señalándole el camino de la paz, después de más de veinte años de extravío. Allí

murió, a causa del cáncer, el 26 de octubre de 1950. Allí, en el pequeño cementerio, quiso ser enterrada, con el cordón franciscano de terciaria».

Cuando la noticia de esta clamorosa conversión llegó a Bolonia, suscitó un clamor enorme. El titular de un periódico fue: «Consternación entre los comunistas boloñeses. El padre Pío convierte a una ferviente camarada. Era una “jerarca” del UDI y pariente del alcalde Dozza». En agosto de 1950 dejó por escrito su testimonio. Decía que, a causa de la enfermedad, «el sufrimiento es grande, pero que conservo la confianza». Sucediera lo que sucediera, ella repetía: «Fiat voluntas tua». Y quiso precisar que «su regreso a la fe de Dios, que había tenido lugar después de veinte años, ocurrió de manera perfectamente consciente y no ante el temor de perder la vida (baste pensar en el terrible periodo de entre marzo y abril de 1949), sino por una auténtica llamada de mi conciencia a la serenidad. Una vez realizado ese salto, me bastaron unos cuantos días para entender que la verdadera vida no era la que había vivido hasta entonces (...). Y Dios, de hecho, quiso humanizarse para que lo entendiera mejor». Al cabo de dos meses, Italia Betti, dándose cuenta de estar llegando al límite, a punto de entrar en la vida eterna, dejó dicho que —en el cementerio de San Giovanni Rotondo— quería ser enterrada junto a las tumbas de los padres del padre Pío, como muestra de gratitud hacia su hijo, que le había dado la salvación.

En las riadas de gente que sube hasta San Giovanni Rotondo puede hallarse todo un muestrario de la humanidad. Junto a desgraciados, desesperados y gente perdida, se cuentan también reyes, príncipes, gobernantes, actores, escritores. Incluso periodistas y—resultará increíble— hasta prelados. Todos venidos de la misma forma para arrodillarse en el confesionario del padre con los estigmas (incluso fascistas y partisanos). No, me corrijo: pobre gente, delincuentes y reyes sí, todos para pedir perdón, pero entre los eclesiásticos sólo algunos vienen a pedir la absolución al primer sacerdote estigmatizado de la historia. Otros se acercaron a

curiosear, y no faltaron quienes fueron a investigar y hasta a acusarlo y perseguirlo, para impedirle desarrollar su ministerio.

El famoso comunista francés Michel Boyer, considerado un «héroe de la resistencia», ateo obviamente, salió de la guerra civil muy afectado psicológicamente por todo lo que había visto y vivido. Demasiados males, demasiado dolor. En el ambiente empapado de existencialismo de aquellos años (Paul Nizan dirá: «Tenía veinte años. No le permitiré nunca a nadie decir que ésa es la mejor edad de la vida»), rozando acaso una depresión, vaga angustiado y sin hallar respuesta entre sus camaradas para las preguntas que le llenan el corazón: «¡Es mejor acabar de una vez y marcharse de este sucio mundo!»).

Un día se encontró por casualidad con un amigo que le habló de «ese tal padre Pío», contándole las cosas extraordinarias que se decían de él e invitándolo —considerando su constante deambular— a ir a San Giovanni Rotondo. Boyer, algo sorprendido y perplejo, le estuvo escuchando, pero acabó por despedirlo diciéndole: «Pues si ese padre Pío tuyo es eso que dices, que me mande una señal y yo iré».

Ya decidido a acabar con todo, un día se halla a orillas del lago Lugano, oprimido por pensamientos cada vez más oscuros. Está pensando seriamente en dejarse resbalar hasta el agua y despedirse de esta vida, cuando se ve envuelto por ese mismo aroma a flores que su amigo le había descrito hablándole de los estigmas del padre Pío. Maravillado, se da cuenta de que se trata de la «señal» que, casi como desafío, le había pedido al fraile santo.

Boyer tomó a toda prisa un tren para Italia, «al día siguiente llegó a San Giovanni Rotondo. Y aquí sigue, es uno de los médicos de la Casa Alivio del Sufrimiento y ha vuelto a recuperar la paz», contaba Gastone Simoni en la revista *Settimana Incom Illustrata* del 12 de octubre de 1957.

Uno de los personajes más simpáticos y humanamente arrolladores que uno podía encontrar en torno al padre Pío era un

chisporroteante comunista de Prato, Giovanni Bardazzi, que acudió a San Giovanni Rotondo, en la posguerra, ante la insistencia de su mujer, pero decidido no a convertirse, sino a conseguir que se volviera comunista ese capuchino también. Montó un jaleo tal, que, tras ser arrojado del confesionario, se fue a Roma a quejarse al papa, gritando durante una audiencia. Después, de regreso a San Giovanni Rotondo, se convierte y será uno de los más devotos y apasionados hijos espirituales del padre Pío, de presencia tan asidua en el interior del convento (se metía por todas partes, desencadenando las iras de los frailes), que fue bautizado por el padre como «Giovanni da Prato», como si él mismo fuera un fraile. Son hilarantes las páginas en las que cuenta cómo se enfrentó a sus viejos camaradas escandalizados una vez que volvió a Prato (por mucho que se hubiera convertido, en los primeros tiempos conservaba sus habituales maneras rudas y pintorescas).

Menudo jaleo el que se montó en Prato con lo de mi conversión. Todo el mundo me conocía como un ferviente comunista y ahora me había pasado al otro bando. Hasta fui convocado a la sede del partido porque querían saber lo que me había pasado. Mandaban a buscarme a un hombre tullido. La silla de ruedas que utilizaba no pasaba por la verja del patio, por lo que se veía obligado a llamarme desde la calle, de manera que todos los vecinos le oyeran. A la tercera vez ya no aguanté más. Bajé a la calle: «¡Escúchame bien — le dije— díles a los camaradas que me manden a alguien sano, que si vuelves tú alguna otra vez os cojo a ti y a la silla y os tiró por un barranco!» No volvió a dejarse ver. Estaba indeciso sobre si acudir o no a la convocatoria. Conocía a los camaradas y entre ellos había algunos que no se lo pensaban dos veces antes de recurrir a las manos.

Una tarde me armé de valor y fui. Encima de la puerta de casa tenía el crucifijo y antes de salir me encomendé a él. Me lo había sugerido el padre: «Cuando te veas en dificultad, ponte delante del crucifijo y encomiéndate a El». Me marché. Entro en el salón de las reuniones. Estaba lleno. Con mucha consideración, se le invita a la

mesa de la presidencia y en el silencio más absoluto se oye una voz de entre el público: «¡Hay que ver lo mal que huele!». «¡Es verdad!», rebatí de inmediato. «Yo también lo he notado nada más entrar!». Dije lo que tenía que decir y rompí para siempre con esa ideología.

El último caso al que quiero referirme es el de Luisa Vairo, «una hermosa mujer anglo-italiana» asidua de los más exclusivos salones intelectuales y encendidamente anticlerical. Su historia ha sido relatada por Nesta de Robeck, inglesa ella también y convertida, en su libro Padre Pío, el Missionario.

De buena posición, la señora Vairo llevaba una vida muy acomodada, pero se sentía profundamente infeliz. En una recepción, alguien le habló de un extraordinario fraile, el padre Pío de Pietrelcina, que vivía en un convento del Gargano, invitándola a ir a verle. Una cosa así contradecía todas sus convicciones, pero ella se sintió tan atraída por aquella figura que decidió ir. Allí se encontró en una situación muy distinta respecto a los ambientes en los que habitualmente vivía. Al llegar a la pequeña iglesia, se conmovió profundamente, intentó confesarse con el padre, pero éste lo aplazó hasta más tarde. Cuando llegó finalmente el momento, la señora Vairo se sintió algo cohibida, pues «eran muchos los años pasados desde su última confesión».

El padre Pío le dijo pacientemente que él la ayudaría. En efecto, le contó todo acerca de su vida «como si estuviera leyendo en un libro». Al final, sin embargo, el padre le preguntó si tenía algo que añadir y en ese momento «se desencadenó una batalla en el corazón de Luisa». Ella sabía que «tenía que confesar ese pecado que él no había mencionado». Fueron momentos dramáticos: «El padre Pío aguardaba en silencio. Al final, el pecado fue confesado. “Era eso lo que esperaba. Has ganado la batalla, no te dejes abatir”. Y le dio la absolución».

Luisa salió aquel día de la pequeña iglesia «con la felicidad en el corazón», cambió de vida y se convirtió en hija espiritual del padre Pío. Por esta razón se hallaba en San Giovanni Rotondo un terrible

día en el que, durante la guerra, le llegó la noticia del hundimiento de la nave inglesa en la que estaba embarcado su hijo. Los muertos eran muchos. La mujer se sintió invadida por el pánico, hasta que oyó estas palabras del padre Pío: «Pero, ¿quién le ha dicho que ha muerto?». El padre llegó a decirle el nombre del hotel donde estaba el joven oficial, que había escapado a la catástrofe. En efecto, «pocos días más tarde, (Luisa) recibió la noticia de que su hijo estaba a salvo».

Es impresionante comparar esta marea de conversiones a través del padre Pío, con «el catastrófico fracaso de la catequesis moderna» (Ratzinger). En todo el resto de la cristiandad, cuanto más intentaba el estamento clerical «ponerse al día», adecuar sus pasos a los tiempos, prodigarse en organizaciones, intervenciones, iniciativas, adaptarse al mundo, más se derrumbaba la Iglesia.

En San Giovanni Rotondo ocurría lo que sucedía en los primeros tiempos del cristianismo. Joseph Ratzinger, en uno de sus libros, ha señalado como ejemplo precisamente a la Iglesia antigua, que «desarrolló una actividad misionera relativamente reducida, no tenía estrategia propia alguna para el anuncio de la fe a los paganos y a pesar de todo ello, esa época acabó siendo un periodo de gran éxito misionero. La conversión del mundo antiguo al cristianismo —concluía Ratzinger— no fue el resultado de una actividad planificada, sino el fruto de la prueba de la fe en el mundo, tal como se hacía visible en la vida de los cristianos y en la comunidad de la Iglesia. Una invitación real de experiencia a experiencia y no otra cosa fue, hablando humanamente, la fuerza misionera de la antigua Iglesia».

Palabras que sirven también para describir a la perfección el increíble movimiento de conversión de masas de San Giovanni Rotondo, en torno al fraile estigmatizado. ¿Por qué se convertían tantos en San Giovanni Rotondo? ¿Por qué medirse con el padre Pío era y es una experiencia tan sobrecogedora? ¿Y por qué tantos intelectuales laicos todavía tienen «miedo» a conocerlo y lo eluden desclasándolo a mero folclore?

Fue el cardenal Siri quien explicó los motivos de la credibilidad del padre Pío: «Todo el mundo sabe que ese hombre veía el futuro, que fue visto muchas veces en sitios distintos y muy distantes (...) ¡Cuánta gente ha visto cómo el padre Pío se les presentaba en casa! (...) Cuánta gente acudía a verle y oía cómo el padre Pío les guiaba en su confesión, enumerándoles sus pecados cuando no les había visto nunca (...). Muchas veces, personas que llegaban hasta él enfermas, volvían a casa sanas. Cuántas veces, al ser invocado, incluso desde muy lejos, eran sanados (...) ¡Son hechos, son hechos!».

El cardenal los define «razones de credibilidad», que debían hacer comprensible su misión: «Para que esa misión fuera entendida (...) Dios le proporcionó razones de credibilidad y se los proporcionó muy ampliamente (...). Ahora bien, la misión de reproducir, en la medida posible para un simple hombre, la Pasión de Cristo, era grande. Los hombres hubieran podido creer que esas marcas que el padre Pío llevaba en las manos, en los pies, en el costado, no eran, en sí mismas, probatorias», de manera que «Dios colmó su vida de cosas extraordinarias (...). La Iglesia juzgará. Éstos son los hechos que la gente ha constatado y considerado razones de credibilidad de tal hombre».

Por lo demás, otra señal evidente fueron «los continuos sufrimientos» que aceptó durante toda su vida en beneficio de su prójimo. «Antes que nada, llegaron los estigmas», repetía el cardenal Siri. «Nadie puede negar que ese hombre tenía las manos y los pies horadados y su costado abierto (...). La propia formación de los aseverados estigmas, la propia vivida presencia de la sangre, esa circunstancia en la que tan aguda se hacía la experiencia de la Pasión de Cristo; todo ello son hechos y los hechos (...) están ahí (...). Una constatación física, que todos pudieron realizar, mostraba a ese hombre clavado a la cruz de por vida. Los estigmas le vinieron cuando aún era muy joven y (...) no le abandonaron del todo hasta el día de su muerte (...) Ese hombre permaneció clavado a la cruz. Sufría siempre a causa de esas llagas; en ciertos momentos, el

dolor era lancinante, arrebatador. Él lo soportó todo sin el menor lamento durante medio siglo».

Parte tercera EL SECRETO DEL PADRE PÍO

«EL PADRE PÍO ME REVELÓ...»

■Sólo soy un hombre,
tengo, por lo tanto, necesidad de signos visibles,
el construir escalas de abstracción me cansa enseguida.
He pedido varias veces, lo sabes, que la figura de la Iglesia
levantara para mí la mano, una vez, una sola vez.
Comprendo, sin embargo, que los signos pueden ser sólo humanos.
Despierta, por lo tanto a un hombre, en un lugar cualquiera de la
tierra
(no a mí, porque tengo en todo caso sentido de la decencia)
Y permite que, al contemplarlo, pueda yo admirarte a Ti.
CZESLAW MILOSZ

¿Qué sería de los hombres si Jesús no estuviera en medio de
ellos?;
pero, especialmente, ¿qué sería de mí?
Padre Pío

E1 vivaz, alborotador y simpático ex comunista de Prato, de cuya conversión ya hemos tratado, Giovanni Bardazzi, que llevó cada semana (¡y no había autopistas entonces!) de 1950 a 1968 en su coche a tantas personas desde Toscana a San Giovanni Rotondo, estaba un día a punto de volver para su ciudad. Como hacía

siempre, antes de emprender el viaje pasó a ver al padre Pío, que esa vez le pidió:

—Oye, una cosa, ¿para volver a casa pasas por Florencia o tendrías que desviarte aposta?

—Paso por allí, padre.

—Entonces tienes que hacerme un favor —prosiguió el padre Pío—. En Florencia, te vas a la catedral y buscas a monseñor Bonardi. Dile lo siguiente: «El padre Pío le agradece vivamente lo que ha hecho por él».

Bardazzi conocía a ese sacerdote, que era canónico de la catedral de Florencia y hermano del obispo auxiliar. Al llegar a su destino entró en Santa Maria del Fiore, preguntó por monseñor, le indicaron un confesionario y, en cuanto se levantó el penitente, se acercó para referirle el mensaje del padre. «En cuanto acabé de hablar —cuenta Bardazzi— me abrazó y estalló en un llanto incontenible».

Evidentemente, el sacerdote captó en ese mensaje, que implicaba el conocimiento de hechos reservados y acaecidos en Florencia, una enésima confirmación de los carismas sobrenaturales del padre Pío. Una vez calmado, monseñor le explicó a Bardazzi a qué se refería el agradecimiento del padre. Lo que había ocurrido era que el cardenal Elia Dalla Costa, célebre arzobispo de Florencia, estaba preocupado por el gran número de florentinos, algunos de ellos buenos conocidos suyos, que acudían a San Giovanni Rotondo y que regresaban contando hechos asombrosos.

«El cardenal se mostraba muy escéptico —explica monseñor— y poco tendente a creer lo que lo contaban, incluidos los estigmas. Dado que entre los penitentes [que iban a ver al padre Pío] había un montón de profesionales y personas dignas de fe, quiso verlo todo más claro y me envió a San Giovanni Rotondo para verificar si las cosas respondían a la verdad».

Monseñor Bonardi fue allí, observó atentamente durante varios días, después volvió a Florencia y le refirió al cardenal: «Eminencia, quien no ha rezado jamás, aprende a rezar, quien no ha doblado las

rodillas, las dobla. Confesiones y conversiones son incontables, y nosotros, los sacerdotes, deberíamos aprender a decir la Santa Misa». Tras un «informe» semejante y otros detalles que añadió, el cardenal se convenció de que allí estaba «el dedo de Dios».

Una de las cosas que más impresionó al monseñor florentino, como se ha dicho, fue la misa celebrada por el padre Pío. Algo único, conturbador, como atestiguan todos aquellos que asistieron a alguna (*Fray Modestino Fucci, que tantas veces tuvo el privilegio de servir como sacristán al padre Pío, pudo observar atentamente todos los dramáticos momentos que vivía el padre cada día desde que dejaba la celda para ir a celebrar la misa: «Lo veía en un estado de sufrida ansia. Estaba desasosegado. En cuanto llegaba a la sacristía para ponerse los paramentos sacros, daba la impresión de no percatarse ya de cuanto ocurría a su alrededor. Estaba absorto y profundamente consciente de cuanto se disponía a vivir. Su rostro, aparentemente normal en su tez, se volvía espantosamente cerúleo en el momento en el que vestía el amito. Desde ese momento ya no le hacía caso a nadie. Pese a precederle en el breve trayecto -hasta el altar- notaba que sus pasos se volvían más penosos, su rostro dolorido. Se iba encorvando a cada instante. Daba la sensación de estar siendo aplastado bajo el peso de una enorme, invisible cruz ...»*).

Una iglesia repleta de gente en oración y repleta de emociones durante dos horas y media, durante las cuales el padre Pío revivía todos los suplicios de la Pasión con sus estigmas rezumando sangre.

Una mañana de abril de 1948 participó en esa liturgia un joven sacerdote polaco, el padre Karol Wojtyla. Tal fue la impresión que le causó que, a años de distancia, una vez elegido papa, el 5 de abril de 2002 escribirá que la celebración de aquella misa «permaneció en mí como una experiencia inolvidable. Se tenía la conciencia de que allí en el altar, en San Giovanni Rotondo, se realizaba el sacrificio del propio Cristo, el sacrificio incruento y, al mismo tiempo,

las heridas sangrantes de las manos nos hacían pensar a todos en aquel sacrificio, en Jesús crucificado».

Cualquiera que participara en esas misas, salía con una fuerte emoción por haber intuido, al menos por unos instantes, a qué precio lo había rescatado Jesús y lo estaba rescatando aún de la esclavitud de Satán y de los abismos del Mal. Y el padre Pío con él.

«Al igual que Jesucristo, el padre Pío quería la salvación de todos, haciendo recaer sobre sí mismo los castigos de todos los pecadores, empezando por aquellos que se justificaban en su mala conducta. Quería vaciar el purgatorio, pagando personalmente cien veces el precio, por todos las penas de esas ánimas».

Cleonice Morcaldi, su hija predilecta, quedó especialmente conturbada por la misa del padre Pío. En uno de sus escritos cuenta la primera vez que intuyó lo que ocurría: «Un monseñor venido de Roma, después de asistir a la misa del padre, exclamó: “¡Sobre ese altar son dos las víctimas que se inmolan! Esa frase me hizo comprender algo más». Pero las preguntas que se agolpaban en el corazón de la muchacha eran muchas y sucedió otra cosa que supuso un shock para ella. «Un día, mientras el padre estaba celebrando misa en el altar de la Inmaculada, oímos cómo alguien estallaba en un llanto incontenible. Era un joven universitario, que desde hacía días asistía a las misas del padre. No él, sino su novia, hija espiritual del padre, nos explicó el motivo. Todas las mañanas (el chico) veía sobre la cabeza del padre una corona de espinas, pero no dijo nada, no creía en sus ojos. ¡Aquella mañana, sin querer, estalló en sollozos al ver tanta serenidad ante semejante suplicio y abundante sangre! Se lo contó todo al padre, quien le dijo: “ ¡Bruno, quédate tranquilo, no creas que sufro tanto como tú ves! Dale las gracias al Señor. No le hables a nadie de esto: los favores del Señor se mantienen secretos”».

Después de hechos así, Morcaldi pensó en plantearle al padre, en el curso de los años, todas las preguntas que ocultaba en su corazón sobre lo que le sucedía en el altar. Y él le contestó.

Preguntas y respuestas se hallan repartidas en los escritos de Cleonice Morcaldi. Ha habido quien las ha reunido en forma de entrevista, y, leyéndolas todas seguidas, hallamos por fin desvelado, con sobrio dramatismo, lo que ocurría cada día a las cinco de la mañana en esa misa. Releamos las partes principales de este excepcional documento.

P: Padre, decidme todo lo que sufrís en la Santa Misa.

«Todo aquello que sufrió Jesús en su Pasión inadecuadamente lo sufro yo también, en la medida que a una humana criatura le es posible. Y ello contra todo demérito mío y únicamente por su bondad».

P: ¿Qué fiat pronunciáis?

«El de sufrir y seguir sufriendo por los hermanos del exilio y por su Divino Reino».

P: Dijisteis también: «Y gritarán ¡crucifige! ¡Crucifige!». ¿Quién lo gritará?

«Los hijos de los hombres y precisamente los más beneficiados».

P: ¿Cómo quedó Jesús después de la crucifixión?

«El profeta lo dice: “Se convirtió en una única llaga; se volvió un leproso”».

P: ¿Y entonces sois también vos toda una llaga de la cabeza a los pies?

«¿Y no es ésta nuestra gloria? Y si no quedara ya sitio para hacer nuevas llagas en mi cuerpo, pondremos llaga sobre llaga».

P: ¡Dios mío, eso es demasiado! Sois, padre mío, un verdadero carnicero de vos mismo!

«No te asustes, alégrate. No deseo el sufrimiento en sí mismo, no; sino por los frutos que me da. Da gloria a Dios y salva a los hermanos; ¿qué más puedo desear?».

P: Padre, ¿cuando por la noche sois flagelado estáis solo u os ayuda alguien?

«Me ayuda la Santa Virgen; está presente todo el Paraíso».

P: Padre, ¿sufrió también vos lo que sufrió Jesús en la Vía Dolorosa?

«Lo sufro, sí, pero ¡hace falta mucho para llegar a lo que sufrió el Divino Maestro!».

P: ¿Y quién os hace de Cireneo y de Verónica? «El propio Jesús».

P: En el divino sacrificio, padre, ¿cargáis vos con nuestras iniquidades?

«No puede hacerse de otra manera, puesto que forma parte del divino sacrificio».

P: Os he visto temblar mientras subíais los escalones del altar. ¿Por qué? ¿Por lo que debíais sufrir? «No por lo que debía sufrir, sino por lo que debía ofrecer».

P: ¿También sufrís durante el día, padre, lo que Jesús os hace sufrir durante la Santa Misa?

«¡Pues apañado estaría! ¿Cómo podría trabajar? ¿Cómo podría ejercer mi ministerio? Sin embargo, no quisiera bajar nunca del altar.»

P: ¿Por qué lloráis casi siempre, padre, cuando leéis el Evangelio en la Santa Misa?

«¿Es que te parece poco que un Dios converse con sus criaturas? ¿Y que éstas lo contradigan? ¿Y que esté continuamente herido por su ingratitud e incredulidad?».

P: Durante vuestra misa, padre, la gente hace algo de ruido (...).

«¿Y si te hallaras en el Calvario, donde se oían gritos, blasfemias, ruidos, amenazas? ¡Allí sí que había estruendo!

P: Padre, ¿todas las almas que asisten a vuestra Santa Misa están presentes en vuestro espíritu?

«Los veo a todos mis hijos en el altar, como en un espejo».

P: ¿De qué tenía sed Jesús crucificado?

«Del Reino de Dios».

P: ¿Qué hacía la Virgen a los pies de Jesús crucificado?

«Sufría al ver sufrir a su Hijo. Ofrecía sus penas y los dolores de Jesús al Padre Celeste por nuestra salvación».

P: ¿Qué hace Jesús en la Comunión?

«Se delicia en su criatura».

P: ¿Por qué lloráis, padre, cuando tomáis la Comunión?

«Si la Iglesia lanza un grito: “Tú no desdeñaste el útero de la Virgen”, hablando de la Encarnación, ¡¿qué decir de nosotros, tan miserables?!».

P: Jesús, padre, ¿despega los brazos de la cruz para descansar en vos?

«¡Soy yo quien descansa en él!».

P: El Señor, padre, ¿ama el sacrificio?

«Sí, porque con eso ha regenerado el mundo».

P: ¿Cuánta gloria le da a Dios la Santa Misa?

«Una gloria infinita».

P: ¿Qué debemos hacer durante la Santa Misa?

«Sentir compasión y amar».

P: ¿Qué beneficios recibimos escuchándola?

«No pueden enumerarse. Ya los veréis en el Paraíso».

El padre Pío no celebró congresos, ni pronunció discursos, no promovió concentraciones, manifestaciones, documentos, proyectos pastorales. Para cambiar el mundo, para salvar a la humanidad, celebró la Santa Misa. En ello reside el único acontecimiento que salva el mundo, el Calvario, con el que Dios ha derrotado todo el Mal de los hombres y del Maligno (*El padre Pío refería las siguientes palabras de Jesús: «Reflexionad sobre el hecho de que si, en vez de un sacristán, le sirvieran al sacerdote los más excelsos serafines, no serían lo suficientemente dignos para estar a su lado. Más bien, lo justo sería considerar el altar no por lo que han hecho los hombres, sino por lo que vale. Contemplad la ostia, en la que toda especie es anulada, y me veréis a Mí humillado por vosotros; contemplad el Cáliz, en el que mi sangre regresa a la tierra enriquecido de toda bendición. ¡Ofrecedme, ofrecedme al Padre, no olvidéis que por eso regreso yo entre vosotros!»*). En efecto, para la

Iglesia no puede celebrarse la misa sin un crucifijo, porque «stat crux dum volvitur orbis»?

Los católicos parecen haber olvidado que no hay nada, absolutamente nada, que pueda ser equiparable a la misa en cuanto a fuerza y eficacia de salvación y de cambio de la historia. Efectivamente, desde que la fe en ella ha disminuido, se han multiplicado el afanoso atarearse, el hablar y el hablar de más por parte de los cristianos, acaso —como dijo Ratzinger— «arrastrados aquí y allá por una ráfaga cualquiera de doctrina» (*el cardenal Ratzinger, durante la Missa pro eligendo Romano Pontefice del 18 de abril de 2005, citaba aquí a San Pablo (Ef 4,14)*). Y después añadía una triste consideración sobre nuestros tiempos: «Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estos últimos decenios, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas del pensamiento. No ha sido raro que la pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos se viera agitada por esas oleadas —arrojada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, pasando por el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etcétera»).

Los católicos se han hecho la ilusión de que la redención de la humanidad, o aunque no fuera más que un cambio del mundo, podría ser llevado a cabo por el hombre, mediante su compromiso de cristianos o mediante el compromiso de los hombres a favor de los últimos, de los penúltimos, de la justicia, del bien.

Si el mundo, inmerso en el Mal y en la más feroz violencia, no ha sido aún reducido a cenizas, ha sido sólo gracias a la Santa Misa. Por eso nos da a entender el padre Pío que no hay desastre o guerra o catástrofe que sea un mal mayor que la desaparición de la misa: «El mundo podría quedarse incluso sin el sol, pero no sin la Santa Misa». Una vez más, el cardenal Siri nos desvela un misterio excepcional: «Mientras se celebra la Santa Misa todo el mundo recibe algo de esa celebración». Incluso la más humilde de las

celebraciones eucarísticas en el más apartado pueblecito de la cristiandad, ante unas cuantas humildes mujeres, acarrea a la humanidad beneficios que ninguna gran iniciativa humana, ni conferencia, ni manifestación, ni acción política o social puede acarrear. Ninguna revolución humana, pacifista incluso, ninguna diplomacia ni gobierno o partido o fuerza terrena puede hacer por la paz y el bien de los hombres (o por su eterna felicidad) lo que hace la misa celebrada en la más apartada parroquia de la cristiandad.

Hasta el máximo esfuerzo apostólico de los santos por la fe y por la Iglesia es una nimiedad respecto a la potencia de la misa. «El propio martirio —decía el santo cura de Ars— no puede equipararse a la misa, porque aquél es el sacrificio del hombre por amor de Dios; la misa es el sacrificio de un Dios por amor del hombre».

Todo se decide allí, nos enseña el padre Pío. Nuestras suertes terrenas y eternas, las de nuestros hijos y de la humanidad. La felicidad o los sufrimientos de multitudes. El cardenal Siri —que ha sido uno de los pocos en haber meditado verdaderamente sobre el padre Pío y que parece haber extraído de él mismo estas meditaciones— decía que debemos participar en la misa como si estuviéramos separados por un visillo de un parlamento en el que se deciden la suerte del mundo, la paz o el estallido de la guerra.

El mundo está literalmente sostenido por la misa. San Alfonso María de Liguori decía: «La Pasión de Jesucristo nos hace capaces de la redención, la misa nos hace poseedores de ella y permite que gocemos de sus méritos». Y aún más: «Dios mismo no puede hacer que haya en el mundo una acción mayor que la celebración de una misa (...) y por eso el demonio ha procurado siempre quitar del mundo la misa por medio de los herejes, constituyéndolos en precursores del Anticristo, el cual, antes de cualquier otra cosa procurará abolir (...), como castigo de los pecados de los hombres, el santo sacrificio del altar».

En efecto, también el ciclón protestante, que devastó la Iglesia como pocos otros, se dirigió sobre todo a barrer la Eucaristía, centro

y fundamento de toda la obra de la redención. Sin embargo, en el siglo XX, dentro de la propia Iglesia, una sombra terrible ha caído sobre la santa liturgia y tal vez fuera para iluminar a los cristianos por lo que el Cielo quiso conceder a nuestros tiempos el primer sacerdote estigmatizado de la historia cristiana, un santo que revivía en sus propias carnes el misterio del Calvario durante la Santa Misa (*Si bien con una historia excepcional, el padre Pío no ha hecho más que vivir el auténtico sacerdocio católico, como subrayó Juan Pablo II, el 23 de mayo de 1987, en San Giovanni Rotondo: «El ideal del sacerdote ofrece él hoy un punto de referencia ¿no fueron acaso el altar y el confesionario los dos polos de su vida? Este testimonio sacerdotal contiene un mensaje tan válido como actual. Un aspecto esencial del sacro ministerio, y reconocible en la vida del padre Pío, es la oferta que el sacerdote hace de sí mismo, en Cristo y con Cristo, como víctima de expiación y de reparación por los pecados de los hombres. El sacerdote debe tener siempre delante de sus ojos la definición clásica de su propia misión, contenido en la Epístola a los hebreos “Porque todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Hb 5, 1). De tal definición se hace eco el concilio, cuando enseña que “en su calidad de ministros de las cosas sagradas y, sobre todo, en el sacrificio de la misa, los presbíteros actúan de forma especial en nombre de Cristo, quien se ofreció como víctima para santificar a los hombres”. Esa oferta debe alcanzar su máxima expresión en la celebración del sacrificio eucarístico»*).

Y tal vez no sea casual que el padre Pío muriera precisamente en los meses en los que se estaba llevando a cabo esa reforma litúrgica que, según la interpretación de muchos círculos clericales, hubiera debido poner en la sombra de forma completa la noción de «sacrificio», corriendo el riesgo así de transformar de hecho el catolicismo en protestantismo.

Si no pudo llegar a perpetrarse algo semejante, los daños pese a todo fueron inmensos en cualquier caso, desde el momento en el

que el cardenal Ratzinger ha llegado a escribir: «Estoy convencido de que la crisis eclesial en la que nos encontramos hoy depende en gran parte del hundimiento de la liturgia, que a veces se concibe directamente “etsi Deus non daretur”: como si en ella ya no importase si hay Dios y si nos habla y nos escucha. Pero si en la liturgia no aparece ya la comunión de la fe, la unidad universal de la Iglesia y de su historia, el misterio de Cristo viviente, ¿dónde hace acto de presencia la Iglesia en su sustancia espiritual? De esta manera la comunidad se celebra únicamente a sí misma, sin que algo así merezca la pena».

¿Qué se intuye a partir de esta dramática página del futuro papa? Que no sólo se dieron terribles abusos litúrgicos al límite del sacrilegio, como sabemos (denunciados incluso por Benedicto XVI, quien ha querido volver a conceder la libertad de celebrar la tradicional liturgia tridentina), sino que la propia liturgia reformada y la nueva concepción de la Santa Misa plantean dramáticos problemas.

Así, por más que lo esencial se haya salvado, la mentalidad de los cristianos ha quedado contaminada y la ortodoxia católica está minada porque «lex orandi, lex credendi». En especial, el ataque ha sido atestado contra el carácter de sacrificio expiatorio de la Santa Misa, precisamente el que la Providencia ha querido recordarnos que proclamemos con el padre Pío.

Ha observado Guitton: «Cuando se escribe sobre Marta Robin, hace falta usar imágenes y nociones que chocan con la sensibilidad contemporánea y que nos parecen (sobre todo, después del último concilio) impuras y superadas. ¿Cómo hablar de Marta con exactitud sin pronunciar las palabras sacrificio e inmolación? Es tan grande en nuestra época la crisis de lo sagrado que no nos atrevemos ya a emplear la palabra “sacrificio” ni cuando se habla de la Eucaristía».

Más claramente, el propio Guitton nos explica que: «Siempre ha enseñado la Iglesia que la Eucaristía tiene dos aspectos, dos caracteres: es a la vez, se dice, sacrificio y sacramento. En nuestros días se insiste, sobre todo, en el aspecto de sacramento,

poniéndose entre paréntesis el aspecto de sacrificio, con la idea, falsamente ecuménica, de no disgustar a nuestros hermanos de la Reforma. Después del concilio, se presenta frecuentemente la misa como un banquete; se celebra “cara a los fieles”. Ciertamente, no se la niega en su dimensión de sacrificio, pero a fuerza de pasarlo en silencio, esto está en nuestra mente como si no estuviera».

Y, sin embargo —como rezaba el Catecismo—, «la misa es la renovación, incruenta, del sacrificio de la cruz». Y el padre Pío la revivía de manera cruenta. Podía decir con San Pablo: «Completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia». Ofrecerse como víctima, o por lo menos ofrecerse uno mismo, es la única revolución capaz de derrotar al Mal sobre la tierra y liberar a las multitudes en la eternidad.

Escribía el cardenal Ratzinger: «Tocamos aquí un punto importante para vivir la celebración de la Eucaristía (...) Participar en la Eucaristía, comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo, exige la liturgia de la vida, la participación en la Pasión del Siervo de Dios. En virtud de esta participación, nuestros sufrimientos se transforman en “sacrificio”, y así podemos “suplir en [nuestra] carne lo que le falta a las tribulaciones de Cristo” (Col 1,24). Me parece que el movimiento litúrgico no ha prestado a este aspecto de la devoción eucarística toda la atención que merece; debemos descubrir de nuevo su sentido. Gracias a esta comunión de sufrimientos se hace concreta la comunión sacramental, entramos en las riquezas de la misericordia del Señor, y esta compasión arraiga en nosotros la capacidad de ser misericordiosos; aquí tienen su fuente las vocaciones que hacen de la misericordia el objetivo de su vida y que tanta falta hacen hoy en la Iglesia».

Pero el padre Pío no se limitó a dejarnos su asombroso ejemplo. Su misión no finalizó el día de su nacimiento en el Cielo, el 23 de septiembre de 1968. Monseñor Pietro Galeone, a quien hemos citado muchas veces por la importancia de su testimonio en el proceso de beatificación del padre, ha revelado un secreto que nos

deja sin palabras: «El padre Pío me reveló que le había pedido a Jesús, y que lo había obtenido, no sólo el poder ser una víctima perfecta, sino también una víctima perenne, con el fin de prolongar su misión de corredentor con Cristo hasta el final de los tiempos. Él me dijo y me confirmó que había recibido del Señor la misión de ser víctima y padre de víctimas hasta el último día (...). El secreto de su singular fortaleza le venía del fuego devorador del amor, más fuerte que la muerte, que le abrasaba las vísceras por amor hacia Cristo y hacia sus hermanos de las futuras generaciones».

Que el padre Pío ha continuado y continúa estando presente entre nosotros, incluso de forma visible o siendo percibido a través de su perfume, sus hijos espirituales lo comprendieron muy pronto, inmediatamente después de su muerte. Lo ha contado una de sus hijas, Margherita Cassano. Estamos en 1969, el padre lleva muerto un año, y una mañana ella recorre rápidamente el paseo de los Capuchinos, en San Giovanni Rotondo, para ir a misa de ocho a la iglesia del convento. De repente ve a un fraile en el jardín de una casa. Lo mira con atención y reconoce al padre Pío. Exclama, asombrada: “Padre (...)”. Da comienzo una conversación en la que el padre le confía un mensaje para una de sus hijas, que, tras su muerte, se ha dejado llevar por el desconsuelo.

Una vez dicho lo que debía, el padre desaparece. Cassano llega a la iglesia aturdida: «Había visto al padre Pío. Lo había visto en carne y hueso. Me había hablado como un ser viviente normal y en realidad estaba sepultado en una tumba bajo Santa Maria delle Grazie (...). Llegué a la iglesia realmente trastornada. Me topé en la puerta de la iglesia con el padre Pellegrino, que me dijo: “Margherita, ¿es que no te encuentras bien?”. Yo le contesté: “Padre, no es que no me sienta bien, es que (...) ya conoce usted la casa de (...) y le conté lo ocurrido. El padre Pellegrino me dijo: “¡Bueno, a qué vienen tantas historias! (...) El padre Pío, igual que se iba de bilocación estando vivo, lo hace ahora que está muerto. No te impresiones, pero el padre Pío está entre nosotros”. Rebatí:

“¿De modo que era de verdad el padre?”. Y él: “ ¡Claro que era el padre! ”».

Por lo demás, ya lo había preanunciado: «¡Después de mi muerte, estaré más vivo que nunca y montaré mucho más jaleo!». Ya en 1916 le escribía a una de sus hijas, Giuseppina Morgera: «No temáis que tras mi muerte venga a faltáros nada: os prometo, ante el Cielo y la tierra, que seguiré cuidándoos desde el Cielo. Mis visitas serán frecuentes. Pero ¿qué digo? Estaré siempre a vuestro lado: velaré por vuestra santificación. Y cuando le plazca a El llamaros, os presentaré yo mismo al divino Esposo». Por lo tanto, el padre ha prometido para después de su muerte «jaleo», visitas, presencia y, en efecto, «eso está ocurriendo», comentan hoy algunos sacerdotes discípulos suyos. De eso se dieron cuenta enseguida muchos de sus hijos espirituales a través de una serie de hechos y gracias, más incluso que antes (*La propia Wanda Poltawska, la doctora de Cracovia que sanó gracias a las plegarias solicitadas por Karol Wojtyla al padre Pío, y que después se convirtió en una hija espiritual del padre, ha contado el caso de una mujer, en Polonia, que le pidió que fuera a ver a su hermana, gravemente enferma. «Cuando fui a visitarla —nos relata— esa mujer me dijo: “El padre Pío me dijo que usted vendría”. No sé cómo se lo dijo, pero el hecho era que yo estaba allí»*).

Pero en la revelación del padre Galeone hay algo más, mucho más que su presencia visible: está el padre Pío que prosigue su misión a través de sus hijos espirituales. Algunos de los cuales, en silencio y sin que el mundo lo sepa, viven en parte lo que él mismo vivió, en beneficio de muchos, ayudados constantemente por él, que se hace visible y está continuamente a su lado. Un atisbo de esta perturbadora realidad está contenido en la propia entrevista de Margherita Cassano cuando habla de Antonietta Vona, «una de las primeras hijas espirituales del padre» que «tenía con él una gran comunicación espiritual».

Cassano refiere que la asistió cuando estaba gravemente enferma: «Pasaba los días tumbada en la cama y con el cuerpo repleto de miles de llagas. Sólo cuando murió nos dimos cuenta de que esas llagas eran de origen divino, porque desaparecieron de repente, en el instante en el que la mujer expiró».

ESTÁN ENTRE NOSOTROS

Un alma humilde tiene tal poder sobre el corazón de Dios
que es más efectiva una verdaderamente humilde para desarmar mi
justicia
que no mil pecadores para armarla.
Jesús a Santa Benigna
CONSOLATA FERRERO

Laura tiene veinticinco años y es una «víctima». Aceptó voluntariamente el serlo cuando le fue solicitado por el padre Pío en persona (por más que ella naciera muchos años después de su muerte). Dijo que sí con ímpetu. No me imaginaba que guardara semejante secreto cuando la conocí, en la primavera de 2005, en un congreso celebrado en una ciudad del norte, en los tiempos del referéndum sobre la ley 40 (*Un referéndum, celebrado en junio de 2005, que examinaba distintas cuestiones, algunas relativas a la fecundación asistida, y al que se habían opuesto las asociaciones católicas defendiendo la abstención; el referéndum fue declarado nulo, al no alcanzarse la participación mínima requerida*). Morena, alta, con los ojos claros, creía que era una chica guapa como otras de las allí presentes. Estaba con algunos amigos de grupos católicos: una joven estudiante de ingeniería entre sus coetáneos. Un hermoso rostro sonriente, una persona —supe después— seria y decidida en sus estudios, una que —como todas las muchachas-en

flor— anhelaba una bonita familia y estaba comprometida también en el voluntariado y en actividades políticas.

Nadie, ni siquiera entre sus familiares, lo sabe. Ni siquiera se imaginan o sospechan que ella ha sido alcanzada de semejante manera por el misterio, por los acontecimientos sobrenaturales y que ha aceptado voluntariamente (y con amor) un silencioso y pesado martirio (invisible a los ojos de todos). Yo menos que nadie habría pensado que tras esa sonrisa de chica normal, llena de vida, se ocultaba un secreto tan perturbador. Sólo el sacerdote que la sigue lo sabe. Su propio nombre es otro y he tenido que usar un pseudónimo, «Laura», porque no quiere que se hable de ella de ninguna manera (lo cierto es que se mantiene especialmente alejada de los periodistas, a quienes considera peligrosos, y sólo gracias al sacerdote, que obtuvo de ella un fatigoso nulla osta, pude ponerme al corriente de esta historia).

El día en el que su director espiritual —con quien me había puesto en contacto para un reportaje mío— me aludió vagamente al asunto entre mil cautelas, y fui capaz de entender de quién hablaba, enmudecí. Se me abrió una nueva dimensión. Recuerdo que me marché desconcertado. Esa muchacha, pensé, tiene prácticamente la edad de mis hijas. ¿Cómo puede soportar algo semejante? ¿Y por qué? No es justo. No es posible que Dios quiera algo así, que se complazca en ver sufrir, que pida a sus criaturas que acepten torturas insensatas (...) Y, sin embargo, Cristina Montella —una historia parecida a la de Laura, de la que hablamos en relación con el atentado del papa— un día antes esas objeciones, contestó: «¡Todo es poco por Jesús!».

Nosotros que nos escandalizamos —como el mundo— por esta «locura» cristiana, nos mostramos partícipes o conniventes, sin embargo, con el gran Mal que oprime a la creación y que exige ser expiado. Y participamos en la desenfrenada, antropófaga carrera por prevalecer, por vencer. En cambio, aquel Hombre-Dios crucificado «con sus heridas mortales nos dice que al final los vencedores no serán aquellos que matan; el mundo vive más bien

gracias a quienes se sacrifican. El sacrificio de aquel que se convirtió en cordero degollado mantiene unidos el Cielo y la tierra. En ese sacrificio reside la auténtica victoria».

Eso es lo que sabemos. Lo que nos es enseñado. Es la verdad. Y, sin embargo, es algo muy distinto leer algo acerca del padre Pío, de Cristina, de Marta Robin en los libros, por mucho que puedan conmovernos y hacernos reflexionar, que toparnos, en nuestros días, con una persona de carne y hueso, desconocida hasta ahora, que está llevando voluntaria y realmente la cruz (también) por mí. En mi lugar. Por vez primera rozaba este misterioso abismo. Por lo demás, cuando conseguí hablar en una ocasión por teléfono con Laura, planteándole algunas preguntas, pude darme cuenta de que ella —que había anticipado que no le gustaba la curiosidad sobre ese aspecto de su vida— se mostró serena, lúcida, muy racional. Me explicó, entre otras cosas, que nunca antes se había interesado por fenómenos de esa clase y que no se siente atraída por ellos.

Es muy precisa y tenaz en sus compromisos y en su vida cristiana (desde que era adolescente repetía el Breviario y recitaba cada día las tres coronas del rosario).

Cuando alude al padre Pío, se aprecia en su voz la familiaridad y la confianza total que una niña pone en su padre. Acepta con amor lo que le ha sido solicitado y nada más, sin plantearse demasiadas preguntas (con todo, le preocupa mucho el problema de ocultar, incluso en casa, sobre todo en Semana Santa, ciertas señales y heridas que exhibe después de noches en blanco de rezos y de graves sufrimientos). Se muestra también muy concreta y decidida sobre su futuro, sobre su trabajo, sobre sus proyectos.

Historias análogas son las de otras jóvenes mujeres. Abismos de sufrimientos cotidianos, aceptados voluntariamente como «reparación», riadas de gracias regaladas a muchas personas inconscientes y culpables. Uno queda conmovido. Jamás hubiera pensado que existieran «víctimas», jamás hubiera pensado toparme con ellas, ni que tuvieran el aspecto de muchachas normales. No podía imaginarme que le hubiera sido pedido a

personas como Laura el «pagar» (por ejemplo, para «reparar» ciertos sacrilegios de los que han hablado los periódicos), para conjurar tremendas catástrofes, ni que ella y otras aceptaran voluntariamente el padecer sufrimientos desgarradores, sin que nadie supiera, para protegernos a todos nosotros y para salvar almas.

Soy un católico militante desde hace décadas, estoy considerado un «intelectual católico», escribo libros sobre la Iglesia y nunca hubiera pensado poder descubrir, a través de una muchacha casi coetánea a mis hijas, ese vértice vertiginoso (o abismo) del cristianismo que no había entrevisto jamás ni comprendido, y que me parece totalmente inalcanzable. Es éste el «secreto» del padre Pío (de quien Laura es una de sus muchas hijas espirituales), revelado por monseñor Galeone.

Lo verdaderamente sobrecogedor, inefable, es el «sufrimiento vicario», la existencia de víctimas que silenciosamente, ignoradas por todos, cargan con grandes sufrimientos para pagar culpas ajenas, para expiar por todos, liberando también a muchas ánimas del purgatorio. Esta obra es el único movimiento de liberación verdadero y grande, la única verdadera teología de la liberación que hace felices a las multitudes y que no provoca tragedias.

Ello supuso para mí una sorpresa extraordinaria. Entre otras razones, porque en la Iglesia de hoy casi no se habla nunca de cosas así. Y a uno le miran mal si pretende hacer alusión a ellas. Le ocurrió lo mismo al gran Jean Guitton, amigo de Pablo VI, gran filósofo católico (*Jean Guitton (1901-1999), que fue profesor de filosofía en la Sorbona y miembro de la Academia francesa, fue el primer laico invitado por Juan XXIII a participar en el Concilio Vaticano II*) cuando quiso dedicar uno de sus libros a la extraordinaria personalidad de la mística Marta Robin, una vivaz y hermosa muchacha francesa que recuerda a Laura y a las demás (*En la cubierta de la edición del libro de Jean Guitton está la foto de una joven de muy intensa mirada: se trata de Marta, precisamente. En la contracubierta puede leerse: «Marta Robin nace un 23 de*

marzo de 1902 en una aldea de la Drôme -Francia- y muere el 6 de febrero de 1981 en su misma casa paterna, de la que nunca había salido. Durante treinta años, esta sencilla y humilde campesina no tomó ningún alimento ni ninguna bebida. Y durante ese mismo tiempo, sufrió cada viernes los dolores de la Pasión del Señor, cuyos estigmas o llagas también tenía. Todo ello no le impidió fundar más de sesenta “Hogares de la Caridad”).

«En el examen del fenómeno Marta (como en el del Santo Sudario) —escribe Guitton— he encontrado incrédulos favorables y teólogos escépticos. Los primeros son espíritus ávidos de novedad: Marta es una especie de sábana viviente y la NASA la hubiera podido analizar. Pero, por otra parte, muchos teólogos me han manifestado sus reservas: “Vuestro libro no estará conforme con el espíritu del Vaticano II”. El concilio restringe el ámbito de lo maravilloso. Reemplaza el temor servil del infierno por el amor misericordioso. La cruz queda anulada, absorbida en la resurrección”. A lo que he respondido que este concilio —al que yo asistí— no ha eliminado jamás los textos de los Evangelios donde se habla del fuego eterno, donde Satán interviene o se anuncia el juicio, donde la idea de una sustitución redentora del inocente por el pecador para rescatar al pueblo permanece como fondo del drama» (*En este sentido, las sagradas escrituras son claras. San Pablo escribe: «También nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12, 5) y «completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). Además, la Lumen Gentium afirma: «La única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única». El Catecismo de la Iglesia católica explica estos lazos de solidaridad, que en el fondo es para los cristianos el misterio de la comunión de los santos, en los parágrafos 1474, 1475 y 2683. Santa Teresita de Lisieux decía: «Cundo soy débil y pobre y no tengo nada que ofrecerle a Jesús, cojo sus méritos, los de su Madre, los de los santos y de las almas buenas, y se los ofrezco»).*

De Marta, una jovencita vital y luminosa, que amaba los bailes populares de la campiña francesa, Guitton recuerda su voz dulce y clara. En especial, cómo pronunciaba la palabra «coger» que «resumía su mística». Por lo tanto, para ella «coger significaba “me pongo en vuestro lugar”, “tomo vuestra desesperación, la hago mía, os descargo de ella”, “voy a pagar vuestra deuda por vosotros”, “lo que vosotros sufrís, lo voy a sufrir yo también”».

Pero ¿cómo puede ocurrir una cosa así? ¿Y por qué? ¿Y es justo el sufrimiento de los inocentes para salvar a los culpables? Y esas extraordinarias personas, ¿cómo son capaces de renunciar a su hermosa juventud para cargar voluntariamente con tanto sufrimiento en beneficio de quienes no se lo merecen y a quienes ni siquiera conocen? No deja de ser cierto que «paucis vivit genus humanum» (el género humano vive gracias a unos pocos), pero es increíble que ni siquiera se conozca la existencia de estas «víctimas vicarias» que nos están salvando. Lo suyo es una locura, un escándalo, pero ¿es que no es esa «locura», ese «escándalo» el propio cristianismo?

Sí. Y es necesario que el perturbador anuncio cristiano — aniquilado en nosotros por la costumbre y lo consabido— vuelva a hacer que nos sobresaltemos, a ser percibido como una locura porque tal es. Locura de amor y de dolor de Dios. Es necesario que vuelva a provocar un impulso violento de rebelión o el llanto provocado por la conmoción o ambas cosas (el padre Pío lloraba desconsoladamente en cada misa). Porque todo puede ser ese anuncio, excepto «pacífico» consabido, obvio. Es como un escalofrío que te sacude las vísceras. La repugnancia debida a que otro, inocente, pague en mi lugar mis culpas. Y con feroz suplicio. El corazón de la Iglesia, en el fondo, reside en la Eucaristía, que no es otra cosa más que una Víctima divina, nuevamente inmolada por nosotros (*Guitton advierte que, a pesar de todo, no puede escapársenos que «la Iglesia conserva el lenguaje de la sangre».* ¿Cuál es «el espíritu más profundo, el más abismal» que se oculta bajo estas mentalidades? *Guitton responde: «Consiste esta idea en*

que, a causa de la solidaridad entre los hombres y de su comunión íntima y sustancial, la aceptación por un ser puro de una muerte sangrienta purifica al ser impuro; la idea —que se deduce en consecuencia— de que no hay prueba de amor más grande que dar la vida por quienes se ama. Y encontramos así lo que tácitamente es admitido por la conciencia universal: el sublime valor del darse a sí mismo por amor»).

Lo hemos olvidado de tal forma que cuando la chocante película La Pasión de Mel Gibson volvió a poner dramáticamente en escena esa feroz carnicería, los primeros en escandalizarse y en torcer la nariz fueron precisamente ciertos clérigos a quienes «toda esa sangre» causaba impresión, habiendo transformado ellos el cristianismo en un código de buena educación o en «cultura».

De esta víctima con rostro de muchacha, al igual que del padre Pío, puede decirse lo que Isaías afirma de la víctima divina con la que forman una sola cosa: «Mas fue herido por nuestras faltas, / molido por nuestras culpas. / Soportó el castigo que nos regenera, / y fuimos curados con sus heridas. / (...) / Yahvé descargó sobre él / la culpa de todos nosotros. / Fue oprimido y humillado, / pero él no abrió la boca. / Como cordero llevado al degüello, / como oveja que va a ser esquilada / permaneció mudo, sin abrir la boca. / (...) / Por más que no cometió atropellos / ni hubo nunca mentiras en su boca, / Yahvé quiso quebrantarlo con males. / Si se da a sí mismo en expiación, / verá descendencia, (...) / mi Siervo justificará a muchos / pues las culpas de ellos soportará. (...) / y fue tenido por un rebelde, / cuando él soportó la culpa de muchos / e intercedió por los rebeldes» (Is 53, 5-12).

NOS PROTEGEN Y NOS SALVAN

Hay un misterio, hay un contenido oculto en la historia:
el misterio es el de las obras de Dios,
que constituyen en el tiempo la realidad auténtica,
oculta detrás de las apariencias.
Jean Daniélou

Existen personas que se han dado a sí mismas como alimento,
que se han colocado por entero sobre el plato de la balanza,
que se han arrojado en cuerpo y alma al abismo de la redención,
que sólo se encuentran cómodas en la cruz
y en la cruz se han unido para siempre con el trigo y con las vidas
eternas.
Paul Claudel

Hemos corrido el riesgo de un trágico e impulsivo precipitarse de los acontecimientos en Italia, con revueltas, combates, sangre? ¿Hemos rozado una sangrienta guerra civil con el asesinato del presidente del gobierno Romano Prodi a manos de las Brigadas Rojas? Parece una novela de fantasía política, pero ¿y si fuera en cambio, una tragedia que hemos estado realmente a punto de vivir? Un presagio, una dramática advertencia sobrenatural, una profecía «a condición» tal vez nos haya permitido evitarla, gracias entre otras cosas al heroico sacrificio de una mujer desconocida para todos.

Demos algunos pasos atrás. Ha habido un acontecimiento que ha conmovido a millones de italianos: las lágrimas de la Madonnina de Civitavecchia, que manaron en 1995.

Más de diez años de estudios científicos y de investigaciones judiciales han llevado a la conclusión de que en ese llanto de la estatua no hay ningún engaño humano, ni explicación natural alguna. Resulta razonable, por lo tanto, pensar en causas sobrenaturales (*la estatuilla proviene de Madjugorje. El párroco de Pantano que después se la regaló a los señores Gregori, en septiembre de 1994, la compró efectivamente en una tienda de esta aldea de Herzegovina, adonde había ido en peregrinaje, porque allí, desde 1981, se considera que la Virgen se les aparece regularmente a seis niños (hoy ya adultos). Precisamente en un apasionado mensaje de la Virgen de Madjugorje (el 24 de mayo de 1984) se habla de lágrimas de sangre: «Queridos hijos, a cada instante, cuando os veáis en dificultades, no tengáis miedo, porque yo os amo incluso cuando estáis alejados de mí y de mi Hijo. Os lo ruego, no permitáis que mi corazón lllore lágrimas de sangre por las almas que se pierden en el pecado». Marija Pavlovic, una de las videntes, en una larga entrevista con el padre Livio Fanzaga, quien le recordaba este mensaje, declaró a propósito de la estatuilla: «Para mí, el asunto de Civitavecchia tiene un significado muy grande, no tanto porque la Virgen haya llorado, puesto que yo también la he visto llorar, sino porque ha llorado lágrimas de sangre y ha llorado cerca de Roma. Todo en su conjunto dice mucho». El entrevistador intentó saber algo más, pero la muchacha no quiso seguir, de manera que puede intuirse que tal vez se estuviera rozando uno de los diez misteriosos secretos acerca del mundo que la Virgen les confió.*

En las lágrimas de María hay un dolor que es divino también. El padre Augusto Baldini, en el pequeño volumen dedicado al caso de Civitavecchia, recoge algunos aspectos dignos de meditación. Por ejemplo, éste del filósofo, convertido, Jacques Maritain: «Si los hombre supieran que Dios sufre con nosotros y mucho más que

nosotros por todo el mal que devasta la tierra, muchas cosas cambiarían, sin duda, y muchas almas quedarían liberadas. Las lágrimas de la Reina del Cielo (significan) el soberano horror que Dios y su Madre sienten ante el pecado y su soberana misericordia por la miseria de los pecadores».

Y Juan Pablo II, en el aniversario de las apariciones en La Salette dijo: «María, madre llena de amor, nos ha mostrado con sus lágrimas su tristeza ante el mal moral de la humanidad. Con sus lágrimas nos ayuda a comprender mejor la dolorosa gravedad del pecado, del rechazo a Dios, pero también la fidelidad apasionada que su Hijo siente ante sus hermanos: El, el Redentor, cuyo amor está herido por el olvido y el rechazo (...). Ella siente compasión ante las dificultades de sus hijos y sufre al verles alejarse de la Iglesia de Cristo»).

Andrea Tornielli nos ha revelado que el propio Juan Pablo II, el 9 de junio de 1995, quiso rezar ante la estatuilla —procedente de Madjugorje— haciendo que se la llevaran al Vaticano: la coronó, le puso entre las manos el rosario que aún conserva y el 20 de octubre de 2000 envió al obispo de Civitavecchia el testimonio firmado de ese gesto suyo que de alguna forma «comprometía» a la Iglesia (*El obispo de Civitavecchia, monseñor Grillo, -obispo emérito actualmente- se hallaba en la reunión de la conferencia episcopal italiana de mayo de 2005 donde se encontró con el papa Ratzinger. Al principio, el Santo Padre le preguntó qué tal iban las cosas en Civitavecchia, hablaron afablemente y, al final, el pontífice le dijo estas palabras textuales: «La Virgen hará grandes cosas». Palabras que desde luego no son un reconocimiento oficial del milagro, pero que —después de alguna desafortunada intervención televisiva de cierto prelado que liquidó con demasiado apresuramiento esas misteriosas lágrimas— representa una muy autorizada señal de apertura de la Iglesia, hasta el punto de que el obispo de Civitavecchia hizo imprimirlas en la primera página del periódico del santuario).*

Pero ¿qué clase de señal puede ser una Virgen que llora sangre a las puertas de Roma? «María llora por la suerte del mundo —nos explica Vittorio Messori— al igual que Jesús lloró en tiempos de su vida terrena por la suerte de Jerusalén». Recuerda la advertencia del profeta Jonás a la ciudad de Nínive: «Dentro de cuarenta días Nínive será destruida». Aquella ciudad se convirtió y se salvó. ¿Y nuestra «ciudad»?

Cuando una madre no es escuchada por sus hijos en peligro llora: lágrimas humanas, como hizo en Siracusa (un milagro reconocido en 1953) y, por último, frente a la perdurable sordera, lágrimas de sangre (la sangre de su hijo) en Civitavecchia. Lloró por cada uno de sus hijos perdidos, por cada uno de los cuales ha versado su sangre Jesús. A una santa del siglo XIX unida a Civitavecchia, Maria de Mattias, le gustaba ir repitiendo a todo el mundo: «¡Tú vales la sangre de Cristo!».

Probablemente, esas lágrimas sean un mensaje relacionado con la suerte de la Iglesia y del propio papado, sobre los que se ciernen amenazas y presiones dramáticas; no olvidemos, en efecto, que el actual pontífice —en la homilía de su entronización, el 24 de abril de 2005— pronunció una frase inaudita: «Rogad por mí, para que no huya, debido al miedo, ante los lobos».

Pero tal vez las lágrimas de Civitavecchia sean, entre otras cosas, también una advertencia materna que atañe a nuestro país, a Italia. En los fragmentos del Diario del obispo —publicados en el volumen que conmemora los diez años de la aparición de las lágrimas, al cuidado de la diócesis— se encuentra, en efecto, un episodio extraño, sobre el que he investigado, descubriendo un telón de fondo clamoroso.

Las lágrimas de sangre empezaron el 2 de febrero de 1995, a las cuatro y media, en el jardín de la familia Gregori. Se fueron repitiendo, en días sucesivos, otras doce veces, ante un total de cuarenta personas, distintas en cada episodio, que «vieron formarse y descender las lágrimas». Los análisis comprobaron que se trataba de sangre perteneciente a un único individuo y que la estatuita de

yeso compacto no tenía cavidades en su interior, ni aparatos o trucos.

Todos recuerdan el fuerte escepticismo inicial del obispo, monseñor Grillo. Este, en las páginas del Diario que publicó, refiere que el 13 de marzo recibió una llamada telefónica del famoso exorcista de la diócesis de Roma, el padre Gabriele Amorth (una verdadera autoridad, que fue por lo demás amigo del padre Pío). El padre Amorth le rogó al obispo que tuviera fe «porque él había venido a saber ya desde el verano pasado, gracias a un alma dirigida espiritualmente por él, que una Virgen lloraría en Civitavecchia y que esa señal sería de buen auspicio para Italia, razón por la que sería oportuno hacer penitencia y rezar mucho».

El obispo anota que no le creyó y que se lo comentó después a su hermana, Grazia, en tono irónico. Su hermana, sin embargo, quedó turbada y el 15 de marzo de 1995, a las ocho y cuarto de la mañana, después de la misa, recordando las palabras del padre Amorth, manifestó su deseo de rezar delante de la estatuilla, que llevaba varios días guardada en un armario del obispado. Monseñor Grillo dio su consentimiento y, junto a otras personas, empezaron a recitar el Salve Regina: en el versículo «dirige hacia nosotros tus ojos misericordiosos», la estatuilla empezó a llorar sangre de nuevo, por decimocuarta vez, pero ahora entre las manos del obispo escéptico. Para el prelado fue un choque emocional muy duro, hasta el punto de que tuvo que ser atendido por un cardiólogo. Tras ese acontecimiento perturbador, obviamente se convenció.

Pero ¿qué era lo que le había dicho el padre Amorth pocas horas antes? ¿Por qué le había invitado a creer que allí estaba realmente la mano de Dios? ¿Y a qué acontecimientos trágicos para Italia aludía?

Decidí preguntárselo al propio padre Amorth. El anciano sacerdote es el más famoso exorcista oficial de la Iglesia. Es decir, se encarga de liberar, en nombre de Cristo, a personas que son vejadas o poseídas por entidades diabólicas: cada semana, en una

iglesia del centro de Roma, lleva a cabo esa tarea dramática y allí se asiste a escenas sobrecogedoras, análogas a las relatadas en los evangelios (según me explica, esos «entes» gritan e increpan mucho, por ejemplo, cuando él invoca la intercesión de Juan Pablo II).

Sin embargo, por su profundo discernimiento, el padre Amorth actúa también como guía espiritual de personas que tienen carismas sobrenaturales. Debe saberse, en efecto, que hay en la Iglesia personas que viven, con humildad, en la ocultación y en la plegaria, unos dones especiales (como locuciones interiores o apariciones u otras cosas más). Una de éstas, guiada por él, una señora que trabaja en un hospital, supo por vías «sobrenaturales», en el verano de 1994, que una estatuilla de una Virgen lloraría a las puertas de Roma, en Civitavecchia, porque había unos trágicos acontecimientos que podían verificarse en Italia si no se rezaba mucho y se hacía penitencia: agitaciones sociales, guerra civil, mucha sangre e incluso el asesinato a manos de las Brigadas Rojas de «un tal Prodi, elegido en el gobierno».

Hay que aclarar que en el verano de 1994 nadie hablaba de Prodi (no se dedicaba aún a la política) ni nadie mencionaba ya a las Brigadas Rojas (que sólo en los años sucesivos volverían a cometer atentados). De esa mujer únicamente conseguí saber lo siguiente: que «se ofreció como víctima» para ahorrar a su país esa tragedia y que al poco tiempo, en efecto, enfermó de una extraña y grave patología. Tras las lágrimas del 15 de marzo, también el obispo de Civitavecchia pidió a todos los monasterios de clausura de Italia que rezaran ardientemente por la suerte del país. La pequeña iglesia de Pantano que custodia la estatua de la Virgen es meta de peregrinajes y lugar de conversiones: muchas plegarias y sacrificios subieron, sin duda, al Cielo desde allí y muchas gracias (y milagros también) se concedieron allí. ¿Las previstas tragedias no llegaron a verificarse en Italia gracias al misterioso ofrecimiento que de sí misma hizo aquella señora? ¿A causa de la oferta de tantos

otros sacrificios y plegarias? La Iglesia afirma que éstas son fuerzas verdaderamente inmensas, desconocidas para nosotros.

Pío XI, en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, había escrito: «Cuánta sea, especialmente en nuestros tiempos, la necesidad de esta expiación y reparación, no se le ocultará a quien vea y contemple este mundo, como dijimos, “en poder del malo” (1 Jn 5,19)».

Pío XII afirma en la *Mystici Corporis* que esa realidad es un «misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de Jesucristo».

Pablo VI añadió: «La propia Iglesia tiene también necesidad de ser salvada por alguien que sufra, por alguien que lleve dentro de sí la Pasión de Cristo».

Y Juan Pablo II, en la *Salvifici doloris*, escrita después del atentado, durante sus días de sufrimiento, explica: «Los que participan en los sufrimientos de Cristo conservan en sus propios sufrimientos una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo, y pueden compartir este tesoro con los demás. (...) La Iglesia siente la necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo».

De forma aún más explícita dirá en su homilía Juan Pablo II, en San Giovanni Rotondo, el 23 de mayo de 1987: «Un aspecto esencial del sagrado ministerio e identificable en la vida del padre Pío es la oferta que el sacerdote hace de sí mismo, en Cristo y con Cristo, como víctima de expiación y de reparación por los pecados de los hombres».

La propia Virgen, en Fátima y en Medjugorje, repetía que las plegarias y los sacrificios pueden disipar incluso las guerras y exhortaba a ofrecernos a nosotros mismos por la salvación de los pecadores. El ofrecerse como víctima es un vértice de la ascesis cristiana y se funda sobre el «sacrificio vicario» de Cristo, quien se ofreció como víctima expiatoria por todos nosotros. A él se ha unido

totalmente el padre Pío. Ratzinger nos explica: «Existe realmente algo como la sustitución vicaria en lo más hondo de la existencia. Todo el misterio de Cristo se apoya precisamente sobre eso».

Un día sabremos de cuántas tragedias nos hemos salvado gracias a las plegarias y a la oferta silenciosa de muchas gentes humildes y santos. Y sabremos de qué clase de protección especial ha disfrutado nuestro país (*El 13 de septiembre de 1959, por ejemplo, todos los obispos italianos consagraron Italia al Inmaculado Corazón de María. Un inmenso exorcismo para proteger a nuestro pueblo. Nosotros ya lo hemos olvidado, pero es evidente que la Reina de la paz no, como demuestran hechos como los de Civitavecchia. Y ella vela por nosotros. También por nuestro futuro. Una religiosa carismática que también había recibido con anterioridad la advertencia de las lágrimas de una estatua de la Virgen en Civitavecchia, ha recibido una confirmación «del Cielo» de que esa señal proviene realmente de la Virgen. Además, ha preanunciado que habrá un decimoquinta aparición de las lágrimas*).

En una ocasión, Pío XII definió al padre Pío como «la salvación de Italia», y lo más probable es que no estuviera pensando únicamente en el inmenso movimiento de conversiones que había sido suscitado por las plegarias del fraile del Gargano y las gracias por él obtenidas para la Iglesia y para el propio papa. Pacelli era un hombre riguroso que hablaba con conocimiento de causa. Ya hemos visto la salvación que supuso el padre Pío para Italia en la tragedia de la Primera Guerra Mundial. Además, está una misteriosa alusión de la mística Francesca Foresti (Jesús le reveló que había salvado a Italia de una revolución comunista en 1920 gracias a las plegarias del padre Pío). Pero muchas otras cosas nos son desconocidas y tal vez sigan siéndolo hasta el final de los tiempos. Sólo algunos destellos nos hacen intuir una incansable obra de intercesión y de expiación del padre. Por ejemplo, todo lo relativo a uno de los momentos más dramáticos de la historia de Italia, las elecciones del 18 de abril de 1948, cuando había de decidirse si Italia debía precipitarse en el horrible imperio estalinista (probablemente con

una sangrienta guerra civil o algo peor) o si podía iniciar su renacimiento a través de un largo periodo de libertad, bienestar y paz. Ya hemos visto cómo padre Pío sabía antes el 18 de abril que «la Virgen le ha concedido una gracia a Italia».

Palabras de las que es fácil comprender cuál fue su «fuente» (aquella a la que nombra y a quien pide que se le den las gracias), y resulta también obvio argüir que ese milagro fue solicitado precisamente por él y a su habitual manera: con su propia sangre e inmolando su propia carne. Sin duda (como veremos), junto a otros. El padre Pío sabía que podía «desvalijar» de esa forma los tesoros de gracias del Cielo y sabía también que podía evitar los, pese a todo, justos castigos divinos contra la humanidad. El castigo consiste sencillamente en que Dios retire su protección a los hombres que lo rechazan y lo odian, los cuales quedan a merced del Mal. Pero son las propias Sagradas Escrituras las que revelan el «talón de Aquiles» de Dios, el punto débil de su Justicia: incluso un pequeño resto de amor humano puede hacer que arrecie el incendio de la misericordia en su corazón divino. A Dios le basta la presencia de un solo justo para dejarse ganar y para perdonar a una multitud de pecadores.

Son dos importantes profetas, Jeremías y Ezequiel, quienes revelan que «Dios perdonará a Jerusalén con tal de que encuentre a un solo justo». Leemos a Jeremías: «Recorred las calles de Jerusalén, mirad bien y enteraos; buscad por sus plazas, a ver si topáis con alguno que practique la justicia, que busque la verdad, y yo la perdonaría» (5,1). Y a Ezequiel: «He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no he encontrado a nadie». (22,30). Y, además, Isaías hará la mayor revelación profética: que sólo por el sufrimiento del único Siervo justo —Jesucristo— concederá Dios la gracia a toda la humanidad.

Basta el amor de un corazón humano, por lo tanto, y Dios se deja vencer, porque su inmolación es toda una con la del Hijo. Así ocurrió con el padre Pío. Y, siguiendo sus huellas, con sus hijos y

sus hijas espirituales (*Se alude a algunos de ellos en el libro de A. Negrisoló-N. Castello-S. M. Manelli, Padre Pío nella sua interiorità. En el capítulo: «Una fábrica de santos» se habla, por ejemplo, de la venerable Maria Gargani, «fundadora de la congregación de las “apóstolas del Sagrado Corazón”, de la que el padre Pío puede ser considerado cofundador» y, además, de «otra hija espiritual del padre Pío, la sierva de Dios Gemma Giannini, fundadora de las “hermanas de Santa Gemma”» y, por último, «hacia el apostolado de la reparación eucarística, el padre Pío ha guiado y asistido a la sierva de Dios Eleonora Francesca Foresti, de Bolonia, fundadora de las “Monjas Franciscanas Adoradoras”». Y, además, está el siervo de Dios Giacomo Gaglione, «animador del movimiento de las “almas víctimas”, en el que se inspiró, para la fundación de los “Voluntarios del Sufrimiento” el siervo de Dios Luigi Novarese» y, por último, el padre Olinto Morella, también siervo de Dios, con sus obras en favor de los niños abandonados y otro siervo de Dios, el padre Pío delle Piane).*

Y otras almas predilectas. A menudo se trata de presencias silenciosas, que viven entre nosotros, desconocidas para todos, con dones sobrenaturales grandes y terribles (estigmas, dolores de la Pasión y otras cosas). Personas que, más adelante, en muchos casos, serán elevadas a la gloria de los altares. Estoy pensando en Luigina Sinapi o en Cristina Montella, o en Marta Robin, de la que hemos hablado citando el libro de Guitton. Estoy pensando en Teresa Musco, en cuyo caso tendrá de nuevo el padre Pío un papel decisivo. Estoy pensando en Maria Bolognesi, una espléndida muchacha, que murió en 1980 en Rovigo tras una vida de amor excepcional. Estoy pensando en madre Speranza y, además, en Luisa Piccarreta, que tuvo también contacto con el padre Pío, al igual que Natuzza Evolo y Teresa Neumann, todas ellas figuras crucificadas y grandes «desvalijadoras» de gracias del Cielo. Siguiendo las huellas de grandes figuras de santas como Gemma Galgani o sor Faustina Kowalska.

En un siglo que exaltó la violencia, mitificó a los más sangrientos revolucionarios, hizo que generaciones enteras ardieran en el odio y el fanatismo (ideológico, étnico, fundamentalista), estas dulces e inermes figuras de muchachas, intrépidas, capaces de un heroísmo que ningún soldado o revolucionario ha demostrado jamás, estas muchachas que —en el silencio y en el ocultamiento— se dejan crucificar para salvar a multitudes, para conjurar tragedias, para llevar al Paraíso a las ánimas del purgatorio nos dejan aturcidos, sin palabras. Nos obligan a repensar toda nuestra historia. A darle la vuelta. ¿No son ellas acaso el verdadero corazón de la historia?

La primera —y el modelo— de todas estas temerarias es la pequeña gran muchacha de Nazaret, que puso en riesgo su propia vida aceptando un embarazo como aquél y que sabía que llegaría a tener el corazón traspasado por siete espadas. María vivió en ella misma con Jesús toda su Pasión, por eso es también Reina de los mártires. A ella —y no indudablemente a los razonamientos de filósofos y teólogos— le piden ayuda todas las «víctimas». Decía el padre Pío que «la Virgen vale más que la teología y la filosofía» y sobre la puerta de su celda número cinco quiso colgar un cartel con la frase de San Bernardo: «María es toda la razón de mi esperanza».

Contemplo las fotos de estas jóvenes mujeres de nuestro tiempo, de estas predilectas de Cristo, tan estremecedoras y temerarias, como Marta Robin, Gemma Galgani, Maria Bolognesi, o todas las que están entre nosotros, desconocidas, y son fuente de bendiciones y de protección para todos; y vuelvo a pensar en cuanto escribió Guitton en su libro sobre Marta: «Viéndola tan ignorada, tan desconocida en nuestro siglo de ciencia, sospechosa igualmente para los sabios y los clérigos, llegué a decirme cuán curioso es que la humanidad, en este final de un siglo incomparable, gaste miles de millones para enviar lanzaderas espaciales al vacío para explorar astros sepulcrales, para conocer mejor el cerebro, el embrión, las relaciones del espíritu y la materia, para curar el cáncer; y que

descuide el examen de este caso único en su género, que podría acrecentar nuestros conocimientos y nuestros poderes».

Tal vez bastara con que se acrecentara nuestro amor. Porque «nuestros poderes», en el fondo, nos son concedidos debido a la gracia. Decía el padre Pío: «Poned toda vuestra confianza en el corazón del dulcísimo Jesús, que no es solamente mío, sino que es también vuestro Jesús».

LA «NIÑA», EL PADRE PÍO Y WOJTYLA

En función de estas instancias (progresistas), incluso a algunos obispos podría parecerles «imperativo de la actualidad» e «inexorable línea de tendencia» mofarse de los dogmas y dar a entender incluso que la existencia de Dios no podría darse en modo alguno por cierta (...).

Por eso estoy convencido de que se preparan para la Iglesia tiempos muy difíciles. Su auténtica crisis no ha hecho más que empezar.

JOSEPH RATZINGER (1971)

/Demos gracias al Señor, porque en todos los siglos nos ha obsequiado con hombres y mujeres que por amor hacia él han abandonado todo lo demás, transformándose en señales luminosas de su amor! ¡bástenos con pensar en personas como Benedicto y Escolástica, como Francisco y Clara de Asís, hasta la Madre Teresa de Calcuta y el padre Pío!

Recemos al Señor, con el fin de que también en nuestros días obsequie a muchas personas con el valor para dejarlo todo, para estar de esa forma a disposición de todos.

BENEDICTO XVI (9 de septiembre de 2007)

Ha llegado el momento de descubrir quién es Cristina Montella, esa sor Rita con la que empezamos nuestro relato sobre el atentado contra el papa y que, en páginas precedentes, hemos vuelto a encontrar en algunos clamorosos actos de bilocación con el padre Pío (como aquel con el que socorrieron al cardenal Mindszenty). ¿Qué tiene que ver ella precisamente con el fraile estigmatizado?

Cristina nació el 3 de abril de 1920, en el mismo año que el papa Wojtyła, en Cercola, en la periferia de Nápoles, penúltima de ocho hermanos. La suya era una familia proletaria. Desde pequeña vivió fenómenos místicos que no reveló a sus padres. Una vecina de casa la recuerda de esta forma: «Llamaba la atención en Cristina su absoluta reserva, su celestial dulzura, una gran bondad, una extrema humildad, una belleza inocente». Luigi, su padre, obrero de ideas antifascistas, decide no volver a mandarla al colegio porque no soportaba la idea de verla vestida de «Hija de la loba» y de mandarla a las reuniones de las «Pequeñas italianas».

Cristina se puso entonces a trabajar en casa y se comprometió con la parroquia. El punto de inflexión tuvo lugar la noche entre el 25 y el 26 de agosto de 1934, cuando se le apareció en bilocación el padre Pío. Cristina tenía catorce años; el padre Pío, que vivía en San Giovanni Rotondo, tenía cuarenta y siete. La niña estaba rezando, muy absorta, cuando vio a un fraile a quien no conocía, ni sabía cómo había entrado en su habitación. El capuchino habló así: «Cristina, yo soy el padre Pío (...)». No conocemos lo que el padre le dijo después de esta presentación, en aquel encuentro que fue el primero de una larga serie. Sólo sabemos que al final, aquella noche de agosto, le dijo: «¡Cristina, no crezcas nunca, sé niña para siempre!». Y desde entonces la llamó siempre así: «la Niña».

Es de suponer que el padre Pío la instruyó en las grandes cosas que Dios iba a hacer en ella y la preparó para la misión que, de ser aceptada, la asociaría a él como «víctima» propiciatoria. En efecto, el otro acontecimiento decisivo y sobrenatural de la vida de Cristina

sucedió al año siguiente, el 14 de septiembre de 1935, fiesta de la Exaltación de la cruz. La muchacha quinceañera se halla hacia las dos de la madrugada en su habitación en el último piso del palacio de los Barones. Mientras está rezando en su cama, recibe la aparición de Jesús crucificado que desprende rayos de luz de las llagas de sus manos, pies y costado. A su lado están la Virgen, San José y, precisamente, el padre Pío. Lo que ocurrió se lo contó muchos años después, en 1976, ya convertida en sor Rita, al padre D'Anastasio: «Jesús me dirigió estas palabras: “Cristina, ¿quieres sentir los sufrimientos de mis llagas?”. Y yo, inmediatamente, le contesté: “Sí, Jesús mío”». Entonces esos rayos atravesaron sus manos, pies y costado, que empezaron a sangrar. La muchacha sintió unos dolores fortísimos, inimaginables. Intentó taponar la sangre como pudo.

A la mañana siguiente, ocultando las manos, se precipitó hacia el santuario de la Virgen del Arco, cercano a su casa, buscó a un sacerdote para pedirle ayuda y se topó en la sacristía con el padre Paolo (*El padre Pietro Paolo Guida, 1911-1962, en el siglo Salvatore Guida, había sido ordenado apenas siete meses antes. Pertenecía a los padres pasionistas. A partir de ese encuentro, se convirtió en el primer director espiritual de Cristina*). La muchacha se le acerca, se confía a él, le enseña las manos. El padre Paolo, por más que sorprendido y desconcertado, recurre a la virtud de la prudencia. Intenta serenar a la muchacha y le pide información acerca de su familia. Al saber que su padre no acude a la iglesia, concluye: «Hija mía, en semejantes ambientes no es conveniente que esas cosas estén a la vista (...) ¡Ten valor! Acércate a la imagen de la Virgen, y pídele la gracia de devolvérselas a Jesús».

El padre D'Anastasio, quien fue el primero en recoger estas confidencias, escribe: «Cristina obedece y ruega a su Mamá celestial para conseguir obtener de Jesús cuanto le ha aconsejado el padre pasionista. La gracia se le concede al instante. Vuelve de inmediato a ver al padre, enseñándole ya sanas las heridas de las manos y de los pies. La sorpresa fue común para ambos. Por

sucesivas y claras informaciones, sabemos, sin embargo, que al gran don de los sufrimientos de Cristo se le había quitado únicamente su aspecto externo».

En efecto, las llagas de las manos y de los pies, si bien ya no visibles, no dejaron de provocar dolor en todo caso (también Santa Catalina de Siena tenía estigmas en forma invisible), mientras siguió estando visible «la llaga del costado (en cuanto tapada)». Esta «derramó sangre de forma continua hasta los últimos años de su vida». Desde aquel momento, Cristina, que no tardó en entrar en el convento y convertirse en sor Rita, revivía cada noche, durante tres horas, con el padre Pío presente en bilocación, los sufrimientos del Señor en lo que ella llama «la hora santa para los sacerdotes». Según su relato, fielmente recogido por padre D'Anastasio, ella y el padre Pío, «se mantenían ambos de rodillas con los brazos extendidos, aunque sostenidos por dos ángeles, mientras un círculo de espíritus celestes formaba una orante corona en torno a las dos víctimas inmoladas para la reparación de los pecados del mundo contemporáneo».

Le gustaba repetir a quien quedaba turbado por determinados sacrificios: «¡Todo es poco por Jesús!». El ánimo de sor Rita, persona luminosa y siempre alegre, reside en estas palabras: «Trabajar, sufrir por las almas: eso es lo que he intentado hacer desde mis primeros años de infancia. El deseo de salvar almas se fue haciendo cada vez más intenso (...) no hay otra cosa que hacer aquí abajo más que amar a Jesús, ¡sufrir a causa de las almas para que Jesús sea amado!».

Precisamente ésa fue la misión que la asoció al padre Pío (a quien se asemejó también por las pruebas y la incomprensión que tuvo que soportar). De esa misión común —que ha sido confirmada por eminentes religiosos en contacto con ambos y por pruebas «experimentales» como la del libro del padre Giovanni da Baggio— han emergido únicamente algunos hechos, que presumiblemente no son más que la punta del iceberg.

Añado un episodio porque —dada la circunstancia histórica, las elecciones de 1948, la tragedia que se cernía sobre Italia y sobre el corazón de la Iglesia— también fue vivido en común por sor Rita y el padre Pío. Fue un acontecimiento dramático que toda la Iglesia, empezando por Pío XII (quien habló claro: «con Cristo o contra Cristo»), vivió con enorme ansia y con la movilización de los monasterios de clausura, incluso, considerando lo que los comunistas estaban perpetrando durante aquellos meses en los países del Este europeo ocupados por el Ejército Rojo.

Esto es lo que le escribe, el 29 de diciembre de 1949, sor Eleonora Pieroni, secretaria de la abadesa del convento de Santa Croce, a la superiora del monasterio de Radicondoli:

Ahora escuche más cosas acerca de los castigos divinos para la humanidad. Hace varios días que se habla de este asunto con la «niña» [sor Rita] y también con el padre Teofilo, que está aquí. Ella afirma lo siguiente: «De los detalles que dicen, de especial, de ya fijado por ahora no hay absolutamente nada por parte de Jesús.

Que la humanidad se merece grandes castigos siempre lo ha dicho, pero siempre ha dado a entender que Sus méritos, los de la Virgen, etcétera, sostienen el mundo. También ahora “la humanidad se merecería mis castigos”, pero nada más».

Y note, Madre, que esta Alma trata siempre de pecadores con Jesús, que para las elecciones pasadas habló claro: «¡Quiero castigar a Italia también, Rita, qué escenas de sangre se verán!». También nosotros debíamos caer en manos de los comunistas. Ella lloró, rezó, expió. Jesús le dijo: «¡Rita, has ganado tú!». Es decir, pocas horas antes del 18 de abril (*De las cartas de sor Eleonora Pieroni emerge con fuerza el papel (silenciosamente) expiatorio y propiciatorio de sor Rita. Por ejemplo, en conjurar castigos «a causa de los sacerdotes».* Sor Eleonora escribe: «Es misión suya contener los castigos; por eso tiene tanto que hacer y no le queda tiempo para las otras preguntas que le hacen (...) Incluso haciendo convertir a ciertos sacerdotes, como uno de aquí. Y Jesús contestó: “Sí, sí, le perdonaré si... ”»)(carta del 21 de mayo de 1950). Otra imagen de la

carta del 16 de abril de 1950: «La otra noche (sábado-domingo 15-16 de abril) ha tenido un éxtasis de un nuevo tipo. La «niña» ha cantado desde las diez aproximadamente hasta más o menos las dos a Jesús y a la Virgen. La noche anterior (viernes-sábado 14-15) estuvo con los brazos en cruz durante una hora como reparación por Togliatti. Y le pedía a Jesús sólo para ella padecimientos, cruces, persecuciones, incomprensiones. Desde ayer hasta hoy tiene dolores fuertes en el vientre y en la cabeza»).

En el curso de los años, la noticia de los particulares carismas de aquella monja atravesaron los muros de la clausura. El 4 de enero de 1980, el arzobispo de Florencia, el cardenal Giovanni Benelli, visitó el monasterio agustino de Santa Croce sull'Arno con motivo del séptimo centenario de su fundación; el importante prelado quiso hablar «personalmente y en privado con esa monjita, a la que ya conocía por los informes de un secretario o colaborador suyo».

Será casualidad, pero en su homilía, pronunciada durante la misa con las monjas, evocando una frase de San Pablo, dijo: «Dios ha escogido a aquellos a quienes los hombres consideran ignorantes para llenar de vergüenza a los sabientes; ha escogido a aquellos a quienes los hombres consideran débiles para destruir a aquellos que se creen fuertes. Dios ha escogido a aquellos que, en el mundo, no tienen importancia y son despreciados o considerados como si no tuvieran importancia para destruir a quienes creen valer algo».

Un retrato perfecto de sor Rita. Palabras proféticas también de cuanto habría de suceder al año siguiente, el 13 de mayo de 1981 en la plaza de San Pedro, donde — como se ha dicho— sor Rita estaba presente en bilocación y «junto a la Virgen desvié el disparo del terrorista que atentó contra el papa» (son sus palabras textuales). El episodio confirma de manera clamorosa lo que Juan Pablo II siempre dijo sobre el atentado que sufrió en 1981 y confirma también cuanto confió el padre Pío a monseñor Galeone sobre su

misión de expiación y de propiciación, que prosigue a través de sus hijos espirituales.

Además, semejante prodigioso acto de salvación del pontífice polaco vuelve a reabrir la cuestión de las misteriosas relaciones entre el padre Pío y Karol Wojtyła. Hubo algo muy profundo, indudablemente, desde el principio entre los dos.

El padre Karol acudió a San Giovanni Rotondo en abril de 1948, cuando era un joven sacerdote. En aquel encuentro, que dejará una gran huella en él, sucedieron algunas cosas extrañas. En primer lugar, el padre Pío realiza una íntima y sorprendente revelación a aquel cura polaco (algo que ni siquiera había revelado a los frailes que vivían junto a él).

Cuando el padre Karol le preguntó «qué estigma le dolía más», creyendo que era el del corazón, «el padre Pío —relatará más tarde el papa— me sorprendió mucho al decirme: “No, el que más me duele es el del hombro, que nadie conoce y que ni siquiera se cura”». La revelación está incluida en el minucioso libro de Stefano Campanella, *Il papa e il frate*. El autor subraya que el fraile jamás había hablado con nadie de aquella herida en el hombro. De manera que es necesario preguntarse por qué hizo aquella excepción, por qué confió un secreto semejante a un desconocido. Se trata de un comportamiento extraño, sobre todo porque el padre nunca hablaba de sus llagas, ni siquiera con las personas más próximas o amigas. ¿Podría deducirse que la cruz sostenida por el padre Pío, que provocaba esa llaga en el hombro, tenía un significado especial que atañía precisamente (o también) a aquel joven sacerdote polaco?

Una cosa es indudable: el padre Pío conocía perfectamente el destino de aquel joven de veintiocho años de ojos azules e intensos. Al igual que se lo predijo a Montini, sabía que el padre Wojtyła se convertiría en papa y en un gran papa, sabía cuál sería su grave misión, sabía que intentarían asesinarlo y sabía, incluso, que sería precisamente él quien lo canonizaría. Los indicios son inequívocos. Además del mencionado, de tanto peso, del secreto del hombro

revelado al padre Karol (casi como una misteriosa promesa de ayudarlo a soportar el peso de su gigantesco cometido), el padre Pío dio una señal elocuente a un joven seminarista de Puglia, que se encontraba allí y que acabaría por convertirse en su hijo espiritual, monseñor Pietro Galeone, pero sobre todo será inequívoco, en 1962, con Angelo Battisti.

Lo que ocurrió fue que aquel joven sacerdote polaco, ya convertido en obispo auxiliar y vicario de la diócesis de Cracovia, el mes de noviembre de 1962, hallándose en Roma atareado en los trabajos del concilio, vino a saber por un amigo de Cracovia, Andrzej Poltawski, que la mujer de éste, la señora Wanda, muy estimada por Wojtyla, había sido ingresada en el hospital oncológico de la ciudad polaca a causa de un tumor.

De manera que, desde Roma, precisamente en los meses en los que se había abatido sobre el padre Pío la segunda terrible persecución, Wojtyla, evidentemente con vencido de la santidad del fraile estigmatizado, le escribió rogándole «que dirigiera una plegaria por una madre con cuatro hijos de cuarenta años, de Cracovia», que en la última guerra había padecido también la prueba «de un campo de concentración en Alemania» y que «ahora se halla en gravísimo peligro para su salud y para su propia vida a causa de un cáncer». Solicitaba las oraciones del padre Pío «con el fin de que Dios mismo por intercesión de la Beatísima Virgen muestre su misericordia hacia ella y hacia su familia».

La carta fue enviada a San Giovanni Rotondo a través de Angelo Battisti, empleado de la Santa Sede e hijo espiritual y colaborador del padre. Battisti lleva el 18 de noviembre el sobre, del que no conoce ni el contenido ni el remitente. El padre Pío escucha en silencio la lectura y encarga a Battisti que «le asegure que rezaría mucho por esa madre». Después añade: «Angelino, a éste no se le puede decir que no». Battisti pregunta la razón y el padre, que estaba apoyado en el marco de la puerta de su celda, murmuró algunas palabras. Estaba presente también el padre Pierino

Galeone, quien, no habiendo podido oír bien la respuesta del padre pero habiendo visto «que Battisti se volvía repentinamente eufórico», le preguntará después en privado qué le había dicho el padre. Pero, curiosamente, descubre que «Battisti no sólo no había percibido el sentido de las palabras apenas murmuradas», sino que no sabía «ni siquiera darse una explicación por su propia euforia».

En el ánimo de Battisti quedó la curiosidad por las palabras del padre. ¿Por qué no podía decirsele que no a esa persona? ¿Quién era aquel obispo polaco? «Nada más llegar a Roma les pregunté a mis colegas del Vaticano si conocían al obispo Wojtyła, pero nadie lo había oído nombrar».

En esas mismas circunstancias, el padre le había confiado a Battisti otro mensaje para el monseñor que se hallaba en el hospital y que había servido de trámite con Wojtyła. «Dígale a ese tal monseñor Deskur que se curará y que trabajará durante muchos años para la Santa Sede». Palabras que se revelarán proféticas, pues, en efecto, el amigo de Wojtyła no sólo sanará, sino que será creado cardenal por éste en 1985 (por casualidad el 25 de mayo, fecha de nacimiento del padre Pío) y se convertirá en estrecho colaborador del pontífice, antiguo compañero suyo de colegio (*la casualidad hará que monseñor Deskur, igual que en los días que narramos, se encuentre en el hospital en octubre de 1978, cuando Karol Wojtyła sea elegido papa. E inmediatamente después de su elección, la primera «huida» del nuevo pontífice del Vaticano será precisamente a ese hospital para visitar a su amigo*).

Se puede considerar, por lo tanto, que esta profecía es otra señal del perfecto conocimiento que el padre Pío tiene del futuro papa.

Lo fundamental, sin embargo, es que la señora Poltawska — desconocedora de la carta de Wojtyła al padre Pío— la mañana del 21 de noviembre está a punto de entrar en el quirófano en Cracovia. Sin embargo, ve acercarse de repente al oncólogo quien, sonriendo, le informa de que ya no es necesaria la operación. En efecto, increíblemente, las últimas radiografías hechas antes de la intervención, han demostrado que el tumor ha desaparecido.

Wojtyla, en cuanto lo sabe, se recoge en oración, para dar las gracias. Después coge otra vez papel y pluma y le escribe al padre Pío que la señora ha recobrado «instantáneamente la salud gracias a Dios y también a ti, padre venerable, te doy las más sentidas gracias». La nueva carta, por el mismo sistema, le es entregada el 1 de diciembre. Después de la lectura, el padre comenta: «Demos gracias a Dios». Más tarde confía la primera y la segunda carta a Battisti diciéndole textualmente: «Guárdalas tú estas dos cartas, porque un día nos harán falta».

¿Cuál es el sentido de estas palabras? El padre Pío no estaba pensando desde luego en la causa de la beatificación, en la que además sólo se toman en consideración los milagros post mortem. La razón sigue siendo misteriosa, pero indudablemente ese gesto por el que el padre quiso que se conservaran las dos cartas nos permite intuir hoy los hondos lazos que unen al padre Pío con ese pontífice. Y tal vez fuera eso lo que había de saberse. Entre otras cosas —quiso la casualidad, una casualidad siempre muy puntual cuando anda por en medio el padre Pío— que Battisti, que se había olvidado completamente de esos dos sobres, se los encontrara entre las manos, buscando otros documentos, precisamente a primeros de octubre de 1978: pocos días después, el 16, nos cuenta Battisti, «cuando oí al cardenal Felici anunciar al mundo el nombre del nuevo papa, casi me da un infarto. El nombre era el de Karol Wojtyla, el obispo polaco que me había dado unas cartas para que se las llevara al padre Pío (...). Pensé inmediatamente en las palabras del padre Pío: «Angelino, a éste no se le puede decir que no». Se me llenaron los ojos de lágrimas».

Pero volvamos a 1962. Nos queda aún un detalle más por contar. La señora Poltawska se reunirá con monseñor Wojtyla a su regreso de Roma en diciembre de 1962 y sólo entonces sabrá por él la plegaría solicitada al padre Pío, de quien ella nunca había oído hablar. No se muestra demasiado convencida del milagro, y tiende a pensar más bien que se trata de un error de diagnóstico. Pero en

1967 viaja a Italia y se deja convencer por el obispo Wojtyla para ir a conocer a ese padre Pío del que le habían hablado.

Al llegar a San Giovanni Rotondo, la doctora Poltawska queda literalmente sobrecogida ante la misa celebrada por el capuchino, cuyos inauditos sufrimientos, al ser médico, sabe captar perfectamente. Pero más sobrecogida quedará después de la misa, cuando el padre Pío pase por en medio de la multitud y se detenga justo delante de ella, la mire, le acaricie paternalmente la cabeza y le pregunte: «¿Se siente usted mejor ahora?». Aquel suceso, que sorprendió a todos los presentes, y esa mirada, tan elocuente, se grabó en la memoria y en el alma de la doctora, que muchos años después comentará: «Sólo en ese momento comprendí que había sido una intervención suya, porque antes no lo creía».

Queda por saber si el padre Pío le predijo explícitamente a Wojtyla, como ya hiciera con Montini, el pontificado y si, junto a eso, le predijo también el atentado que sufriría. Ante estas preguntas, Juan Pablo II contestó en un par de ocasiones que no, otras veces respondió con una sonrisa. Con todo —como observan tanto Campanella como Tornielli— eso no significa que esa profecía no haya sido pronunciada, sino si acaso que no le fue dicha abiertamente al interesado o tal vez, —quién sabe— que entre los dos se estipuló un compromiso de silencio o que todo fue dicho en el secreto de la confesión.

Es más, que el padre Pío realizó esa profecía es casi totalmente seguro, dada la cantidad y diversidad de las fuentes. Y, sobre todo, porque la predicción del fraile sobre el atentado al papa Wojtyla (y, por lo tanto, también sobre su elección como papa) circulaba ya antes de que fuera herido el 13 de mayo de 1981. Y testigo de excepción es el famoso periodista americano Peter Nichols.

Extrañamente, los siempre excelentes padres que trabajaron en la Positio parecen no haberse dado cuenta de la sucesión temporal o no haberle dado importancia.¹⁶ En efecto, es cierto que el primero en escribir acerca de ello, poco después del atentado, el 17 de mayo

de 1981, fue Giuseppe Giacobazzo, en aquel momento director de la Gazzetta del Mezzogiorno. Su editorial se titulaba: «Serás papa en la sangre, le dijo el padre Pío». Y el antetítulo: «¿Una profecía sobre Wojtyla?». Pero él mismo escribía en ese artículo que su fuente era el periodista del Times Peter Nichols, que le había hablado de ello en 1980, un año antes (este detalle cronológico le fue confirmado a Campanella por el propio Giacobazzo).

La fuente del periodista inglés era «un benedictino que vivió también en Italia. Fue él quien vino a saberlo todo gracias a uno de sus hermanos que fue testigo aquel día en San Giovanni Rotondo, cuando vio salir aturdido al joven cura polaco de su coloquio con el padre Pío» (*Peter Nichols estaba trabajando en estas relaciones entre el padre Pío y Karol Wojtyla para su libro The Pope División, que, sin embargo, saldrá en 1981 sin este capítulo, porque el autor, de regreso a Gran Bretaña para escuchar de nuevo todos los detalles por boca de ese benedictino, no consiguió localizarlo. De manera que decidió borrar ese capítulo*).

Un detalle interesante fue añadido por Giorgio Ventura en la revista Gente. Según cuanto dice, «Karol Wojtyla narró sonriendo a sus amigos, a sus parientes y a sus superiores que el padre Pío le había estado observando largo rato, sin escuchar ni siquiera sus palabras, y con gran emoción había pronunciado una especie de profecía: “Tú te convertirás en papa, pero veo también sangre y violencia sobre ti”. El comentario del directamente interesado era siempre, poco más o menos, el siguiente: “Desde el momento en que no tengo ninguna posibilidad de convertirme en papa, puedo estar tranquilo también por lo demás. Tengo una especie de garantía de que nunca me sucederá nada malo”».

Este detalle es significativo porque volvemos a encontrarlo al pie de la letra en un nuevo testimonio, perteneciente a un testigo ocular de lo acaecido: Giovanna Rizzani, de quien ya hemos hablado a propósito de la primera bilocación del padre (en 1905, cuando nació) y por su misteriosa presencia en la muerte del padre.

Su testimonio fue recogido por el padre Franco D'Anastasio el 21 de junio de 1996: «Muy al principio de la posguerra, solía ir a San Giovanni Rotondo desde Roma junto con mi amiga Hamilton, y nos llevaba en coche el conocido profesor Enrico Medi, muy devoto del padre Pío. La más celebre de esas visitas con el profesor fue una en la que nos acompañó también un joven sacerdote polaco: el actual papa Wojtyla. La historia se desarrolló de la siguiente manera. Con mi compañera y amiga Margherita Hamilton acudíamos muy a menudo al Colegio Romano para escuchar conferencias de teología. En tal ocasión, trabamos conocimiento con ese sacerdote polaco, que apenas hablaba un poco de italiano. Prefería hablar en alemán con mi amiga Hamilton, que también sabía ese idioma. Sabiendo que en verano ambas iríamos a visitar al padre Pío, consiguió personalmente del profesor Medi ser incluido en la expedición. En San Giovanni Rotondo nos alojamos en la pensión de siempre, la de Maria Bianco, donde Hamilton y yo teníamos una habitación para cada una. Recuerdo perfectamente que era un día de gran aglomeración, casi inmediatamente después de la guerra, y que en la pensión no había sitio suficiente. Yo cedí mi habitación al sacerdote polaco y me acomodé como pude en la de mi amiga. Por la mañana, el profesor Medi acompañó al sacerdote polaco a la iglesia de los capuchinos. Allí celebró la misa y se confesó con el padre, a quien saludó después junto a otros fieles. Al regresar a la pensión, Medi nos contó que en cuanto el padre Pío lo vio, le miró a los ojos y le dijo: «Tú serás papa, pero habrá sangre y violencia». El joven sacerdote, en el camino de regreso, le comentaba: “Profesor, hay que ver lo bromista que es el padre Pío. Yo soy polaco, nunca podré ser papa”. Pero no fue una broma, sino una auténtica profecía del padre Pío».

Giovanna Rizzani añadió: «A fecha de 16 de octubre de 1978 y, más tarde, a la del 13 de mayo de 1981, los dos elementos de la profecía se convirtieron en hechos concretos de la historia. Entonces, por mi parte y por la de quienes habían sido informados

por mí con anterioridad, con gran estupor, se volvió a pensar en las palabras del padre Pío. Los acontecimientos le han dado la razón».

En este marco, la presencia propiciatoria de sor Rita, una hija espiritual del padre Pío, en el momento del atentado, para conjurar lo peor con su propio ofrecimiento y salvar así al papa, se convierte en parte de un designio mayor. Por otra parte, Wojtyla intuyó de inmediato los profundos lazos que Dios había establecido entre él y el fraile estigmatizado. El 3 de mayo de 1972 el episcopado polaco envió a Pablo VI una carta para la introducción de la causa de beatificación del padre Pío. Y el cardenal Wojtyla —que indudablemente se hallaba entre sus más convencidos promotores— figura en segundo lugar (después del primado, el cardenal Wyszyński).

La presencia del padre Pío debe haber sido muy sentida por el arzobispo de Cracovia. Porque resulta curioso que, hallándose en Roma en el vigésimo octavo aniversario de su ordenación sacerdotal, el 1 de noviembre de 1974, el cardenal Wojtyla decidiera celebrarlo precisamente en San Giovanni Rotondo, junto a la tumba del padre Pío, con otros siete sacerdotes polacos, entre ellos monseñor Deskur. Permaneció allí tres días y celebró misa en la cripta del padre Pío. Con todas las memorias apostólicas y los santuarios marianos que hay en Roma y en Italia, ¿por qué escoger precisamente un lugar tan remoto y, por si fuera poco, la tumba de un hombre que no era por entonces ni santo ni beato? ¿No da a entender la convicción de unos especiales lazos con su vida y su destino? Además, el Sínodo había concluido y él hubiera podido regresar a Polonia para celebrar ese aniversario.

Una vez convertido en papa, volverá a San Giovanni Rotondo. Y será precisamente Juan Pablo II, el 20 de marzo de 1983, quien abra el proceso que conducirá a la beatificación (el 2 de mayo de 1999) y, más tarde, a la canonización (16 de junio de 2002) del padre Pío. Ambas celebradas por Juan Pablo II, sin cuya aportación —como todos saben— difícilmente hubieran llegado a buen puerto (dada la hostilidad que aún rodea al padre Pío entre los círculos

clericales. Entre los misterios aún no resueltos está el que atañe a los encuentros entre Karol Wojtyla y el padre Pío viviente. ¿Hubo otros, secretos todavía, después del de 1948? Lo hacen sospechar dos pasajes de la memoria publicada por Campanella. Al principio, en efecto, Juan Pablo II, hablando del encuentro de 1948, dice: «Fue precisamente allí donde me fue concedido el ver, por primera vez con mis propios ojos, a aquel hombre, cuya fama de santidad se divulgaba por el mundo». Al final, vuelve a escribir: «Ese primer encuentro con él, vivo y aún estigmatizado, en San Giovanni Rotondo, lo considero como el más importante, y doy las gracias, de manera especial, a la Providencia por ello». Además, durante la visita que realizó, como papa, el 23 de mayo de 1987 a San Giovanni Rotondo, dijo: «Estos lugares están unidos a recuerdos personales, es decir, a las visitas hechas por mí al padre Pío tanto durante su vida terrenal, como espiritualmente, después de su muerte, a su tumba». El enigma sigue abierto y —teniendo en cuenta las formas extraordinarias mediante las que el padre Pío se manifestaba, incluso en vida— nada puede ser excluido).

Pero hay otro elemento que hace pensar en la realidad de esa profecía. Tras la muerte del papa, el 2 de abril de 2005, se abrió su testamento y se descubrió que había sido redactado en distintas fases temporales. Sorprende que de forma inmediata, el 6 de marzo de 1979, ni a cinco meses de su proclamación, pese a ser un papa jovencísimo (cincuenta y ocho años) y lleno de salud y de vigor, sintiera la necesidad de dejar una memoria testamentaria donde predomina la sensación de una muerte que podría llegar de un momento a otro (*Este es el incipit: «Velad, porque no sabéis el día en que vendrá nuestro Señor» (cf. Mt 24, 42). Estas palabras me recuerdan la última llamada, que tendrá lugar en el momento cuando el Señor lo quiera. Deseo seguirle y deseo que todo aquello que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuándo sucederá, pero, como en todo, también en este*

momento me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus Tuus»).

Como si tuviera perfectamente presente la profecía sobre una amenaza de muerte violenta que se cernía sobre él y sobre su pontificado. Al año siguiente, entre febrero y marzo de 1980, siente la necesidad de añadir que «cada uno debe tener presente la perspectiva de la muerte» y, sobre todo, que «los tiempos en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos». Subraya cuán «difícil y duro se ha tornado también el camino de la Iglesia». En efecto, «prueba característica de estos tiempos» es que «la Iglesia se encuentra en un periodo de persecución tal, que no es inferior a la de los primeros siglos, es más, los supera (...) Una vez más, deseo confiarme totalmente a la gracia del Señor. El mismo decidirá cuándo y cómo debo terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral». El papa declara ahí que acepta «desde ahora esta muerte», esperando que el Señor «la haga útil para la causa más importante que busco servir».

Una semana antes del atentado de 1981, hablando a los guardias suizos durante una misa, dijo: «Recemos para que el Señor mantenga la violencia y el fanatismo alejados de los muros del Vaticano». El atentado tuvo lugar pocos días después y el papa fue «milagrosamente salvado» (*El 7 de octubre de 1981, Juan Pablo II dirá: «Me he convertido en deudor de la S. S. Virgen (...) Pude advertir esa extraordinaria maternal protección y premura que se demostró más fuerte que el proyectil homicida»*).

Al cabo de pocos meses, el 5 de marzo de 1982, añadirá al testamento una nota en la que él mismo relaciona las palabras de 1979 y de 1980 con el posterior atentado, como si las hubiera escrito aguardando precisamente ese suceso sangriento: «El atentado contra mi vida el 13 de mayo de 1981 de alguna manera ha confirmado la exactitud de las palabras escritas en el periodo de los ejercicios espirituales de 1980». El papa está convencido de haber sido salvado «de la muerte de un modo milagroso» y concluye considerando la prolongación de su pontificado como una nueva

vida donada por Dios. Todo ello me parece que confirma la existencia de una misteriosa relación entre este papa y el fraile estigmatizado.

Por otro lado, el padre parece tener una misión de protección especial del papado en sí mismo. Ya hemos visto cuán consciente de ello y grato le era el papa Pío XII. Análogo es el caso de Pablo VI (con quien estaba unido por una antigua amistad: fue Pablo VI, recién elegido, quien restituyó al fraile la plena libertad para ejercer su ministerio).

Las propias circunstancias de la muerte del fraile estigmatizado podrían ocultar un misterio, un ofrecimiento de sí mismo que atañe precisamente al papado. En efecto, la situación de la Iglesia, en aquel otoño de 1968 (*es la fiesta del Santísimo Nombre de María, que fue instituida por el papa Inocencio XI, como señal de agradecimiento ante la victoria contra los turcos en el asedio de Roma -12 de septiembre de 1683-. Aquella victoria, totalmente inimaginable a causa de la desproporción de fuerzas, impidió, en definitiva, a los turcos la invasión de Europa y llegar a Roma, donde habrían desarraigado el cristianismo imponiendo el islam a los pueblos sometidos*) era de lo más oscuro. Precisamente diez días antes de morir, el 12 de septiembre de 1968, el padre dirige una carta pública al papa Pablo VI.

El suceso es totalmente insólito y debe ser comprendido. Jamás había hecho el padre Pío nada parecido. ¿Cuáles fueron las razones? Principalmente la terrible crisis que estaba a punto de estallar en la Iglesia. El periodo posterior al concilio, como llegó a decir Pablo VI, se reveló, en vez del alba de una jornada radiante, un día oscuro y tempestuoso. Sobre todo, con la publicación de la encíclica *Humanae vitae*, sobre las espinosas cuestiones de moral sexual, explotó toda la carga de rebelión contra el papado que se estaba incubando en el seno de la Iglesia, incluso entre teólogos y pastores. El pontífice se halló solo, incomprendido y sometido a ataques. El padre Pío, con aquel gesto clamoroso, corrió en defensa del papado y de la Iglesia amenazada por una de las más trágicas

crisis de su historia (fue la época en la que estalló la crisis del clero precedida de la fallida revelación del Tercer secreto de Fátima, que el padre Pío conoció y al que él mismo está unido. No fue una casualidad el que la famosa curación milagrosa que la estatuilla de la Virgen de Fátima obró precisamente en San Giovanni Rotondo, sobre el padre Pío, ocurriera en el mismo mes, agosto de 1959, en el que en Roma Juan XXIII leyó y decidió decretar como secreto el Tercer secreto. La Virgen de Fátima —diez días antes de esa lectura pontificia— le había dado una señal extraordinaria al papa, pero Roncalli decidió no respetar la orden que la Virgen le había dado a través de sor Lucia, de divulgar el Tercer secreto en 1960).

En primer lugar, el padre —dirigiéndose al papa— exhortó a la orden de los capuchinos a estar «cada vez más dispuesta a acudir a atender las necesidades de la Madre Iglesia, ante un gesto de Vuestra Santidad».

Después evocando los sufrimientos del pontífice «por la suerte de la Iglesia, por la paz del mundo, por las numerosas necesidades de los pueblos, pero sobre todo por la falta de obediencia de algunos, incluso católicos», ofrece como reparación sus cotidianas plegarias y sufrimientos «como modesta pero sincera preocupación del último» de sus hijos.

Después —para subrayar que el drama estribaba precisamente en esa autodemolición de la Iglesia, en aquel intento de demolición del papado— da las gracias al papa por la «palabra clara y decidida» pronunciada con la *Humanae vitae*: «Reafirmo mi fe, mi incondicional obediencia a Vuestras iluminadas directrices», escribía el padre Pío. Y al final solicita una bendición para él, para sus hermanos, para sus hijos espirituales, para los grupos de oración, para los enfermos y para todas las iniciativas puestas en marcha.

No era únicamente una señal de ánimo para un papa sometido a un duro ataque, en un momento de enorme disgregación. Y no era sólo un genérico ofrecimiento de plegarias y sacrificios. Era el ofrecimiento al fin definitivo de la víctima en defensa de la Iglesia en un momento de tinieblas.

En efecto, esta vez el padre Pío inmoló su propia vida: la Iglesia, el papa y la paz del mundo eran por lo demás los objetivos solicitados por Benedicto XV en aquel lejano mayo de 1918 y asumidos como propios por el joven padre Pío, que por ello se ofreció como «víctima». Ahora se realizaban plenamente, aunque fuera a medio siglo de distancia. Al cabo de cincuenta años de martirio y de crucifixión que le habían sido predichos al principio: «Jesús, su adorada Madre (...) me están animando, sin dejar de repetirme que la víctima para llamarse tal, es necesario que pierda toda su sangre». Por lo tanto, diez días después de esa carta a Pablo VI, una vez transcurrido el 50° aniversario de sus estigmas (el 20 de septiembre), el padre Pío falleció. Quién sabe si Pablo VI no estaría pensando precisamente en el padre Pío —a cuya plegaria y oferta siempre se había encomendado— cuando, el 25 de febrero de 1970, dijo: «También la Iglesia tiene necesidad de ser salvada por alguien que sufra, por alguien que lleve escrita dentro de él la Pasión de Cristo».

Ha escrito Cleonice Morcaldi: «Un personaje del Vaticano, que siempre apreció al padre Pío y siempre le pedía consejo, vino en los días en los que el padre estaba aún en el ataúd, lo miró y dijo: “El padre Pío ha muerto de dolor por lo que está ocurriendo en la Iglesia de Dios”. Esa frase me impresionó. Tenía razón».

También hay otros testigos que hablan de la percepción dramática que el padre tenía del momento por el que estaba pasando la Iglesia: «En los últimos días de su vida había algo que le hacía sufrir: “¡Permanecemos callados frente al mal! ¡No se habla del más allá; ya no existen los Novísimos!”».

Y hay un episodio que confirma más aún el significado de sacrificio expiatorio de esa muerte. En torno al 20 de septiembre, en efecto, nada hacía pensar que el estado de salud del padre, por precario que fuera, pudiera llevarlo al cabo de unas horas a la muerte. Esto fue lo que sucedió. Un sacerdote, fundador de una obra de caridad, le pidió al padre que se ofreciera por los

sacerdotes, la Iglesia, el papa y la paz según la petición de la Virgen de Fátima.

El padre contestó refirmando el ofrecimiento de sí mismo, diciendo que ya lo había hecho y renovado muchas otras veces. Pocas horas después, en la noche entre el 22 y el 23 de septiembre, murió. Considero que puede decirse literalmente que ese ofrecimiento, que había durado toda una vida, fue aceptada al fin literalmente. Hay también un pequeño episodio que ilumina esas horas de la inmolación: la respuesta de la Virgen.

El 19 de septiembre, por el aniversario de los estigmas, le fue entregado como obsequio un bonito ramo de rosas rojas por un señor que venía de Nápoles. El escogió una especialmente bella y se la confió a ese hombre, pidiéndole que la llevara como regalo a la Virgen del Santuario de Pompeya, invocada por él desde joven para que le llevara al Cielo. Al día siguiente llegó a su destino. Una monja la colocó en un ramo de flores que estaba sobre el altar. Tres días después, el 23 de septiembre, cuando llegó hasta Pompeya la noticia de la muerte del padre, esa misma monja se acercó al pie del altar a rezar, después se levantó para quitar las flores, ya marchitas, y en ese momento se dio cuenta de que la rosa del padre Pío no se había marchitado en absoluto, al contrario, se había cerrado en un espléndido capullo. El padre Alberto D Apolito testimonió que visitó el santuario un año después y, tras tanto tiempo transcurrido, «pude ver esa rosa conservada en un estuche de cristal» fresca aún».

El significado de esta señal está claro. El sacrificio del padre Pío supuso para la Iglesia la liberación de algo terrorífico, acaso una desintegración para la que, en esos meses, se daban todas las premisas. Y probablemente propició gracias inmensas (como el pontificado de Juan Pablo II). La confirmación la dio la propia Virgen apareciéndose a Luigina Sinapi, hija espiritual del padre Pío con dones sobrenaturales, sobre quien la diócesis de Roma ha abierto en 2004 el proceso de beatificación. A ella, la Virgen le explicó así la muerte del padre Pío en aquel momento: «Hacía falta una gran víctima en los momentos actuales de la Iglesia».

EL MISTERIO DE LA TUMBA

El 13 de febrero de 1995, en el semanario Gente, da comienzo la publicación de un largo memorial. Lleva la firma del profesor Giuseppe Sala, que fue durante trece años el médico personal del padre Pío: de 1955 hasta el 23 de septiembre de 1968. Fue él quien asistió al santo en sus últimos minutos de vida. Sala, durante años, se había negado a hablar. Pero al final, con ese interesante documento, relató con todo lujo de detalles las últimas horas del padre Pío, de quien era amigo.

Con toda razón ha subrayado Enrico Malatesta su importancia. Dos son los detalles que nos interesan aquí. El primero: Sala cuenta que la mañana del 24 de septiembre se presentaron tres señores «enviados por el Vaticano para efectuar la autopsia del cuerpo del padre Pío». Sala —sobre quien recaía la responsabilidad de todo— se opuso con una inexpugnable negativa y la cosa no siguió adelante. Pero ¿por qué quería realizar el Vaticano esa autopsia? En opinión de Sala «no se hubieran limitado a la necropsia con finalidad científica», sino que «habrían seccionado (...) el cadáver del fraile de Pietrelcina» y muchas reliquias habrían partido para distintos destinos. Pero esta suposición del médico no resulta del todo convincente.

Aún más sorprendente es el segundo elemento del memorial, que se halla en la parte final. Sorprendente, sobre todo, si se considera quien lo firma, un estudioso serio y de pocas palabras:

«Sigo teniendo amistades entre los vértices del Vaticano. Alguien me ha dicho que hace tres años la Santa Sede quiso realizar al parecer una inspección en el sepulcro del padre Pío. Cuando escuché un rumor así, surgió en mi interior un interrogante: «¿Cómo se habrá conservado el cuerpo del padre Pío?», sigo preguntándome. Tengo dos hipótesis, que me son dictadas por algo irracional. El cadáver del padre Pío podría no estar ya ahí. No porque haya sido sustraído, una operación semejante sería imposible. Sino porque su cuerpo podría haber volado al Cielo. Pero si estuviera aún dentro de la tumba instalada en la cripta del convento, estoy seguro de que el cadáver seguiría estando intacto».

¿Qué significan esas «hipótesis» que Sala define como «irracionales», pero que él, médico racionalísimo, no deja de formular? ¿Y llegó a realizarse la inspección del cuerpo del padre Pío? Se lo pregunto al padre Florio Tessari, postulador general de los capuchinos, y al padre Paulino Rossi, que precisamente ha seguido la causa del padre Pío.

«No», me contestan después de un instante de silencio, «no se ha realizado».

Qué extraño, observo, en general suele hacerse durante un proceso de canonización, sobre todo en el caso de un santo tan popular y venerado. Se me dice que podrían plantearse problemas de conservación del cuerpo, pero no alcanzo a ver qué clase de problemas no podrían ser resueltos tranquilamente. Se me explica entonces que sigue viva una animada discusión entre quienes quieren trasladar el cuerpo a la iglesia nueva, apenas construida con ese fin entre otras cosas, dotada del espacio adecuado, y quienes prefieren dejarlo donde está. De manera que se ha evitado la inspección porque no se ha tomado aún una decisión sobre la colocación definitiva de la tumba.

Ya veremos qué solución se adoptará. Entre tanto, marco una página del diario del padre Agostino que se refiere a un diálogo con el padre Pío del 25 de septiembre de 1932, durante la primera persecución del padre: «Al preguntar al padre cómo podía soportar

la nueva prueba, contestó: “Desde luego es dolorosa (...) pero, gracias a Dios, estoy soportándolo todo con resignación. Me siento cada vez más solo (...) pero fiat! (...)” Después, casi en broma, añadió: “El alma no nos la tocan, porque es de Dios (...) también el cuerpo, bajo tierra o sobre la tierra será respetado (...)”».

¿Qué significan esas palabras que el padre Pío indudablemente no dijo por casualidad? Se pueden plantear diversas hipótesis. En cualquier caso, es difícil aclarar del todo el misterio. Un misterio es «cómo» se aparece aún hoy el padre Pío. Una de sus hijas espirituales, Margherita Cassano, a quien se le apareció por primera vez un año después de su muerte, ha atestiguado que lo vio «en carne y hueso». Llegó a decir después que incluso «recogía los hierbajos del jardín», un gesto de significado simbólico, pero que no deja de ser un gesto físico.⁴ Otra hija espiritual cuyo testimonio he recogido recibió la visita del padre mientras se hallaba en el hospital y tenía un brazo ensangrentado a causa de un goteo que se le había salido de la vena. El padre le acarició la herida y ella está segura de haber visto que sus dedos estaban manchados de sangre. Si eso es posible y cómo puede serlo no nos corresponde a nosotros juzgarlo. Pero tengo que subrayar que esos detalles son referidos con absoluta naturalidad y espontaneidad, casi casualmente, sin que las testigos se mostraran conscientes de la importancia de ese detalle y de sus implicaciones. Por lo demás, a Luigina Sapi- pina, de quien ya hemos hablado, la Virgen, en su aparición del 11 de octubre de 1968, le confió dos cosas que dan que pensar. La primera atañe a los estigmas y a la futura exhumación: «El padre Pío me pidió que los estigmas se cerraran por lo menos a su muerte. Y yo le contenté, respondiendo a su espíritu de humildad. Las heridas sólo se cerraron exteriormente porque los orificios siguen estando allí, entre los huesos. Los estigmas siguen allí, como también sigue atravesado el corazón. Lo veréis en su exhumación».

En otra aparición, la Virgen, a propósito de la «glorificación del padre Pío», añadió: «¡Quédate tranquila! Ya me encargo yo. Y

cuando ocurra, todos quedarán maravillados ante la intervención con la que Jesús glorificará al padre».

Podría ser una alusión al extraordinario milagro del pequeño Matteo, que llevó a su canonización. ¿O a otra cosa que aún ha de suceder?

¿ES UN SANTO CRUCIFICADO? ¡PERSIGÁMOSLO!

La Iglesia no tiene enemigos peores que los sacerdotes.
SAN VICENTE DE PAÚL

No olvidéis cuántas personas han sido proclamadas santas,
a pesar de que el Santo Oficio las hubiera atacado y condenado.
PÍO XII, HABLANDO DEL PADRE PÍO

Francesco Forgione —que es, en realidad, el padre Pío— nació el 25 de mayo de 1887. Su trayectoria es excepcional y está «marcada» por la evidencia de los designios de Dios. Tomemos algunas «casuales» coincidencias de fechas. El día en que nació, el 25 de mayo, se recuerda la consagración de la basílica de San Francisco de Asís, que fue considerada un alter Christus, entre otras cosas, por esa misteriosa y prodigiosa señal de los estigmas que recibió en la Verna. Fue el primer estigmatizado. Este hijo espiritual suyo, que lleva su mismo nombre de bautismo, Francesco, y que vestirá el sayo de su orden, será el primer sacerdote estigmatizado de la historia, él también un alter Christus en el corazón de la modernidad (*la coincidencia del día del nacimiento del padre Pío con el aniversario de la consagración de la basílica de San Francisco de Asís induce a recordar la constitución Fidelis*

Dominium del papa Benedicto XIV, en la que se lee: «El Señor siempre fiel a sus promesas, que repetidamente ha declarado en las Sacras Escrituras que exaltará a quienes halle conformes a su Hijo en la humildad, no solamente los reviste admirablemente de honores y de gloria en el reino celeste, sino que para reavivar y robustecer la fe de los hombres, ha dispuesto en su sabiduría que su memoria resplandezca gloriosa en la tierra también. Es precisamente lo que vemos realizado en la glorificación del beato Francesco. El se esforzó durante toda su vida por aparecer como vil ante sí mismo y ante los demás; y hoy por juicio y pronunciamiento de la Iglesia es honrado y venerado entre los amigos de Dios en el Cielo y en toda la tierra. Y también su cuerpo, que llevó hasta la muerte los signos de la Pasión de Cristo, fue glorificado después con tales signos y prodigios celestes, y circundado de tamaña veneración por parte del pueblo cristiano que su sepulcro glorioso es más honrado que los monumentos de los grandes de la tierra». Parece lógico pensar que el Cielo quiso honrar en la tierra a San Francisco haciendo que naciera «otro Francisco» que llevara su sayo y sus mismos estigmas).

Otra misteriosa coincidencia: el año. Hay otro Francesco, aunque del lado del enemigo anticlerical, Crispi, que precisamente en 1887, año de nacimiento del padre Pío, emitió una serie de leyes anticlericales, entre las que se contaba la retirada de los crucifijos de las aulas escolares del Reino de Italia. Se diría que precisamente cuando el poder reniega de las raíces cristianas del país y borra los crucifijos en Italia, el Cielo nos dona a un hombre que lleva los signos del crucificado en su carne.

Además, la aparición de los estigmas visibles tuvo lugar un 20 de septiembre (de 1918), que es el día en el que las tropas de los Saboya tomaron Porta Pia en 1870, poniendo fin al milenarismo poder temporal del papa, pero, sobre todo, atestando el primer y tremendo golpe moderno al papado y a la Iglesia. (*Los estigmas invisibles fueron recibidos por el padre Pío el 8 de septiembre de 1911. El 8 de*

septiembre es la fiesta de la Natividad de María. Será también un 8 de septiembre del año 1943 la fecha del fin del reino de Italia de los Saboya).

Precisamente en los años en los que nacía Francesco Forgione, el papa León XIII tuvo la terrible visión de la basílica de San Pedro sacudida por los demonios desde sus mismos cimientos y la revelación de la grave prueba de la Iglesia que entraba en la época de las persecuciones, en la época de su crucifixión.

En esos mismos meses, Friedrich Nietzsche anunciaba al mundo el tiempo del Anticristo: «¡Dios ha muerto!».

Y el Cielo contestó: con el padre Pío y con Fátima. De forma increíble, ambos encontraron sus opositores y sus adversarios especialmente en el mundo eclesiástico. De cómo a la propia Virgen no se le escuchó y hasta se le amordazó me he ocupado en mi libro *Il quarto segreto di Fatima* (Rizzoli, 2006). Por desgracia, lo mismo se hizo con el padre Pío y, en ambos casos, todo sucedió bajo los pontificados de Pío XI y Juan XXIII. Entran ganas de decir que hasta donde no llegan los perseguidores, los poderes anticristianos, llegan a menudo los eclesiásticos. El cardenal Consalvi, secretario de estado vaticano, le dijo un día a Napoleón: «Si los curas no han sido capaces de derribar la Iglesia, ¿cómo podríais hacerlo vos?».

En efecto, una cosa es la Iglesia, otra cosa son los hombres de la Iglesia. Los hombres de la Iglesia quemaron a Juana de Arco, la Iglesia la hizo santa. Los hombres de la Iglesia persiguieron a José de Cupertino, a José de Calasanz y a don Bosco, la Iglesia los hizo santos. Los hombres de la Iglesia humillaron, enlodaron y persiguieron al padre Pío, pero la Iglesia le hizo santo. Con excesiva facilidad se elude hoy ese drama, minimizando las persecuciones padecidas por el padre Pío, que quedan degradadas a triviales «incomprensiones».

No fue así. El padre Gerardo di Flumeri, vicepostulador de la causa, ha escrito: «A causa de los estigmas, se sospechó que el padre Pío era un estafador, un mixtificador, un neurótico, un obseso.

Y esas sospechas no sólo provenían de los descreídos, de los ateos, sino incluso de algunos hermanos suyos, de algún superior y también de las autoridades eclesíásticas. El padre Pío sufrió condenas del Santo Oficio y restricciones a su libertad de apostolado».

Hoy, en la Iglesia, se ha querido olvidar estos sucesos. Casi como si el hecho de la canonización (que por lo demás fue obstaculizada de todas las maneras posibles) obligara a echar «pelillos a la mar» en lo que a esas persecuciones se refiere, de modo que nadie reconoce hoy el mal que se hizo, nadie pide disculpas y todos, conservando la misma mentalidad, pueden seguir persiguiendo a otros santos de hoy.

O sin rectificar nada ante quienes han sido injustamente perseguidos, como los padres Atilio Negrisola y Nello Castello. La suya, al margen de la historia del padre Pío, es un caso emblemático que merece ser relatado. Reconstruyámoslo, dando la palabra a un sacerdote acreditado como el padre Amorth: «Unos graves sucesos tuvieron lugar en aquella época. Entre los años 1955 y 1958 se produjo el derrumbe del banquero Giovanbattista Giuffré, que era depositario de un montón de millones pertenecientes a capuchinos de muchas casas, así como al obispo de Padua, monseñor Bortignon». La quiebra de Giuffré dejó al obispo de Padua y a algunas órdenes religiosas con lo puesto.

¿Qué se podía hacer? Cuenta Amorth que muchos pusieron los ojos en las donaciones que le llegaban al padre Pío para la Casa Alivio del Sufrimiento y «era muy fuerte la tentación de desviar ese dinero para cubrir los agujeros financieros que había dejado la quiebra del banquero. Pero el padre Pío se mostró inflexible: el dinero que se recibía de las donaciones debía ser usado según las intenciones de los donantes. Y al igual que él, fueron inflexibles otros sacerdotes, que recibían donaciones para pasárselas al padre Pío, aún a costa de sufrir sanciones canónicas».

Ese fue el caso de dos jóvenes sacerdotes paduanos, animadores de los grupos de oración que el padre Pío había

promovido en obediencia a cuanto había sido solicitado por Pío XII.

El obispo Bortignon —que debía financiar algunas iniciativas diocesanas y se hallaba en serias dificultades— llegó incluso a suspender a divinis al padre Negrisolo y al padre Castello. De esta forma lo que ocurría era que, en la Iglesia del concilio (ésta en la que, según sostenía el papa Juan XXIII, no debían existir ya anatemas ni condenas) no eran los curas indignos ni los herejes los que recibían la suspensión a divinis, sino dos sacerdotes llenos de fe y de enorme celo apostólico. Y, según Ternavasio, «no contento de la que había organizado, el obispo se aprovechó de su amistad personal con el nuevo papa Juan XXIII para denigrar ulteriormente al fraile con los estigmas». En cualquier caso, no puede decirse que fuera Bortignon la causa de todos los problemas. Estamos en el momento de la segunda terrible persecución contra el padre Pío con todo lo que sigue (la dramática inspección de monseñor Maccari, más tarde el escandaloso asunto de los «micrófonos» que llegó incluso hasta Roma, y podríamos seguir).

El padre Pío resultó muy afectado. Y sí consiguió salir de ello fue gracias a la elección del nuevo papa, Pablo VI, quien lo consideraba un santo y lo apreciaba. Los dos pobres sacerdotes paduanos vivieron años de sufrimientos y humillaciones, al ser hombres de fe para quienes la privación del sacerdocio era una terrible marca. Vivieron como exiliados. Al final, gracias a la intervención del propio Pablo VI, les fue reconocida la injusticia padecida, se les levantó la suspensión y pudieron reemprender la actividad sacerdotal. Pero —atención— no en su diócesis de Padua.

Esa fue y sigue siendo la inaudita paradoja. Dos sacerdotes son injustamente castigados por el obispo, la Santa Sede les levanta la suspensión, pero los sucesores de aquel obispo en la diócesis de Padua no han llegado a anular de hecho esa condena para no desmentir a su predecesor y no tener que reconocer la culpa. Un reflejo, se diría, corporativo.

Así, mientras la Iglesia proclama en el mundo la dignidad de la persona humana, los hombres de la Iglesia atacan y humillan la dignidad de personas indefensas y se niegan a desagraviarlas incluso cuando la Iglesia les da la razón.

Tal vea sea ésa la razón por la que en el mundo católico y eclesiástico no se ha llegado a hacer nunca una reflexión seria y leal acerca de por qué tantos santos han sido perseguidos por la burocracia clerical. En lo que a la persecución contra el padre Pío se refiere, el manto de olvido es tal que incluso un periodista católico generalmente moderado como Renzo Allegri escribió —tras la canonización— palabras de fuego: «La Iglesia, que hoy reconoce la santidad de este gran hombre, entonces, cuando las señales de la santidad se mostraban en él de forma clamorosa mediante estigmas, milagros, conversiones, lo condenó. Y, repetidamente, sometiéndolo a persecución. El justo, el inocente era condenado, mientras que los bribones, los estafadores recibían crédito y estima».

Tal vez sean expresiones excesivamente duras. Pero Allegri está dando voz al sentimiento de muchos fieles que aguardan de los eclesiásticos el reconocimiento de los errores cometidos y de los sufrimientos infligidos al padre. Algo que no ha tenido lugar. El propio Allegri, hablando de la primera persecución, escribe: «El 16 de julio de 1933, después de once años de persecución y veinticinco meses de segregación absoluta, el capuchino retomó su ministerio sacerdotal. Hablando con monseñor Cuccarollo, Pío XI dijo: “Es la primera vez que el Santo Oficio se traga sus decretos”. Pero no era cierto, porque el Santo Oficio no promulgó jamás decreto alguno para abolir la condena que había infligido al padre».

El cardenal Siri fue, de entre los príncipes de la Iglesia, el único que tuvo el valor —antes de la canonización, además— de reconocer la responsabilidad de los pastores. Dijo: «Al padre Pío le ocurrió como a Nuestro Señor, que sólo lo entendieron los buenos campesinos de Galilea, de su maravillosa Galilea. Y no le

entendieron en absoluto, de forma contumaz, los sabihondos de Jerusalén, quienes provocaron su condena a la crucifixión».

Sobre esas responsabilidades clericales ha caído hoy un férreo manto del olvido, hasta tal punto que alguno de ellos podría ser proclamado beato y santo, incluso. Y, sin embargo, Juan Pablo II, con sus clamorosos mea culpa sobre el pasado, enseñó meritoriamente a los hombres de la Iglesia a pedir perdón. Haciendo que se pudiera reconocer la obligada distinción entre las culpas de los hombres de la Iglesia, que deben ser reconocidas, y la (santidad de la) Iglesia.

Tienden, por el contrario, a ocultar esa distinción tanto los clericales como los anticlericales. Los primeros para no reconocer sus culpas y no tener que pedir perdón, ocultando sus propias imperfecciones detrás de la Iglesia y pretendiendo la omertá, el silencio cómplice, acusando a quienes los critican de ataques contra la Iglesia. Los segundos, los anticlericales, por una razón especular: para poder echar encima a la Iglesia las culpas de los hombres de la Iglesia y poder así enfangar a Cristo.

Pero la distinción entre la Iglesia y los hombres de la Iglesia es obligada y de naturaleza teológica, no una astucia táctica. La Iglesia, en efecto, no es la suma de los cristianos (eso podría ser si acaso un partido político). La Iglesia está constituida, en cambio, por el misterio de Cristo real y misteriosamente presente entre ellos. Así, resulta posible que por amor hacia la Iglesia deban denunciarse — como hizo Juan Pablo II— graves culpas de los hombres de la Iglesia.

En pasado era así. San Antonio de Padua, gran doctor y predicador, incitaba a los predicadores a denunciar también las culpas de los prelados, porque «quien calla la verdad, reniega de Cristo»(*San Antonio afirmaba: «No es lícito renunciar a la verdad por temor al escándalo». Por más que esos prelados que son «como vacas gordas en los montes de Samaría» intenten hacer callar al predicador comportándose como «la vaca salvaje que lanza desde lejos su estiércol»*). En la Edad Media, la época más Cristina

de la historia, lo tenían perfectamente claro: Dante podría representar a papas y cardenales en el infierno y los artistas de las catedrales representaban habitualmente el infierno con algún eclesiástico dentro (véase el púlpito de Nicolás Pisano en la catedral de Siena), porque la Iglesia aleccionaba que no era el estatus eclesiástico lo que otorgaba la salvación. Todo lo contrario. A causa de esa sacrosanta libertad de los hijos de Dios, Santa Catalina de Siena apostrofaba a los hombres de la Iglesia hasta llamar «demonios encarnados» a algunos cardenales cismáticos y lo hacía por amor hacia la Iglesia de Cristo y en su defensa.

También en nuestros tiempos se han alzado estas voces proféticas. Basta recordar la denuncia dramática del propio cardenal Ratzinger en el histórico Vía Crucis de 2005: «¿No deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. (...) ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! (...) La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor».

La indignidad de los ministros es un tema recurrente desde la Edad Media y, por dramático que sea, tiene su explicación en el horizonte cristiano: la lucha de las tinieblas contra la luz es un proceso corriente en cualquier hombre. Lo que no se entiende, en cambio, algo para lo que no se halla explicación es otro fenómeno. ¿Por qué razón es tan frecuente en la Iglesia que eclesiásticos manchados con graves culpas hayan sido ocultados y se hayan librado del castigo durante mucho tiempo y, en cambio, santos como el padre Pío hayan sido vejados, perseguidos y hasta suspendidos de sus sacramentos? Esto resulta difícil de explicar. Allí donde se debía intervenir con determinación no se hizo. Allá donde se manifestaba «el dedo de Dios» se reaccionó con gran dureza.

Y —lo que aún resulta más incompresible— a menudo quienes atacaban a lo santos eran eclesiásticos de bien, dignos, diligentes, promovidos a altos cargos y, en ocasiones, hasta candidatos a la beatificación. ¿Por qué? ¿Cuál puede ser la razón? Es una lógica corporativa que parece no ser ajena ni siquiera a quienes son dignos pastores. Los hombres de la Iglesia, instintivamente (y con pocas excepciones inspiradas por la gracia) actúan en tutela de su propia casta. La defensa corporativista no es la defensa de la Iglesia, sino únicamente del poder de los hombres de la Iglesia. Y es un asunto muy turbio.

Porque, de esta manera, los defectos del clero, que amenazan con desacreditar a la categoría, acaban (a menudo) por ser ocultados o minimizados con la excusa de que en caso contrario se desacredita a la Iglesia. Mientras que los santos acaban por ser atacados porque desestabilizan el ordenamiento y el poder de la burocracia clerical. En efecto, hacen evidente que todo pertenece a Dios y a su misteriosa iniciativa. Quien elige a quien quiere, incluso —por poner el ejemplo de Fátima— a tres niños, solicitando a las altas jerarquías que les presten atención y que hagan humildemente lo que Dios les pide. Ante los santos, queda claro que a la jerarquía sólo le cabe reconocer aquello que el Espíritu Santo realiza y que no puede pretender ser la dueña de la fe de los demás ni del templo de Dios.

Ese instinto corporativo se muestra con evidencia incluso en buenos pastores y en eclesiásticos que aman realmente a la Iglesia. Si repasamos la lista de quienes, en la Iglesia de Dios, persiguieron, humillaron o se lanzaron al ataque del padre Pío, hallamos todos los distintos ejemplares del mundo clerical del siglo XX: desde el eminente intelectual católico al clero metido en líos con un crac financiero como el de Giuffré; desde el Santo Oficio de Pío XI a los hombres de Juan XXIII; desde el clero de dudosa fama al más diligente y fiel, pasando hasta por quienes obtuvieron beneficios del padre Pío.

Y todos actuaron a pesar de que el padre Pío fuera un sacerdote ejemplar, mejor dicho, el mayor santo de nuestros tiempos. Durante la segunda persecución, que tuvo lugar durante el pontificado del «papa bueno», se llegó a excesos absurdos: no sólo el padre —sin culpa alguna— no pudo celebrar ya bodas ni bautizos, sino que tenía que celebrar la misa en media hora y nadie podía acercársele. Pese a su avanzada edad y a estar enfermo, se le retiró «el acompañante que le atendía desde hacía muchos años», se prohibió «toda manifestación de homenaje al padre, que se le besaran los estigmas, que se le ayudara a subir las escaleras, que se le llevara como era costumbre un vaso de cerveza en los días más calurosos. (Se) llega incluso a prohibir al viejo capuchino que llore durante la celebración de la misa». Y le fue prohibido «visitar a los enfermos en su clínica». Por si fuera poco, el padre se vio obligado nada menos que a seguir un determinado recorrido para desplazarse en el interior del convento (con el fin de no tropezarse con nadie) y se conminó con la suspensión a divinis a los frailes que dieran a los fieles objetos usados por el padre Pío. Hubo además otros excesos.

El argumento, invocado a menudo como atenuante, de que muchos santos fueron perseguidos en vida por la jerarquía no constituye un atenuante en absoluto, sino un agravante. En primer lugar, porque el pasado debería servir como una suerte de admonición: repetir los mismos errores y horrores ya perpetrados es diabólico. Quien incurre en ellos en un segundo momento es más culpable.

Además, la frecuencia de estas persecuciones contra los santos revela que la burocracia clerical corre continuamente el riesgo de caer en la lógica del Gran Inquisidor de Dostoievski, quien quiere gobernar por sí mismo a la Iglesia y no acepta que Jesucristo esté vivo, presente y operante hoy, aquí y que vivifique él mismo a su Iglesia suscitando santos e interviniendo en la historia humana.

Indudablemente, el padre Pío soportó todas las persecuciones en silencio. Se ofreció y se dejó enlodar. Perdonó hasta el extremo

de que en años sucesivos socorrió a algunos de quienes le habían causado tanto daño. Con todo, esta actitud no excusa a quienes lo vejaron y atacaron. Hoy viene invocada a menudo en el mundo eclesiástico como para decir que incluso las persecuciones contra los santos están permitidas por Dios para afinar su santidad y casi se insinúa que forman parte de los designios divinos.

Ese razonamiento es inaceptable y blasfemo. Como ha escrito Cleonice Morcaldi: «Bienaventurados los crucificados, pero pobres de quienes los crucifican» *(las palabras que esta inteligente hija espiritual del padre Pío escribe en su Diario son durísimas, pero deberían hacernos reflexionar seriamente. Son palabras que resultan insólitas hoy, en el clima servilmente clerical que envuelve el mundo católico, pero que recuerdan el tono enardecido de Santa Catalina de Siena contra determinados prelados: «¿A qué estáis aguardando para reconocer al mayor santo de nuestros tiempos? Pero vosotros no lo conocisteis, no habéis querido reconocerlo, para no recibir molestias. Demasiado fastidio causaba su santidad heroica a vuestra cómoda forma de vivir. Os acordasteis de él cuando sus enemigos se dirigieron a vosotros en busca de ayuda, entonces, sin mirarlo ni conocerlo, lo condenasteis, aprisionasteis, encadenasteis e impedisteis la salvación de muchas almas. Ése es un crimen que grava mucho sobre vuestra conciencia. Bienaventurados los crucificados, pero pobres de quienes los crucifican. Fariseos ciegos o, mejor dicho, hipócritas. Os creéis los amos del Reino de los Cielos porque tenéis sus llaves materiales: las que servirán para abriros las puertas del infierno, si no os arrepentís»).*

Dios sabe extraer incluso de semejantes circunstancias el bien. Sin embargo quienes han perseguido injustamente a los santos no quedan justificados por ello, ni mucho menos pueden sentirse un instrumento de Dios. Por el contrario, deberán rendir cuentas ante él, y las cuentas no serán cosa de poco. Hay un episodio que arroja luz sobre su responsabilidad.

Estamos en junio de 1931, cuando llega al convento de San Giovanni Rotondo el decreto del Santo Oficio con el que se niega el origen sobrenatural de los estigmas y se infligen duras sanciones contra el padre Pío, sin motivo alguno (puede seguir celebrando misa, pero sólo en una capilla y sin presencia de fieles). Es un golpe enorme contra la honorabilidad del pobre fraile, solo e indefenso, que lo encaja todo, sin embargo, con resignación. Emanuele Brunatto, quien se hallaba presente en el convento en el momento de la llegada del documento, anota este memorable episodio:

El padre Pío leyó el texto en silencio, sin que ningún músculo de su rostro traicionara la menor emoción. Al finalizar, hizo como si no pasara nada y desvió la conversación hacia un tema completamente distinto. Cuando llegó el momento de la siesta, se retiró. Yo le seguí. Al llegar a la celda, fue a cerrar los postigos de las ventanas y se demoró unos instantes como para contemplar a lo lejos la llanura soleada de Foggia. Después, de repente, se volvió y estalló en sollozos. Me arrojé a sus pies y le abracé las rodillas: «¡Padre mío, ya sabe usted cuánto le amamos! Que nuestro amor le sirva de consuelo». Su respuesta fue dura, casi un reproche: «¿Pero es que no entiendes, hijo mío, que no lloro por mí? Tendré menos trabajo y más mérito. Llora por todas esas almas que se verán privadas de mi testimonio precisamente por las personas que deberían defenderlas».

El escándalo dado ante los pequeños, los simples y la perdición de una sola alma, incluso, es algo enorme ante los ojos de Dios. El padre Amorth, amargamente, ha observado: «No he entendido nunca ni nunca entenderé la lucha de tantas autoridades eclesiales, religiosas y diocesanas contra quienes acudían a San Giovanni Rotondo, como si fuera un peligro para la fe. De esta forma, los auténticos peligros no fueron hostigados a tiempo y sólo se impidió que se hiciera el bien».

La Iglesia posconciliar casi se avergonzaba del padre Pío.

Por otra parte, el padre Luigi Giussani, en su última intervención, lanzó un dramático grito acerca del siglo XX, afirmando que los

hombres de la Iglesia se habían avergonzado del propio Cristo.

Se avergonzaron literalmente de creer en lo sobrenatural, que irrumpe, por ejemplo, con los milagros. Al no querer exponerse, al no querer refutar el escepticismo y la irrisión del mundo y de las ideologías, volvieron mundano a su cristianismo transformándolo en sociología, antropología, fermento ético, proyecto cultural, reduciéndolo a valores morales o humanitarios y sociales.

Se llegó incluso a edificar una teología, en la que la fe que había de seguirse era la llamada «fe pura», sin signos sensibles. Es decir, en definitiva, una fe sin razones y en la que no tenía cabida la iniciativa de Dios, que en ocasiones es clamorosa y extraordinaria. Por eso cayó sobre el padre Pío un velo de hostilidad e irrisión. Se le consideró un derrelicto de la Edad Media, el símbolo de un cristianismo de los milagros y de las señales que determinados «católicos adultos» aborrecen.

Lo que ocurre es que apariciones y acontecimientos sobrenaturales llenan la vida de los santos y de la Iglesia. También, y en especial, son los milagros habituales en la vida de los cristianos. Se producen (desde siempre) muchísimos y de todas clases, en los santuarios o por intercesión de los santos. A menudo son prodigios realmente excepcionales frente a los que la ciencia — tras cuidadosas valoraciones— se declara completamente incapaz de proporcionar una explicación natural. Y quien conoce el absoluto rigor que la Iglesia emplea para valorar el auténtico carácter sobrenatural de una curación, con la precisa exigencia de certificados médico-científicos (estoy pensando en Lourdes o en los milagros necesarios para las beatificaciones y las canonizaciones) sabe que estamos hablando de auténticos grandes milagros.

Es increíble que prestemos tan poca atención a la gran cantidad de gracias que recibe el pueblo cristiano. Y si es obvio que lo haga así el «mundo», siendo hostil a la Iglesia, mucho menos aceptable resulta en la propia cristiandad, entre tantos eclesiásticos y teólogos, incluso, que, considerando que debe hacerse profesión de moderno escepticismo, proclaman que la verdadera fe no tiene necesidad de

«signos» y que tales «signos» son, además, síntomas de superstición.

Desconozco a qué clase de fe están haciendo referencia. La cuestión, en todo caso, es que la verdadera fe cristiana tiene necesidad del reconocimiento del misterio de Cristo por parte de la razón. Santo Tomás dice que nada llega a la inteligencia si no pasa antes por los sentidos.

En efecto, la verdadera fe cristiana nació precisamente del supremo signo que representa Jesús resucitado, que se apareció de forma concreta a su gente, y de los signos bien concretos de la Pasión que llevaba marcados en su carne. Pero, por encima de todo, fue el propio Cristo quien nos otorgó los milagros como signo de reconocimiento de su presencia operante, a lo largo de los siglos, a través de los cristianos. Tras su resurrección, efectivamente, da el encargo a los apóstoles de la misión de evangelizar el mundo y ése es exactamente el final del Evangelio de San Marcos, el que se abre de par en par a los siglos futuros: «Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación (...). Estos son los signos que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien». San Marcos concluye de la siguiente forma: «Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al Cielo y se sentó a la diestra de Dios. Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con los signos que la acompañaban» (Mc 16, 15-20). En efecto, en el Evangelio de San Juan aparece recogida esta otra frase de Jesús proyectada proféticamente hacia el futuro: «El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún (...) Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré» (Jn 14, 12-13).

Por lo tanto, fue el propio Jesús quien quiso que la predicación cristiana estuviera fundada no sobre la tortuosa sabiduría humana (es decir, sobre los discursos de los intelectuales y de los clérigos),

sino sobre la potencia de Dios, que se manifiesta especialmente a través de los milagros y las profecías. Es la principal seña de identidad del cristianismo. Y es algo especialmente evidente en la predicación ardiente del apóstol misionero por excelencia, San Pablo (*«Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y de su poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios»* -1 Cor 2, 1-5) quien resalta con énfasis esta peculiaridad del cristianismo.

Orígenes subraya semejante originalidad del cristianismo: «Pero hemos de decir, además, que hay otra demostración propia de nuestra doctrina, más divina que la que se toma de la dialéctica griega. Esta demostración más divina la llama el apóstol (Pablo) la demostración de espíritu y de fuerza; de espíritu primeramente, por razón de las profecías capaces de persuadir a quienes las leen, señaladamente en lo que atañen a Cristo; de fuerza, en segundo lugar, por los milagros y prodigios que puede demostrarse haber sucedido»

En efecto, los milagros han seguido sucediendo e incluso «mayores aún» respecto a los del Evangelio, como predijo el propio Jesús. En el siglo XVIII, un filósofo que tomó parte en el ataque moderno al cristianismo, Gotthol E. Lessing, planteó objeciones precisas y un desafío a esa «demostración de espíritu y de fuerza». Un desafío que sigue siendo perfectamente actual hoy. Escribió: «Una cosa son los milagros que he tenido ocasión de ver y de examinar personalmente y otra los milagros de los que sólo tengo noticias historiográficas (...) si pudiera experimentar aún a día de hoy el más indiscutible cumplimiento de profecías que atañesen a Cristo o a la religión cristiana (...) y si fueran realizados aún por obra

de los cristianos milagros tales que yo tuviera que reconocer como verdaderos, entonces indudablemente nada me impediría aceptar esa «demostración de espíritu y de fuerza (...). Pero yo no me hallo en las condiciones de Orígenes, yo vivo en el siglo XVIII en el que ya no se dan los milagros».

¿Que ya no se dan milagros? También entre los santos de aquel siglo, el XVIII, a decir verdad eran innumerables los milagros. Y al cabo de no mucho —por poner un solo ejemplo— en un pueblecito de los Pirineos, Lourdes, con la aparición milagrosa de la Santa Virgen, una riada de extraordinarios milagros brotaría ante la estupefacta mirada de la ciencia y de la medicina modernas. Que han reconocido, en efecto, el misterio de tales curaciones.

Pero la cultura laica, con tal de hacer que prevalezcan sus propios prejuicios, llega a comportarse como el conocido escritor laico y positivista Emilio Zola, quien, tras acudir a Lourdes el 20 de agosto de 1892, en busca de pruebas para desenmascarar el pastel de Bernadette, recibió de la Virgen una clamorosa respuesta. Éste viajaba, en efecto, aquella mañana en el mismo «tren blanco» donde estaban, entre numerosos peregrinos, dos pobres mujeres tuberculosas, casi moribundas, Marie Lebranchu y Marie Lemarchand. Estas habían rogado que las llevaran a Lourdes ya como última esperanza. Y sus plegarias serán atendidas, porque la Virgen obtendrá para ellas el milagro de dos curaciones instantáneas e inexplicables. Curaciones absolutamente inimaginables y sorprendentes.

Todo esto ante la mirada del famoso escritor, quien «habló de ello en su novela, en efecto, pero inventándose la muerte de ambas beneficiarias del milagro tras una breve e ilusoria mejoría. Y dado que —escribe Vittorio Messori— una de las mujeres curadas, y de forma definitiva, no se resignaba a la falsedad y protestaba en los periódicos, Zola fue a verla y le ofreció dinero para que desapareciera de París (...)».

Este fúlgido ejemplo de laica objetividad y de respeto por los hechos es la mejor muestra de la seriedad con la que determinados

no creyentes se enfrentan a lo sobrenatural, es más, en este caso, incluso, a la ciencia, dado que ambas curaciones son hechos para la ciencia médica.

A quien repite hoy las palabras escépticas de Lessing se le pide que considere lealmente el caso —de nuestros días— del padre Pío, con la enorme cantidad de testimonios que han visto con sus propios ojos los milagros (comprobados por la ciencia) y con los muchos signos sobrenaturales que caracterizaron su presencia y su misión. Él representa el máximo ejemplo moderno de lo que el cristianismo «es» y de cómo se difunde en el mundo. El también puede decir con San Pablo: «Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y de su poder».

Parte cuarta MI GENERACIÓN

¿UN DIOS SEDIENTO DE SUFRIMIENTO HUMANO O DE AMOR?

El padre Pío recibió las llagas en su cuerpo, como Cristo,
para destruir los males y los sufrimientos del mundo
contemporáneo.

CARDENAL CORRADO URSI

La croix cest Dieu a l'oeuvre.

PAUL CLAUDEL

Si no implica la cruz, no es amor.

PADRE LUIGI GIUSSANI

Estamos en la Semana Santa de 1979. El padre Giussani (*Luigi Giussani (1922-2005) es el fundador del movimiento Comunción y Liberación. Su acusada personalidad cristiana ha sido punto de referencia para la Iglesia durante décadas. Sacerdote de gran capacidad de fascinación humana, supo acercar a generaciones de jóvenes a Jesucristo por todos los rincones del mundo. Fue especialmente estimado por Karol Wojtyla y por Joseph Ratzinger*) estaba hablando ante un millar de estudiantes universitarios. Yo me hallaba entre ellos. Vivíamos en una comunidad cristiana vivacísima

en la que florecía nuestra juventud. Vaqueros, barbas descuidadas, cabellos al viento y todos fascinados —chicos y chicas— con los ojos clavados en aquel hombre. Que sabía hacer que nuestro corazón latiera como a los viandantes de Emaús cuando escuchaban a Jesús: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?» (Lc, 24,32).

El padre Giussani discurría de la Pasión del Señor, de la absurda condición del mundo moderno y de la maravillosa aventura de la vida, aquel día, leyéndonos las conmovedoras cartas de Emmanuel Mounier a su mujer, escritas en los años trágicos de la guerra, mientras él —uno de los más brillantes intelectuales franceses— se hallaba en el frente. Esas cartas trataban de su hija Françoise, una hermosa muchacha, la joya de ambos padres, quienes veían en ella la realización de su sueño. De repente, había contraído una grave meningitis que la había reducido en la práctica a la vida vegetativa (como diría el mundo).

Releo hoy mis notas de entonces. Son palabras dolientes, pero llenas de fe, de heroica caridad, de humanidad. Y de virilidad cristiana, especialmente allá donde Mounier rechaza «la psicología de la desventura», esa que hace a la gente decir «les ha ocurrido una gran desgracia». Mounier rebate: «Alguien realmente ha ocurrido, alguien grande, y no es una desgracia (...) No quedaba más que guardar silencio ante aquel joven misterio, que poco a poco nos fue invadiendo con su alegría. Recuerdo cuando llegaba de permiso (...) Me sentía, al acercarme a esa pequeña cama sin voz, como si estuviera yendo a un altar, a un lugar sagrado, en el que Dios me hablaba a través de una señal. Una tristeza que, aunque me hería hasta lo más profundo, era ligera, transfigurada. Y a su alrededor, no encuentro otras palabras, todo era adoración».

Giussani subrayaba con ímpetu qué inmenso milagro es que un padre viva de esa forma su tragedia: «Un milagro que te endereza una pierna o hace que resucite un muerto, ¿qué es frente a un milagro así?». Y todos nosotros nos sentíamos arrebatados por aquellas palabras vertiginosas de un padre que ama hasta la locura

a su niña, pero que al verla en esas condiciones y, contemplando su mirada perdida en el vacío, piensa en la bondad de Dios y llega a escribir: «Un misterio que puede ser sólo de bondad, hay que atreverse a decirlo: una gracia demasiado grande, una ostia viviente entre nosotros, muda como la ostia, radiante como ella (...)».

Y al final los dos padres llegan a ofrecer ese suplicio suyo a todos los seres humanos: «Ha llegado la guerra —escribe Mounier en otra carta— que la sumergió en la enorme miseria común (...) Pero a pesar de estos momentos atroces de soledad y de angustia, la guerra ha acabado por curarnos de la enfermedad de Françoise. Tantos inocentes desgarrados, tantos inocentes pisoteados; esta niña inmolada día tras día tal vez sea realmente nuestra presencia en el horror de estos tiempos».

Giussani comentaba, con su voz ronca y pasional: «¿Qué dimensión? ¡Percibir su dolor como parte de la redención universal que supone Cristo!». Osar hablar de inmolación y aceptarla. Mounier dice explícitamente, en otra carta, que se les exige esa oferta infinita. Habla de la mano de Dios que siente apoyada sobre sus hombros «y nos señala toda la miseria de los hombres, todo el desgarramiento de los hombres, de quienes odian, de quienes matan, de quienes se carcajean y de quienes son odiados, de quienes son asesinados, de quienes acaban deformados por la vida y por la dureza de los amos. ¿Y después? Nos enseña a esa pequeña niña, toda llena de nuestras imágenes del porvenir y no nos dice si se la quedará o nos la devolverá. Dejándonos en la incertidumbre nos dice dulcemente: “Dádmela, por ellos”. Y nosotros, dulcemente, juntos, corazón contra corazón, sin saber si él la conservará o nos la devolverá, nosotros se la damos. Nuestras pobres manos, débiles y pecadoras no bastan para rodearla y únicamente si la dejamos en Sus manos, tendremos entonces la certeza, la seguridad de volver a hallarla, siempre» (*Hay traducción española de esas cartas: Emmanuel Mounier, Cartas desde el dolor, Madrid, Encuentro, 1998.*).

Qué asombroso y vertiginoso es el cristianismo, nos decíamos al escuchar cosas así. Hace a la gente capaz de cosas divinas, realmente. Y, con todo, es una dimensión que nos hace temblar. En efecto, Giussani dejó caer aquel día estas palabras: «Esa niña era para Mounier el símbolo de Cristo en la cruz. Todos somos una sola cosa y es el sacrificio el que nos salva. No quiero insistir en este concepto que pocos de vosotros comprenderíais».

Esas palabras, en aquel momento, me resultaron incomprensibles. Giussani nos había hecho descubrir y experimentar que la amistad de Cristo es el significado y la felicidad de la existencia. Cada uno de nosotros provenía de historias distintas y, a menudo —en las turbulencias de aquellos años—, muy agitadas. Al conocer al padre Giussani habíamos empezado una vida nueva, y el gusto, la pasión, la inteligencia, el entusiasmo que da el conocimiento de Jesús, pertenecerle a él, con tantos hermanos, no tiene parangón. «No se comprende lo que es el cristianismo —nos decía— si no se entiende que Cristo es Dios hecho hombre para responder a las exigencias del hombre, a su sed de verdad y de felicidad, de justicia y de amor. En eso consiste nuestra amistad, en sernos de ayuda los unos a los otros en este cometido».

Para ser felices es por lo que nos hemos hecho cristianos. En efecto, el padre Giussani citaba siempre la promesa explícita que Jesús hace en el Evangelio: «el ciento por uno: ahora en el presente (...), con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna». Y las promesas de Jesús siempre se cumplen. Así pues, ¿a qué venían esas palabras («es el sacrificio el que nos salva [...]»)?

Con el tiempo habríamos de comprender que el sufrimiento no está en absoluto en contradicción con esa promesa de felicidad, al contrario, es su senda, porque el amor verdadero es darse y el sufrimiento es dar la propia carne y la propia sangre a quien se ama: «el dolor tiene una finalidad, participar en la redención del mundo, en la cruz de Cristo, hacer que el hombre se convierta más en sí

mismo, porque le hace volverse más consciente de sus límites y más amoroso que el resto de los hombres».

Giussani recordaba a menudo —porque expresaba su íntimo sentimiento— las palabras de Moeller sobre Jesús: «Yo creo que no podría seguir viviendo si dejara de oírle hablar». Y añadía: «No se puede amar a Aquel que está en la cruz sin sentir dolor por el hecho de que esté en la cruz».

Cuando la amistad con Jesús, como por sus doce amigos que empezaron a compartir con él cada día, se convierte en un amor tan grande, podemos volvernos capaces, por la gracia, de darlo todo, nuestra propia persona, por él. Como Pedro y los demás, que murieron casi todos en el martirio. Impresiona encontrar en algunas cartas juveniles de Giussani cierto tono de ofrecimiento que recuerda mucho al padre Pío.

El 3 de enero de 1946, por ejemplo, recibe la dramática carta de un amigo, otro joven sacerdote también, que se halla muy angustiado por la salud de su padre, y el padre Luigi vive con inmenso dolor el extravío de su amigo. De modo que le escribe: «Con el corazón de un hermano: puedes imaginarte cuánto desearía arrancarte del corazón la angustia que te oprime, arrebatártela y quedarme con ella».

¿No son ésas acaso las palabras que el Hijo de Dios nos dirige a cada uno de nosotros? ¿No es acaso por eso por lo que vino a morir en la cruz? Quiero subrayar que en aquellos meses, el padre Giussani se vio sometido a duras pruebas, cruces auténticas, y, con todo, esa carta a su amigo prosigue de esta forma: «Yo no debería atreverme a escribirte en estas circunstancias —yo, que no he llevado cruces hasta ahora en mi vida— a diferencia de ti, que has sufrido tanto (...). Pero me siento muy amigo tuyo, te quiero demasiado como para poder permanecer en silencio. Yo, en mi primera misa, le pedí a El una sola cosa para mí: que me tenga en la cruz con El. Porque la amistad es algo que nos deja inquietos ante la idea de que puedan separarnos del amigo. Es necesario ser, en el mayor grado posible, iguales, idénticos: unidos y amasados

juntos, adherentes el uno al otro como la luz se adhiere a los contornos de las cosas. Y si El está en la cruz, todo mi orgullo debe consistir en sentirme como El (...). Perdóname, pero tengo la impresión de estar tan convencido, que casi me parece poder decir que ha sido un extraño don de Aquel a quien amas lo que te has encontrado en casa (es decir, la prueba de la que hablábamos)».

Es sorprendente encontrar en la plegaria del corazón del padre Giussani, en su primera misa, la misma idéntica imploración del padre Pío («que me tenga en la cruz con El»). Y eso que se trata de dos hombres de Dios que tienen historias muy distintas. Hay también una frase de San Pablo que a los dos les gustaba citar para dar a entender cuánto cambian la identidad de una persona el bautismo, los sacramentos, el camino cristiano: «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 19-20).

Los santos, en efecto, son iconos de Cristo. Quienes se topan con ellos, tiene la sensación real de toparse con Jesús. Y así es. En su rostro resplandece el suyo. A tal punto que más de una vez se vio el rostro del padre Pío transformarse literalmente en el rostro de Jesús (ya lo veremos más adelante).

Y con todo —queriendo ser sinceros— permanece en mí —y creo que en todo el mundo— la repugnancia por el dolor, queda un resto de rebelión, queda la pregunta: ¿por qué nos ha salvado Jesús entregándose a un suplicio atroz? ¿Y por qué debemos seguirlo hasta allí?

Tras haber descubierto, para mi gran sorpresa, esta consonancia entre el padre Pío y el padre Giussani (quien, por lo demás, vivió también incomprendido y vejado durante años por el mundo eclesiástico), releo algunas páginas de este último, algunas meditaciones suyas acerca del Vía Crucis: «Hay un hecho tan grande como una montaña: Dios nos ha amado el primero», «nuestra vida Le pertenece»; «Este es el delito, el desfallecer del hombre ante sí mismo: el pecado. Que ensordecedora impotencia adquiere entonces esa palabra: pecado. Y se entiende que tal palabra desde sus orígenes, desde su raíz, es el olvido de Ti, oh,

Padre. Confiarse a él quiere decir seguirlo, aceptar sus leyes. Puede parecer sacrificio, pero es para la alegría. Nos conviene a nosotros esta senda en la que el sacrificio es condición para volvemos maduros, mayores (...) Aquel que consuela nos será dado».

Y prosigue: «Es en el sacrificio donde todo se vuelve verdadero, incluido tú mismo y tu propia vida», «no tiene belleza, ni un aspecto sugestivo el sacrificio. El sacrificio es Cristo que padece y muere». «Si prestamos atención a nuestros días, a cada input de sacrificio que, impuesto por la vocación, secundamos, nos percibimos realmente como redentores, como reconstructores de ciudades destruidas, redentores con Cristo (...); no podemos salir a la calle y mirar a los demás a la cara más que sintiendo una aflicción, un vehemente deseo de salvarlos. Es dentro de esa aflicción donde nos salvamos a nosotros mismos».

Pero ¿por qué tuvo Jesús que sufrir así? ¿No podía salvamos sin dejarse torturar de esa forma? En el lenguaje cristiano de otros tiempos, se decía que el sacrificio del Gólgota sirvió para aplacar la ira divina y reparar la ofensa hecha por los hombres a Dios con el pecado. Es la satisfacción vicaria (*la doctrina de la satisfacción vicaria es y sigue siendo doctrina de la Iglesia, proveniente sobre todo de San Anselmo de Aosta. Tal doctrina fue acusada de estar expresada en términos jurídicos y forenses, y se dijo que era imposible creer en un Dios que nos pide que desembolsemos un precio. Sin embargo, más allá del lenguaje, la doctrina de la satisfacción vicaria explicaba la realidad del pecado en toda su malicia, y la redención llevada a cabo por Cristo con su expiación «en mi lugar, en tu lugar» (ya está todo en los textos paulinos, y no sólo en los que hablan de expiación propiciación, etc.). Pero ¿por qué en los últimos años esta piedra miliar de la fe católica parece haberse oscurecido? En vísperas del concilio, la comisión teológica encargada de redactar los esquemas que habían de ser presentados para su discusión en el aula, había preparado uno con el título «De satisfatione Christi», que formaba el capítulo decimoprimer de un esquema más amplio «De depositio fidei puré*

custodiendo». En un pasaje del texto se decía: «Propitiatio autem, quae est Jesu Christus iustus, pro peccatis totius mundi, efficaciam satisfactoriam, quam vicariam vocant, revera habent». El texto concluía con la condena de los errores que atañían a la redención: «Este santo sínodo, bebiendo de la doctrina de la humana redención de la purísima fuente de la revelación y del perenne magisterio de la Iglesia, rechaza las opiniones de aquellos que estiman falsamente que el pecado no infiere una ofensa a Dios y que presumen afirmar que el sacrificio de Cristo en la cruz no tiene más valor y eficacia que la de ejemplo, de mérito y de liberación y no el de una verdadera satisfacción por la perversidad de los hombres». El capítulo fue discutido en la comisión cardenalicia, en la sesión del 23 de enero de 1962, y contó con el voto favorable de todos, pero a continuación decayó con todo el esquema a principios del concilio como consecuencia del hecho de que los esquemas preparatorios fueron eliminados).

En tiempos del padre Pío, era corriente expresarse así. Ese lenguaje hoy nos hiere, casi nos repugna. El propio papa Ratzinger, en su libro “Jesús de Nazaret”, describe el escándalo que nos invade a nosotros, los hombres modernos, ante el Inocente que «soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros dolores», ante aquel Jesús que «fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes».

También en la Iglesia se ha criticado la doctrina de la «satisfacción vicaria» porque —se ha dicho— da la idea de un Dios susceptible y ofendido como un déspota oriental que exige un resarcimiento de sangre, casi de un Dios que exige víctimas. Son expresiones que causan desconcierto.

Nosotros, hoy en día, quedamos casi horrorizados ante esta exigencia de víctimas, ante un Dios que parece sentir necesidad de los sufrimientos de esas mismas víctimas para conceder gracias, para conjurar el Mal, para salvar. Aun más sobrecogedor resulta si se conoce personalmente a alguna de esas personas que aceptan

voluntariamente, en el ocultamiento, padecer sufrimientos atroces (que se producen de forma no natural) por amor hacia Cristo, por la reparación de los pecados y para conjurar los sufrimientos ajenos.

El propio padre Pío se planteó en ciertos momentos estas preguntas. En una carta de 1912 se interrogaba acerca de este perturbador misterio del sufrimiento vicario: «Sobre los sufrimientos he sabido construirme una felicidad. Jesús mismo quiere mis sufrimientos; le hacen falta para las ánimas. Pero me pregunto, ¿qué alivio puedo darle con mi sufrimiento?! ¡Qué destino! ¡Oh, mi dulcísimo Jesús, hasta qué alturas has elevado el alma mía!». Después, añade: «Me da que pensar que un Dios se rebaje a mendigar penas de una vil criatura semejante. Pero, dime, amoroso Padre mío, ¿no quedará su pureza ensuciada por este corazón mío (...)? Reconozco que no tengo nada en mí que haya sido capaz de atraer las miradas de este dulcísimo Jesús nuestro. Su sola bondad ha colmado el alma mía de tantos bienes».

Eso es lo que sobrecoge en el padre Pío. No es sólo una cuestión de lenguaje sino de sustancia. En efecto, después del concilio, dio la impresión de que, además del lenguaje, se abandonaba también la sustancia de la satisfacción vicaria (no es casualidad que el carácter de sacrificio, expiatorio y propiciatorio, de la misa haya sido dejado en penumbra).

Esos términos hieren. He experimentado yo mismo ese choque emocional leyendo algunas expresiones usadas por el padre Pío que eran habituales en la Iglesia antes del concilio (por ejemplo: «El omnipotente te quiere en holocausto»). Me ha parecido insoportable esa «necesidad» de una víctima, ese Dios airado que exige una satisfacción. Es terrible, inaceptable. Y, con todo, esa cosa «escandalosa» es el corazón mismo del catolicismo: es el Calvario, la misa.

Si ya no somos capaces de hacernos una idea de ello es — escribe Ratzinger— a causa de una general «banalización del mal». Además, «también la imagen individualista del hombre nos impide entender el gran misterio de la expiación: ya no somos capaces de

comprender el significado de la forma vicaria de la existencia, porque, según nuestro modo de pensar, cada hombre vive encerrado en sí mismo; ya no vemos la profunda relación que hay entre todas nuestras vidas y su estar abrazadas en la existencia del Uno, del Hijo hecho hombre», de «Aquel que ha cargado con todas nuestras culpas».

Por lo tanto, no se trata de un problema de lenguaje. Por lo demás, si la Iglesia ha usado durante siglos ese lenguaje eso significa que encierra un tesoro enorme, auténtico y bueno. De manera que dejé que esas expresiones se depositaran en el corazón, rumiándolas, meditándolas. ¿Un Dios, mejor dicho, el único Dios, Altísimo y omnipotente, el Eterno, que se ofende por los pecados de un ser miserable e insignificante como yo? ¿Qué querrá decir? ¿Qué clase de misterio se oculta tras esa espantosa revelación?

En los días en los que trabajaba en este libro, una mañana de verano, tuve de ello una vaga intuición empírica. Se la debo a mi hijo, de diez años, vivacísimo y amadísimo. En la campiña en la que vivo, con la hermosa atmósfera luminosa de las colinas toscanas, es corriente que uno se tope con animalillos nocivos. Moscas, mosquitos y cosas por el estilo. Cuando vienen a molestarme, no me asaltan las dudas: un golpe y me deshago de ellos. No me siento ofendido por ellos, solo molesto. Por eso las aplasto y ya está. Lo que, en cambio, me ofende y me hiere en el alma es lo que, por ejemplo, pueda decir o hacer mi hijo, a quien amo con todo mi corazón, después de que yo haya hecho quizá algo importante por él. Y me doy cuenta de cuánto un hijo, al crecer, tomando acaso caminos equivocados, puede desgarrar el alma de un padre. La analogía, por vertiginosa y temeraria que resulte, permite comprender algo del Padre celestial.

Dios mío, me dije, qué inmenso, tiernísimo, conmovedor honor nos hace el Omnipotente: si permite que podamos llegar hasta a herirlo en su corazón, adolorarlo, ofenderlo, eso significa que nos considera a la altura de unos hijos. Pensémoslo bien. Dios es el

Creador y Señor absoluto del universo. Su Majestad va más allá de toda imaginación. Todo es suyo. Él tiene el dominio, es el soberano, es el «Rex tremendae maiestatis». Cualquier cosa existe sólo en el instante en el que El la convoca desde la nada y cualquier criatura puede ser aniquilada y barrida en un instante si El así lo quiere. Nada ni nadie puede disminuir en lo más mínimo o limitar su gloria, su omnipotencia ni la infinita felicidad que vive en la comunión trinitaria.

Así pues, ¿no resulta extraordinario y conmovedor que este Soberano absoluto, que podría aplastarnos en un instante por nuestra maldad, se deje, por el contrario, «ofender» por nosotros, se deje herir por nosotros? ¿No es asombroso, por ejemplo, que en la aparición del 12 de marzo de 1913 se muestre ante el padre Pío como en Paray le Monial, visiblemente adolorado, quebrado por nuestra ingratitud?

Los animales, los océanos, los vientos, las montañas, las estrellas, las galaxias carecen del poder de ofenderlo, de herirlo. En el universo, en la creación, nada tiene este tremendo poder. El hombre, esa minúscula criatura, sí. Sólo él lo puede. Y Dios, que es Señor y Amo de todo, siente sed del amor de su criatura (*Santa Teresita de Lisieux escribía: «He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara en el Antiguo Testamento no tener necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua de la samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor. ¡Ah! Cómo me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo sólo halla ingratos e indiferentes y entre los discípulos suyos encuentra ¡ay!, pocos corazones que se entreguen a él sin reserva, que comprendan toda la ternura de su amor infinito.»*).

Pero, ¿cómo es posible que el Omnipotente de un valor tan grande a alguien como yo, a mis gestos, a mis palabras, incluso a

mis pensamientos hasta poder resultar él, el Altísimo, herido, cuando ni siquiera yo le doy importancia a nada y siento la vida como algo insignificante? Y, sin embargo, hasta mis cabellos son contados por Él, asegura Jesús, casi como si el Altísimo estuviera locamente enamorado de esta criatura como ningún hombre puede estarlo de mujer alguna. «Dios es un sufriente, puesto que es un enamorado», escribe Ratzinger.

En efecto, es precisamente así el Padre de quien Jesús ha venido a hablarnos. ¿O es que no nos contó, cuando se hallaba físicamente entre nosotros, la inmortal parábola del Hijo Pródigo para revelarnos cómo era el Padre? Y ese padre de la parábola, ¿es que no está loco de amor por un hijo cínico e infausto? Sí. Es precisamente Dios ese padre que se deja herir en el alma por un hijo irresponsable, a quien deja libre y sufre porque lo sabe lejano y perdido. Es Dios mismo ese Padre que, cuando el insensato regresa tras haber dilapidado todos sus haberes, en vez de echarlo de casa corre a su encuentro conmovido («viéndolo venir desde lejos»), se le echa al cuello, lo besa, llora de felicidad y da en su honor un gran banquete y convoca a todos para celebrar una fiesta.

El «Dios ofendido», que tanto nos hace torcer el gesto a nosotros los modernos, no es otra cosa que el Padre que se deja herir en el alma, el Padre loco de amor y el Padre misericordioso además. Pero, entonces, ¿por qué exige la «reparación», la «satisfacción»? Porque no hay honor ni gloria mayor que el Creador pueda dar a su criatura que elevarla a la capacidad de poder «reparar», de poder darle algo a Él, Señor de todo. Es el primer paso para elevarla nada menos que a la dignidad divina, a su misma sublime altura.

Pero ¿cómo puede una ínfima criatura mortal reparar una ofensa infinita contra la Majestad divina? ¿Qué es lo que puede darle a Dios una criatura, por sí misma, dado que todo es ya de Dios y ella misma le pertenece?

Resultará paradójico, pero creo que Dios exige la «satisfacción» entre otras cosas para manifestar más que nunca la inmensidad de su misericordia. En efecto, Santo Tomás de Aquino dice que los

padecimientos de Cristo eran convenientes para la justicia y para la misericordia: «A la misericordia, porque, no pudiendo el hombre satisfacer, de suyo, por el pecado de toda la raza humana, Dios le dio a su Hijo como satisfactor. Y esto fue una obra de misericordia mayor que si hubiese perdonado los pecados sin satisfacción».

A nosotros se nos pide únicamente que ayudemos en una diminuta porción a Jesús a llevar nuestra cruz (lo subrayo: la nuestra). Es así como podemos apropiarnos de todos sus méritos y podemos participar en su herencia regia. Y esa diminuta porción de cruz que llevamos es —según decía el padre Pío— como el escarpelo del escultor que nos plasma y nos transforma en una obra de arte, parecida a Jesús. Que nos hace reyes como él. «Una de las maravillas que ha obrado el Señor —ha escrito el estudioso bíblico Garigou-Lagrande— es la de haber hecho utilísima la cosa más inútil: el dolor. El lo ha glorificado con la obediencia y con el amor». Quede claro, Jesús es muy amable y está muy atento a que la pequeña porción de cruz que nos corresponde a nosotros no sea demasiado pesada.

Dice San Francisco de Sales: «La sabiduría eterna de Dios ha previsto desde el principio la cruz que te envía desde lo profundo de Su corazón, como un don precioso. Antes de enviártela la ha contemplado con sus ojos omniscientes, la ha meditado con Su divino intelecto, la ha examinado a la luz de Su sabia justicia. Y le ha dado calor ciñéndola entre Sus amorosos brazos, la ha sopesado con ambas manos no fuera a ser un milímetro excesivamente grande o un miligramo excesivamente pesada. Después, la ha bendecido en Su nombre santísimo, la ha rociado con el bálsamo de Su gracia y con el aroma de Su consuelo. Luego, ha vuelto a mirarte a ti, a tu valor... Por lo tanto, la cruz llega hasta ti desde el Cielo, como un saludo del Señor, como una limosna de Su misericordioso amor» (*así, Santa Catalina de Siena dice a «los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede: “Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre. Dios no hace nada que no sea con este fin”»*).

Dios quiere que sea el hombre (con su ayuda) quien venza a Satanás. Pero ¿por qué quiere Dios que sea el propio hombre (a través del sacrificio de Cristo. «*En efecto, al morir, Él venció a quien tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio, y liberó a aquellos a quien el temor a la muerte mantenía durante toda su vida en esclavitud*» -*Catecismo romano o del Concilio de Trento*) quien venza a ese cruel amo que lo mantenía en esclavitud? ¿Por qué quiere que sea el amor del hombre que se ofrece a sí mismo quien venza a Satanás? ¿Por qué no barre Dios el Mal del mundo con su fuerza omnipotente? La respuesta es conturbadora: porque de esa manera no salvaría la libertad del hombre y sin libertad no podría hacer que nos convirtiéramos en «dioses». Porque la seña de identidad de la divinidad es la de ser libre.

EL SENTIDO DE LA VIDA TERRENA: CONVERTIRNOS EN DIOS

El universo es una máquina de hacer dioses, según la última frase
(impresa) de Bergson,
por lo menos si por dioses entendemos los santos unidos a Cristo.

JEAN GUITTON

Era el 17 de julio de 1947. Mientras en un pueblecito del Gargano, un fraile capuchino, estigmatizado, sin moverse ni un kilómetro, experimentaba desde hacía decenios la divinidad y el éxtasis (con la cruz) y se declaraba dispuesto a cargar con todos los sufrimientos, con tal de poder seguir viendo el rostro de Jesús y sus ojos («no ocurra jamás, oh, querido Jesús, que pueda yo perderme un tesoro tan precioso cual sois vos para mí (...); demasiado viva está en mi alma esa inefable dulzura que llueve desde vuestros ojos»), en Nueva York, en esos mismos días, un joven moreno de veinticinco años, de mirada inquieta, cogió el ferrocarril metropolitano en Liberty Avenue, se bajó en Brooklyn y se dirigió hacia Manhattan. Desde allí alcanzaría la periferia e iría en autoestop hacia el oeste, de costa a costa.

En el New York Times del 15 de julio de 2007 se reconstruyeron las primeras etapas neoyorquinas de su itinerario, porque aquel viaje se convirtió en uno de los más célebres de la literatura mundial. En efecto, diez años después, apareció la novela en la que

Jack Kerouac narró aquella aventura, *On the road* {En el camino}, y fue de inmediato un mito.

Fernanda Pivano (*célebre estudiosa italiana de la literatura americana, traductora de Hemingway (de quien fue amiga personal), Scott Fitzgerald, Ginsberg, Burroughs, Bukowski, entre otros muchos*), al presentar la edición italiana de este libro en 1958, describía ya su enorme éxito transoceánico: «Una entera generación, la beat generation, aclamó en Kerouac a su portavoz e intérprete». Los periódicos, la radio y la televisión lo asediaban.

Kerouac se convirtió en un icono de la transgresión, en un símbolo de los hippies y de las revueltas juveniles. Pero ¿lo fue realmente? Hay algo en él que siempre ha creado cierta incomodidad: su originario catolicismo. En una entrevista televisiva, tras la aparición de su libro, se le preguntó: «Se ha dicho que la beat generation es una generación en busca de algo. ¿Qué es lo que están buscando?». Kerouac contestó: «A Dios. Quiero que Dios me enseñe su rostro».

En el fondo, daba la más católica de las respuestas a la cuestión sobre el sentido de la vida: la visio Dei. Lo que en el fondo quiere decir que se está aludiendo a la divinización. Es el deseo originario, inextirpable, con el que estamos amasados. Es ésta la «posibilidad» que la encarnación del Hijo de Dios nos ha vuelto a plantear (después del desastre del pecado original). E incluso cuando nos alejamos de la Iglesia, la nostalgia de esa promesa sin igual permanece en nuestros corazones y acaba por mostrarnos siempre la vanidad de todo lo que el mundo nos ofrece. Que no nos satisface y al final nos aburre y nos entristece.

«La nostalgia del Paraíso se deja vislumbrar en los actos más triviales del hombre moderno», observaba Mircea Eliade. Lo testimonia —por poner un ejemplo, aparentemente alejado del padre Pío— precisamente Kerouac, campeón de aquella generación, toda ella sexo, droga, música y transgresión, que creyó poder construirse el Paraíso en la tierra con sus propias manos. Pivano cita con perpleja fugacidad esas extrañas palabras acerca de Dios. Y la

incomodidad ha perdurado hasta hoy. En cambio, La Civiltà Cattolica ha hecho justicia con el escritor. La prestigiosa revista de los jesuitas ha publicado recientemente un ensayo que permite volver a descubrir esa nostalgia suya (etimológicamente, nostalgia significa «dolor del regreso»).

En efecto, Jean-Louis Lebris de Kerouac (1922-1969), quien se hizo célebre como Jack Kerouac (el nombre Jean- Louis se convirtió en «Jack» a causa del error de un sacerdote de su parroquia), fue alumno de la escuela jesuita de Lowell, en Massachussets, donde, según dijo, recibió «una buena instrucción».

Y el padre Antonio Spadaro S.J. nos enseña la nostalgia que el antiguo alumno de la orden siente por el lugar donde se hace experiencia de la presencia de Dios. Lo hace, además, obligado por los extraordinarios diarios de Kerouac que no fueron publicados en los Estados Unidos hasta 2004 y que en Italia aparecieron en 2006 (¡con enorme retraso!).

El padre Spadaro, en primer lugar, hace justicia sobre una excesivamente trivial identificación con la beat generation, de la que Kerouac es cabeza visible. «Beat» es compás, ritmo, remisión al jazz; «beaten» significa también «abandonado, a la deriva». El «Beat» identifica «un estilo de vida sin reglas e inquieto (...) que lleva a actitudes contestatarias y de rebeldía, marcadas políticamente».

Pero Kerouac, que acuñó el término, dio más tarde otro significado a esa palabra: «Siendo católico —escribe— acudí una tarde a la iglesia de mi infancia (una de las muchas), Santa Juana de Arco en Lowell y, de repente, con lágrimas en los ojos, cuando oí el sagrado silencio de la iglesia (estaba solo allí dentro, eran las cinco de la tarde; fuera, los perros ladraban, los niños chillaban, caían las hojas, las velas brillaban débilmente sólo para mí), tuve la visión de lo que realmente había querido decir con la palabra “Beat”, la visión de que la palabra beat significaba beato (...)».

En un artículo de 1957, Kerouac afirmará que el fenómeno beat expresa «una religiosidad aún más profunda, el deseo de

marcharse, fuera de este mundo (que no es nuestro reino), “hacia lo alto”, en éxtasis, salvados, como si las visiones de los santos claustrales de Chartres y Clairvaux volvieran a aflorar como la hierba en las aceras de la civilización cansada y dolorida tras sus últimas gestas». Al año siguiente repite: «No he vuelto a oír hablar ya de Dios, de las Últimas Cosas, del alma, del a-dónde-estamos-yendo, más que entre los chicos de mi generación; y no sólo a los chicos más inteligentes, sino a todos».

Por lo tanto, estamos bien lejos, subraya el jesuita, «de un contexto estruendosamente rebelde y contestatario». Con todo, Kerouac tendrá oportunidad de constatar que «un montón de oportunistas, aprovechados, comunistas se subieron a nuestro carro. Ferlinghetti se subió al carro y transformó la imagen de la beat generation que representaba originariamente a personas que amaban la vida y la dulzura. A los periódicos les habló de la revolución beat, de insurrección beat, palabras que yo jamás empleé, siendo católico (being a Catholic)».

Quiso repetir esa expresión —que en el mundo anglosajón es de lo más transgresor y provocador— en la vigilia de su muerte, en una entrevista a New York Times, que concluyó así: «I’m not a beatnik. I’m a Catholic» (no soy un beatnik, soy un católico).

Para el padre Spadaro, esto «no supone renegar de su propia trayectoria cultural», sino «una extrema y lúcida intuición en defensa de su propia identidad artística y humana, es decir, la mística —católica, por más que “extraña, solitaria y alocada”— que ha alimentado su estética».

Naturalmente, no falta quien considera «las raíces católicas de Kerouac como una superestructura gravosa, un jirón fatigoso digno de eliminación, del que hubiera debido desprenderse». El estudioso jesuita señala, en cambio, «el catolicismo de Kerouac» como «una de las fuentes vivas de su inspiración». Podríamos decir que es como la nostalgia que le inquieta y que le impulsa a una búsqueda sin satisfacción auténtica y perdurable. Como nos lo enseñan sus

diarios. En el fondo, en estas páginas de Kerouac se capta también el corazón auténtico de la fe: el ser mendigos de la gracia.

Incluso su desviación budista —debido a los sufrimientos de una desilusión amorosa— fue únicamente un episódico intento de fuga del sufrimiento, un atajo para el Absoluto evitando el dolor de la cruz. Una idea que se reveló, sin embargo, como un callejón sin salida. A fin de cuentas, fue «un acontecimiento dialécticamente interno a su propio catolicismo». Al que le devolverá su amor por la vida, su propia carnalidad. En efecto, el jesuita define a Kerouac como «católico en cuanto pecador». Escindido entre la «carne» y el «infinito», siente en realidad que es precisamente la carne de la vida la que grita y exige el infinito. Y busca, por lo tanto, el punto de encuentro entre el Cielo y la tierra, entre lo eterno y el tiempo, entre Dios y la carne. Ese punto tiene un solo nombre: Jesús. El es para Kerouac «the only answer», la única respuesta. Reza así: «Mantén mi carne en Tu eternidad».

Los Diarios nos devuelven el potente grito que dirige hacia El: «Dios, tengo que verte el rostro esta mañana, tu rostro a través de los cristales polvorientos de la ventana, entre el vapor y el furor; tengo que oír tu voz sobre el estruendo de la metrópoli. Estoy cansado, Dios. No consigo divisar tu rostro en esta historia».

Precisamente ese mendigar la gracia resulta grande y auténtico, «a pesar del carácter moralmente transgresivo que caracteriza su producción más conocida». En un apunte de agosto de 1949, el escritor anota: «La vida no es suficiente (...). Entonces, ¿qué es lo que quiero? Quiero una decisión para la eternidad, algo que escoger y de lo que no deba alejarme jamás (...), aquí en la tierra no hay lo suficiente que desear».

Esa sed de infinito le lleva a desear la «comunidad final entre todas las cosas (...)». Es el otro mundo, mencionado en un principio como la Palabra de Dios en las Escrituras e ilustrado por el gran Santo Tomás de Aquino (...). La perspectiva de ese otro mundo, esa forma de comprensión que no hemos imaginado jamás va más allá de mi capacidad de comprensión, pero sospecho que es muy

extraña y que, cuando al final lleguemos, todos diremos: “¡Naturalmente, naturalmente, sí, sí!” (...) ¡Entonces esto es aquello por lo que he sido creado! Gloria a Dios».

Todo esto no es una locura (foolishness), afirma Kerouac, «es sólo ese querido e intenso amor (warm dear love) que sentimos por nuestra difícil condición. Con la gracia de Dios misterioso, al final de los tiempos, tal vez solamente aquel día ésta quede resuelta y aclarada para todos nosotros (...) En caso contrario, no puedo vivir».

Sin alcanzar a Dios y la vida divina, la existencia terrena sería absurda. El único modo para ver el rostro de Dios, es decir, convertirnos en divinos, es mirar a Jesús («Quien me ve a mí, ve al Padre»). Es Él el principio del Paraíso. La única senda hacia la divinización. Y el rostro de Jesús es el rostro del crucificado. Es su cruz lo que nos permite «ascender».

La cruz no sólo tiene la capacidad de destruir el poder del Mal sobre la humanidad («*El diablo, que a causa de la cruz ha perdido su poder sobre el género humano, siente terror de acercarse a la cruz*» (San Antonio de Padua). Sino que diviniza. El padre Pío le escribía así a una hija espiritual suya en los avatares de la enfermedad: «No temas, porque el sufrimiento no es un castigo de Dios, sino más bien un parto de amor que quiere hacerte semejante a su Hijo» (la carta prosigue así: «*Sufres, pero crees también que el propio Jesús sufre en ti y por ti y contigo y te va asociando en su Pasión, y tú, en tu condición de víctima, debes por tus hermanos lo que aún le falta a la Pasión de Jesucristo*»). Y en otra carta a un alma a la que dirige: «Y tú, que por amor a tus hermanos te has inmolado como víctima por ellos ante el Señor (...), alégrate, mi buena hija, al verte cada vez más semejante a la primera víctima, que es Jesucristo. Sé jubilosa, pues, porque la corona que te está reservada es hermosísima». Y el 9 de julio de 1918 vuelve a escribirle a otra alma a la que dirige: «Por medio de esta oscura noche resultará en el espíritu esa perfecta purificación que lo hará apto para la divinización».

Cleonice Morcaldi nos ha referido una expresión del padre: «En el Cielo seremos muchos Jesús por nuestra semejanza». Esa asimilación al hombre-Dios, que es anunciada también por otros místicos (*escribe Santa Faustina Kowalska: «Los sufrimientos constituyen una gracia enorme. A través del sufrimiento, el alma se vuelve semejante al Salvador; en el sufrimiento, el amor se cristaliza: cuanto mayor es el sufrimiento, más puro se vuelve el amor»*), nos conduce al núcleo de la Revelación. Un núcleo hoy en la sombra.

¿Cuál es, en efecto, el sentido de la existencia humana? La vida, después del pecado original, es en su mayor parte afanes, esfuerzo y dolor. Y como si no fuera suficiente, resulta fortísimo el riesgo —según la Revelación cristiana— de que esta dramática aventura concluya nada menos que con una pena eterna, con un suplicio sin fin temporal alguno y atroz más allá de toda imaginación.

¿Vale entonces la pena vivir? ¿No sería preferible, a la manera del gran poeta romántico Leopardi, no venir al mundo? Si la finalidad de todo esto es —como se dice con lenguaje elemental— «salvar nuestra alma», es decir, evitar la condenación causada por el pecado original, la perspectiva es indudablemente hermosísima para nosotros (una felicidad que va más allá de toda imaginación terrena, disfrutada para siempre). Pero desde el punto de vista de Dios, la historia humana resultaría casi un fracaso que ha sido remendado de un modo u otro con el infinito sacrificio de su Hijo y la pérdida inmensa de muchas criaturas.

¿Para qué ha querido Dios la Creación? ¿Para qué ha creado a los hombres? ¿Y para qué ha llegado, incluso, a encarnarse y a dejarse sacrificar en la cruz? ¿Sólo para evitar que nos condenáramos eternamente? No puede ser. Es el cardenal Siri quien acude en nuestro auxilio. Según nos explica, el prólogo del Evangelio de San Juan, que fue escrito como culminación del Génesis y que representa el corazón teológico del Nuevo Testamento, no habla de redención. Anuncia que el Verbo se ha hecho carne para darnos el poder de convertirnos en hijos de Dios.

La divinización es, por lo tanto, razón absoluta de la Creación y sigue siéndolo aún. Mientras que la redención es la razón relativa sobrevenida tras el pecado original: «El prólogo de San Juan — escribe Siri— nos proporciona una clara indicación. En él se dice por qué el Verbo se hizo hombre: «ex Deo nati sunt», para que nosotros también nos convirtiéramos en hijos de Dios, para que tuviéramos en nosotros algo de la vida divina. El prólogo de San Juan no habla en absoluto de la redención; ¡eso es lo impresionante! ¿Se trata de un grave olvido? No. San Juan quiso presentar la razón absoluta y no la relativa. De la relativa hablaría más tarde, en su prólogo. La razón absoluta es ésa: «ex Deo nati sunt» y hubiera sido igualmente válida incluso si el hombre no hubiera pecado; en otros términos, era independiente de forma absoluta, por iniciativa divina, hasta de esa pésima iniciativa del hombre que es el pecado. Por lo tanto, la razón absoluta se convierte en la primera, porque lo absoluto incluye siempre lo relativo: Jesucristo vino para que nosotros fuéramos hijos de Dios; es decir, para darnos a nosotros esa porción de vida gracias a la que podemos ser hijos de Dios. No debemos olvidar, por lo tanto, que esa razón es la primera en justificar la encarnación del Verbo y es también la primera y la única, en sentido absoluto (...). El orden divino no ha sido determinado ni por el orden humano, ni por ese aspecto execrable suyo que es la culpa. El orden divino ha sido determinado por el amor de Dios que ha querido extenderse a los hombres, dando a los hombres algo de la vida divina».

Un gran filósofo como Henri Bergson, que en sus últimos años se acercó al catolicismo (*Escribe Jean Guittou, que fue su discípulo: «Secretamente, Bergson se encaminaba hacia el catolicismo, en el que debía ver (como consigna en su testamento) el desenvolvimiento de la fe de Abraham en la que había nacido»*), llegó a la misma conclusión en su obra principal, afirmando cuál es «la función esencial del universo»: éste, a su parecer, «es una máquina destinada a crear divinidades».

Atención, ésta no es en absoluto una intuición de Siri o de Bergson. Es la auténtica doctrina católica que tan a menudo

olvidamos: Dios nos ha querido —podríamos decir— para hacer que nos convirtiéramos en dioses, y el teatro del universo es el escenario sobre el que libremente debemos decir sí o no al don de quien quiere «endiosarnos», como diría Dante. En la felicidad desbordante e inimaginable de la Trinidad, siendo su naturaleza Caridad, es decir, Amor, quiso hacer partícipe a otros seres que tuvieran una naturaleza libre como él (aunque fuera como don), de su divinidad.

Escuchemos a los Padres de la Iglesia. San Ireneo: «El Verbo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, quien por su inmenso amor se hizo lo que nosotros somos, a fin de elevamos a lo que El es». También San Agustín emplea los mismos términos: «Para hacer dioses a los que eran hombres, el que era Dios se hizo hombre». Santo Tomás de Aquino lo repite en un magnífico latín: «Sifactus est homo ut hominem faceret Deum» (*«El hijo Unigénito de Dios, que asumió nuestra carne para hacernos partícipes de la divinidad, se hizo hombre para hacer de nosotros los hombres dioses»*).

Toda la tradición cristiana se muestra conforme, hasta los tiempos modernos. Dice san Luis María de Monfort: «El que es quiso venir a lo que no es y hacer que lo que no es llegue a ser Dios o El que es».

Esto desvela el sentido de la Creación entera y la finalidad principal de la Encarnación del Hijo de Dios. De manera natural, nosotros, minúsculas criaturas efímeras, estuvimos destinados a convertirnos en dioses desde los orígenes (*El Creador había impreso en el hombre «su imagen y semejanza»*, como fue escrito: *«Yo había dicho: “¡Vosotros sois dioses, todos vosotros, hijos del Altísimo!”*, Sal 82 (81),6. *Es Jesús mismo quien, en los evangelios, cita y confirma este pasaje de la Escritura durante una discusión con los escribas: «Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: «Muchas obras buenas de parte del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme?»*. *Le respondieron los judíos: «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces*

a ti mismo Dios». Jesús les respondió: «¿No está escrito en vuestra Ley, Yo he dicho: dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios —y no puede fallar la Escritura—, a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: “Yo soy Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre» -Jn 10,31-38), en virtud de una gracia, de un don gratuito, del único Dios que nos hace sus hijos. Incluso después del pecado original que resulta «pagado» con la cruz del Hijo: «Como el fuego únicamente puede provocar que una cosa se abraza, así es necesario que Dios deifique, admitiéndonos en el consorcio de la naturaleza divina» (Santo Tomás).

Con todo, ese origen, ese haber sido creados «en un estado de unión sobrenatural con Dios», deja en nuestro ser algo así como una forma de nostalgia inextirpable del Paraíso, de la felicidad, como un hambre y una sed imposibles de saciar. «De ahí esos grandes arrebatos, esos grandes deseos de la naturaleza humana». Y esa enorme sensación de vacío, esa carencia insalvable que los seres humanos experimentan toda la vida. De ahí ese devanarse los sesos acerca del sentido de la vida.

Todas las especies hallan en este planeta satisfacción a sus necesidades. A cada una de sus necesidades vitales proporciona la naturaleza respuesta. Menos la especie humana. Es la única que no encuentra en la naturaleza aquello que le proporciona satisfacción y sosiego. De manera que queda permanentemente desazonada. Incluso cuando consigue alcanzar todo lo que le hace falta para sus necesidades vitales y a poseer incluso lo superfluo, sigue inquieta a causa de una continua insatisfacción.

«Yo estoy lleno de preguntas a las que no sé contestar», escribía Pier Paolo Pasolini. Una pregunta que se articula en miles de interrogantes. Un ansia insatisfecha que se traduce en el deseo de

poseer miles de cosas, en una sucesión continua, para obtener una falsa impresión de infinito.

Porque la nuestra es sed de infinito. Nuestra hambre de felicidad, de belleza, de amor es hambre de una felicidad, de una belleza, de un amor que no terminan y no declinan con el tiempo, son sentimientos que no se marchitan (a diferencia de todas las cosas humanas y terrenas), inagotables y siempre renovados. En definitiva, son algo que roza lo divino. Todo nuestro ser está impregnado de esa nostalgia y encaminado para convertirse en «dios».

La única senda, sin embargo, es Jesucristo, no la afirmación de nuestra voluntad, sino de sus designios sobre nosotros. El papa Benedicto XVI, hablando de un Padre de la Iglesia como Gregorio Nacianceno (que «sintió necesidad de acercarse a Dios para superar el cansancio de su propio yo»), ha dicho: «Al hacerse Hombre, Cristo nos dio la posibilidad de llegar a ser como EL Nacianceno exhorta: “Tratemos de ser como Cristo, pues también Cristo se hizo como nosotros: ser como dioses por medio de El, pues El mismo se hizo hombre por nosotros. Cargó con lo peor para darnos lo mejor” (Oratio 1,5: SC 247,78)».

Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Orientalium Invenit*, subrayó que en la tradición oriental se ha meditado especialmente acerca de la teología de la divinización, que es un tesoro inestimable que ha de ser recuperado (*Escribe el papa: «La participación en la vida trinitaria se realiza a través de la liturgia y, de modo especial, la Eucaristía, misterio de comunión con el cuerpo glorificado de Cristo, semilla de inmortalidad. En la divinización y, sobre todo, en los sacramentos la teología oriental atribuye un papel muy particular al Espíritu Santo: por el poder del Espíritu que habita en el hombre la deificación comienza ya en la tierra, la criatura es transfigurada y se inaugura el Reino de Dios. La enseñanza de los padres capadocios sobre la divinización ha pasado a la tradición de todas las Iglesias orientales y constituye parte de su patrimonio común. Se puede resumir en el pensamiento ya expresado por San Ireneo al final del*

siglo II: Dios ha pasado al hombre para que el hombre pase a Dios. Esta teología de la divinización sigue siendo uno de los logros más apreciados por el pensamiento cristiano oriental [Injertados en Cristo, «los hombres se convierten en dioses e hijos de Dios, (...) el polvo es elevado a tal grado de gloria que prácticamente es igual en honor y deidad a la naturaleza divina». Naturalmente, también la teología católica romana gira alrededor de este tema, pero expresado mediante otras categorías, como la de la «vissio Dei» y la de la «Beatitudo»).

Si el fin de la Creación era y es la divinización del hombre (*«siendo el hombre el término de la Creación, convenía que estuviera unido al primer principio de todas las cosas, casi como para completar, con este ciclo acabado, la perfección de las obras de Dios» - Santo Tomás de Aquino*) si éste es el sentido de la vida individual y el cumplimiento de la historia universal, entonces Bergson concluye que —en este «planeta refractario»— la «evolución de las especies vivas» (no una evolución darwiniana, sino ontológica, espiritual), después de «muchas paradas y retrocesos, culminaba en los grandes místicos cristianos». En efecto, éstos representan la cumbre de la historia humana: por encima de todos, María, cuya unión con el Salvador es absolutamente única (*María de Nazaret es la criatura que Dios proclamó «Reina del Cielo y de la tierra» e incluso «Reina de los ángeles». La Iglesia la venera con el título de «Madre de Dios». Escribe Juan Pablo II en la Orientale humen. «En este camino de divinización nos preceden aquellos a quienes la gracia y el esfuerzo por la senda del bien hizo “muy semejantes” a Cristo: los mártires y los santos. Y entre éstos ocupa un lugar muy particular la Virgen María, de la que brotó el Vástago de Jesé -. Is 11, 1)», pero también San Francisco. Y el padre Pío de manera extraordinaria. Si San Francisco fue llamado el «alter Christus» («A ocho siglos de su nacimiento, el mundo —incluso el de los alejados y el de los indiferentes a los valores religiosos— contempla con admiración a San Francisco, porque ve en él una copia auténtica, fiel y, por esta*

razón, creíble de Jesucristo. *¡Este es la esencia de la respuesta! Él es «alter Christus», pero no ya dicho de palabra, sino no solamente «de iure» (como debería ser, en el fondo, cualquiera que se profese cristiano): él es tal también y sobre todo en la realidad de su propia vida» -Juan Pablo II, visita a Asís, 12 de marzo de 1982), creo que al padre Pío le corresponde el mismo título (Según el testimonio de un hijo espiritual del padre Pío, un día, el padre, mientras subía las escaleras se detuvo ante una imagen de San Francisco. Aquel hijo oyó al padre Pío susurrar: «¡Bienaventurado tú, padre Francisco (...) pero mi misión de sacerdote crucificado es única en el mundo!»).*

Monseñor Piero Galeone (por más que no sea el único) ha testimoniado el haber visto nada menos que en dos ocasiones cómo se transformaba su rostro en el rostro de Jesús. Cito uno de los dos episodios. Una mañana, al finalizar la misa, en el momento de la comunión, el padre ofreció la ostia a una persona a su lado; «después el padre Pío se colocó delante de mí y, tomando entre sus dedos la partícula, la miraba con tal intensidad que la sostuvo un buen rato quieta, elevada ligeramente sobre la píxide. Esos momentos de espera —refiere monseñor Galeone— me obligaron a mirar atentamente cualquier movimiento del padre Pío. Pero, para mi sorpresa, vi claramente cómo sus rasgos se alteraban, adoptando los de Jesús. Era de estatura normal, con hábitos sacerdotales, tenía los ojos serenos, un rostro dulce, labios con un gesto de sonrisa».

En las actas del proceso de beatificación se encuentran otros testimonios análogos: «El padre Alberto D’Apolito afirma haber visto varias veces el rostro del siervo de Dios transfigurarse en el rostro de Jesús. Una análoga experiencia tuvieron su padre Salvatore, un amigo suyo y el profesor Rocco Guerini de Roma».

Por lo demás, en todos los gestos del padre Pío y en su propia carne se traslucía Cristo y su divina humanidad. De los estigmas a los dones sobrenaturales. De nuevo es monseñor Galeone quien recuerda algunos: «El padre Pío tenía el don de sanar a los incurables y de convertir a los pecadores, de prorrogar el tiempo de

la muerte y de conocer exactamente el tiempo de ésta, de saber el lugar en el que se hallaban las almas de los difuntos e, incluso, de acompañarles él mismo al Paraíso. Luchaba con Satanás y espantaba a los demonios, escrutaba los corazones, agitaba las almas e iluminaba las mentes más con los testimonios que con las palabras. Conocía las vidas de los santos, la historia de la Iglesia y de la humanidad. A muchos les predecía el futuro. Seguía a los buenos y a los malvados (...)».

Podríamos continuar. Pero nos hallamos en pleno misterio. Como escribió Juan Pablo II: «La deificación empieza ya en esta tierra».

¿QUIÉN ES EL PADRE PÍO?

Yo creo que el Señor quiere salvar muchas almas antes del fin del mundo a través de estos hombres pobres y simples, y eso para confusión de ciertos prelados que, semejantes a perros mudos, son incapaces de ladrar cuando hace falta.

GIACOMO DA VITRY

(Giacomo da Vitry, coetáneo de San Francisco de Asís y su biógrafo, estuvo en Perusa, en el cónclave de 1216, y allí conoció a los primeros discípulos que siguieron a San Francisco. Esta frase se refiere precisamente a ellos).

Este hombre fue escogido de manera especial desde su nacimiento. En una carta de 1922, le confía a su director espiritual: «Desde mi nacimiento Jesús me ha dado (...) señales de una predilección muy especial: me ha demostrado que no sólo sería para mí mi salvador, mi sumo benefactor, sino un amigo devoto, sincero y fiel, mi íntimo amigo, el eterno e infinito amor, el consuelo, la alegría, el bálsamo, todo mi tesoro».

Una predilección muy especial. Para una misión única. Pero ¿qué significado tiene tal elección desde su nacimiento? Nello Castello y Stefano Manelli han localizado una página de San Francisco de Sales que nos ilumina: «Dios, tras haber confirmado en su gracia a la Virgen (...) preservándola del pecado, pero también

del peligro de desviarse o demorarse en la práctica de su amor, destinó también otras gracias para un pequeño número de raras criaturas (...), como es indudable en San Juan Bautista y muy probable en Jeremías y en algunos más, a quienes la divina Providencia fue a escoger en el seno de su madre, con el fin de que se manifestaran constantes en su amor (...) Tales almas, en comparación con las demás, son como reinas, que siempre coronadas de caridad conservan su lugar principal en el amor del Salvador, después de Su Madre, Reina de las reinas».

Por lo tanto, el padre Pío fue escogido desde su nacimiento con vistas a «una misión enorme (...) que sólo por ti y por mí es conocida. ¡Dios Mío! ¡Padre Mío!» ¿De qué inmensa misión podrá tratarse para tener como parangón al profeta Jeremías y al Bautista? Son dos figuras que, cada una en su momento, anunciaron dos acontecimientos cruciales de la historia de la salvación: el primero, la promesa del Nuevo Pacto; el segundo anunció su cumplimiento, es decir, la llegada de Jesús, la Nueva Alianza, el Reino de Dios. Por lo tanto, ¿cuál podrá ser la misión del padre Pío? ¿Qué tiempo es el nuestro?

Cleonice Morcaldi ha contestado con la inteligencia del corazón: «Era siempre Jesús, en la confesión, en el altar, conversando, en oración. Nuestros corazones no se equivocaban, viendo en ti a Jesús; por eso no se saciaban jamás de contemplarte, no podían separarse de ti, por lo que te veías obligado a gritarnos y a mostrarte arisco para hacer que nos alejáramos; y, lejos de ti, ¡qué martirio sufríamos! Afectuoso padre mío, tenías razón al decir: “Estoy atormentado de almas”, porque poseías el Todo, a nuestro amabilísimo Redentor. Eras tabernáculo de Jesús (...). No nos percatamos lo suficiente de que, bajo el nombre de padre Pío, se ocultaba el más hermoso de entre los hijos de los hombres, que en su inextinguible caridad, quiso caminar de nuevo en medio de sus redimidos. En Palestina vivió antes de su muerte. Aquí, en Italia, vivió visiblemente, al cabo de veinte siglos de su muerte».